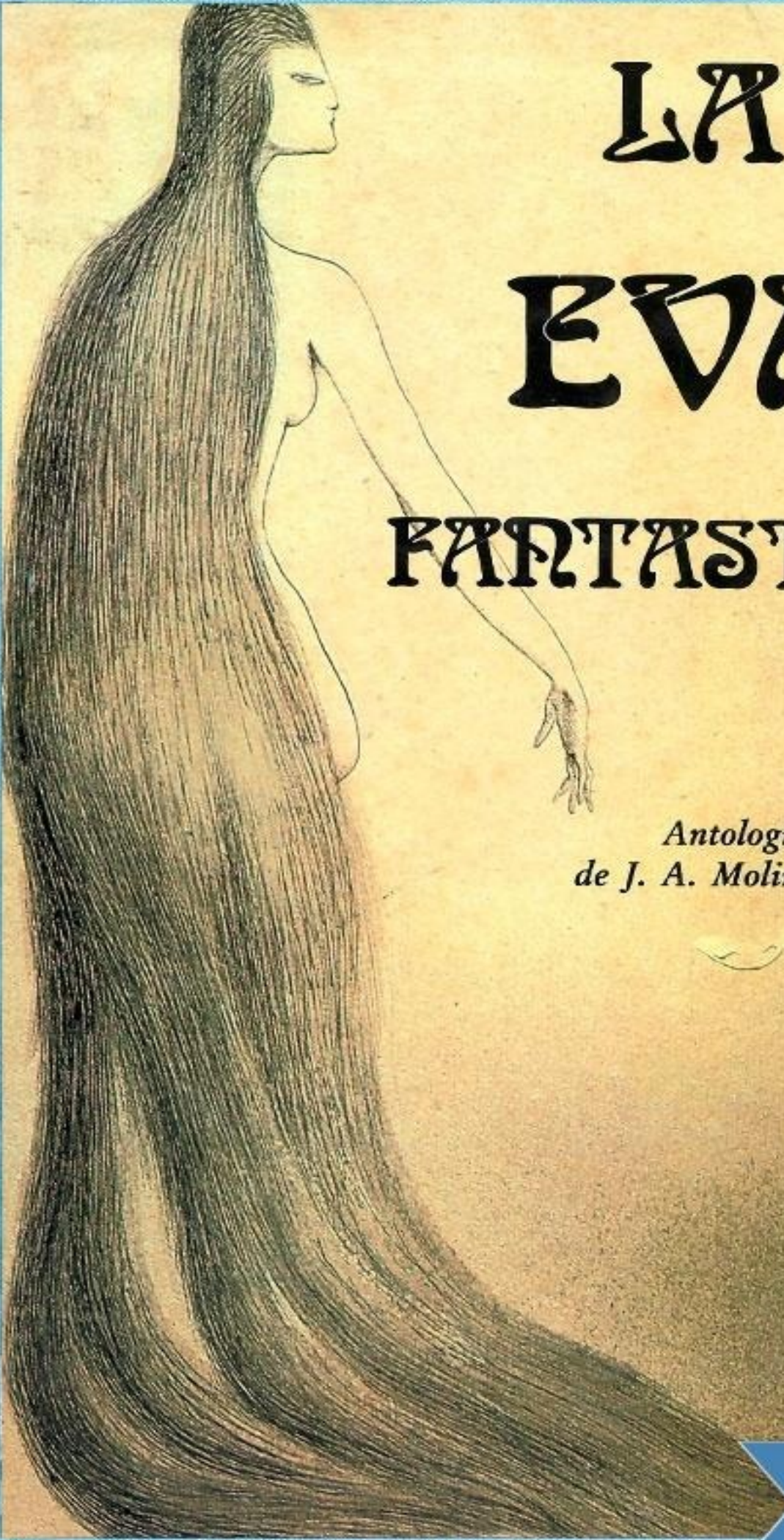


An illustration of a woman with extremely long, dark, wavy hair that flows down her back and curves around her legs. She is shown from the waist up, facing right, with her right arm extended towards a small, gnarled tree branch on the right. The background is a light, textured yellowish-brown. The entire cover is framed by a blue border with a wavy, water-like pattern.

LA EVA

FANTASTICA

*Antología
de J. A. Molina Foix*

Lectulandia

A pesar de los serios prejuicios en su contra por parte de la predominante sociedad patriarcal, la tradición de mujeres escritoras ha estado internacionalmente extendida y abarca casi todas las épocas y literaturas.

Los relatos siguen, arbitrariamente, un orden cronológico correlativo a la fecha de su publicación y cada uno de ellos viene precedido por una entradilla en la que se traza una breve semblanza biográfica de cada autora, detallando en lo posible la procedencia de cada escrito y las circunstancias que rodearon su gestación.

Lectulandia

Juan Antonio Molina Foix

La Eva fantástica

El ojo sin párpado - 29

ePub r1.0

orhi 20.03.15

Título original: *La Eva fantástica*

Juan Antonio Molina Foix, 1989

Traducción: Carmen Virgili & Ana Poljak & Ana M.^a Llopis Paret & M.^a Teresa Gallego & Maria

Luisa Balseiro & Amalia Martín-Gamero & Maribel de Juan & M.^a I. Reverte

Ilustración de portada: *La cabellera* de Alfred Kubin (c. 1900-1903)

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

*SI esta antología hubiera salido a la luz hace tan sólo unas décadas, tal vez el antólogo habría tenido que justificarla de una manera u otra, apelando a la especificidad de la condición femenina o especulando con la existencia de una ficción propia y exclusiva de mujeres, reflejo de otra sensibilidad e imaginación. El tema ha sido debatido tan amplia y profusamente en estos últimos tiempos — numerosos libros lo atestiguan, como *The Venus Factor* (1972), de Vic Guidabia, o *The Female Imagination* (1975), de Patricia Meyer Spacks, por no citar los más lejanos y penetrantes ensayos de Virginia Woolf en *A Room of One's Own* (1929) y *Three Guineas* (1938)— que considero innecesario insistir en parecidos argumentos.*

*En cualquier caso, a pesar de los serios prejuicios en su contra por parte de la predominante sociedad patriarcal, la tradición de mujeres escritoras ha estado internacionalmente extendida y abarca casi todas las épocas y literaturas. Como ejemplo extremo cabría citar la época Heian del Japón clásico, en que la literatura era dominio casi exclusivo de las mujeres, hasta el punto de que la obra maestra indiscutible de aquellos florecientes años a principios del siglo XI de nuestra era, *Gengi Monogatari* (*Historia de Gengi*), considerada casi unánimemente como la primera muestra efectiva del género novelesco, fue escrita por una dama de la Corte llamada Murasaki Shikibu, y a otra cortesana, Sei Shonagon, se le atribuye la procaz crónica de las intrigas y refinamientos de la época titulada *Makura no Soshi* (*Libro de cabecera*).*

Sin alejarnos tanto en el espacio y en el tiempo, y ciñéndonos al género fantástico, motivo delimitador de esta antología, otra época propicia a la escritura femenina fue el período de finales del siglo XVIII y todo el siglo XIX, tal vez porque la mayoría del público a quien iba destinada era precisamente de ese sexo. Tanto la novela gótica como su sucesor el típico cuento de fantasmas Victoriano, ambos productos genuinos de la literatura anglosajona que se propagaron con éxito por toda Europa y América, estuvieron dominados por mujeres, al menos cuantitativamente. A los nombres consagrados e inevitables de Mrs. Barbault, Clara Reeve, Ann Radcliffe, Sophia Lee, Anne of Swansea o Eliza Parsons, podríamos añadir a la inclasificable Mary W. Shelley y toda una pléyade de escritoras hoy en día olvidadas pero que en aquella tenebrosa época histórica de irracional entusiasmo por la Edad Media y marcado regusto por lo macabro, gozaron de una sorprendente celebridad.

El plantel de escritoras victorianas de lo sobrenatural fue asimismo imponente: Mrs. Crowe, Margaret Oliphant, Mrs. Braddon, Amelia Edwards, Rhoda Broughton (sobrina de Le Fanu), Mrs. Riddell, Mrs. Molesworth, Mrs. Ellen Wood y un largo etcétera de nombres que hoy ya nadie recuerda. Al igual que sus antepasadas góticas, las escritoras victorianas se centraron en la producción de novelas, género

por aquel entonces casi reservado a las mujeres, no tanto por el mayor tiempo de que disponían en su reclusión hogareña como por su capacidad de lectura incomparablemente superior a la de sus analfabetos maridos, quienes tenían a gala su incultura (recuérdese el viejo refrán castellano: «Novelas, no verlas»).

Una novedad importante con respecto a la época anterior fue la proliferación de revistas, muchas de ellas editadas por mujeres con un punto de vista exclusivamente femenino y dirigidas descaradamente a las esposas de clase media de las grandes ciudades industriales del Reino Unido. Publicaciones gestionadas y controladas única y exclusivamente por mujeres, como Family Herald Supplement o Young Ladies' Journal, compitieron dura y ferozmente por el cada vez más extendido público femenino con las grandes revistas de difusión nacional, supuestamente «mixtas», como Belgravia, Blackwood's, Argosy o Pall Mall Magazine.

Esta creciente e imparable demanda de plumas femeninas aceleró considerablemente la incorporación activa de la mujer a las parcelas de la literatura y la crítica que todavía le estaban vedadas. Pero el mayor beneficiado fue, sin duda, el cuento, que ganó un espacio cada vez mayor en los hábitos lectores de la burguesía ilustrada, de la noche a la mañana ávida consumidora de esas revistas. En lo que a nosotros concierne, la época victoriana (que abarca casi todo el siglo XIX e incluso suele prolongarse unos años después de la muerte de la reina Victoria en 1901) nos obsequió con una novedosa variante del cuento de miedo: el cuento de fantasmas. Aunque su máximo artífice fuera J. Sheridan Le Fanu y M. R. James el albacea que definitivamente lo enterrara a comienzos de este siglo, fue éste sin duda un género dominado por mujeres, las cuales se movían en su interior como pez en el agua.

Su enorme difusión y popularidad se debieron en gran parte a una tradicional costumbre culto-festiva del pueblo británico: el anuario navideño, libro esmeradamente impreso y ricamente encuadernado, que solía regalarse por Navidad a modo de christmas laico y contenía todo tipo de pasatiempos y lecturas: jeroglíficos, charadas, historietas, mascaradas, pantomimas, villancicos, poesía, ilustraciones, acertijos, chistes, relatos de aventuras en países exóticos... e invariablemente cuentos de fantasmas. Al contar también casi todas las revistas con su número especial navideño, que rivalizaba abiertamente con estos anuarios, el campo era, pues, muy amplio, y como consecuencia floreció toda una generación de narradoras que, en conjunto, logró un variado ramillete de pequeñas joyas de la fantasía, algunas de las cuales pueden admirarse en esta recopilación.

Sin embargo, no por ello cesó del todo la antigua prevención en contra de la autoría femenina. La paulatina emancipación de éstas con el avance de nuestro siglo no logró desterrar completamente la todavía arraigada convicción de que la maternidad y la creación intelectual eran actividades incompatibles. De tal manera que bien entrado el siglo seguía siendo práctica habitual que las escritoras firmaran con seudónimos varoniles o ambiguos, cuando no se protegían directamente bajo el

manto del apellido conyugal. Así por ejemplo a Karen Blixen, pese a nacer casi cien años después, le tocó seguir los pasos de George Sand y buscarse un adecuado nombre de plume masculino. Y no es la única entre las escritoras aquí representadas, varias de las cuales se vieron obligadas de una manera u otra a hacer otro tanto, por lo menos hasta conseguir algo de notoriedad y solvencia. Véanse si no los casos de Edith Nesbit (que escondió su condición femenina detrás de una neutra inicial e incluso, a veces, firmó E. Bland, cuando no Mr. Hubert Bland), Violet Paget (conocida solamente por su seudónimo Vernon Lee), Sarah Jewett (que al principio de su carrera fue A. C. Eliot) o Everil Worrell (oculta con frecuencia bajo los alias O. M. Cabral y Lireve Monett).

Por lo demás, exceptuando a unas pocas: Emilia Pardo Bazán, Leonora Carrington, Rosa Chacel, Shirley Jackson, Muriel Spark y Patricia Highsmith (cuatro de ellas todavía vivas), el resto de las autoras integrantes de este volumen que han conseguido librarse del recurso al sobrenombre se han visto obligadas a pasear por el mundo el patronímico de su marido, aunque no fuera más que por seguir la norma y costumbre de sus conservadoras sociedades respectivas.

Pero no es intención de este antólogo trazar un bosquejo histórico de la literatura fantástica escrita por mujeres, ni menos aún de los avatares de sus conquistas civiles, sino tan sólo exponer los mínimos presupuestos que le han guiado en la confección de esta selección, realizada, como todas, caprichosamente, sin más norma que el antojo y las preferencias personales.

Por razones obvias, el grueso de la lista pertenece al ámbito anglosajón. Hubiera querido incluir a escritoras de otras lenguas latinas (aparte del castellano y francés) e incluso de círculos más alejados, pero me lo ha impedido la escasez de muestras convincentes con que me he topado. El único criterio que ha presidido la siempre difícil elección (he rechazado muchos más cuentos de los que he incluido) ha sido la alternancia de asiduas al género o incontestables especialistas del mismo, como Mary Shelley, Mrs. Riddell, Elizabeth Bowen, Vernon Lee o Shirley Jackson, con otras cuya incidencia en la fantasía ha sido meramente circunstancial o colateral al resto de su obra, caso por ejemplo de George Sand, Elizabeth Gaskell, Virginia Woolf, Rosa Chacel o Muriel Spark.

El concepto que he aplicado al término fantástico ha sido bastante amplio y tal vez algún lector me reproche la inclusión dentro de él del feroz surrealismo de Leonora Carrington, o el folklorismo poético de George Sand y Sara Jewett, o la precisa prosa ilógica de Rosa Chacel. Cuestión de gusto.

En cuanto al lote español —en el que, como es sabido, no hay apenas dónde elegir (tanto por lo poco propicio que se ha mostrado nuestro país para este tipo de literatura, como por el evidente retraso en la incorporación de la mujer a la práctica habitual de la escritura)— no he tenido más remedio que prescindir de la excelsa Rosalía de Castro (la Galicia celta sería la excepción a esta supuesta impotencia de nuestros compatriotas en el campo fantástico), cuyos «cuentos extraños» (como ella

los subtitula) *El caballero de las botas azules* (1867) y *El primer loco* (1881) son más bien nouvelles, cuya extensión excede a los márgenes de este tipo de libros.

A no pocos sorprenderá la ausencia de escritoras sudamericanas. Ciertamente las ha habido y las hay excelentes, como la pionera argentina Juana Manuela Gorriti o su paisana y más actual Silvina Ocampo, por no citar, entre las contemporáneas, a la mexicana Elena Garro, la peruana Carlota Carvallo o las cubanas Esther Díaz Llanillo y María Elena Llana. Todas ellas tendrían en principio cabida en este volumen si no fuera porque, al aparecer regularmente en las numerosas antologías de sus países de origen o de prosa latinoamericana, conocen entre nosotros una difusión mayor que las dos españolas elegidas para representar a la fantasía en lengua castellana.

Por idénticas o parecidas razones he prescindido voluntariamente de reputadas especialistas del género fantástico, como Ann Radcliffe, Margaret Oliphant, May Sinclair, Edith Wharton o las actuales Angela Cárter y Lisa Tuttle. Asimismo, pese al notable acierto de sus solitarias dianas, ha sido inevitable la exclusión de ocasionales francotiradoras de gran fuste como George Eliot, Charlotte Perkins Gilman, Katherine Mansfield, Willa Cather, Richmal Crompton, Marguerite Yourcenar o Flannery O'Connor, entre otras muchas.

Una última aclaración. Los relatos siguen, arbitrariamente, un orden cronológico correlativo a la fecha de su publicación y cada uno de ellos viene precedido por una entradilla en la que se traza una breve semblanza biográfica de cada autora, detallando en lo posible la procedencia de cada escrito y las circunstancias que rodearon su gestación.

J. A. Molina Foix

La Eva fantástica

Mary W. Shelley
EL MORTAL INMORTAL

ELIMINADAS a la fuerza la mayoría de las clásicas escritoras góticas, por no frecuentar el relato breve o no haberse conservado ninguna de las escasas excepciones a la regla (caso de algún cuento extraviado de Clara Reeve), nadie mejor que Mary Wollstonecraft Shelley (1797-1851) para presidir esta antología.

Universalmente famosa por su imperecedero Frankenstein (1818), el resto de su interesante obra es apenas conocido, no solamente sus novelas autobiográficas Mathilda (escrita en 1819 aunque publicada póstumamente), Lodore (1835) y Falkner (1837), sino también sus otras novelas decididamente negras, como Valperga, or The Life and Adventures of Castruccio, Prince of Lucca (1823), The Last Man (1826) premonitoria de la ciencia-ficción al igual que su celeberrima opera prima, y The Heir of Mondolfo (1877), e incluso sus relatos, pese a que, por temática y estilo, son lo más indiscutiblemente gótico de toda su producción.

Incluido en la edición póstuma que Richard Garnett publicó en 1891 de sus Tales and Stories —junto a notables cuentos fantásticos, como «The Transformaron» o «The Dream», y otros que no lo eran, como el autobiográfico «The Parvenue»—, «The Mortal Immortal» (escrito hacia 1834) retoma el viejo mito del elixir de larga vida de los alquimistas medievales, uno de los cuales, Cornelio Agripa (citado en Frankenstein como maestro del doctor Víctor F.), desempeña un destacado papel en la trama.

EL MORTAL INMORTAL^[1]

16 de julio de 1833... He aquí una fecha de aniversario memorable para mí. ¡Ese día cumplo trescientos veintitrés años de edad!

¿El Judío Errante? Por supuesto que no. Más de dieciocho siglos han pasado sobre su cabeza. En comparación con él, soy un Inmortal muy joven.

¿Soy yo, por tanto, inmortal? Ésta es una pregunta que he estado haciéndome a mí mismo día y noche, durante trescientos tres años, sin poder contestarla todavía. Precisamente hoy he detectado un cabello grisáceo entre mis rizos oscuros... esto sin duda significa decadencia. Pero puede que ese cabello haya permanecido oculto entre mis rizos durante trescientos años... Aunque lo cierto es que algunas personas tienen el pelo totalmente blanco antes de cumplir los veinte años.

Contaré mi historia y el lector juzgará por mí. Contaré mi historia, y esto me ayudará a sobrellevar esa larga eternidad que se ha convertido en una aburrida pesadilla. ¡Para siempre! ¿Puede ser esto posible? ¡Vivir para siempre! ¡He oído hablar de sortilegios en los que las víctimas eran sumidas en un profundo sueño para despertar al cabo de cien años tan jóvenes y frescas como antes: he oído hablar de los *Siete Durmientes*, en cuyo caso el ser inmortal no resultaba tan insoportablemente pesado...! Pero el paso del tiempo que nunca termina... el tedioso paso de las horas sucediéndose en silencio, ¡sin que nada enturbie su calma! ¡Qué feliz era el Nourjahad de la fábula...! Pero volvamos a mi historia.

Todo el mundo ha oído hablar de Cornelius Agrippa. Su recuerdo es inmortal, y sus artes me hicieron tan inmortal como su recuerdo. Todo el mundo ha oído hablar también de aquel discípulo suyo que, inconscientemente, convocó al enemigo en ausencia de su maestro, y fue destruido por él. Verdadera o falsa, la noticia de este accidente le causó muchos problemas al renombrado filósofo. Todos sus discípulos le abandonaron, y sus sirvientes desaparecieron. Se quedó sin nadie que alimentase el fuego de sus chimeneas, siempre encendidas mientras dormía, o que vigilase los cambiantes colores de sus pócimas mientras estudiaba. Los experimentos le fallaban uno tras otro, porque un solo par de manos era insuficiente para completarlos: los malos espíritus se reían de él por no ser capaz de retener a un solo mortal a su servicio.

Yo era entonces muy joven, muy pobre, y estaba muy enamorado. Durante cosa de un año había sido discípulo de Cornelius, aunque me hallaba ausente cuando el accidente tuvo lugar. A mi vuelta, mis amigos me suplicaron que no volviese a la morada del alquimista. Me estremecí al escuchar la siniestra historia que me contaron. No necesité un segundo aviso... Cuando Cornelius me ofreció una bolsa de oro si accedía a permanecer bajo su techo, me sentí como si el mismísimo Satán estuviese tentándome. Me castañetearon los dientes y se me pusieron los pelos de punta. Eché a correr tan aprisa como me lo permitieron mis temblorosas rodillas.

Mis inseguros pasos me llevaron al lugar que había visitado cada atardecer durante los últimos dos años: una saltarina fuente de pura agua viva, tras la que aguardaba una joven de negros cabellos cuyos ojos resplandecientes se hallaban clavados en el sendero que yo acostumbraba a recorrer. No puedo recordar la hora en que aún no amaba a Bertha. Habíamos sido vecinos y compañeros de juegos durante la infancia —sus padres, como los míos, eran humildes pero respetables— y nuestro cariño había sido una gran satisfacción para ellos. Unas fiebres malignas acabaron en mala hora primero con su padre y luego con su madre, y Bertha se quedó huérfana. Hubiese encontrado un hogar bajo mi techo paterno, pero, por desgracia, la solitaria y vieja dama del cercano castillo, rica y sin descendencia, decidió adoptarla. A partir de ese momento Bertha vistió trajes de seda, habitó un palacio de mármol, y se convirtió en alguien altamente favorecido por la fortuna. Pero en su nueva situación y entre sus nuevas amistades se mantuvo siempre fiel al amigo de sus días humildes; visitaba a menudo la cabaña de mis padres y, cuando se le prohibía acercarse allí, solía vagar por el bosque cercano y encontrarse conmigo junto a su umbrosa fuente.

Ella declaraba a menudo que los sacrosantos lazos que nos unían estaban muy por encima de sus deberes para con su nueva protectora. Pero a pesar de ello yo era demasiado pobre para casarme, y poco a poco Bertha fue cansándose de sufrir por mi causa. Su espíritu altivo e impaciente se enfurecía ante los obstáculos que impedían nuestra unión. Al encontrarnos de nuevo tras mi ausencia se mostró obsesionada y dolida, quejándose amargamente y llegando a reprocharme el ser pobre. Yo le repliqué apresuradamente:

—¡Soy pobre pero honesto! ¡Si no lo fuese, podría hacerme rico con facilidad!

Esta exclamación provocó un millar de preguntas. Yo temía asustarla confesándole la verdad, pero me obligó a hablar, y entonces, dirigiéndome una desdeñosa mirada, dijo:

—¡Pretendes amarme y te asusta enfrentarte con el Diablo por mi causa!

Protesté diciéndole que sólo había temido ofenderla y escandalizarla, mientras ella se complacía en imaginar la magnitud de la recompensa que se me había ofrecido. De este modo, animado —y avergonzado— por ello, impulsado por el amor y la esperanza y riéndome de mis pasados temores, me dirigí con paso rápido y corazón alegre a la morada del alquimista para aceptar su oferta, e inmediatamente me encontré instalado en mi antiguo lugar de trabajo.

Pasó todo un año y me encontré en posesión de una suma de dinero nada insignificante. La costumbre había disipado mis temores. A pesar de la vigilancia más estricta, no detecté nunca la huella de un macho cabrío, ni el estudioso silencio de nuestra morada fue jamás perturbado por aullidos demoníacos. Continuaba viendo a Bertha escondidas, y la Esperanza brillaba en mi horizonte... La Esperanza, pero no la alegría perfecta, ya que Bertha sostenía caprichosamente que el amor y la seguridad eran sentimientos enemigos y se complacía en enfrentarlos en mi pecho. Aunque de corazón fiel, era algo frívola en su comportamiento, y yo era celoso como

un turco. Ella me hacía objeto de mil desdenes, aunque nunca reconocía su equivocado comportamiento: me volvía loco de ira, y entonces me forzaba a suplicar su perdón. Me quería rendido a sus pies, y cuando no era así siempre tenía a punto alguna historia sobre un rival al que su protectora favorecía. Se hallaba rodeada de jóvenes vestidos de seda, ricos y alegres. ¿Qué posibilidades podía tener el discípulo de Cornelius, pobremente vestido, comparado con ellos?

En una ocasión el filósofo me exigió que le dedicase todo mi tiempo, hasta el punto de que me fue imposible verla como ella deseaba. Cornelius se hallaba totalmente dedicado a un poderoso experimento, y yo me veía forzado a permanecer despierto día y noche alimentando sus hornos y vigilando sus preparaciones químicas. Bertha esperó en vano que yo apareciese por la fuente del bosque. Su espíritu altivo se rebelaba ante aquel supuesto abandono, y cuando por fin pude escaparme a hurtadillas durante los pocos momentos que se me concedían de descanso, corriendo a su lado para que me consolase, me recibió con desdén, me despidió con desprecio, y juró que se entregaría a cualquier hombre antes que entregarse a aquel que no podía estar en dos lugares a la vez por su causa. ¡Estaba dispuesta a vengarse! Y por cierto que lo hizo. En mi oscuro refugio me enteré de que había estado cazando con Albert Hoffer, uno de los preferidos de su protectora. Los vi pasar a caballo ante mi ventana que vomitaba humo. Me pareció que mencionaban mi nombre, y que a continuación sonaba una risita, mientras sus ojos oscuros lanzaban una despreciativa mirada hacia mi ventana.

Los celos, con todo su veneno y todas sus miserias, hicieron presa en mi corazón. Ora derramaba un torrente de lágrimas, pensando que ya nunca podría llamarla mía, ora la imprecaba con una maldición tras otra por su inconstancia. Y entretanto debía alimentar y renovar los hornos del alquimista, y vigilar las alteraciones de sus ininteligibles pócimas.

Cornelius había permanecido expectante y con los ojos abiertos durante tres días y tres noches. El proceso que tenía lugar en los alambiques era más lento de lo previsto: a pesar de su ansiedad el sueño le pesaba sobre los párpados. Una y otra vez se sacudía la somnolencia con una energía sobrehumana; una y otra vez esa somnolencia se apoderaba de sus sentidos. Contemplaba anhelante los crisoles, murmurando:

—Todavía no está a punto. ¿Pasaré otra noche antes de que mi obra se realice? Winzy, muchacho, tú estás alerta, tú me eres fiel... tú has dormido durante la última noche... Contempla ese recipiente de cristal. El líquido que contiene es de un suave color rosado: en el momento en que empieza a cambiar de matiz, despiértame. Hasta entonces, cerraré los ojos. Primero adquirirá un color blanquecino, y luego emitirá rayos dorados... Pero no esperes hasta entonces: en cuanto el color rosado se desvanezca, despiértame.

Murmuró las últimas palabras en sueños, por así decirlo, de modo que apenas pude oírlas. Pero ni siquiera entonces se dejó vencer totalmente por la naturaleza.

—Winzy, muchacho —dijo de nuevo—, no toques el recipiente... no te lo lleves a los labios. Es un filtro... un filtro para curar el amor... dejarías de amar a tu Bertha... ¡No se te ocurra beberlo!

Y se quedó dormido. Su cabeza venerable se desmoronó sobre su pecho y apenas pude percibir su respiración. Durante unos pocos minutos contemplé el recipiente... el matiz rosado del líquido no sufrió ningún cambio. Luego mis pensamientos empezaron a vagar, volviendo a la fuente del bosque y deteniéndose en mil escenas encantadoras que nunca se repetirían... ¡Nunca! Serpientes y culebras se apoderaron de mi corazón mientras la palabra *nunca* se formaba a medias en mis labios. ¡Bertha era falsa... falsa y cruel! Nunca volvería a sonreírme a mí como aquella noche le había sonreído a Albert. ¡Despreciaba a aquella mujer detestable! Yo me encargaría de vengarme a mí mismo... Bertha vería a Albert expirar a sus pies; ella misma perecería bajo el peso de mi fuerza vengadora. Había sonreído, desdeñosa y triunfante... Conocía mi infelicidad, conocía su poder sobre mí. Pero en realidad, ¿qué poder tenía ella? El poder de provocar mi odio... mi más absoluto desprecio... mi... ¡oh, todo menos la indiferencia! Si yo pudiese conseguir... Si yo pudiese contemplarla con indiferencia, transfiriendo mi amor rechazado a una mujer más bella y más digna de él... ¡Aquello sería verdaderamente una victoria!

Como un dardo, un brillante rayo de luz cruzó ante mis ojos. ¡Había olvidado la pócima del adepto! La contemplé fijamente con asombro: rayos de admirable belleza, más brillantes que los que emite el diamante cuando lo atraviesan los rayos del sol, surgían de la superficie del líquido; la fragancia que despedía era tan embriagadora que casi me dejó sin sentido; el recipiente parecía un globo vivido y radiante, de aspecto tan atractivo para la vista como para el gusto. El primer pensamiento que me embargó, primario e instintivo, fue: «Quiero... Tengo que beber». Alcé el recipiente hasta mis labios. «¡Me curaré del amor... de la tortura!» Había bebido ya a grandes tragos el más delicioso licor que el paladar humano haya probado jamás, cuando el filósofo se agitó despertando de su sueño. Me sobresalté dejando caer el recipiente... El fluido se inflamó deslizándose por el pavimento, mientras yo sentía que Cornelius me agarraba por el cuello dando grandes gritos:

—¡Desgraciado! ¡Has destrozado la obra de mi vida!

El filósofo no se apercibió en absoluto de que yo hubiera bebido ni una gota de su droga. Su impresión —a la que yo asentí tácitamente— fue que yo había tomado el recipiente por curiosidad, y que, asustado por su resplandor, por los rayos de luz intensa que despedía, lo había dejado caer. Nunca lo saqué de su error. El fuego de la pócima fue apagándose, la fragancia disolviéndose en el aire... Cornelius recobró la calma que un filósofo debe conservar bajo las más severas pruebas, y me mandó a descansar.

No intentaré describir el sueño de gloria y bienaventuranza en que quedó sumergida mi alma, el paraíso que habité durante las horas restantes de aquella noche memorable. Las palabras serían un pálido reflejo de la felicidad, o de la alegría, que

poseía mi pecho cuando me desperté. Me sentía flotar en el aire, mis pensamientos no eran de este mundo. La tierra parecía ser el cielo, y el gozo me embargaba hasta el éxtasis.

«Esto es el estar curado de amor», pensé. «Veré hoy mismo a Bertha, para que se percate de mi frialdad e indiferencia. Me encontrará demasiado feliz para tratarla con desdén, pero absolutamente indiferente ante ella.»

Las horas se sucedieron a paso de danza. El filósofo, seguro de que si lo había conseguido una vez podría conseguirlo de nuevo, empezó a trabajar una vez más en su experimento. Se encerró con sus libros y sus drogas y yo tuve el día libre. Me vestí con esmero, contemplándome en un viejo escudo muy bruñido que me servía de espejo, y pensé que mi aspecto había mejorado de un modo maravilloso. Me apresuré más allá del recinto de la ciudad, con la alegría en el alma y la belleza del cielo y la tierra a mi alrededor.

Dirigí mis pasos hacia el castillo... Podía contemplar sus altivos torreones con el corazón ligero, porque ahora estaba curado de amor. Mi Bertha me divisó desde la lejanía, mientras avanzaba por la avenida. No sé qué repentino impulso animó su pecho, pero al verme bajó la escalinata de mármol con paso ligero, como de cervatillo, dirigiéndose hacia mí. Pero yo había sido divisado por otra persona. La vieja bruja de alta cuna, que se consideraba su protectora y era su tirana, me había divisado también. Desde lo alto de la escalinata, jadeante y arrastrando su cojera mientras un paje, tan feo como ella, le llevaba la cola y la abanicaba, se precipitó hacia mi bella Bertha para detenerla con un:

—¿Qué atrevimiento es ése, mi bella damita? ¿A dónde te diriges con tanta prisa? ¡Vuelve a tu jaula, que los halcones acechan en el exterior!

Bertha se retorció las manos con los ojos fijos todavía en mi persona. Me di cuenta del conflicto. ¡Cómo detestaba a aquella vieja arpía que frenaba los impulsos del amante corazón de mi Bertha! Hasta entonces el respeto por su rango me había impulsado a evitar a la señora del castillo, pero ahora tan triviales consideraciones me parecían desdeñables. Curado de amor, me sentía muy por encima de todos los temores humanos, de modo que me apresuré a avanzar hasta la escalinata. Bertha estaba bellísima, sus ojos centelleaban, sus mejillas se encendían de ira e impaciencia, su aspecto era más encantador que nunca. Yo ya no la amaba... ¡Oh, no! ¡Yo la adoraba... la veneraba... la idolatraba!

Aquella mañana había sido conminada, con una vehemencia superior a la usual, a decidirse por un inmediato casamiento con mi rival. Se le había reprochado el haberle dado esperanzas, y había sido amenazada con ser expulsada del castillo para hundirse en la desgracia y en la vergüenza. Su orgulloso espíritu se levantó en armas ante la amenaza, pero al recordar el desprecio con que me había tratado, y pensar que quizá había perdido a alguien a quien ahora consideraba como su único amigo, lloró de rabia y remordimiento. En aquel momento aparecí yo.

—¡Oh Winzy! —exclamó—. ¡Llévame a la cabaña de tus padres! Quiero

abandonar cuanto antes los lujos de esta noble mansión que me hace desgraciada... ¡Llévame a la pobreza y a la felicidad!

La estreché en mis brazos transportado de dicha. La vieja dama se quedó sin palabras, presa de furia, y sólo estalló en invectivas cuando nos hallábamos ya de camino hacia mi casa natal. Mi madre recibió con ternura y alegría a la bella fugitiva, que había escapado de una jaula de oro en busca de la naturaleza y la libertad; mi padre, que sentía cariño por ella, la acogió de todo corazón. Fue un día de alegría, en el que no necesité de la poción celestial del alquimista para sentirme embargado de gozo.

Poco después de aquel día pleno de acontecimientos me convertí en el marido de Bertha. Dejé de trabajar como discípulo de Cornelius, pero continué siendo su amigo. Siempre sentí agradecimiento hacia él por haberme procurado, sin ser consciente de ello, aquel delicioso trago de un elixir divino que, en vez de curarme de amor (¡triste cura, solitario remedio para unos males que en el recuerdo parecen bendiciones!), me había dado el coraje y la resolución necesaria para conquistar para mí aquel tesoro inestimable que era Bertha.

Yo recordaba a menudo, con asombro, aquellos momentos de ebriedad tan parecidos al éxtasis. El bebedizo de Cornelius no había servido para lo que él afirmaba que había sido preparado, pero sus efectos habían sido más poderosos y embriagadores de lo que las palabras podrían expresar. Habían ido desapareciendo paulatinamente, pero habían permanecido lo suficiente como para teñir la vida con matices de esplendor. Bertha se sentía a menudo desconcertada ante mi desacostumbrada alegría y ligereza de corazón, ya que, antes de aquello, yo había sido bastante serio, incluso triste. Me quiso aún más por mi temperamento optimista, y nuestros días transcurrieron en transportes de alegría.

Cinco años más tarde fui repentinamente requerido para acudir a la cabecera del agonizante Cornelius. Me había mandado llamar con urgencia, conjurando mi presencia inmediata. Lo encontré yacente en su lecho, debilitado casi hasta la muerte; toda la vida que le quedaba se hallaba concentrada en sus ojos penetrantes, que mantenía fijos en un recipiente de cristal repleto de un líquido rosáceo.

—¡Contempla la vanidad de las aspiraciones humanas! —dijo con voz rota y profunda—. Por segunda vez mis esperanzas, a punto de verse coronadas por el éxito, han sido destruidas. Contempla ese licor... es igual al que preparé hace cinco años, como recuerdas, con el mismo resultado... Entonces, como ahora, mis labios sedientos anhelaban probar el elixir inmortal... ¡Tú me lo impediste! Y ahora es demasiado tarde.

Hablaba con dificultad y no tardó en desmoronarse de nuevo sobre la almohada. No pude evitar el decir:

—Reverenciado maestro, ¿cómo podría una cura de amor devolverte la vida...?

Una tenue sonrisa iluminó su rostro mientras yo escuchaba con atención su escasamente inteligible respuesta:

—¡Una cura de amor y de todo lo demás...! ¡El elixir de la Inmortalidad! ¡Ah, si ahora pudiese beberlo, viviría para siempre!

Mientras hablaba, un dorado resplandor emanó del fluido y una fragancia que yo recordaba muy bien impregnó el aire. Como si una fuerza milagrosa se hubiese apoderado de él, Cornelius, a pesar de lo débil que se encontraba, se incorporó extendiendo la mano... Una fuerte explosión me sobresaltó. ¡El elixir acababa de estallar como un rayo de fuego, y el recipiente que lo contenía se había desintegrado hasta convertirse en átomos! Volví los ojos hacia el filósofo, que se había reclinado de nuevo con los ojos vidriosos, las facciones rígidas... ¡Estaba muerto!

¡Pero yo estaba vivo, y debía vivir para siempre! Así lo había afirmado el infortunado alquimista, y durante unos pocos días creí en sus palabras. Recordé la gloriosa intoxicación que había experimentado tras el robo del elixir, reflexionando sobre el cambio que se había producido tanto en mi aspecto físico como en mi espíritu: la vibrante elasticidad del primero, la exaltada ligereza del segundo... Me inspeccioné atentamente ante el espejo sin poder descubrir cambio alguno en mis facciones... ¡Y habían transcurrido cinco años! Recordé los radiantes matices y el aroma embriagador de aquel delicioso brebaje, sin duda a la altura del don que era capaz de conceder... ¡Yo era, por tanto, INMORTAL!

Unos días más tarde me reía de mi propia credulidad. El viejo proverbio de que «nadie es profeta en su tierra» era cierto en lo que a mí maestro se refería. Yo le apreciaba como hombre y respetaba como sabio, pero dudaba mucho de que pudiese convocar los poderes de las tinieblas, y me reía de los supersticiosos temores que despertaba en las gentes vulgares. Había sido un gran filósofo, pero no había tenido relación con más espíritus que los que se hallan revestidos de carne y sangre. Su ciencia había sido simplemente humana; y la ciencia humana, según me convencí pronto a mí mismo, no podría conquistar nunca las leyes de la naturaleza hasta el punto de aprisionar para siempre el alma en el interior de su habitación carnal. Cornelius había conseguido una bebida que refrescaba el alma, más intoxicante que el vino, más dulce y fragante que cualquier fruta... Una bebida que probablemente poseía fuertes poderes medicinales, infundiendo alegría al corazón y vigor a los miembros... Pero esos efectos irían extinguiéndose, debilitándose... Me parecía notarlo ya en mi propio aspecto. Podría considerarme afortunado por haber conseguido salud y buen humor, y quizá una larga vida, gracias a mi Maestro, pero mi suerte terminaba allí: la longevidad era algo muy distinto de la inmortalidad.

Cultivé esta creencia durante muchos años. A veces una sospecha se apoderaba de mí: ¿estaba el alquimista realmente equivocado? Pero mi convicción habitual era que correría la suerte de todos los hijos de Adán cuando me llegase la hora... Quizá un poco más tarde que el resto de los mortales, pero de todas formas a una edad natural. Y no obstante lo cierto era que yo conservaba un aspecto maravillosamente juvenil. Fui objeto de burlas por mi vanidad al consultar el espejo tan a menudo, pero lo consultaba en vano: mi frente se mantenía tersa, mis mejillas, mis ojos, toda mi

persona conservaba la frescura y lozanía de mis veinte años.

Empecé a preocuparme. Contemplaba la marchita belleza de Bertha... Yo parecía su hijo. Poco a poco nuestros vecinos empezaron a hacer observaciones similares, y al final descubrí que me apodaban el *discípulo embrujado*. La misma Bertha empezó a sentirse incómoda y celosa, y a la larga empezó a cuestionarme. No teníamos hijos, lo éramos todo el uno para el otro, y, aunque a medida que envejecía su vivacidad de otros tiempos rozaba el mal humor, y su belleza disminuía tristemente, yo la amaba en mi corazón como la mujer a la que había idolatrado, la esposa a la que había buscado y conquistado con el amor más perfecto.

Al final nuestra situación se hizo intolerable: Bertha tenía cincuenta años y yo veinte. En mi vergüenza, yo había adoptado hasta cierto punto los hábitos de una edad más avanzada; ya no me mezclaba, en la danza, con los alegres jóvenes, pero mi corazón volaba hacia ellos mientras trataba de poner freno a mis pies. Pero antes de esa época las cosas se alteraron: fuimos universalmente rechazados, pues corrió el rumor de que, por lo menos yo, había mantenido una inicua relación con alguno de los supuestos amigos de mi antiguo maestro... La pobre Bertha fue compadecida, pero abandonada a su soledad. A mí se me contemplaba con horror y repulsa.

¿Qué podíamos hacer? Nos lo preguntábamos sentados junto al fuego invernal... La pobreza se había hecho sentir, pues nadie quería ya comprar los productos de mi granja; a menudo me había visto forzado a desplazarme más de treinta millas, a algún lugar donde no se me conociese, para llevar a cabo mis transacciones. Ciertamente que habíamos ahorrado algo para los malos tiempos... Y los malos tiempos habían llegado.

Allí estábamos, sentados frente a aquel fuego solitario, el joven de corazón viejo y su avejentada esposa. Bertha insistió de nuevo en conocer la verdad, recapituló todo lo que había oído decir sobre mí, y añadió sus propias observaciones. Me conjuré para que me librase del maleficio, insistiendo en que los cabellos grises resultaban mucho más atractivos que mis rizos castaños, y alabando el respeto y la consideración que se le debía a la edad avanzada... ¡tan preferible a la poca consideración con que se trataba a los menores! ¿Acaso imaginaba yo que los despreciables dones de la juventud, como mi aspecto atractivo, me servirían para librarme de la desgracia, el odio y el rechazo? No, al final sería llevado a la hoguera como practicante de magia negra, mientras ella, a quien yo no me había dignado comunicar la más mínima parte de mi buena suerte, podría ser lapidada como cómplice. A la larga insinuó que yo debía compartir mi secreto con ella, y procurarle los beneficios de que disfrutaba, o de lo contrario me denunciaría... Y entonces estalló en lágrimas.

Al sentirme acorralado me pareció que lo mejor que podía hacer era decirle la verdad. Se la revelé tan suave y tiernamente como me fue posible, hablando únicamente de una *vida muy larga*, no de la inmortalidad... Esta afirmación coincidía en realidad con mis propias convicciones. Cuando terminé me puse en pie y dije:

—¿Y ahora, mi querida Bertha, denunciarás al amante de tu juventud? Estoy seguro de que no lo harás. Pero es demasiado duro que tú, mi pobre esposa, tengas que seguir sufriendo por mi mala suerte y por las malas artes de Cornelius. Voy a dejarte. Tienes riquezas suficientes, y los amigos volverán a aparecer en cuanto se enteren de mi ausencia. Me iré de aquí. Con mi aspecto fuerte y juvenil puedo trabajar y ganarme el pan entre extraños, sin darme a conocer y sin despertar ninguna sospecha. Te amé en tu juventud... Dios es testigo de que no te hubiese dejado nunca, pero tu felicidad y tu propia seguridad lo requieren.

Cogí el sombrero y me dirigí a la puerta; en un momento los brazos de Bertha rodearon mi cuello y sus labios presionaron los míos.

—No, mi querido Winzy, mi marido, no te irás solo —dijo—. Llévame contigo. Dejaremos este lugar y, como tú dices, entre extraños no despertaremos ninguna sospecha y nos sentiremos seguros. No soy tan vieja como para avergonzarte... Me atrevo a decir que el maleficio pronto terminará, y, con la bendición de Dios, irás envejeciendo y adquiriendo el aspecto conveniente. No quiero que me dejes.

Le devolví el abrazo de todo corazón.

—No te dejaré, Bertha, sólo por tu bien había pensado hacerlo. Seré un marido fiel mientras quieras permanecer a mi lado, y cumpliré mi compromiso contigo hasta el final.

Al día siguiente nos preparamos secretamente para la partida. Nos vimos obligados a hacer grandes sacrificios pecuniarios... Era inevitable. Reunimos una suma suficiente para mantenernos, por lo menos, mientras Bertha viviese, y, sin despedirnos de nadie, abandonamos nuestro país natal para buscar refugio en un remoto lugar del oeste de Francia.

Fue realmente cruel el trasladar a la pobre Bertha desde el pueblo y los amigos de su juventud a un nuevo país, a una nueva lengua, a unas nuevas costumbres. El extraño secreto de mi destino hacía que ese traslado no tuviese ninguna importancia para mí, pero sentía una profunda compasión por ella, y me alegré al comprobar que encontraba compensación para sus penas en un variado conjunto de pequeños detalles ridículos. Lejos de todos aquellos chismes y habladurías, trató de borrar la aparente disparidad de nuestras edades respectivas por medio de un millar de artes femeninas: un poco de colorete, vestidos alegres y desenfadados, modales deliberadamente juveniles... Yo no podía enfadarme. ¿Acaso yo mismo no llevaba una máscara? ¿Iba a enfadarme con ella simplemente porque la suya resultase menos efectiva? Me dolía profundamente el recordar que aquélla era mi Bertha, a la que había amado con pasión y a la que había conquistado con entusiasmo... la joven de ojos negros y rizos oscuros, de sonrisa tentadora y movimientos de cervatillo... convertida en una vieja celosa, cuya afectada y melindrosa sonrisa parecía una mueca. Hubiese respetado sus rizos entrecanos y sus mejillas marchitas... ¡Pero no aquello! Era mi obra, lo sabía, pero no por eso dejé de deplorar aquella muestra de la debilidad humana.

Sus celos no descansaban nunca. Su ocupación principal era la de descubrir que, a

pesar de mi apariencia, yo también estaba haciéndome viejo. Era capaz de detectar arrugas en mi rostro y decrepitud en mi modo de andar mientras yo avanzaba a grandes zancadas con vigor juvenil, como el más joven entre los jóvenes. Nunca me atreví a dirigirme a otra mujer. En cierta ocasión, imaginando que la bella del lugar me miraba con buenos ojos, me obsequió con una peluca de pelo canoso. No se cansaba de comentar entre sus amistades que a pesar de mi juvenil apariencia los años me corroían por dentro, y afirmaba que el peor de los síntomas era mi aparente salud. Mi juventud era una enfermedad, afirmaba, y yo debía estar preparado para una muerte repentina y terrible, o, por lo menos, para despertarme una mañana con todos los cabellos blancos y encorvado bajo el peso de la vejez. La dejaba hablar y a veces participaba en sus conjeturas. Sus amenazadoras palabras se unían a mis incesantes especulaciones sobre mi situación, de modo que escuchaba con auténtico interés todo lo que su rápido ingenio y su exaltada imaginación eran capaces de profetizar, por doloroso que fuera.

¿Para qué detenernos en tan prolijos detalles? Vivimos juntos durante muchos y largos años. Bertha llegó a estar paralizada y confinada en su lecho; yo la cuidé como una madre cuidaría a su hijo. Se le agrió el carácter y una sola cosa la obsesionó hasta el final: ¿cuánto tiempo podría yo sobreviviría? El hecho de haber cumplido escrupulosamente mis deberes para con ella fue siempre una fuente de consuelo para mí. Había sido mía en su juventud, era mía en su vejez. Y cuando al fin cubrí de tierra su ataúd, lloré al darme cuenta de que había perdido todo lo que realmente me unía a la humanidad.

¡Cuántos han sido mis temores y preocupaciones desde entonces, cuán pocas y vacías mis alegrías! Voy a hacer aquí una pausa, no voy a continuar mi historia. Un marinero sin timón, ni brújula, arrojado a un mar tempestuoso... Un viajero extraviado en un inmenso erial, sin un signo o una piedra para guiarlo... Eso es lo que yo he sido, el más perdido y desesperanzado de los hombres. Un barco que se aproxima, un rayo de luz de una cabaña lejana, pueden representar la salvación para los demás. Pero yo no tengo otro faro que la esperanza de la muerte.

¡La Muerte! ¡Esa misteriosa, desagradable amiga de la débil humanidad! ¿Por qué, entre todos los mortales, me has arrojado a mí lejos de tu manto protector? ¡Oh, por la paz de los sepulcros, por el profundo silencio de los panteones! ¡Ojalá este pensamiento dejase de atormentar mi cerebro, y mi corazón dejase de latir y agitarse por emociones cuya única variante son nuevas formas de tristeza!

¿Soy yo inmortal? Vuelvo a mi primera pregunta. En primer lugar, ¿no es más probable que el brebaje del alquimista garantizase la longevidad más que la vida eterna? Ésa es mi esperanza. Y además hay que recordar que solo bebí la *mitad* de la pócima. ¿Acaso no era necesario beberla en su totalidad para completar el maleficio? El haber consumido la mitad del Elixir de la Inmortalidad significa ser sólo medio-inmortal... Mi *Para siempre* carece, pues, de sentido.

Pero por otro lado, ¿quién sería capaz de contar los años de la *mitad* de la

eternidad? A mi modo trato de imaginar por qué extraña regla podría dividirse el infinito. A veces me imagino que la edad se apodera de mí... Me he detectado un cabello grisáceo. ¡Loco, por qué te lamentas! Sí, el miedo a la vejez y a la muerte con frecuencia se desliza fríamente en mi corazón, y, cuanto más vivo, más temo a la muerte, incluso abominando de la vida. El hombre, nacido para perecer, se convierte en un enigma cuando lucha, como yo, contra las leyes de la naturaleza.

A no ser por estos anómalos sentimientos probablemente podría morir: la medicina del alquimista no resistiría el fuego, la espada, o las aguas devoradoras. He contemplado las azules profundidades de más de un lago sereno, y la tumultuosa corriente de más de un río poderoso, diciéndome a mí mismo: la paz habita estas aguas... Pero he dado media vuelta, para vivir todavía un día más. Me he preguntado si el suicidio sería un crimen tratándose de alguien ante quien sólo así podrían abrirse las puertas del otro mundo. He hecho toda clase de cosas, excepto presentarme como soldado o duelista, rechazando así la destrucción de mis congéneres los mortales... Pero no son mis congéneres. El inextinguible poder de la vida en mí, y su efímera existencia, nos sitúan en polos diametralmente opuestos. No podría levantar la mano ni contra el más despreciable ni contra el más poderoso de todos ellos.

De este modo he ido viviendo durante muchos años, solo y harto de mí mismo, deseando la muerte pero sin poder morir. Un mortal inmortal. Ni la ambición ni la avaricia pueden penetrar en mi mente, y el amor ardiente que atenaza mi corazón, y que nunca podrá encontrar un igual que le corresponda, existe sólo como una forma de tormento.

Este mismo día he concebido un proyecto por medio del cual podría acabar con todo ello, sin degollarme a mí mismo, sin convertir en Caín a otro hombre... Una expedición a la que un mortal nunca podría sobrevivir, ni siquiera con la juventud y la fuerza que me poseen. De este modo pondré a prueba mi inmortalidad, y descansaré para siempre... o bien regresaré para convertirme en el asombro y el benefactor del género humano.

Antes de partir, una inconfesable vanidad me ha impulsado a escribir estas páginas. No quiero morir sin dejar rastro. Tres siglos han pasado desde que consumí el brebaje fatal: no pasará otro año antes de que, enfrentándome a peligros gigantescos —luchando contra los poderes de la congelación en su propio terreno—, acosado por el hambre, el cansancio y la tempestad, tenga que entregar este cuerpo —prisión demasiado tenaz para un alma sedienta de libertad— a los elementos destructivos del aire y del agua. O bien, si sobrevivo, mi nombre será recordado como uno de los más famosos entre los hijos de los hombres; y, una vez haya ultimado mi tarea, tomaré medidas eficaces, esparciendo y aniquilando los átomos que componen mi apariencia carnal para poner en libertad la vida aprisionada en su interior, a la que tan cruelmente se le impide el elevarse desde esta tierra, oscura e indistinta, a una esfera más acorde con su esencia inmortal.

Mrs. Crowe
EL RELATO DEL OFICIAL HOLANDÉS

NACIDA en Borough Green (Kent), pero establecida en Edimburgo a raíz de su matrimonio con el coronel Crowe, Catherine Stevens (1790-1872) fue una renombrada escritora victoriana autora de dramas, libros para niños y varias novelas. Sin embargo, hoy en día es recordada únicamente por sus narraciones sobrenaturales y sus estudios sobre espiritismo y ocultismo, recogidos en el volumen Spiritualism and the Age We Live (1859).

Entre sus colecciones de relatos fantásticos —que contienen gran parte de material no ficticio de origen alemán, fruto de sus arduas investigaciones en el campo de lo sobrenatural, causantes al parecer del corto período de insania que padeció en sus últimos años— destacan The Night Side of Nature (1848), Light and Darkness (1850) y Ghosts and Family Legends (1858).

De la primera de esas antologías —de referencia obligada como prueba Fitz-James O'Brien en su excelente cuento «What Was It?» (1859), donde desempeña un destacado papel— se ha extraído el relato aquí seleccionado «The Dutch Officer's Story», el cual presenta, bajo la apariencia de una historia verídica contada a la escritora británica por un militar amigo, un típico cuento de fantasmas, ciertamente novedoso en cuanto a la naturaleza del espectro aparecido y sobre todo a su peculiar misión entre los vivos, y cuyo efectivo e imprevisto desenlace implica incluso una moraleja.

EL RELATO DEL OFICIAL HOLANDES^[2]

—VAYA, creo que no hay cobardía mayor que el miedo a admitir la verdad —dijo la bella Madame de B., una inglesa casada con un distinguido oficial holandés.

—¿De verdad se aventura usted a acusar al General de cobardía? —preguntó Madame L.

—Sí —dijo Madame de B.—, le pedí que narrara a Mrs. Crowe una historia de fantasmas, de la que él mismo fue testigo, y se burló, aunque antes de nuestra boda, y también después, me la había contado, diciendo que él nunca habría podido creer semejante cosa si no la hubiese visto con sus propios ojos.

Mientras la mujer hacía esta breve declaración, el marido tenía el aire de quien se siente acusado de estar metiendo su mano en bolsillo ajeno, *il perdait contenance*, más bien.

—Mírelo —decía la señora—. ¿No le ve usted la culpa en la cara, Mrs. Crowe?

—Sin duda —respondí—; una rastreadora de historias de fantasmas tan experimentada como yo no puede equivocarse ante los síntomas. Siempre compruebo que cuando las circunstancias son sólo rumores y le han ocurrido a no se sabe quién, la gente está muy dispuesta a contarlas; cuando le han sucedido a alguien de la propia familia, son bastante menos comunicativos y sólo lo cuentan protestando; pero cuando el narrador mismo es la parte implicada, es la cosa más difícil que se pueda imaginar inducirle a relatar el hecho con seriedad y en detalle; siempre te dice que se le ha olvidado todo y que no se lo cree; como prueba de su incredulidad fingen reírse del asunto. Si el General me cuenta esa historia, lo tomaré como una prueba de valor más decisiva que cualquiera que haya dado en el campo de batalla.

Entre bromas y razonamientos persuasivos, logramos nuestra finalidad y el General comenzó a hablar de esta manera:

—Ya saben ustedes que la rebelión belga —siempre la llamaba así— tuvo lugar en 1830. Estalló en Bruselas el 28 de agosto y de inmediato nosotros avanzamos con una considerable fuerza para atacar la ciudad; pero como el Príncipe de Orange esperaba poner al pueblo en razón sin derramamiento de sangre, acampamos en Vilvorde, en tanto que él entraba solo en Bruselas, para buscar un acuerdo con el pueblo en armas. Yo era por entonces teniente coronel y comandaba el 20.º de infantería, regimiento al que había sido destinado poco antes.

»Habíamos estado tres o cuatro días acantonados cuando oí que dos hombres, que estaban cavando un pequeño desagüe detrás de mi tienda, hablaban de Jokel Falck, un soldado del regimiento que era conocido por su extraordinaria proclividad a la somnolencia. Uno de ellos comentaba que sin duda Falck habría tenido problemas por estar dormido en su puesto la noche anterior, si no hubiese sido por Mungo.

»—No sé cuántas veces le ha salvado —agregó.

»A lo que el otro respondió que Mungo era un amigo excelente y que había

librado a más de uno de algún castigo.

»Ésa era la primera vez que yo oía hablar de Mungo y me pregunté quién sería la persona a la que se referían, pero la conversación se borró de mi mente y no pensé en preguntárselo a nadie.

»Poco después de esto salía yo de ronda, ya que era el oficial al mando ese día, cuando vi a la luz de la luna que el centinela de uno de los puestos de guardia estaba tumbado en el suelo. Me hallaba a cierta distancia en el momento en que percibí la sombra y deduje de qué se trataba tan sólo porque advertí el brillo de su equipo; pero casi al mismo tiempo en que le descubrí, observé que un perro de Terranova, grande y negro, trotaba hacia él. El hombre se incorporó cuando el perro se aproximaba y ya estaba de pie antes que yo llegase a su puesto. Todo eso sucedió en el espacio de unos dos minutos, quizá menos.

»—Estabas dormido en tu puesto —le dije, y volviéndome al ordenanza de caballería que me servía como asistente, le ordené que fuese a buscar a alguien de la guardia para arrestar a aquel hombre y que enviase un centinela de relevo.

»—*Non, mon coronel* —dijo el infractor, y por la forma en que hablaba comprendí que estaba ebrio—, es por culpa de ese *damné* Mungo. *II m'a manqué*.

»Pero yo no presté atención a lo que me decía y seguí adelante en mi caballo, pensando que *Mungo* era algún término de la jerga de los soldados para referirse a la bebida.

»Algunas noches después de esto, volvía yo cabalgando desde el cuartel de mi hermano, que estaba en el 15.º, acampado a una milla de nosotros, cuando vi al mismo perro que ya había visto antes trotando hacia un centinela, quien, con las piernas cruzadas, se apoyaba contra un muro. El hombre se sobresaltó y comenzó a caminar arriba y abajo, cumpliendo con su ronda. Reconocí al perro por una ancha franja blanca que tenía en su costado, mientras que el resto de su pelaje era negro.

»Cuando me acerqué al hombre vi que se trataba de Jokel Falck y, aunque no pudiese afirmar que él estuviera durmiendo, sospeché que así había sido.

»—Debes cuidarte, soldado —le dije—. Casi tenía decidido relevarte y ponerte bajo arresto. Creo que te hubiese sorprendido durmiendo en tu puesto, si ese perro no te hubiese despertado.

»En lugar de adoptar un aire arrepentido, como es habitual en tales ocasiones, vi una débil sonrisa en la cara del hombre cuando me saludaba.

»—¿De quién es ese perro? —pregunté a mi ayudante, mientras nos alejábamos.

»—*Je ne sais pas, mon Coronel* —respondió, también sonriente.

»Esa misma tarde, durante el rancho, oí que uno de los subalternos decía al oficial que estaba a su lado:

»—Es verdad, se lo prometo, y le llaman Mungo.

»—Es una forma nueva de llamar al aguardiente, ¿verdad? —dije yo.

»—No, señor, es el nombre de un perro —replicó el joven, riendo.

»—¿Un perro de Terranova negro, con una franja blanca ancha en el costado?

»—Sí, señor, creo que la descripción encaja —respondió, todavía riendo entre dientes.

»—He visto a ese perro dos o tres veces —dije—. Lo he visto esta misma tarde. ¿De quién es?

»—Verá, señor, es difícil de decir —respondió el muchacho.

»Al mismo tiempo su compañero decía:

»—Del viejo Nick^[3], me figuro.

»—¿Quiere decir que usted ha visto de verdad a Mungo? —preguntó alguno de los que estaban sentados a la mesa.

»—Si Mungo es un terranova grande, negro, con una franja blanca en un costado, acabo de verlo. ¿Quién es el amo de ese perro?

»A esas alturas toda la mesa reía entre dientes, con excepción de un viejo capitán, un hombre que había servido durante años en ese regimiento. Era persona de muy humilde extracción y había ascendido de rango por mérito propio.

»—Creo que el capitán T. conoce a Mungo mejor que cualquiera de los presentes —respondió el mayor R., con una sonrisa despectiva—. Tal vez él pueda decirle quién es el amo del perro.

»Las risas aumentaron y me percaté de que se trataba de un chiste, pero no comprendí su significado, de modo que pregunté al capitán T.:

»—¿El perro es de Jokel Falck?

»—No, señor —respondió—, ahora el perro no es de nadie. En tiempos su amo era un oficial llamado Joseph Atveld.

»—¿De este regimiento?

»—Sí, señor.

»—Ha muerto, ¿verdad?

»—Sí, señor, ha muerto.

»—¿Y el perro se ha quedado en el regimiento?

»—Sí, señor.

»Durante esta conversación habían continuado las risas contenidas y todos los ojos estaban puestos en el capitán T., que me había contestado concisamente pero con absoluta seriedad.

»—A decir verdad, según el capitán T. —dijo el mayor con tono despectivo—, Mungo es el fantasma de un perro muerto.

»Esta afirmación fue recibida con un estallido de risas, al que confieso que me uní, mientras el capitán T. conservaba su inamovible aire de gravedad.

»—Es más fácil reírse de una cosa así que creérsela, señor —dijo el capitán—. Yo me la creo porque sé de qué se trata.

»Sonreí y cambié de tema.

»Si cualquiera que no hubiese sido el capitán T. hubiese afirmado semejante cosa, yo le habría puesto en ridículo sin compasión; pero se trataba de un hombre de edad, y por su ya mencionado origen, teníamos el cuidado de no ofenderle, de modo que no

se habló más de Mungo y, en la precipitación de los acontecimientos que sobrevinieron, no volví a pensar en ese asunto. Marchamos sobre Bruselas al día siguiente y después de eso hubo bastante que hacer hasta que avanzamos hacia Amberes, donde fuimos sitiados por los franceses al año siguiente.

»Durante el sitio, volví a oír el nombre de Mungo alguna vez; y una noche, cuando patrullaba controlando puestos de guardia y centinelas, lo vi apenas y tuve la certeza de que el hombre al que se acercaba en el instante en que advertí su presencia había estado durmiendo; pero un ángulo de la muralla lo ocultaba a mi vista y cuando llegué al lugar, el soldado ya estaba en movimiento.

»Aquello me trajo el recuerdo de todo lo que había oído acerca del perro y, dado que la circunstancia era curiosa desde cualquier punto de vista, al día siguiente mencioné el hecho al capitán T. diciéndole:

»—Anoche vi a su amigo Mungo.

»—¿Lo vio, señor? —dijo él—. Qué extraño. Sin duda el hombre estaba dormido.

»—¿Pero usted quiere decir de verdad que cree que se trata de una visión y no de un perro de carne y hueso?

»—Sí, señor. Todos se han burlado de mí por esto y una o dos veces estuve a punto de meterme en una riña por lo mismo, porque la gente se ríe de lo que no sabe; pero tan seguro como que usted empuña una espada, que ese perro es un espectro, o un fantasma, si la palabra puede aplicarse a un cuadrúpedo.

»—¡Pero eso es imposible! —le dije—. ¿Qué fundamentos tiene para creer algo tan extraordinario?

»—Verá, señor, ya sabe usted que desde niño he pasado toda mi vida en este regimiento, en él he nacido. Mi padre era sargento pagador de la compañía n.º 3 cuando murió; y yo mismo he visto a Mungo quizá unas veinte veces y sé con toda seguridad que otros lo han visto el doble de veces.

»—Es muy posible, aunque eso no pruebe que no exista algún perro que se haya agregado al regimiento.

»—Sin embargo he visto al perro y he sabido de él durante cincuenta años, señor, y mi padre, antes que yo, también lo vio y supo de él durante otros tantos años.

»—Pues sí que es extraordinario, si usted está seguro y se trata del mismo perro.

»—Es un animal inconfundible, señor. No verá usted otro como él, con esa franja blanca en el costado. No permite que ninguno de nuestros centinelas sea sorprendido durmiendo, si puede, a menos que el tío esté borracho, por supuesto. Al parecer se preocupa poco por los borrachines, pero Mungo ha salvado a muchos hombres del castigo. Una vez yo mismo quedé en deuda con él. Mi hermana se casó fuera del regimiento y celebramos una pequeña fiesta; bebimos un poquitín de más en la boda, de modo que esa noche, cuando montaba guardia, yo, no diré que estaba ebrio, pero se me había subido el alcohol y me podrían haber pillado cabeceando, pero Mungo, que sabía, supongo, que yo no era un bebedor, me espabiló justo a tiempo.

»—¿Cómo le despertó? —pregunté.

»—Me sobresalté con un ladrido breve, agudo, que sonó junto a mi oreja. Me puse de pie y apenas si tuve tiempo de ver la figura de Mungo antes que se desvaneciera.

»—¿Siempre despierta así a los hombres?

»—Eso dicen, y cuando están despiertos, el perro desaparece.

»Recordé entonces que, en todas las ocasiones en que había observado al perro, de algún modo lo había perdido de vista en un instante. Suscitada mi curiosidad, pregunté al capitán T. si los nuestros eran los únicos hombres de los que cuidaba el animal, o si prestaba la misma atención a los de los otros regimientos.

»—Sólo a los del 20.º señor; cuenta la tradición que después de la batalla de Fontenoy fue hallado un gran mastín negro junto al cadáver de un oficial. Aunque el perro tenía una terrible herida de sable en el costado, y estaba muy débil porque había perdido mucha sangre, no quería apartarse del cadáver; incluso después que enterraron al oficial, no quería abandonar la tumba. Los hombres, interesados por la fidelidad y el afecto que mostraba el animal, le curaron las heridas, lo alimentaron y lo atendieron, y así se convirtió en el perro del regimiento. Se dice que también le enseñaron a ir por delante de la ronda a controlar los puestos de guardia y a los centinelas, y a despertar a los que estuviesen durmiendo. Cómo lo hicieron, no lo sé; pero el animal permaneció en el regimiento hasta el día de su muerte y fue enterrado con todo el respeto que se le podía rendir. Desde entonces ha mostrado su gratitud tal como yo le he dicho y usted ha visto en algunos casos.

»—Me figuro que la franja blanca es la marca de la herida de sable. Me pregunto si alguna vez han disparado contra él.

»—Dios no permita, señor, que haga yo semejante cosa —dijo el capitán T., echándome una mirada enérgica—. Se cuenta que un hombre lo hizo cierta vez y que jamás tuyo suerte después de aquello; puede que sea una superstición, pero confieso que yo no me atrevería a hacerlo.

»—Si tal como usted cree se trata de un espectro, no puede ser herido, ya sabe. Me imagino que los perros fantasmales son impenetrables a las balas.

»—Sin duda, señor; pero no me gustaría hacer la prueba. Además, sería inútil, cosa de la que estoy convencido por anticipado.

»Reflexioné bastante sobre esta conversación con el viejo capitán. Ni por un momento, jamás, había pensado que algo así fuese posible. Me hubiese resultado más creíble encontrarme con el Minotauro, o con un dragón volador antes que con fantasmas de cualquier clase, en especial el fantasma de un perro; pero en aquel caso las pruebas eran contundentes. Nunca había advertido nada semejante a la debilidad ni a la credulidad en T.; además, era un hombre de reconocido valor y muy respetado en el regimiento. En resumen, tan perplejo me había dejado su vehemencia acerca de este tema, que resolví que, cuando fuese mi turno de patrullar para controlar los puestos de guardia y a los centinelas, lo haría con una pistola cargada y cebada, a fin de resolver el dilema. Si T. llevaba razón, quedaría probado un hecho interesante y

nadie sufriría ningún daño; si, como no podía por menos de sospechar yo, se trataba de un ardid ingenioso de los hombres, que podían haber adiestrado a un perro para que les despertase, mientras alimentaban la farsa del espectro, era necesario quitar de en medio al animal, ya que el hecho de que los soldados se fiaran de él sin duda les incitaba a entregarse al sueño, en lugar de luchar contra el sopor. Era cierto que, aunque ninguno de nuestros hombres había sido sorprendido —tal vez gracias a Mungo—, tanta era la negligencia que había habido en los últimos tiempos en la guarnición, que el general había dictado órdenes severas al respecto.

»Sin embargo, llevé mi pistola en vano; no me topé con Mungo y tiempo después, al oír que se aludía al asunto a la hora del rancho, hablé de lo que había hecho, agregando:

»—Mungo es demasiado astuto, me figuro, para correr el riesgo de que le metan una bala en el cuerpo.

»—Vaya —dijo el mayor R.—, ya me hubiese gustado dispararle un tiro, lo confieso. Si creyera que tengo alguna posibilidad de verlo, sí que lo intentaría; pero jamás lo he visto.

»—La mejor oportunidad —dijo otro— la tendrá cuando Jokel Falck esté de servicio. Es un tío tan dormilón que los hombres dicen que, si no fuese por Mungo, se pasaría la mitad del tiempo en el calabozo.

»—Si lo llegara a ver, le metería una onza de plomo en el cuerpo, ya puede estar seguro de eso.

»—¿En el cuerpo de Jokel Falck, señor? —dijo uno de los subtenientes riendo.

»—No, señor —replicó el mayor R.—, en el de Mungo, y lo haré, por cierto.

»—Será mejor que no lo haga, señor —dijo el capitán T. con un tono serio que provocó risas ahogadas en toda la mesa.

»Poco después de esto, una noche, mientras me dirigía a mi habitación, vi a un ordenanza montado que se acercaba a llamar al cuerpo de guardia para que se llevaran a un detenido.

»—¿Qué ocurre? —pregunté.

»—Uno de los centinelas está dormido en su puesto, señor; creo que es Jokel Falck.

»—Será la última vez que lo haga, sea quien sea —dije—, porque el general está decidido a fusilar al próximo hombre al que sorprendan.

»—Yo habría jurado que Mungo era tan amigo de Jokel Falck que jamás permitiría que le cogiesen —dijo el ayudante—. Mungo ha desatendido sus obligaciones.

»—No, señor —dijo el ordenanza con gravedad—. Mungo le hubiese despertado, pero el mayor R. le disparó.

»—Y lo mató —dije.

»El hombre, sin responder, saludó y siguió su camino.

»No supe nada más sobre el asunto esa noche, pero a la mañana siguiente, a hora

muy temprana, mi sirviente me despertó diciendo que el mayor R. quería hablar conmigo. Sentí vivo deseo de verle y en el momento en que entró en el cuarto comprendí por su actitud que algo serio había sucedido; por supuesto, pensé que el enemigo había hecho algún avance inesperado durante la noche, y me incorporé en la cama preguntando con ansiedad qué había ocurrido.

»Para mi sorpresa, el mayor sacó del bolsillo un pañuelo y estalló en lágrimas. Se había casado con una dama de Amberes y su mujer se hallaba en la ciudad en esos días. Lo primero que se me ocurrió fue que ella había sufrido algún accidente y dije el nombre de la señora.

»—¡No, no! —respondió—. ¡Mi hijo, mi niño, mi pobrecito Fritz!

»Ya saben ustedes que en nuestro servicio todos los oficiales ingresan en el regimiento como soldados rasos y durante cierto tiempo han de cumplir con todos los deberes de ese grado. El hijo del mayor, Fritz, estaba en su noviciado por entonces. Deduje que había muerto por algún disparo perdido, y durante uno o dos minutos tuve esa convicción, ya que las frases del mayor se ahogaban en sus sollozos. Las primeras palabras que logró pronunciar fueron:

»—¡Ojalá hubiese hecho caso de la advertencia del capitán T.!

»—¿Acerca de qué? —dije—. ¿Qué le ha ocurrido a Fritz?

»—Ya sabe usted —me respondió— que ayer era yo el oficial de campo de turno; anoche, cuando patrullaba, pregunté a mi ordenanza, que me ayudaba a ponerme el cinturón, cuáles eran los hombres que estaban de guardia. Entre otros, nombró a Jokel Falck y yo, recordando la conversación que el otro día a la hora del rancho sostuvimos, saqué una de las pistolas de la funda y, tras cargarla, la metí en el bolsillo. No esperaba ver al perro, porque nunca lo había visto, pero como no tenía duda de que la conseja del espectro era un truco de los hombres, decidí que, si alguna vez me cruzaba con él, dispararía. Mientras atravesaba la Place de Meyer, me encontré con el general, que se unió a mí; cabalgamos a la par, hablando del sitio. Me había olvidado del perro, pero cuando llegamos a la muralla, sobre el Bastion du Matte, de pronto vi un animal, exactamente igual al que me habían descrito, trotando debajo de nosotros. Yo sabía que debía haber un centinela justo debajo del sitio en que cabalgábamos, aunque no podía verle, y no tenía duda de que el perro se dirigía a él, de modo que sin decir una palabra empuñé mi pistola y disparé, a la vez que saltaba del caballo para mirar por encima de la muralla y ver al hombre. Sin entender por qué hacía yo todo eso, el general me imitó, y ambos vimos al centinela tendido boca abajo, durmiendo.

»—¿Y el cuerpo del perro? —dije.

»—No se lo veía por ninguna parte —respondió—, aunque tenía que haberle dado, porque apunté bien. El general dice que ha sido una ilusión, ya que él estaba mirando hacia el mismo lugar y tampoco vio ningún perro... Pero yo estoy seguro de haberlo visto, y también lo afirma el asistente. ¡Era Fritz! ¡Fritz era el centinela! —dijo el mayor, en otro acceso de angustia—. La corte marcial se reúne esta mañana y

mi hijo será fusilado, a menos que se pueda interceder ante el general para que le perdone la vida.

»Me levanté y me vestí de inmediato, pero con pocas esperanzas de éxito. Pobre Fritz: el hecho de ser hijo de un oficial constituía, más que nada, un agravante; se habría considerado un acto de favoritismo hacer una excepción con él. Fue fusilado, su pobre madre murió con el corazón destrozado y el mayor abandonó el servicio inmediatamente después de la rendición de la ciudad.»

—¿Vio usted a Mungo alguna otra vez? —pregunté.

—No —fue la respuesta—, pero he sabido de otros que lo han visto.

—¿Y se ha convencido de que era un espectro y no un perro de carne y hueso?

—Me figuro que yo en esos tiempos... pero, vaya, no se puede creer...

—Oh, no —repliqué—. Oh, no, los hechos de nada valen si no encajan en nuestras teorías.

Elizabeth Gaskell
EL CUENTO DE LA VIEJA NIÑERA

AMIGA íntima y biógrafa de Charlotte Brontë, la aristocrática y pudiente Elizabeth Cleghorn Stevenson (1810-1865) ha alcanzado renombre universal por sus novelas sobre la vida cotidiana y las cuestiones sociales en la Inglaterra victoriana, como Cranford (1853), North and South (1855) o la inconclusa Wives and Daughters (1866). Casada felizmente con el reverendo William Gaskell, pastor unitario como su padre, su independencia económica le permitió desarrollar una intensa y popularísima carrera literaria que suscitó el aplauso y la admiración de eminentes contemporáneos suyos. Uno de ellos, Dickens, que cariñosamente la llamaba «mi querida Scherezade», le brindó sus influyentes revistas All the Year Round y Household Words, en donde publicaría una treintena de relatos, algunos bastante extensos y varios de ellos de temática sobrenatural.

El más famoso fue «The Old Nurse's Story», que escribió a petición de Dickens para el suplemento navideño de 1852 de su revista Household Words, titulado A Round of Christmas Stories by the Fire. Se trata de un típico cuento de fantasmas Victoriano en el que el humor, la sorpresa y el espanto se suceden sin interrupción, creando una atmósfera tenebrosa que lleva hasta sus últimas consecuencias las posibilidades aterradoras de un género como el espectral, por el que su autora mostró su interés en más de una ocasión, como atestiguan los relatos «The Scholar's Story» (1853), «The Squire's Story» (1853), «The Doom of the Griffiths» (1858), «The Crooked Branch» (1859), «Lois the Witch» (1859) y «Curious if True» (1860), así como la nouvelle de temática gótica The Grey Woman (1861).

EL CUENTO DE LA VIEJA NIÑERA^[4]

YA sabéis, queridos niños, que vuestra madre era huérfana e hija única; y quizá hayáis oído contar que vuestro abuelo fue clérigo de Westmoreland, de donde yo procedo. Siendo yo una niña de la escuela del pueblo, entró un día vuestra abuela a preguntar a la maestra si había alguna alumna que quisiera ser niñera; y puedo deciros que yo era muy buena con la aguja, y aplicada y honrada, y que mis padres eran muy respetables aunque fuesen pobres. Pensé que nada iba a gustarme más que servir a aquella señora joven y bonita que se sonrojaba tan intensamente como yo al decirme que esperaba un bebé y lo que yo tendría que hacer con él. Pero veo que no os interesa mucho esta parte de la historia porque estáis pensando en lo que viene a continuación, así que os lo contaré en seguida. Me contrataron, y me coloqué en la rectoría antes de que naciera Miss Rosamond (que era el bebé, y es ahora vuestra madre). Por supuesto, yo tenía bastante poco que hacer cuando llegó, porque nunca se separaba de los brazos de su madre, y dormía junto a ella toda la noche; y qué orgullosa me sentía yo a veces, cuando mi señora me la confiaba. Nunca ha habido una criatura como ella, ni antes ni después, aunque todos habéis sido preciosos cada uno en su momento; pero ninguno se ha aproximado a vuestra madre en cuanto a modales dulces y atractivos. Había salido a su madre, que era una auténtica dama; toda una Furnivall, nieta de lord Furnivall de Northumberland. Creo que no tenía hermanos, y que se crió en casa de lord Furnivall hasta que se casó con vuestro abuelo, que era coadjutor, hijo de un tendero de Carlisie —pero un caballero apuesto e inteligente donde los haya—, y que trabajó mucho en su parroquia, que era muy amplia y diseminada hasta los cerros de Westmoreland. Cuando vuestra madre, la pequeña Miss Rosamond, tenía cuatro o cinco años, murieron sus padres, uno después del otro, en quince días. ¡Ah!, fue una época muy triste. Mi joven señora estaba esperando otro niño, cuando regresó mi señor de uno de sus largos paseos a caballo, mojado y cansado, y contrajo la fiebre de la que murió; después ella no volvió a levantar cabeza, sino que vivió lo justo para ver a su hijito muerto, y pedir que lo acostasen sobre su pecho antes de expirar. En su lecho de muerte, mi señora me pidió que no dejase nunca a Miss Rosamond; pero aunque no me hubiese dicho una palabra, habría ido con la pequeña hasta el fin del mundo.

A continuación, antes de que se hubiesen calmado del todo nuestros sollozos, vinieron los albaceas y tutores a arreglar los asuntos. Eran el primo de mi pobre señora, lord Furnivall, y Mr. Esthwaite, hermano de mi señor y tendero de Manchester, no tan rico entonces como lo fue después, y con una familia cada vez más numerosa a su alrededor. ¡Pues bien! No sé si por acuerdo de ellos, o por una carta que mi señora escribió en su lecho de muerte a milord, su primo, el caso es que se decidió que Miss Rosamond y yo debíamos ir a la casa solariega de los Furnivall, en Northumberland; y milord lo dijo como si hubiese sido deseo de la madre que la

niña viviese con su familia, y él no hubiera encontrado inconveniente, ya que daba lo mismo una o dos personas más o menos en una casa tan grande. Así que, aunque no era ésa la forma en que yo habría deseado que llegara mi ojito derecho radiante y precioso —que era como un rayo de sol para cualquier familia, por importante que fuera—, me llenó de satisfacción que toda la gente del Valle se quedara mirando y admirando, al saber que iba a ser yo la doncella de la joven lady Rosamond en la mansión de lord Furnivall.

Pero me equivoqué al pensar que íbamos a vivir donde vivía milord. Resultó que la familia había dejado la mansión Furnivall hacía cincuenta años o más. Yo no podía saber que mi pobre señora no había estado nunca allí, aunque se hubiese criado con la familia; y lo sentí, porque me habría gustado que la juventud de Miss Rosamond transcurriera donde transcurrió la de su madre.

El ayuda de cámara de milord, al que hice todas las preguntas de que fui capaz, me contó que la mansión estaba al pie de los cerros de Cumberland, y que era una espléndida morada; que en ella vivía una anciana, Miss Furnivall, tía abuela de milord, con unos pocos criados; pero que era un lugar muy saludable, y milord pensaba que le sentaría muy bien a Miss Rosamond pasar allí unos años, y que su estancia podría distraer, quizá, a su anciana tía.

Milord me ordenó que tuviese preparadas las cosas de Miss Rosamond para un día determinado. Era un hombre serio y orgulloso, como dicen que han sido todos los Furnivall; nunca hablaba una palabra más de lo necesario. La gente decía que había estado enamorado de mi pobre señora; pero que, como ella sabía que el padre de él se opondría, no quiso escucharle y se casó con Mr. Esthwaite; pero yo no lo sé. Sea como fuere, él no se casó. Nunca hizo mucho caso a Miss Rosamond; yo pensaba que si hubiera querido a su difunta madre, se lo habría hecho. Envió a su ayuda de cámara con nosotras a la mansión diciéndole que se reuniera con él en Newcastle esa misma noche; así que no dispuso de mucho tiempo para presentarnos a todas las personas desconocidas, antes de librarse él también de nosotras; y nos dejó, dos criaturas solitarias (yo aún no tenía dieciocho años), en la enorme mansión solariega. Me parece que fue ayer cuando llegamos. Habíamos salido muy temprano de nuestra querida rectoría, y habíamos llorado las dos como si fuera a partírse nos el corazón; y eso que íbamos en el coche de milord, cosa que antes me había hecho muchísima ilusión. Y ahora eran bastante más de las doce de un día de septiembre, y paramos a hacer el último relevo de caballos en una ciudad pequeña y llena de humo, atestada de carboneros y mineros. Miss Rosamond se había dormido, pero Mr. Henry me dijo que la despertase para que pudiera ver el parque y la casa al llegar. Me daba un poco de pena, pero hice lo que me mandaba, por temor a que se quejase de mí a milord. Habíamos dejado atrás todo vestigio de ciudad, o incluso de pueblo, cuando cruzamos la verja de un parque inmenso y rústico; no como los parques de aquí, del sur, sino con rocas y rumor de agua, y espinos nudosos y robles viejos, blancos y pelados por los años.

La carretera subía unas dos millas, y entonces vimos una casa grande y majestuosa, con muchos árboles alrededor, tan cerca en algunos sitios que las ramas arañaban las paredes cuando hacía viento; algunas colgaban rotas, porque parecía que nadie se ocupaba demasiado del lugar, podando o manteniendo limpia la calzada. Sólo delante de la casa estaba todo despejado. El gran paseo de coches no tenía una mala hierba, y no dejaban que crecieran árboles ni enredaderas ante la larga fachada de numerosas ventanas, a uno y otro lado de la cual sobresalían unos aleros que eran terminaciones de otras fachadas; porque la casa, aunque desolada, era más imponente de lo que yo me esperaba. Detrás de ella se alzaban los cerros que parecían bastante desprotegidos y desnudos; y a la izquierda del edificio, si se mira de frente, había un anticuado jardincito que descubrí más tarde. A él daba una puerta de la fachada oeste; había sido ganado al espeso y oscuro bosque para una antigua lady Furnivall; pero las ramas de los grandes árboles del bosque habían crecido y lo habían ensombrecido otra vez, y muy pocas flores subsistían allí entonces.

Cuando llegamos a la gran entrada principal, y penetramos en el vestíbulo, pensé que nos perderíamos, por lo amplio, inmenso y grandioso que era. Había una araña, toda de bronce, suspendida del centro del techo; yo no había visto ninguna antes, y la contemplé con asombro. Luego, en un extremo del vestíbulo, había una gran chimenea, tan ancha como los costados de las casas de mi tierra, con unos hierros pesados y morillos para sostener la leña; y junto a ella había enormes y anticuados sofás. En el extremo opuesto del vestíbulo, a la izquierda según se entra —en el lado oeste—, había un órgano empotrado en la pared, tan grande que ocupaba casi toda aquella parte. Más allá, en ese mismo lado, había una puerta; y enfrente, a cada lado de la chimenea, había también puertas que conducían a la fachada este; pero no las crucé nunca mientras estuve en la casa; así que no puedo deciros qué había detrás.

Caía la tarde y el vestíbulo, que no tenía el fuego encendido, estaba oscuro y tenebroso; pero no permanecimos allí ni un momento. El viejo criado que nos había abierto la puerta saludó a Mr. Henry con una inclinación, nos hizo entrar por la puerta más alejada del gran órgano, y nos condujo, a través de varias habitaciones más pequeñas y pasillos, al salón oeste, donde dijo que estaba Miss Furnivall. La pobrecita Miss Rosamond iba muy pegada a mí, como si se sintiese asustada y perdida en aquella casa tan grande; y yo, por mi parte, no me sentía mucho mejor. El salón oeste tenía un aspecto muy animado, con un fuego confortable, y lleno de muebles buenos y cómodos. Miss Furnivall era una anciana dama de alrededor de ochenta años, diría yo, aunque no lo sé. Delgada y alta, tenía la cara llena de arrugas tan finas que parecían dibujadas con la punta de una aguja. Sus ojos eran muy observadores; para compensar, supongo, una sordera que la obligaba a usar trompetilla. Sentada junto a ella, trabajando en la misma gran pieza de tapicería, estaba Mrs. Stark, su doncella y acompañante, casi tan vieja como ella. Había vivido siempre con Miss Furnivall, desde que las dos eran jóvenes, y ahora parecía más una amiga que una criada; tenía un aspecto tan frío, gris e insensible como si nunca

hubiera amado ni se hubiera preocupado por nadie; y no me la imagino preocupada por nadie más que por su señora, a la que trataba como si fuese una niña, a causa de su gran sordera. Mr. Henry le dio algún mensaje de milord y después se despidió de todas nosotras —sin fijarse en que mi pequeña y dulce Miss Rosamond le tendía la mano—, y nos dejó allí ante las dos ancianas damas que nos examinaban a través de sus lentes.

Me alegré cuando llamaron al viejo criado que nos había introducido antes, y le dijeron que nos llevase a nuestras habitaciones. Así que salimos de aquel salón grande y entramos en otro cuarto de estar, salimos de él, y después subimos un gran tramo de escaleras, y seguimos a lo largo de una ancha galería —que era algo así como una biblioteca con libros cubriendo todo un lado, y ventanas y escritorios en el otro—, hasta que llegamos a nuestras habitaciones, y no sentí enterarme de que estaban justo encima de las cocinas; porque empezaba a pensar que me perdería en aquel desierto de casa. Había un antiguo cuarto de niños que había sido utilizado hacía mucho tiempo por todos los lores y ladies en su niñez, con agradable fuego en la chimenea, la olla de agua hirviendo en la repisa interior, y el servicio del té dispuesto sobre la mesa; junto a esta habitación estaba el dormitorio de los niños, con una camita para Miss Rosamond al lado de mi cama. Y el viejo James llamó a Dorothy, su mujer, para que nos diera la bienvenida; y los dos, ella y él, se mostraron tan acogedores y amables que Miss Rosamond y yo nos sentimos en seguida a gusto; y al terminar el té, ella estaba sentada sobre las rodillas de Dorothy, parloteando todo lo deprisa que le permitía su lengüecita. No tardé en averiguar que Dorothy era de Westmoreland, y que eso nos uniría a las dos, por así decir; nunca habría soñado con encontrar personas tan amables como el viejo James y su mujer. James había vivido casi toda su vida con la familia de milord, y pensaba que no había nadie tan importante como ellos. Incluso miraba un poco por encima del hombro a su mujer porque, hasta que se casaron, sólo había servido en casa de un granjero. Pero la quería mucho, y hacía bien. Tenían una criada a sus órdenes para hacer el trabajo más pesado. Se llamaba Agnes; y ella y yo, y James y Dorothy, con Miss Furnivall y Mrs. Stark, formábamos toda la familia; ¡siempre pensando en mi dulce Miss Rosamond! Me preguntaba qué harían antes de que llegase, con lo pendientes que estaban ahora de ella. Tanto en la cocina como en el salón. La severa y triste Miss Furnivall, y la fría Mrs. Stark, parecían alegrarse cuando entraba ella revoloteando como un pájaro, jugando y haciendo travesuras de aquí para allá, con un murmullo continuo y un delicioso parloteo de alborozo. Estoy segura de que lo sentían cuando se marchaba corriendo a la cocina; aunque eran demasiado orgullosas para pedirle que se quedara con ellas, y les sorprendía un poco que prefiriese ir allí; aunque, sin duda, como decía Mrs. Stark, no era extraño, dada la procedencia de su padre. La antigua casa, enorme y laberíntica, fue un lugar magnífico para Miss Rosamond. Hacía expediciones a todas partes, conmigo pegada a sus talones; a todas partes, menos al ala este, que nunca estaba abierta, y adonde nunca se nos ocurrió ir. Pero en la parte oeste y norte

había muchas habitaciones, llenas de cosas que eran curiosidades para nosotras, aunque quizá no lo fueran para quienes habían visto más. Las ventanas estaban oscurecidas por las ramas de los árboles que las rozaban y la hiedra que las cubría; pero en la verde penumbra conseguíamos ver antiguos jarrones de China y estuches de marfil labrado, y grandes y pesados libros. ¡Y sobre todo, cuadros!

Recuerdo que una vez mi nenita quiso que viniera Dorothy con nosotras para que nos dijese quién era cada uno; porque eran retratos de miembros de la familia de milord, aunque Dorothy no fue capaz de decirnos los nombres de todos ellos. Habíamos recorrido la mayor parte de las habitaciones, cuando llegamos al antiguo salón de ceremonias, sobre el vestíbulo, donde había un retrato de Miss Furnivall; o Miss Grace, como la llamaban en aquel tiempo, dado que era la hermana más joven. ¡Qué belleza debió de ser! Pero tenía una expresión obstinada y orgullosa, y el desdén asomaba a sus bellos ojos, con las cejas ligeramente levantadas, como si se preguntara cómo podía tener nadie la impertinencia de mirarla; y nos hacía una mueca de desprecio, a nosotras, que la estábamos contemplando. Iba vestida de una manera que yo nunca había visto antes, pero que estaba muy de moda cuando ella era joven: con un sombrero de un material suave y blanco, como de piel de castor, un poco echado sobre la frente, y un hermoso penacho de plumas rodeándolo a un lado; y su traje largo de satén azul abierto por delante, dejando a la vista un peto de piqué blanco.

—¡Vaya! —dije, después de hartarme de mirar—. Dicen que somos polvo; pero ¿quién habría pensado, al ver ahora a Miss Furnivall, que fue toda una belleza?

—Sí —dijo Dorothy—. Las personas cambian por desgracia. Pero si lo que solía decir el padre de mi señor es cierto, la hermana mayor de Miss Grace era más guapa aún. Su retrato está por aquí; pero si te lo enseño, no se te tiene que escapar nunca que lo has visto; ni siquiera delante de James. ¿Crees que la señorita podrá guardar el secreto? —preguntó.

Era una niña tan pequeña, tan espontánea, tan atrevida y abierta, que yo no estaba muy segura; así que hice que se escondiera; y a continuación ayudé a Dorothy a dar la vuelta a un gran cuadro que había apoyado de cara a la pared, y no colgado como los demás. Sin duda superaba a Miss Grace en belleza; y creo que también en orgullo desdeñoso, aunque en esta cuestión era difícil decidir. Habría podido pasarme una hora contemplándolo, pero Dorothy parecía algo asustada de habérmelo enseñado, y se apresuró a darle la vuelta otra vez y me ordenó que corriera a buscar a Miss Rosamond, ya que había rincones desagradables en la casa donde no le gustaría que se metiera una niña. Yo era una chica valiente y animosa; y no di importancia a lo que decía la anciana; porque me gustaba jugar al escondite tanto como a cualquier niño de la parroquia; así que eché a correr en busca de mi pequeña.

A medida que se acercaba el invierno y acortaban los días, había veces en que casi estaba segura de oír un rumor como si alguien tocara el gran órgano del vestíbulo. No lo oía todas las noches; aunque sí a menudo, desde luego;

generalmente, cuando permanecía sentada con Miss Rosamond, después de acostarla, y me quedaba callada, sin moverme, en el dormitorio. Entonces lo oía resonar y elevarse sus notas, perdiéndose a lo lejos. La primera noche, cuando bajé a cenar, pregunté a Dorothy quién había estado tocando; y James dijo muy secamente que era una boba, al tomar por música el susurro del viento entre los árboles: pero yo vi que Dorothy le miraba muy asustada, y Agnes, la ayudanta de cocinera, decía algo en voz baja y se ponía pálida. Comprendí que no les había gustado mi pregunta, así que me callé hasta estar a solas con Dorothy, porque sabía que a ella podía sonsacarle bastante. Conque al día siguiente, esperé la ocasión, y le pregunté con zalamería quién era el que tocaba el órgano; porque yo sabía que era el órgano y no el viento, a pesar de haberme callado delante de James. Pero puedo garantizar que Dorothy se había aprendido la lección, porque no pude sacarle una palabra. Así que entonces lo intenté con Agnes, aunque siempre la había mirado un poco por encima del hombro, ya que me habían equiparado a James y a Dorothy, y ella era poco más que su criada. Y me dijo que nunca, nunca debía contarlo; y que si lo hacía alguna vez, no debía decir que me lo había contado *ella*; pero que era un ruido muy extraño, y que ella lo había oído muchas veces, aunque casi siempre en las noches de invierno, y antes de las tormentas; y decía la gente que era el viejo lord, que tocaba el gran órgano del vestíbulo, exactamente como solía hacer cuando vivía; pero no pudo o no quiso decirme quién era el viejo lord, ni por qué tocaba, o por qué lo hacía las noches de tormenta en particular. Bien, pues como os he dicho, yo tenía un corazón valeroso; y me pareció que era agradable tener esa música solemne resonando en la casa, fuera quien fuese el que tocaba; porque ahora se elevaba sobre las grandes ráfagas de viento, y gemía y tronaba triunfal como una criatura viviente, y luego descendía a la suavidad más completa; pero siempre eran tonadas y música, de manera que no tenía sentido decir que era el viento. Al principio pensé que podía ser Miss Furnivall la que tocaba, y que Agnes no lo sabía; pero un día en que estaba yo sola en el vestíbulo, abrí el órgano y lo fisgué todo, por dentro y por fuera, como había fisgado una vez el órgano de la iglesia de Crosthwaite, y vi que su interior estaba todo roto y destruido, a pesar de que tenía un aspecto admirable y espléndido; y entonces, aunque era mediodía, empezó a ponerse la carne de gallina, y lo cerré y huí corriendo al luminoso cuarto de los niños; después de eso, estuve un tiempo en que no me gustaba oír música, como les sucedía a James y a Dorothy. Mientras tanto, Miss Rosamond se hacía querer más cada vez. A las viejas damas les gustaba que tomase con ellas su temprana cena; James permanecía detrás de la silla de Miss Furnivall, y yo detrás de la de Miss Rosamond con toda la ceremonia; después de comer, se quedaba jugando en un rincón del gran salón, callada como un ratoncito, mientras Miss Furnivall dormía y yo cenaba en la cocina. Pero se alegraba mucho de volver después conmigo al cuarto de los niños; porque, como ella decía, Miss Furnivall era muy seria y Mrs. Stark muy aburrida; en cambio ella y yo éramos alegres; y al poco tiempo dejó de preocuparme aquella música misteriosa y retumbante que ningún mal hacía, aunque

no se supiera de dónde venía.

Ese invierno fue muy frío. Empezaron las heladas a mediados de octubre, y duraron muchas, muchas semanas. Recuerdo que un día, durante la cena, Miss Furnivall alzó sus ojos tristes y pesados, y dijo a Mrs. Stark: «Me temo que vamos a tener un invierno terrible», en un tono extraño. Pero Mrs. Stark hizo como que no la había oído, y se puso a hablar muy alto de otra cosa. A mi pequeña lady y a mí no nos preocupaba la escarcha. ¡Ni mucho menos! Mientras el tiempo era seco, escalábamos las cuevas empinadas, detrás de la casa, y subíamos a los cerros, que eran desolados y pelados, y allí hacíamos carreras, en el aire fresco y penetrante; y una vez bajamos por un sendero nuevo que nos condujo más allá de los dos acebos viejos y nudosos que crecían a medio camino, por el lado este de la casa. Pero los días eran cada vez más cortos, y el viejo lord, si es que era él, tocaba sin cesar, de una forma cada vez más agitada y triste, en el gran órgano. Un domingo por la tarde —debió de ser a finales de noviembre—, le pedí a Dorothy que se encargase de la pequeña cuando saliera del salón, después de la siesta de Miss Furnivall; porque hacía demasiado frío para llevármela a la iglesia, y yo quería ir. Dorothy me lo prometió muy contenta; quería tanto a la niña que todo parecía estar bien; así que nos fuimos Agnes y yo muy animadas, aunque el cielo se cernía cargado y negro sobre la tierra blanca, como si la noche no se hubiese ido del todo; y el aire, aunque quieto, era agudo y penetrante.

—Vamos a tener una nevada —me dijo Agnes.

Y efectivamente, mientras estábamos en la iglesia, cayó espesa, en grandes y abundantes copos de nieve; tanto que casi oscureció las ventanas. Dejó de nevar antes de que saliésemos; pero la capa era gruesa, blanda, profunda bajo nuestros pies cuando volvíamos a casa. Antes de llegar salió la luna, y yo creo que había más claridad entonces (con la luna, y la nieve de un blanco deslumbrante), que cuando íbamos a la iglesia, entre las dos y las tres. No os he dicho que Miss Furnivall y Mrs. Stark no iban nunca a la iglesia; solían leer juntas las oraciones, a su manera tranquila y melancólica; parecía que se les hacía muy largo el domingo sin su labor de tapicería. Así que, cuando fui a la cocina a buscar a Dorothy, para recoger a Miss Rosamond y llevármela arriba, no me sorprendió que la mujer me dijera que las señoras se habían quedado con la niña, y que ésta no había bajado a la cocina, como yo le había pedido, cuando se cansara de portarse bien en el salón. Así que dejé mis cosas y fui a buscarla para llevarla a cenar al cuarto de los niños. Pero cuando entré en el salón, estaban las dos viejas damas, tranquilas y quietas, diciendo alguna palabra que otra de vez en cuando, pero como si no tuviesen en sus proximidades un ser alegre y vivaracho como Miss Rosamond. Sin embargo, pensé que se había escondido de mí —era una de sus tretas graciosas— y que las había convencido para que hiciesen como si no supieran nada de ella; así que me acerqué calladamente a mirar bajo el sofá, y detrás de una silla, fingiendo que estaba muy asustada de no encontrarla.

—¿Qué pasa, Hester? —dijo Mrs. Stark con aspereza.

No sé si Miss Furnivall me había visto; porque, como os he dicho, era muy sorda, y estaba muy quieta, mirando distraída el fuego con su cara ausente. «Sólo estoy buscando a mi Ramillete de Rosas», repliqué, pensando aún que la niña estaba allí, cerca de mí, aunque no pudiese verla.

—Miss Rosamond no está aquí —dijo Mrs. Stark—. Salió hace más de una hora para ir con Dorothy —y se volvió, y se quedó mirando el fuego, también.

Al oír esto, el corazón me dio un vuelco, y empecé a desear no haber dejado nunca a mi pequeña. Volví con Dorothy y se lo dije. James se había ausentado por todo el día, pero ella y yo y Agnes cogimos luces y subimos primero al cuarto de los niños, y después recorrimos la enorme casa, llamando y suplicando a Miss Rosamond que saliera de su escondite y no nos asustara de esa manera. Pero no obtuvimos respuesta, ni oímos nada.

—¡Oh! —dije finalmente—. ¿No puede haber ido al ala este, y haberse escondido allí?

Pero Dorothy dijo que no era posible, porque ni siquiera ella había estado nunca allí; que las puertas estaban siempre cerradas, y el administrador de milord tenía las llaves, según creía; de cualquier modo, ni ella ni James las habían visto nunca; así que dije que quería volver, y ver si, en realidad, no se había escondido en el salón sin que se enterasen las viejas damas; y si la encontraba allí, dije, le iba a dar unos buenos azotes por el susto que me había dado; aunque no tenía intención de hacerlo. Bueno, volví a la sala oeste, y le dije a Mrs. Stark que no la encontrábamos por ninguna parte, y le pedí permiso para mirar en todos los muebles de allí, porque ahora pensaba que podía haberse quedado dormida en cualquier rincón oculto y abrigado. ¡Pero no era así! Miramos, se levantó Miss Furnivall y miró, toda temblorosa, pero no estaba en ninguna parte; después, nos separamos otra vez todos los que estábamos en la casa, y registramos todos los sitios en donde habíamos buscado antes; pero no pudimos encontrarla. Miss Furnivall tiritaba y temblaba tanto que Mrs. Stark la condujo otra vez al salón; pero antes me hicieron prometer que se la llevaría en cuanto la encontrásemos. ¡Vaya día! Empezaba a pensar ya que no la íbamos a encontrar nunca, cuando se me ocurrió asomarme al gran patio delantero, todo cubierto de nieve. Yo estaba arriba cuando me asomé; pero la luz de la luna era tan intensa que pude ver con toda claridad las huellas de dos pies pequeños que salían de la puerta del vestíbulo y daban la vuelta a la esquina del ala este. No sé cómo llegué abajo, pero empujé la pesada puerta, y echándome la falda de mi bata por encima de la cabeza, a modo de manto, salí corriendo. Di la vuelta a la esquina este; una sombra negra caía sobre la nieve, allí; pero cuando llegué de nuevo a la zona iluminada por la luna, vi las pequeñas huellas que subían... hacia los cerros. Hacía un frío cortante; tanto, que el aire casi me arrancaba la piel de la cara mientras corría; pero seguí corriendo, llorando al pensar en lo desfallecida y asustada que estaría. Tenía los acebos a la vista cuando vi a un pastor que bajaba la cuesta llevando en brazos algo envuelto en su manta. Me llamó y me preguntó si había perdido a una criatura, y

como el llanto no me dejaba hablar, se acercó a mí, y vi a mi criaturita inmóvil, blanca y rígida en sus brazos, como si estuviese muerta. Me contó que había subido a los cerros para reunir a sus ovejas antes de que se echara el frío intenso de la noche, y que bajo los acebos (negras señales en la ladera, donde no había otro arbusto en varias millas a la redonda), había encontrado a mi pequeña, mi ovejita, mi reina, mi nena querida, tesa y fría, con el sueño terrible que produce la congelación. ¡Qué alegría y cuántas lágrimas al tenerla de nuevo en mis brazos! Porque no le dejé que la llevara él, sino que la cogí, con manta y todo, en mis propios brazos, apretándola contra mi cuello caliente y mi corazón, y sentí cómo volvía la vida callada y lentamente a sus pequeños y suaves miembros. Pero todavía estaba insensible cuando llegamos a la mansión, y yo no tenía aliento para hablar. Entramos por la puerta de la cocina.

—Traed el calentador —dije; y la llevé arriba, y empecé a desnudarla junto al fuego del cuarto de los niños, que Agnes había mantenido encendido. Llamé a mi corderita con todos los nombres dulces y graciosos que se me ocurrieron... aunque tenía los ojos cegados por las lágrimas; y al fin, ¡oh, al fin!, abrió sus grandes ojos azules. Luego la metí en la cama caliente, y envié a Dorothy a decirle a Miss Furnivall que todo estaba bien; y decidí pasar la noche sentada junto a la cabecera de mi niña. Cayó en un sueño apacible en cuanto su preciosa cabeza tocó la almohada, y estuve velándola hasta que amaneció, momento en que se despertó radiante y despejada... o así me lo pareció a mí entonces, queridos míos, y así me lo parece ahora.

Dijo que le había apetecido irse con Dorothy porque las dos ancianas estaban dormidas, y el salón era muy aburrido; y que cuando iba por el corredor oeste, vio por la alta ventana la nieve que caía... caía... caía, suave y constante; pero quería verla bonita y blanca, posada en el suelo, así que se dirigió al gran vestíbulo; y entonces, al acercarse a la ventana, la vio brillante y suave sobre el paseo; pero mientras permanecía allí, vio a una niña pequeña, no tan mayor como ella, «pero preciosa», dijo mi nena; «y esa niña pequeña me hizo señas con la cabeza para que fuese; y era tan bonita y tan encantadora que no pude hacer otra cosa que ir». Entonces la otra niña la había tomado de la mano, y juntas las dos, habían dado la vuelta a la esquina este.

—Ahora eres una niña traviesa que cuenta embustes —dije—. ¿Qué diría tu buena mamá, que está en el cielo y no dijo una mentira en su vida, a su pequeña Rosamond, si la oyera, y puede que la esté oyendo, contar embustes?

—Es verdad, Hester —sollozó mi niña—. Es verdad lo que te estoy contando. Es verdad.

—¡No me digas! —exclamé, muy seria—. Seguí tus huellas en la nieve; sólo se veían las tuyas, y si hubieses ido de la mano con una niña pequeñita, ¿no crees que habría ido dejando sus huellas al lado de las tuyas?

—Yo no tengo la culpa, querida Hester —dijo, llorando—, si no las dejó; yo no

miraba sus pies; pero me cogía la mano con la suya, pequeña, muy apretada y sujeta; y la tenía muy, muy fría. Me llevó, por el sendero de los cerros, a los acebos; y allí vi a una señora que gemía y lloraba; pero cuando me vio dejó de llorar, y sonrió muy orgullosa y digna, me cogió sobre sus rodillas, y empezó a acunarme para que me durmiese; y eso es todo, Hester; pero es verdad. Y mi querida mamá sabe que lo es — dijo llorando.

Así que pensé que la niña tenía fiebre, e hice como que la creía, mientras repetía la historia, una y otra vez, y siempre igual. Por fin Dorothy llamó a la puerta con el desayuno de Miss Rosamond; y me dijo que las viejas damas estaban abajo, en el salón, y que querían hablar conmigo. Las dos habían visitado el dormitorio de la niña la noche anterior, pero después de que Miss Rosamond se durmiera, así que se limitaron a mirarla... sin hacerme ninguna pregunta.

«Me la he ganado» pensé para mí mientras recorría la galería norte. «Y sin embargo» pensé, dándome ánimos, «la dejé al cuidado de ellas, y son ellas las que tienen la culpa, por haber dejado que se marchara sin darse cuenta y sin vigilarla.» Así que entré decidida, y conté lo que sabía. Todo se lo conté a Miss Furnivall, gritándole al oído; pero cuando llegué a lo de la otra niña, fuera en la nieve, persuadiéndola y tentándola para que saliera, y atrayéndola hacia la soberbia y hermosa dama junto al acebo, alzó los brazos, sus brazos viejos y marchitos, y exclamó: «¡Oh, Dios mío, perdóname! ¡Ten piedad!».

Mrs. Stark la sujetó, con bastante rudeza, me pareció; pero no se dejó dominar por Mrs. Stark, y me habló con una especie de frenética prevención y autoridad.

—¡Hester! ¡Aléjala de esa niña! ¡La atraerá hacia la muerte! ¡Esa niña es malvada! Dile que es una niña perversa y mala.

Entonces Mrs. Stark me ordenó que saliera deprisa de la habitación, cosa de la que me alegré; pero Miss Furnivall seguía gritando: «¡Oh, ten piedad! ¿Acaso no me vas a perdonar nunca? Han pasado ya muchos años...».

Después de eso me sentí muy inquieta. No me atrevía a dejar a Miss Rosamond ni de día ni de noche, por miedo a que se escapara otra vez con alguna idea peregrina; y más aún pensando que Miss Furnivall estaba chiflada, a juzgar por la extraña manera con que la trataban, y que mi nena querida podía estar expuesta a algo parecido (que se diese en la familia). Y el frío intenso no cesó en todo ese tiempo; y cuando una noche era más tormentosa de lo habitual, entre las ráfagas, y en medio del viento, oíamos al viejo lord tocar el gran órgano. Pero fuese el viejo lord o no, a dondequiera que fuese Miss Rosamond, allá la seguía yo; porque mi amor por mi preciosa y desamparada huerfanita era más grande que mi miedo a aquellos sonos grandiosos y terribles. Además, me correspondía a mí hacer que estuviese contenta y alegre como era propio de su edad. Así que jugábamos juntas, y juntas andábamos de un lado para otro; porque no me atrevía a perderla de vista otra vez en aquella casa enorme y laberíntica. Y sucedió que una tarde, no mucho antes de Navidad, estábamos jugando en la mesa de billar del gran vestíbulo (no es que supiéramos jugar, sino que a ella le

gustaba hacer rodar las pulidas bolas de marfil con sus manitas, y a mí me gustaba hacer lo que hiciese ella); y al poco rato, sin que nos diéramos cuenta, oscureció dentro de la casa, aunque todavía había claridad fuera; y estaba pensando en llevarla al cuarto de los niños, cuando de repente exclamó:

—¡Mira, Hester, mira! ¡Ahí fuera, en la nieve, está esa pobrecita niña!

Corrí hacia la larga y estrecha ventana, y allí, efectivamente, vi a una niña, más pequeña que Miss Rosamond —vestida de una forma totalmente insuficiente para estar a la intemperie en una noche tan cruda—, llorando y golpeando los cristales de la ventana, como si quisiera que la dejasen entrar. Parecía sollozar y gemir, hasta que Miss Rosamond no pudo soportarlo más; y ya corría hacia la puerta cuando, de pronto, sonó el gran órgano cerca de nosotras, tan atronadoramente que me hizo temblar de veras; y más aún cuando recordé que, incluso en el silencio de aquel tiempo de frío mortal, no había oído el golpear de las manitas en los cristales, a pesar de que la Niña Fantasma parecía haber puesto en ello toda su fuerza; y aunque la había visto llorar y gemir, no había llegado a mis oídos el más leve sonido. No sé si me di cuenta de todo esto en aquel instante; tan pasmada de terror me tenían las notas del gran órgano; lo que sé es que alcancé a Miss Rosamond antes de que abriese la puerta del vestíbulo, y me la llevé, pataleando y chillando, a la amplia e iluminada cocina donde Dorothy y Agnes estaban atareadas con sus pasteles de carne.

—¿Qué le pasa a mi cielo? —exclamó Dorothy cuando entré cargada con Miss Rosamond, que sollozaba como si fuera a partírsele el corazón.

—No me deja abrir la puerta para que entre mi niñita; y se morirá si queda toda la noche fuera, en los cerros. Hester cruel, mala —decía, pegándome en la cara; pero ya podía haberme pegado más fuerte, porque la expresión de terror que había visto en la cara de Dorothy me había helado la sangre en las venas.

—Cierra deprisa la puerta de atrás de la cocina, y pasa el cerrojo —ordenó Agnes; no dijo más; le dio uvas y almendras a Miss Rosamond para tranquilizarla, pero ella seguía llorando por la niñita de la nieve, y no quiso probar ninguna golosina. Di gracias cuando se quedó dormida llorando en la cama. Después, bajé sigilosamente a la cocina, y dije a Dorothy lo que se me había ocurrido. Llevaría a mi nena de vuelta a casa de su padre, en Applethwaite, donde, aunque viviéramos modestamente, viviríamos en paz. Le dije que me había asustado bastante la música de órgano del viejo lord, pero que ahora que había visto por mí misma a esa criatura quejumbrosa, engalanada como no podía ir ninguna niña de la vecindad, golpeando y aporreando para entrar, aunque sin hacer el menor ruido... con una herida negra en el hombro derecho, y a la que Miss Rosamond había reconocido como el fantasma que la había atraído hacia la muerte (cosa que Dorothy sabía que era verdad), no quería permanecer allí más tiempo.

Vi que Dorothy cambiaba de color una o dos veces. Cuando terminé, me dijo que no creía que pudiera llevarme a Miss Rosamond conmigo, porque era pupila de milord, y yo no tenía ningún derecho sobre ella; y me preguntó si yo abandonaría a la

niña a la que tanto quería sólo por unos sonos y visiones que no podían hacerme ningún daño, y a los que todos habían tenido que acostumbrarse. Yo estaba toda sofocada y temblorosa de cólera; y le dije que ella muy bien podía hablar, pues sabía qué significaban esos ruidos y visiones, y que lo mismo había tenido que ver con la Niña Espectro, en vida. Y la provoqué tanto que por fin me contó todo lo que sabía; y entonces deseé que no me lo hubiera contado, porque sólo sirvió para asustarme aún más.

Dijo que había oído la historia a antiguos vecinos que vivían cuando ella estaba recién casada; cuando la gente acostumbraba a visitar la mansión, antes de que adquiriese tan mala reputación en los alrededores, puede que lo que le habían contado fuera cierto, o que no lo fuera.

El viejo lord era el padre de Miss Furnivall, Miss Grace, como la llamaba Dorothy; porque la mayor era Miss Maude, y a ella le correspondía ser Miss Furnivall por derecho. Al viejo lord le devoraba el orgullo. Jamás se había visto o conocido hombre más orgulloso; y sus hijas eran como él. Nadie valía lo bastante como para casarse con ellas, aunque tenían de sobra dónde escoger, porque eran las mayores bellezas de su tiempo, como había visto yo por los retratos que colgaban en el salón de gala. Pero como dice el refrán, «más dura será la caída»; y estas dos altivas bellezas se enamoraron del mismo hombre, que no era más que un músico extranjero que el padre había traído de Londres para que tocara en su casa solariega. Porque, sobre todas las cosas, casi tanto como a su orgullo, el viejo lord amaba la música. Sabía tocar casi todos los instrumentos conocidos, y era extraño que eso no le ablandara; pero era un viejo violento, duro, que con su crueldad había destrozado el corazón de su pobre esposa, según decían. Le entusiasmaba la música, y pagaba lo que fuera por ella. Así que hizo venir a ese extranjero, que tocaba una música tan bella, dicen, que hasta los pájaros dejaban de cantar en los árboles para escucharla. Y poco a poco, este caballero extranjero llegó a adquirir tal ascendiente sobre el viejo lord, que a éste ya sólo le interesaba que volviese todos los años; fue él quien trajo de Holanda el gran órgano, y lo montó en el vestíbulo, donde está ahora. Enseñó al viejo lord a tocarlo; pero muchas, muchas veces, cuando lord Furnivall no pensaba más que en su hermoso órgano, y en su música aún más hermosa, el extranjero moreno se hallaba paseando por el bosque con una de las jóvenes: ora Miss Maude, ora Miss Grace.

Miss Maude salió vencedora, y se llevó el premio, tal cual; y se casaron los dos sin que nadie se enterase, y antes de que él hiciera la siguiente visita anual, ella dio a luz una niña en una granja de los páramos, mientras su padre y Miss Grace creían que estaba en las carreras de Doncaster. Pero a pesar de ser esposa y madre, no se dulcificó ni un poquito, sino que siguió tan altiva y apasionada como siempre; y puede que más aún, porque estaba celosa de Miss Grace, a quien su marido extranjero dedicaba una parte de sus galanteos... para taparle los ojos, como decía a su esposa. Pero Miss Grace se impuso sobre Miss Maude, y Miss Maude se fue volviendo más

violenta cada vez, tanto con su marido como con su hermana; y el primero —que podía librarse fácilmente de lo que era desagradable y refugiarse en otros países— se fue aquel verano un mes antes de lo habitual, y medio amenazó con no volver jamás. A todo esto, tenían a la niña en la granja; y su madre solía mandar que le ensillaran el caballo, y cruzar a galope desbocado las colinas para verla una vez a la semana por lo menos; porque cuando amaba, amaba de veras; y cuando odiaba, odiaba de veras. Y el viejo lord seguía tocando y tocando su órgano; y los criados pensaban que la dulce música que tocaba había suavizado su terrible genio, del que podían contarse (decía Dorothy) cosas espantosas. Además, se quedó inválido, y tenía que andar con una muleta; y su hijo —el padre del actual lord Furnivall— estaba en el ejército de América, y el otro hijo en la mar; así que Miss Maude hacía lo que le daba la gana, y ella y Miss Grace se volvían más frías y agrias cada día la una con la otra; hasta que al final casi no se hablaban, salvo cuando el viejo lord estaba cerca. El músico extranjero volvió al verano siguiente, pero fue la última vez; porque le dieron tal trato con sus celos y sus pasiones, que se hastió y se fue, y no volvió a saberse más de él. Y Miss Maude, que siempre había pretendido que se reconociera su boda después de la muerte de su padre, se convirtió en una esposa abandonada —de la que nadie sabía que hubiera estado casada—, con una hija que no se atrevía a reconocer, aunque la quería con locura, viviendo con un padre al que temía y una hermana a la que odiaba. Cuando pasó el verano siguiente sin que apareciera el extranjero moreno, Miss Maude y Miss Grace se pusieron melancólicas y tristes; tenían el aspecto macilento, aunque seguían igual de guapas que siempre. Pero al poco tiempo Miss Maude se animó; porque su padre estaba cada vez más delicado, y cada vez más entusiasmado con la música; y ella y Miss Grace vivían casi completamente aparte, y tenían habitaciones separadas, una en el lado oeste, y Miss Maude en el este: las mismas habitaciones que ahora estaban cerradas. Así que pensó que podía tener a su hijita con ella sin necesidad de que lo supiera nadie, excepto quienes no se atreverían a hablar de ello y se verían obligados a creer que era, como ella decía, la de unos campesinos de la que se había encaprichado. Todo lo que Dorothy había contado hasta aquí era bien sabido; pero lo que vino a continuación no lo sabía nadie excepto Miss Grace y Mrs. Stark, que ya entonces era su doncella, y mucho más amiga de ella de lo que nunca había sido su hermana. Pero los criados se enteraron, por unas palabras que se les escaparon, de que Miss Maude había vencido a Miss Grace, y le había dicho que el extranjero moreno se había estado burlando de ella fingiéndole amor... dado que era su marido; ese mismo día, los labios y las mejillas de Miss Grace perdieron el color para siempre, y se la oyó decir muchas veces que tarde o temprano se vengaría; y Mrs. Stark estaba acechando constantemente las habitaciones del ala este.

Una noche espantosa, muy poco después de Año Nuevo, en que la nieve se extendía espesa y profunda, y los copos seguían cayendo —lo bastante deprisa como para cegar a cualquiera que saliese de casa—, se oyó un ruido muy fuerte y violento, y por encima, la voz del viejo lord maldiciendo y jurando atrozmente, y el llanto de

una criatura pequeña, y el orgulloso desafío de una mujer furiosa, y el ruido de un golpe, y un silencio mortal... ¡y gemidos y lamentos que se perdieron a lo lejos, por la ladera! Luego el viejo lord llamó a todos los criados y les dijo, entre terribles juramentos y palabras aún más terribles, que su hija se había deshonrado, y que él la había echado de casa —a ella y a su hija—, y que si alguna vez le prestaban ayuda o le daban comida o cobijo, él rezaría para que no entrasen jamás en el cielo. Y durante todo el tiempo, Miss Grace permaneció junto a él, blanca y quieta como una piedra; y cuando terminó, ella exhaló un gran suspiro como diciendo que había hecho su trabajo, y había logrado su propósito. Pero el viejo lord no volvió a tocar más el órgano, y murió ese mismo año; ¡y no es de extrañar! Porque la mañana siguiente a esa noche agitada y espantosa, los pastores, al bajar por la ladera del cerro, encontraron a Miss Maude sentada, loca, sonriendo bajo los acebos, acunando a una niña muerta con una marca terrible en el hombro derecho. «Pero eso no fue lo que la mató —dijo Dorothy—. Fue la helada, el frío. ¡Todas las bestezuelas estaban en sus madrigueras, y todos los animales en su redil... mientras que la criatura y su madre fueron condenadas a vagar por los cerros! Y ahora ya lo sabes todo, y yo me pregunto si estás menos asustada.»

Yo estaba más asustada que nunca. Pero dije que no lo estaba. Deseaba que Miss Rosamond y yo nos fuéramos lejos de aquella horrible casa para siempre; pero yo no quería dejarla sola, y tampoco me atrevía a llevármela. Pero ¡cómo la vigilaba y la protegía! Pasábamos los cerrojos y cerrábamos las contraventanas una hora o más antes de que oscureciera, mejor que hacerlo cinco minutos tarde. Pero mi pequeña señorita seguía oyendo llorar y lamentarse a la criatura espectral; y nada de lo que hacíamos o decíamos servía para hacerla desistir de abrirle para que se resguardase del viento crudo y de la nieve. Durante todo este tiempo me mantuve lo más alejada que pude de Miss Furnivall y Mrs. Stark; porque las temía; sabía que nada bueno podía venir de ellas, con sus caras severas y grises y sus ojos soñadores mirando hacia los horribles años pasados. Pero dentro del mismo miedo, sentía una especie de compasión... por Miss Furnivall al menos. Difícilmente pueden tener los caídos en el infierno una expresión más desesperanzada que la que siempre reflejaba su rostro. Al final me daba tanta pena —jamás decía una palabra, a menos que se viera obligada— que rezaba por ella; y enseñé a Miss Rosamond a rezar por quien ha cometido un pecado mortal; pero a menudo, al llegar a esas palabras, se ponía a escuchar, se incorporaba, y decía: «Oigo a mi niña llorando y gimiendo muy triste. ¡Déjala entrar, o morirá!».

Una noche —justo después de que llegara por fin el día de Año Nuevo y de que, como yo esperaba, diera un cambio el largo invierno— oí sonar tres veces la campanilla del salón oeste, que me avisaba a mí. No quería dejar a Miss Rosamond sola, a pesar de que estaba dormida, y tenía miedo de que mi nena se despertase al oír a la Niña Espectro; verla, yo sabía que no podía. Para eso había cerrado bien las ventanas. Así que la saqué de la cama y la envolví en una manta de modo que

resultara lo más manejable posible, y bajé al salón, donde las viejas damas estaban sentadas como de costumbre ante su labor de tapicería. Al entrar levantaron la vista, y Mrs. Stark preguntó llena de asombro: «¿Por qué has traído a Miss Rosamond, sacándola de su cama caliente?». Había empezado yo a murmurar, «porque temía que mientras no estuviera yo, la persuadiese esa extraña criatura de la nieve», cuando me detuvo ella en seco (con una mirada a Miss Furnivall) y dijo que Miss Furnivall quería que yo deshiciera una labor que había hecho mal, y que ninguna de las dos veía para descoserla. Así que dejé a mi tesoro en el sofá, y me senté en un taburete junto a ellas. Y sentí rencor, al oír levantarse el viento, y aullar.

Miss Rosamond siguió durmiendo profundamente, a pesar del viento que soplabá; y Miss Furnivall no decía una palabra, ni alzaba la vista cuando las ráfagas sacudían las ventanas. De repente, se levantó cuan alta era, e hizo un gesto con la mano, como para indicar que escucháramos:

—¡Oigo voces! —dijo—. Oigo gritos terribles... ¡Oigo la voz de mi padre!

En ese preciso momento se despertó mi nena con un súbito sobresalto: «Mi niñita está llorando, ¡oh, cómo llora!», e intentó levantarse e ir hacia ella, pero se le enredaron los pies en la manta y la cogí; porque se me había empezado a poner la carne de gallina con esas voces que ellas oían, mientras que nosotras no captábamos sonido ninguno. Un minuto o dos después se hicieron audibles los ruidos, aumentaron rápidamente, y nos llenaron los oídos; también nosotras oíamos voces y gritos, ya no era el viento invernal que bramaba en el exterior. Nos miramos, Mrs. Stark y yo, pero no nos atrevimos a hablar. De pronto, Miss Furnivall se dirigió hacia la puerta, salió a la antesala, atravesó el corredor oeste, y abrió la puerta que daba al gran salón. Mrs. Stark fue tras ella, y yo no me atreví a quedarme, aunque el corazón casi me había dejado de latir de miedo. Cogí en brazos a mi nena bien arrebujada, y salí con ellas. En el vestíbulo, los gritos eran más fuertes que nunca; sonaban como si viniesen del ala este: más y más cerca cada vez... al otro lado de las puertas cerradas... justo detrás de ellas. Entonces me di cuenta de que la gran araña de bronce parecía encendida, aunque el vestíbulo estaba en penumbra, y que ardía un fuego en la amplia chimenea, aunque no daba calor; y me estremecí de terror, y estreché a mi nena más fuertemente contra mí. Pero al hacerlo, la puerta este se sacudió, y ella, forcejeando de repente para librarse de mí, exclamó: «¡Hester! ¡Tengo que ir! ¡Mi niñita está ahí; la oigo; ya viene! ¡Hester, tengo que ir!».

La sujeté con todas mis fuerzas; con total determinación la retenía. Si me hubiera muerto, mis manos habrían seguido agarrándola: tal era la firmeza de mi resolución. Miss Furnivall estaba de pie, escuchando, sin hacer el menor caso a mi nena, que había conseguido llegar al suelo, y a la que yo, de rodillas ahora, sujetaba con los dos brazos alrededor de su cuello; ella seguía forcejeando y gritando para soltarse.

De repente, cedió la puerta este con estrépito atronador, como forzada por una furia violenta, y entró, envuelta en una luz misteriosa, la figura de un hombre viejo, alto, de cabellos grises y ojos centelleantes. Conducía delante de él, con despiadados

gestos de odio, a una mujer adusta y hermosa con una niña muy pequeña cogida a su vestido.

—¡Oh, Hester, Hester! —exclamó Miss Rosamond—. ¡Ésa es la señora! La señora de los acebos; y mi niñita está con ella. ¡Hester! ¡Hester! Déjame ir con ella. Me están llamando. Siento que me atraen... lo siento. ¡Tengo que ir!

Otra vez se puso casi convulsa, forcejeando por escapar; pero yo la sujetaba cada vez más fuerte, hasta el punto de que temí hacerle daño; pero era preferible, a dejarla ir con aquellos fantasmas terribles. Pasaron de largo hacia la gran puerta del vestíbulo, donde los vientos aullaban y reclamaban voraces su presa; antes de llegar, sin embargo, la dama se volvió; y pude ver que se enfrentaba al anciano con orgulloso desafío; pero a continuación se acobardó... y extendió los brazos frenética y piadosamente para salvar a su hijita, a su hijita pequeña, del golpe de la muleta.

A Miss Rosamond la agitaba un poder más fuerte que yo; y se retorció en mis brazos, y sollozaba (porque la pobrecita se iba quedando sin fuerzas).

—Quieren que vaya con ellas a los cerros... están tirando de mí. ¡Oh, niñita mía! Yo quiero, pero esta Hester malvada y cruel me sujeta muy fuerte.

Pero cuando vio la muleta levantada, se desvaneció, y yo di gracias a Dios por ello. En ese mismo instante —cuando el anciano alto, con los cabellos agitados como por el aire inflamado de un horno, iba a descargar un golpe sobre la niñita encogida —, Miss Furnivall, la anciana que tenía a mi lado, exclamó: «¡Padre, padre, perdona a la pequeña inocente!». Pero entonces vi —lo vimos todas— que otro fantasma se perfilaba y se hacía visible en la luz brumosa y azul que inundaba el vestíbulo; no lo habíamos visto hasta ahora: era otra dama, que estaba de pie junto al anciano, con una expresión de odio implacable y triunfal desprecio. Dicha figura era muy hermosa, llevaba un sombrero blanco, flexible, echado hacia adelante, y sus labios eran rojos y curvados. Iba vestida con una túnica abierta de satén azul. Yo había visto antes esa figura. Era como el retrato de Miss Furnivall en su juventud. Los terribles fantasmas seguían actuando, indiferentes a las frenéticas súplicas de Miss Furnivall: la muleta levantada cayó sobre el hombro derecho de la pequeña, mientras la hermana más joven miraba con impasibilidad de piedra. Pero en ese instante, las luces pálidas, y el fuego que no daba calor, se apagaron por sí mismos, y Miss Furnivall cayó a nuestros pies fulminada por la parálisis... herida de muerte.

¡Sí! La llevaron a su cama, esa noche, para no levantarse más. Yació de cara a la pared, murmurando en voz baja, pero sin cesar: «¡Ay de mí, ay de mí! ¡Lo hecho en la juventud, no puede deshacerse en la vejez!».

Amelia Edwards
EL COCHE FANTASMA

AMELIA Ann Blandford Edwards (1831-1892) es otra de las típicas escritoras victorianas de cuentos de fantasmas que colaboraron regularmente en las publicaciones de Dickens, antes de convertirse en fervorosa especialista en historia antigua y arqueología y fundar la Egypt Exploration Fund a raíz de su viaje al país de los faraones en 1873.

Su precocidad con la pluma fue ostensible: a los siete años vendía a una revista su primer poema y a los veinticuatro publicaba su primera novela. Siete novelas más (entre ellas Monsieur Maurice, Miss Carew y A Night on the Border of the Black Forest), sendos libros de viajes y un sinfín de relatos en diferentes magazines dan fe igualmente de su prodigalidad narrativa con anterioridad a su dedicación exclusiva a los estudios egiptológicos.

Jamás publicados en forma de libro, Miss Edwards escribió por lo menos una docena de cuentos de fantasmas muy celebrados en su día pero de efímera difusión en épocas posteriores hasta que Montague Summers, en su clásico Supernatural Omnibus, los rescató del olvido en 1931, publicando cuatro de ellos: «My Brother's Ghost Story» (1860), «How the Third Floor Knew the Potteries» (1863), «The Engineer» (1866) y el más justamente reputado y a mi juicio mejor de todos «The Phantom Coach» (1864), escrito para la revista All the Year Round, que a continuación brindamos al lector.

EL COCHE FANTASMA ^[5]

LAS circunstancias que voy a relatarles están avaladas por la verdad. Me ocurrieron a mí, y el recuerdo que tengo de ellas sigue tan vivido como si hubiesen tenido lugar ayer mismo. Sin embargo, han transcurrido veinte años desde aquella noche. En esos veinte años, sólo le he contado la historia a una persona. Ahora vuelvo a hacerlo con una renuencia que me cuesta superar. Lo único que les pido, a cambio, es que no saquen forzadas conclusiones sobre mí. No pretendo justificar nada. No deseo entrar en discusiones. Tengo mi opinión formada sobre dicho asunto y, puesto que cuento con el testimonio de mis sentidos al que remitirme, prefiero atenerme a él.

¡Pues bien! Fue hace veinte años, y faltaba un día o dos para que terminase la temporada del urogallo. Me había pasado el día con la escopeta sin cobrar una sola pieza que valiese la pena. El viento era del este; el mes, diciembre; el lugar, un páramo extenso y desolado al norte de Inglaterra. Y me había extraviado. No era un paraje agradable para perderse, con los primeros copos livianos de una inminente tormenta de nieve empezando a posarse sobre los brezos y el atardecer plomizo cerrándose alrededor. Me protegí los ojos con la mano, y miré preocupado la creciente oscuridad, donde el páramo purpúreo se fundía con unas líneas de colinas bajas, a unas diez o doce millas de distancia. No divise ni la más leve señal de humo, ni la más pequeña parcela cultivada, cercado o redil en ninguna dirección. No me quedaba más remedio que seguir andando, y ver si tenía la suerte de encontrar algún tipo de cobijo por el camino. Así que volví a echarme la escopeta al hombro, y seguí adelante cansino; porque llevaba andando desde una hora después de amanecer, y no había comido nada desde el desayuno.

Entretanto, la nieve empezó a caer con ominosa regularidad, y amainó el viento. Después, el frío se volvió más intenso, y cayó la noche rápidamente. En cuanto a mí, mis probabilidades iban oscureciéndose a medida que lo hacía el cielo, y me angustiaba el pensar en mi joven esposa esperándome asomada a la ventana de nuestro saloncito de la posada, y en todo lo que sufriría a lo largo de esta enojosa noche. Nos habíamos casado hacía cuatro meses y, después de pasar el otoño en el norte de Escocia, nos alojábamos ahora en un remoto pueblecito situado en el borde de las grandes parameras inglesas. Estábamos muy enamorados y, desde luego, éramos muy felices. Esa mañana, al separarnos, ella me había suplicado que volviera antes de anocheecer, y yo le había prometido que lo haría. ¡Qué no habría dado yo por cumplir mi palabra!

Incluso ahora, fatigado como estaba, pensaba que con una cena, una hora de descanso y un guía, podría regresar aún junto a ella antes de medianoche, si es que lograba encontrar guía y cobijo.

Y durante todo ese tiempo, la nieve caía y la oscuridad se hacía más densa. Yo me

paraba a gritar de vez en cuando, pero mis voces sólo parecían hacer más profundo el silencio. Entonces me invadió una vaga sensación de inquietud, y empecé a recordar historias de viajeros que habían caminado y caminado bajo la nieve hasta que, agotados, sólo tenían ganas de tumbarse a dormir, y morir. ¿Podría —me preguntaba— seguir así toda la larga y oscura noche? ¿No llegaría un momento en que me flaquearían las piernas y cedería mi resolución? Entonces yo también dormiría el sueño de la muerte. ¡De la muerte! Me estremecí. Qué duro para mi amada, cuyo corazón rebosaba de amor... pero no debía abrigar tal pensamiento. Para ahuyentarlo, volví a gritar más alto y prolongado, y luego presté atención con ansiedad. ¿Contestaron a mi grito, o sólo imaginé que había oído una voz lejana? Llamé otra vez, y otra vez respondió el eco. Entonces, súbitamente, surgió de la oscuridad una vacilante mancha de luz, desplazándose, desapareciendo momentáneamente, y reapareciendo más cercana y brillante. Corrí hacia ella a toda velocidad y me encontré, con gran alegría, frente a un viejo con una linterna.

—¡Gracias a Dios! —fue la exclamación que brotó involuntariamente de mis labios.

Parpadeando y frunciendo el ceño, alzó la linterna y me miró a la cara.

—¿Por qué? —gruñó con mal humor.

—Bueno... por haberle encontrado a usted. Empezaba a temer que me perdería en la nieve.

—¡Ah, sí! De tiempo en tiempo, se extravía alguien por aquí, ¿y qué impide que se extravíe usted también, si Dios lo dispone?

—Si Dios dispone que usted y yo nos perdamos juntos, amigo, tendremos que conformarnos —repliqué—, pero no pienso perderme sin usted. ¿A qué distancia está Dwolding?

—A unas veinte millas, más o menos.

—¿Y el pueblo más cercano?

—El pueblo más cercano es Wyke, y está a doce millas en la otra dirección.

—¿Dónde vive usted, entonces?

—Allá —dijo, con una vaga sacudida de la linterna.

—¿Se dirige a su casa, supongo?

—Puede.

—Pues me voy con usted.

El viejo negó con la cabeza, y se frotó la nariz, meditabundo, con el asa de la linterna.

—Es inútil —gruñó—. Él no le dejará entrar.

—Eso ya lo veremos —repliqué con viveza—. ¿Quién es él?

—El patrón.

—¿Quién es el patrón?

—Eso a usted no le importa —fue la descortés respuesta.

—Bien, bien; usted indique el camino, que yo me encargaré de que su patrón me

proporcione cobijo y cena esta noche.

—¡Pues inténtelo! —murmuró mi renuente guía; y meneando la cabeza, echó a andar cojitranco, como un gnomo, en medio de la nevada. Poco después se destacó de la oscuridad una gran mole, y un enorme perrazo se precipitó fuera ladrando furiosamente.

—¿Es ésa la casa? —pregunté.

—Sí, ésa es la casa. ¡Quietos, Bey! —y se hurgó en el bolsillo buscando la llave.

Me pegué a él, dispuesto a no perder la oportunidad de entrar, y vi en el pequeño círculo de luz que proyectaba la linterna que la puerta estaba profusamente tachonada de clavos de hierro como el de una prisión. Un minuto después había hecho girar la llave, y yo le había dado un empujón para entrar antes que él.

Una vez dentro, miré alrededor con curiosidad, y me encontré en una sala grande con vigas que servía, al parecer, para varios usos. Uno de los extremos estaba lleno hasta el techo de trigo, como un granero. En el otro había sacos de harina apilados, aperos de labranza, barriles, y toda clase de trastos; de las vigas del techo colgaban hileras de jamones, piezas de tocino y manojos de hierbas secas para utilizar durante el invierno. En el centro del piso había un objeto enorme, lúgubramente cubierto por un lienzo sucio, que llegaba a la mitad de la altura de las vigas. Levanté una esquina de ese lienzo, y descubrí con sorpresa un telescopio de considerable tamaño, montado sobre una rudimentaria plataforma móvil con cuatro ruedecitas. El tubo era de madera pintada y estaba ceñido con abrazaderas de metal toscamente confeccionadas; el espejo, por lo que pude calcular con tan poca luz, mediría por lo menos quince pulgadas de diámetro. Estaba examinando todavía el instrumento, y preguntándome si no sería obra de algún óptico autodidacta, cuando sonó de repente una campana.

—Es para usted —dijo mi guía con una sonrisa—. Aquélla es su habitación.

Señaló una puertecita al otro lado de la entrada. Crucé, llamé con cierta energía» y entré sin esperar a que me invitaran. Un anciano enorme, de cabellos blancos, se levantó de una mesa cubierta de libros y papeles, y se enfrentó a mí severamente.

—¿Quién es usted? —dijo—. ¿Cómo ha llegado aquí? ¿Qué quiere?

—Soy James Murray, abogado. He venido a pie, por el páramo. Quiero comer, beber y dormir.

Curvó sus tupidas cejas en un ceño agorero.

—Mi casa no es un albergue —dijo con altanería—. Jacob, ¿cómo te has atrevido a dejar entrar a este extraño?

—Yo no le he dejado entrar —refunfuñó el viejo—. Me ha seguido por el páramo, y me ha empujado para entrar antes que yo. No puedo enfrentarme con alguien que mide seis pies, además.

—Y dígame señor, ¿con qué derecho ha forzado usted la entrada de mi casa?

—Con el mismo con que me agarraría a una barca si me estuviera ahogando. El del instinto de conservación.

—¿Instinto de conservación?

—Hay ya una pulgada de nieve en el suelo —repliqué con brevedad—; y antes de amanecer será lo bastante espesa como para cubrir mi cuerpo.

Se acercó a grandes zancadas a la ventana, descorrió una gruesa cortina negra, y miró al exterior.

—Es verdad —dijo—. Puede quedarse, si quiere, hasta mañana. Jacob, sirve la cena.

Dicho esto me indicó una silla, volvió a ocupar la suya, y se enfrascó en seguida en el estudio del que yo le había sacado.

Dejé la escopeta en un rincón, acerqué la silla al hogar, y examiné mi entorno a placer. Más pequeña y con menos incongruencias que la sala de la entrada, esta habitación contenía, sin embargo, muchas cosas que despertaban mi curiosidad. El piso carecía de alfombra. Las paredes encaladas tenían garabateados extraños diagramas en algunos sitios, y en otros estaban cubiertas de anaqueles repletos de instrumentos científicos cuyo uso en muchos casos, me era desconocido. A un lado de la chimenea había una librería llena de mugrientos infolios; al otro, un pequeño órgano decorado con tallas policromadas de santos y demonios medievales. A través de la puerta medio abierta de una alacena, en el fondo de la habitación, vi una gran colección de muestras geológicas, instrumentos quirúrgicos, crisoles, retortas y tarros de sustancias químicas; mientras que en la repisa de la chimenea, junto a mí, entre varios objetos pequeños, había una maqueta del sistema solar, una pequeña pila galvánica y un microscopio. Todas las sillas tenían algo encima, todos los rincones estaban hasta arriba de libros. El mismo suelo estaba cubierto de mapas, moldes, papeles, gráficos, y trastos científicos de todas las clases imaginables.

Yo miraba a mi alrededor con un asombro que aumentaba con cada objeto sobre el que posaba la vista. Nunca había visto habitación más extraña; aunque aún resultaba más extraño encontrarla en una granja solitaria en medio de aquellos páramos desolados y desérticos. Una y otra vez desviaba la mirada de mi anfitrión a su entorno, y de su entorno a mi anfitrión, preguntándome quién y qué podría ser. Su cabeza era singularmente hermosa; pero era más la cabeza de un poeta que la de un filósofo. De sienes anchas, arcos prominentes sobre los ojos y cubierta de cabello abundante y completamente blanco, tenía toda la pureza y mucho de la tosquedad que caracteriza a la cabeza de Ludwig van Beethoven. Con los mismos pliegues profundos alrededor de la boca, y el mismo ceño severo. Con la misma expresión concentrada. Cuando todavía estaba observándole, se abrió la puerta, y entró Jacob con la cena. Su señor cerró entonces el libro, se levantó, y con una actitud más cortés de la que había mostrado hasta ahora, me invitó a sentarme a la mesa.

Me colocaron delante un plato de huevos con jamón, una hogaza de pan moreno y una botella de excelente jerez.

—No tengo para ofrecerle más que una comida sencilla de granja, señor —dijo mi anfitrión—. Confío en que su apetito compense las deficiencias de nuestra despensa.

Yo ya había caído sobre los manjares, y declaré con el entusiasmo de un deportista hambriento que en mi vida había comido nada tan delicioso.

Él hizo una rígida inclinación de cabeza y se sentó ante su cena, que consistía, sencillamente, en un jarro de leche y un cuenco de gachas. Comimos en silencio, y cuando terminamos, Jacob retiró la bandeja. Entonces volví con la silla junto a la chimenea. Mi anfitrión, para mi sorpresa, hizo lo mismo; y dirigiéndose bruscamente a mí, dijo:

—Señor, llevo viviendo aquí, en riguroso retiro, veintitrés años. Durante ese tiempo, no he visto muchas caras nuevas, ni he leído un solo periódico. Usted es el primer desconocido que ha cruzado el umbral desde hace más de cuatro años. ¿Quiere hacerme el favor de informarme en pocas palabras acerca del mundo, del que me he apartado hace tanto tiempo?

—Le ruego que me pregunte —repliqué—. Estoy enteramente a su disposición.

Inclinó la cabeza en señal de agradecimiento; se echó hacia adelante, con los codos en las rodillas y la barbilla apoyada en las palmas de manos; clavó la mirada en el fuego, y comenzó a interrogarme.

Sus preguntas se referían sobre todo a cuestiones científicas, cuyos últimos progresos, aplicados a las necesidades prácticas de la vida, desconocía casi por completo. Como yo no era estudioso de las ciencias, le contesté todo lo bien que me permitían mis ligeros conocimientos; pero la empresa distaba mucho de ser fácil, y me sentí muy aliviado cuando, al pasar de las preguntas a la discusión, él empezó a exponer sus propias conclusiones acerca de los hechos que había estado intentando exponerle. Él hablaba y yo le escuchaba fascinado. Habló hasta que creí que se había olvidado casi de mi presencia, y que sólo estaba pensando en voz alta. Yo no había oído nada parecido hasta entonces. Conocedor de todos los sistemas de todas las filosofías, sutil en el análisis, audaz en la generalización, vertía sus pensamientos en un caudal ininterrumpido, y, siempre inclinado hacia adelante en la misma actitud taciturna con la vista fija en el fuego, erraba de tema en tema, de especulación en especulación, como un soñador inspirado. De la ciencia práctica a la filosofía teórica; de la electricidad por conductores a la electricidad animal; de Watt a Mesmer, de Mesmer a Reichenbach, de Reichenbach a Swedenborg, Spinoza, Condillac, Descartes, Berkeley, Aristóteles, Platón y los magos y místicos de Oriente, fueron pasos que, aunque desconcertantes por su variedad y amplitud, en sus labios resultaban sencillos y armoniosos como secuencias musicales. Luego —he olvidado ahora por medio de qué conjetura o ilustración— pasó a ese terreno situado más allá de los límites de lo hipotético y que llega no se sabe dónde. Habló del alma y sus aspiraciones; del espíritu y sus poderes; de la clarividencia; del poder de profetizar; de esos fenómenos que, designados como fantasmas, espectros o apariciones preternaturales, han sido negados por los escépticos y confirmados por los crédulos de todas las épocas.

—El mundo —dijo— se va volviendo cada vez más escéptico respecto a todo lo

que se extiende más allá de su área reducida; y nuestros hombres de ciencia fomentan esa fatal tendencia. Condenan como fábula todo lo que se resiste al experimento. Rechazan como falso lo que no se puede comprobar en un laboratorio o en una sala de disección. ¿Contra qué superstición han sostenido una guerra tan larga y obstinada, como contra la creencia en apariciones? Y sin embargo, ¿qué superstición se ha mantenido durante tanto tiempo y con tanta firmeza en las mentes de los hombres? Muéstreme un hecho, en física, en historia, en arqueología que haya sido apoyado por testimonios tan amplios y diversos. Atestiguados por todas las razas, en todas las épocas y en todas las latitudes, por los sabios más discretos de la antigüedad, por el salvaje más tosco de hoy día, por el cristiano, el pagano, el panteísta, el materialista, estos fenómenos son tratados como cuentos de niños por los filósofos de nuestro siglo. Una prueba indirecta tiene para ellos el peso de una pluma en la balanza. La relación de causas con efectos, aunque valiosa en las ciencias físicas, es desechada como inútil y engañosa. El testimonio de testigos competentes, aunque definitivo ante un tribunal, no vale nada. Al que hace una pausa antes de declarar se le condena por frívolo. El que cree, es un soñador o un loco.

Habló con amargura, y después de decir esto, se quedó en silencio unos minutos. Luego levantó la cabeza de entre las manos, y añadió, con la voz y el gesto alterados:

—Yo, señor, me detuve, investigué, creí, y no me avergoncé de exponer mis convicciones al mundo. Yo también fui tachado de visionario, puesto en ridículo por mis contemporáneos, y expulsado de ese campo de la ciencia en el que había trabajado honradamente durante los mejores años de mi vida. Estas cosas sucedieron hace exactamente veintitrés años. Desde entonces he vivido como usted me ve ahora; el mundo me ha olvidado y yo he olvidado al mundo. Ésta es mi historia.

—Es muy triste —murmuré, sin saber apenas qué decir.

—Es muy corriente —replicó—. Sólo he sufrido por la verdad, como han sufrido antes muchos hombres mejores y más sabios.

Se levantó como si deseara terminar la conversación, y se dirigió a la ventana.

—Ha cesado de nevar —comentó, dejando caer la cortina; volvió junto al fuego.

—¿Ha cesado? —exclamé, poniéndome de pie, impaciente—. ¡Ah, si fuera posible... pero no! Es inútil. Aunque encontrase el camino en medio del páramo, no podría recorrer veinte millas esta noche.

—¿Recorrer veinte millas esta noche? —repitió mi anfitrión—. ¿En qué está pensando?

—En mi esposa —repliqué con impaciencia—. En mi joven esposa, que ignora que me he extraviado, y que en estos momentos estará angustiada de incertidumbre y de terror.

—¿Dónde está?

—En Dwolding, a veinte millas de aquí.

—En Dwolding —repitió pensativo—. Sí, es verdad, está a veinte millas; pero ¿está usted muy deseoso de ganar las próximas seis u ocho horas?

—Tan deseoso que ahora mismo daría diez guineas por un guía y un caballo.

—Se puede satisfacer su deseo por un precio mucho menor —dijo, sonriendo—. El correo nocturno procedente del norte, que hace el relevo de caballos en Dwolding, pasa a cinco millas de aquí, y dentro de una hora y cuarto debe llegar a un cruce de caminos que hay. Si Jacob le acompañara por el páramo y le dejase en la carretera vieja, supongo que podría encontrar el camino hasta donde se cruza con la nueva, ¿no?

—Fácilmente..., con mucho gusto.

Volvió a sonreír, hizo sonar la campana, dio instrucciones al viejo criado y, cogiendo una botella de whisky y un vaso de la alacena donde guardaba sus sustancias químicas, dijo:

—La nieve es espesa y le será difícil andar esta noche por el páramo. ¿Un vaso de *usquebaugh*^[6] antes de ponerse en camino?

Habría rechazado el licor, pero me insistió, y lo tomé. Me bajó por la garganta como una llama, y casi me dejó sin respiración.

—Es fuerte —dijo—; pero le ayudará a protegerse del frío. Y ahora no pierda tiempo. ¡Buenas noches!

Le di las gracias por su hospitalidad, y habría querido estrecharle la mano, pero había dado media vuelta antes de que yo terminara la frase. Un minuto después habíamos cruzado la entrada, Jacob había cerrado la puerta de fuera, y estábamos en el ancho y blanco páramo.

Aunque el viento había amainado, aún hacía un frío intenso. Ninguna estrella titilaba arriba en la negra bóveda. Ningún ruido, salvo el rápido crujir de la nieve bajo nuestros pies, turbaba la densa quietud de la noche. Jacob, no demasiado contento de su misión, caminaba delante en hosco silencio, con la linterna en la mano y la sombra a sus pies. Yo le seguía, escopeta al hombro, con tantas ganas de conversación como él. Iba absorto pensando en mi reciente anfitrión. Su voz sonaba aún en mis oídos. Su elocuencia aún mantenía cautiva mi imaginación. Recuerdo todavía con sorpresa que mi cerebro sobreexcitado retenía frases y trozos de frases, multitud de imágenes brillantes y fragmentos de espléndidos razonamientos, con las palabras exactas que había utilizado. Meditando sobre lo que había oído, y esforzándome en evocar alguna laguna aquí y allá, marchaba pegado a los talones de mi guía, ensimismado y distraído. Poco después —al cabo de unos pocos minutos, según me pareció—, se detuvo de repente, y dijo:

—Allí está la carretera. Mantenga la valla de piedra a su derecha y no perderá el camino.

—¿Es ésta, entonces, la carretera vieja?

—Sí, ésta es la carretera vieja.

—¿Y cuánto tengo que caminar hasta llegar a la encrucijada?

—Casi tres millas.

Saqué mi bolsa, y se volvió más comunicativo.

—Es bastante buena carretera —dijo— para los que viajan a pie; pero era demasiado empinada y estrecha para el tráfico que va hacia el norte. Tenga cuidado donde está roto el pretil, cerca ya del poste de señales. No lo llegaron a reparar, después del accidente.

—¿Qué accidente?

—Pues el del correo de la noche, que se precipitó de cabeza al valle, unos cincuenta pies o más, en el peor tramo de carretera de todo el condado.

—¡Qué horrible! ¿Cuántas vidas se perdieron?

—Todas. Encontraron muertos a cuatro, y los otros dos murieron a la mañana siguiente.

—¿Cuánto hace que sucedió eso?

—Nueve años justos.

—¿Cerca del poste de señales, dice? Tendré cuidado. Buenas noches.

—Buenas noches, señor y gracias —Jacob se guardó la media corona, hizo ademán de tocarse el sombrero, y regresó por donde había venido.

Observé la luz de su linterna hasta que desapareció por completo, y a continuación di la vuelta para proseguir solo el camino. Éste ya no ofrecía la menor dificultad, porque a pesar de la absoluta oscuridad del cielo, la línea de la valla de piedra destacaba bastante contra el pálido resplandor de la nieve. ¡Qué silencioso parecía ahora que sólo se oían mis pisadas, qué silencioso y solitario! Una extraña y desagradable sensación de soledad se iba apoderando de mí. Apreté el paso. Tararéé un fragmento de tonada. Hice sumas enormes de memoria y las acumulé al interés compuesto. En resumen, hice lo posible por olvidar las inquietantes especulaciones que acababa de escuchar y, en cierto modo, lo conseguí.

Mientras tanto, el aire de la noche parecía hacerse cada vez más frío y, aunque caminaba deprisa, me resultaba imposible mantenerme en calor. Tenía los pies como el hielo. Perdía sensibilidad en las manos y sujetaba maquinalmente la escopeta. Incluso respiraba con dificultad, como si en vez de recorrer una tranquila carretera del norte estuviese escalando las cumbres más altas de unos Alpes gigantescos. Este último síntoma se hizo a continuación tan angustioso que me vi obligado a pararme unos minutos, y a apoyarme en la valla de piedra. Al hacerlo, miré casualmente hacia el camino que dejaba atrás, y vi allí, con infinito alivio, un punto de luz, como el resplandor de una linterna que se acercaba. Al principio supuse que Jacob había vuelto sobre sus pasos y me seguía; pero incluso en el momento de ocurrírseme tal posibilidad surgió una segunda luz, evidentemente paralela a la primera, y que se acercaba a la misma velocidad. No hacía falta pensar demasiado para comprender que eran los faroles de algún vehículo particular, aunque era extraño que un vehículo particular viajase por una carretera abandonada y peligrosa.

No había duda, sin embargo, de que así era, ya que los faroles se iban haciendo más grandes y brillantes; incluso me pareció ver entre ellos la negra silueta del carruaje. Venía muy deprisa, y en completo silencio, dado que la nieve tenía casi un

pie de espesor bajo las ruedas.

Y a continuación se hizo claramente visible la caja del vehículo detrás de las luces. Era extrañamente alto. Me asaltó una súbita sospecha. ¿Acaso había pasado yo el cruce a oscuras sin reparar en el poste de señales, y era éste el coche que tenía que coger?

No hizo falta que me lo preguntara dos veces, porque entonces tomó la curva de la carretera, con el guardián y el cochero, y un viajero en el asiento exterior, y cuatro caballos humeantes, envuelto en una suave neblina luminosa, a través de la cual los faroles brillaban como dos meteoros de fuego.

Salté adelante, agité el sombrero, y grité. El correo me alcanzó a toda velocidad, y me pasó. Por un momento temí que no me hubiesen visto ni oído; pero fue sólo un momento. Paró el cochero; el guardián, embozado hasta los ojos en capas y bufandas, y al parecer profundamente dormido en el pescante, no contestó a mi saludo ni hizo el más ligero ademán de apearse; el pasajero del asiento exterior ni siquiera volvió la cabeza. Abrí la portezuela yo mismo y me asomé. No iban más que tres pasajeros, así que subí, cerré la portezuela, me senté en el rincón desocupado, y me felicité de mi buena suerte.

El ambiente del coche parecía, si era posible, más frío que el aire del exterior, y estaba impregnado de un olor singularmente húmedo y desagradable. Miré a mis compañeros de viaje. Eran hombres los tres, e iban callados. No parecían dormidos, pero cada uno iba reclinado en su rincón del vehículo como absorto en sus propias reflexiones. Intenté iniciar una conversación.

—Qué frío más intenso hace esta noche —dije, dirigiéndome a mi vecino de enfrente.

Éste alzó la cabeza, me miró, pero no respondió.

—Parece que el invierno ha empezado en serio —añadí.

Aunque su rincón estaba tan oscuro que no me era posible distinguir claramente su rostro, noté que todavía tenía su mirada puesta en mí. Sin embargo, seguía sin contestar una palabra.

En cualquier otro momento, yo habría sentido, y manifestado quizá, algún malhumor; pero en ese momento me notaba demasiado mal para lo uno y lo otro. El frío gélido del aire de la noche me había calado hasta el tuétano, y el olor extraño del interior del coche me estaba produciendo unas náuseas insoportables. Me estremecí de pies a cabeza, y volviéndome hacia el vecino de mi izquierda, le pregunté si tenía algún inconveniente en que abriese la ventanilla.

Ni habló ni se movió.

Repetí la pregunta más alto, pero con el mismo resultado. Entonces perdí la paciencia y bajé el cristal de la ventanilla. Al tirar, se me rompió en la mano la correa de cuero; y observé entonces que el cristal tenía una gruesa capa de suciedad, acumulada, al parecer, durante años. Atraída así mi atención hacia el estado del coche, lo observé con más detenimiento, y vi, a la luz imprecisa de los faroles de

fuera, que estaba en el último grado de deterioro. Sus elementos no sólo no tenían arreglo, sino que estaban en estado de putrefacción. Los marcos de las ventanillas se astillaban al tocarlos. Las guarniciones de cuero estaban cubiertas de moho, y literalmente podridas hasta la carpintería. El suelo estaba roto debajo de mis pies. Todo el coche, en suma, apestaba a humedad; evidentemente lo habían sacado de alguna dependencia donde se había estado estropeando durante años, para cumplir un día o dos más su deber en la carretera.

Me volví al tercer viajero, a quien todavía no me había dirigido, y aventuré una pregunta más.

—Este coche —dije— está en un estado lamentable. ¿Es que está en reparación el correo habitual?

Movió la cabeza lentamente y me miró a la cara sin decir palabra. Nunca olvidaré aquella mirada mientras viva. Se me heló el corazón ante ella. Aún se me hieló cuando la recuerdo. Sus ojos ardían con un brillo que no era natural. Tenía la cara lívida como la de un cadáver. Sus labios exangües se contraían como la agonía de la muerte, y mostraban entre ellos unos dientes relucientes.

Murieron en mis labios las palabras que iba a decir; un horror extraño —un horror espantoso— me invadió. A todo esto, mi vista se había acostumbrado a la lobreguez del coche y podía distinguir con relativa claridad. Me volví a mi vecino de enfrente. Él también me estaba mirando, con la misma palidez sobrecogedora en la cara, y el mismo brillo pétreo en los ojos. Me pasé la mano por la frente. Me volví al viajero que iba sentado a mi lado, y vi... ¡Dios mío, cómo describir lo que vi! ¡Vi que no era un hombre vivo, que ninguno de ellos estaba vivo como yo! Una luz pálida, fosforescente —la luz de la putrefacción— oscilaba sobre sus caras horribles, sobre sus cabellos mojados por el relente de la tumba, sobre sus ropas manchadas de tierra y hechas jirones, sobre sus manos, que eran como de cadáveres largo tiempo enterrados. Sólo sus ojos, sus ojos terribles, tenían vida; ¡y esos ojos estaban amenazadoramente vueltos hacia mí!

De mis labios brotó un chillido de terror, un grito frenético, ininteligible, de socorro y de piedad, mientras me arrojaba contra la portezuela e intentaba en vano abrirla.

En ese único instante, breve y vivido como una paisaje vislumbrado a la luz de un relámpago de verano, vi una luna brillando en el claro de las nubes tormentosas... el siniestro poste de señales alzando su dedo admonitorio en el borde del camino... el pretil roto... los caballos precipitándose... el negro abismo abajo. Después, el coche osciló como un barbo en el mar. Después sobrevino un tremendo estallido, una contusión dolorosa. Después, la oscuridad.

Parecía como si hubiesen pasado años, cuando una mañana me desperté de un profundo sueño y descubrí a mi esposa observándome junto a la cama. Paso por alto la escena que siguió, para relatarles, en media docena de palabras, la historia que me contó con lágrimas de agradecimiento. Me había caído por un precipicio, cerca del

cruce de la carretera vieja con la nueva, y me había salvado de una muerte cierta porque fui a parar sobre un montón de nieve acumulada al pie de la roca. En esa nieve me descubrió al amanecer un par de pastores, los cuales me transportaron al refugio más cercano y llevaron a un médico para que me auxiliase. El médico me encontró en un estado de delirio, con un brazo roto y una grave fractura de cráneo. Por las notas de mi cuaderno se enteraron de mi nombre y mis señas; llamaron a mi esposa para que me cuidase; y gracias a mi juventud y buena constitución, salí al fin del peligro. No hace falta decir que el sitio por donde me caí era precisamente el mismo en que nueve años antes había ocurrido el terrible accidente del correo del norte.

Nunca le he contado a mi esposa los horribles sucesos que acabo de referirles. Se los conté al médico que me atendió; pero él consideró toda la aventura como un sueño originado por la fiebre que me afectó al cerebro. Discutimos el asunto una y otra vez, hasta que comprendimos que ya no podía seguir discutiendo con serenidad, y lo dejamos. Que saquen los demás las conclusiones que les plazcan. Yo sé que hace veinte años fui el cuarto viajero de ese Coche Fantasma.

George Sand EL ÓRGANO DEL TITÁN

HIJA de un oficial de caballería, descendiente espurio de un célebre mariscal francés que llegó a reinar en Polonia, y de una modista parisina, Amantine-Aurore-Lucile Dupin (1804-1876) constituye sin duda alguna una de las cumbres literarias del siglo XIX en el país vecino. Autora de una obra abundante y singular, que abarca piezas teatrales, crítica y escritos de estética, novelas de todos los géneros (psicológicas y sociales, rústicas, líricas, etc.), copiosa correspondencia y una importante autobiografía en cuatro volúmenes, su figura encarna lo mismo un determinado romanticismo (apasionados amores con Alfred de Musset y Chopin), una determinada visión de la mujer (vestía indumentaria varonil, fumaba grandes cigarros y adoptó un seudónimo masculino), un determinado estilo de vida (enfrentada a las instituciones establecidas como el matrimonio) o incluso una determinada forma de entender la literatura (participó en los célebres «Diners de la Quinzaine» junto a Saint-Beuve, Flaubert, Taine, los Goncourt y Zola).

El lema «el estilo es la claridad», presente a lo largo de toda su obra, fue igualmente una insobornable exigencia en sus escasos y casi desconocidos escritos fantásticos, bajo la influencia de Hoffmann, entre los que merece destacarse la novela Laura (1865), inspirada posiblemente en el Viaje al centro de la Tierra de Verne, la recopilación de Légendes rustiques (1858), evocación de sucesos maravillosos y sobrenaturales en la campiña francesa ilustrados con grabados de su hijo Maurice, el extraño relato repleto de símbolos La coupole (1863) y los dos volúmenes de Contes d'une grand-mère (1875-76).

«L'Orgue du Titan», considerado como uno de los textos clave de la literatura fantástica francesa del siglo pasado, procede precisamente del segundo tomo de esa antología, titulado Le chêne parlant, la cual denota, por el rigor de sus análisis psicológicos y la singularidad de algunos de sus temas, un alcance mucho mayor del que teóricamente le concedería su condición de cuentos para niños.

EL ÓRGANO DEL TITÁN^[7]

UNA noche, la improvisación musical del anciano e ilustre maestro Angelín nos estaba entusiasmando cual solía, cuando dio en romperse una cuerda del piano, hecho que produjo una vibración insignificante para nosotros pero que causó en los nervios exaltados del artista el mismo efecto que si hubiera caído un rayo. Empujó bruscamente la silla hacia atrás, se frotó las manos como si, cosa imposible, la cuerda las hubiera fustigado y dejó escapar estas extrañas palabras:

—¡Titán del demonio!

Su archiconocida modestia no nos permitía suponer que se estuviera comparando con un titán. Su emoción nos pareció fuera de lo común. Nos dijo que explicar lo que sucedía resultaría demasiado largo.

—Me ocurre a veces —nos dijo—, cuando estoy interpretando el tema sobre el que acabo de improvisar. Un ruido inesperado me turba y me da la impresión de que me crecen las manos. Es una sensación dolorosa que me retrotrae a un momento trágico y, sin embargo, afortunado de mi existencia.

Al rogarle insistentemente que nos diera más detalles, consintió en ello y nos contó lo siguiente:

Ya saben ustedes que soy oriundo de Auvernia, de muy modesta condición y que nunca he conocido a mis padres. Me crié en el hospicio y me recogió el señor Jansiré, a quien llamaban, en aras de la brevedad, maese Jean, profesor de música y organista de la catedral de Clermont. Yo asistía a sus clases como monaguillo que era. Tenía además la pretensión de enseñarme solfeo y clavicordio.

Era maese Jean hombre extrañísimo, el prototipo del músico clásico, y en él se daban todas las excentricidades que se nos suelen atribuir, de las que alguno de nosotros hace gala aún y que, en él, eran totalmente ingenuas y, por lo tanto, temibles.

No dejaba de tener talento aunque éste estuviera muy por debajo de la importancia que él le atribuía. Era buen músico, daba clases particulares a personas de la ciudad y también me las daba a mí cuando no tenía nada mejor que hacer, pues yo era más criado que alumno suyo y accionaba el fuelle del órgano con mayor frecuencia de la que probaba las teclas.

El abandono en que me hallaba no me impedía sentir amor por la música y soñar continuamente con ella; en lo que a lo demás se refiere, era un completo ignorante como van a poder comprobar ustedes.

Salíamos a veces de la ciudad, bien para visitar a algunos amigos del maestro, bien para componer las espinetas y clavicordios de sus clientes; pues en aquellos tiempos —les estoy hablando de principios de siglo—, había muy pocos pianos en provincias y el maestro organista no les hacía ascos a las pequeñas ganancias de violero y afinador.

Un día, maese Jean me dijo:

—Muchacho, mañana te levantas al amanecer, le das un pienso de avena a Bibí, lo ensillas, le pones el portamantas y te vienes conmigo. Llévate los zapatos nuevos y la casaca verde billar. Vamos a pasar dos días de vacaciones en casa de mi hermano el cura de Cantuérmano.

Bibí era un caballo pequeño y flaco pero robusto que estaba acostumbrado a llevar a maese Jean conmigo a la grupa.

El cura de Cantuérmano era una bellísima persona amante de la buena vida; lo había visto a veces en casa de su hermano. En cuanto a Cantuérmano, era una parroquia cuyas casas se hallaban diseminadas por la montaña y de la que no tenía yo mayores conocimientos que si me hubieran hablado de alguna tribu perdida por los desiertos del Nuevo Mundo.

Con maese Jean había que ser puntual. A las tres de la mañana, ya estaba yo en pie; a las cuatro, estábamos camino de la montaña; a las doce, descansamos un rato y comimos en una posada pequeña, negra y fría situada en las lindes de un desierto de brezos y lava; a las tres, reanudábamos el viaje cruzando ese desierto.

El camino era tan monótono que me dormí varias veces. Tenía estudiado a conciencia el modo de dormir en la grupa del caballo sin que se diera cuenta el maestro. Bibí no sólo cargaba con el hombre y el niño sino que, además, llevaba en los cuartos traseros, casi encima de la cola, un portamantas estrecho, bastante alto, una especie de baulito de cuero donde iban dando tumbos, todas revueltas, las herramientas de maese Jean y sus mudas. En este portamantas me apoyaba yo de forma tal que no notara el maestro en la espalda el peso de mi persona o mis cabeceos en el hombro. De nada le valía consultar el perfil que dibujaban nuestras sombras en los lugares llanos del camino o en los taludes rocosos; también tenía yo estudiado aquello y había adoptado, de forma definitiva, un escorzo cuyo significado no le quedaba del todo claro. A veces, sin embargo, le entraba alguna sospecha y me daba en las piernas con la fusta de pomo de plata, diciéndome:

—¡Cuidado, muchacho! ¡En la montaña no se duerme!

Como estábamos cruzando una llanura y los precipicios quedaban aún lejos, creo que aquel día él también echó una cabezada. Me desperté en un lugar que me pareció siniestro. Seguíamos en terreno llano cubierto de brezos y de matas de argoneros enanos. Oscuras colinas cubiertas de pequeños abetos se alzaban a mi derecha y se prolongaban a mis espaldas; a mis pies, un lago pequeño, redondo como la lente de un antejo —con lo cual les estoy diciendo que se trataba de un antiguo cráter—, reflejaba el cielo cubierto de nubes bajas. El agua, de un azul grisáceo con pálidos reflejos metálicos, parecía plomo fundido. Las orillas de este estanque circular, aunque llanas y despejadas, tapaban el horizonte, por lo que se podía sacar la conclusión de que estábamos a gran altura; pero no me di cuenta de ello y me invadió una especie de asombro temeroso al ver las nubes reptar tan cerca de nuestras cabezas que, en mi opinión, corríamos el riesgo de que el cielo nos aplastase.

Maese Jean no hizo caso alguno de mi melancolía.

—Deja pacer a Bibí —me dijo echando pie a tierra—; necesita descansar. No estoy seguro de haber ido por el camino adecuado, voy a ver.

Se alejó y desapareció entre las matas: Bibí se puso a pacer las aromáticas hierbas y los primorosos claveles silvestres que abundaban, junto con otras mil flores, en aquel inculto prado. Yo intentaba entrar en calor dando vueltas. Aunque era pleno verano, el aire estaba helado. Me pareció que las investigaciones del maestro duraban un siglo. Aquel lugar desierto debía de servir de guarida a manadas de lobos y Bibí, aunque flaco, podía tentarlos. Estaba yo en aquel entonces aún más flaco que él; tampoco mi suerte me pareció, sin embargo, tranquilizadora. Encontré la región muy fea y lo que el maestro llamaba una cana al aire se me presentaba como una experiencia preñada de peligros. ¿Se trataba acaso de un presentimiento?

Al fin volvió, diciendo que íbamos bien encaminados y reanudamos la marcha al trote corto de Bibí, al que no parecía desmoralizar en absoluto el hecho de internarse en la montaña.

Hoy en día, estos agrestes parajes, ya cultivados en parte, los cruzan anchurosos caminos reales; pero, cuando los vi por vez primera, circular por los senderos estrechos, que subían o bajaban de cualquier manera, tirando por lo más corto sin ahorrar ningún esfuerzo, no resultaba fácil. Sólo los empedraban los casuales desprendimientos de rocas y cuando cruzaban esas llanuras dispuestas en terrazas, acontecía que la hierba cubría con frecuencia las huellas de las pequeñas ruedas de las carretas y de los cascotes sin herrar de los caballos que tiraban de ellas.

Cuando hubimos bajado hasta las desmoronadas orillas de una torrentera de invierno, seca durante el verano, volvimos a subir rápidamente y, rodeando la masa montañosa orientada al norte, nos hallamos de nuevo de cara al sur, envueltos en un aire puro y luminoso. El sol, cercano ya a su ocaso, bañaba el paisaje en un esplendor extraordinario y aquel paisaje era una de las cosas más hermosas que he visto en mi vida. Las revueltas de la senda, orillada por un seto denso y continuo de epilobios rosa, dominaba una zona cortada a pico y de la ladera de ese barranco brotaban dos poderosas peñas de basalto de monumental aspecto, coronadas por irregularidades de origen volcánico que hubieran podido confundirse con fortalezas en ruinas.

Yo había visto ya las combinaciones prismáticas del basalto durante mis paseos por los alrededores de Clermont pero nunca tan regulares y en tal proporción. Una de las peñas presentaba además la particularidad de que los prismas formaban espirales y se asemejaban al trabajo monumental y primoroso a un tiempo de una raza de hombres gigantes.

Desde donde nos hallábamos, aquellas dos peñas parecían muy próximas entre sí, pero, en realidad, las separaba un despeñadero de paredes verticales por cuyo fondo corría un río. Tal y como se presentaban, servían de contraste para una grácil perspectiva de montañas jaspeadas por praderas verdes como la esmeralda e interrumpidas por encantadores resaltes compuestos por líneas rocosas y bosques. En la totalidad de las zonas menos escarpadas, se divisaban desde lejos las cabañas y los

rebaños de vacas que brillaban como rojizas chispas con los reflejos del crepúsculo. Más allá, al final de aquella perspectiva, dominando el abismo de los profundos valles inundados de luz, se erguía un horizonte de azules y dentadas cimas y los montes Domes perfilaban contra el cielo sus pirámides truncadas, sus cumbres redondeadas o sus bloques aislados, enhiestos como torres.

La serranía en que nos estábamos internando tenía formas muy diferentes, más salvajes y, sin embargo, más suaves. Los hayedos bajando por empinadas cuestas, con sus miles de diminutas cascadas que corrían con fresco murmullo, los despeñaderos de paredes verticales y totalmente cubiertas de plantas trepadoras, las grutas en que el gotear de los manantiales alimentaba el denso tapiz de aterciopelado musgo, las estrechas gargantas con cuyos constantes recodos tropezaba la vista, todas estas cosas resultaban mucho más alpestres y misteriosas que las líneas frías y desnudas de los volcanes más recientes.

Después de ese día he vuelto a ver la solemne puerta que ambas peñas de basalto, situadas en las lindes del desierto, les construyen a los montes Dore y he podido darme cuenta del impreciso deslumbramiento que me proporcionaron cuando las vi por vez primera. Nadie me había enseñado aún en qué consiste lo bello en la naturaleza. Lo sentí de forma física, por así decirlo, y, como había echado pie a tierra para que el caballito subiera con mayor facilidad, me quedé inmóvil y me olvidé de seguir al jinete.

—Pero bueno, pero bueno —me gritó maese Jean—, ¿por qué te quedas atrás, pazguato?

Me apresuré a alcanzarlo y a preguntarle cómo se llamaba ese sitio *tan raro* donde estábamos.

—Tú sí que eres raro —me contestó—; has de saber que este sitio es uno de los más extraordinarios y terroríficos que podrás ver en tu vida. No tiene nombre, que yo sepa, pero esos dos picos que ves ahí son la peña Sanatoria y la peña Tejera. Venga, sube y ten cuidado.

Habíamos rodeado las peñas y ante nosotros se abría el vertiginoso abismo que las separa. Ello no me asustó. Había trepado por las escarpadas pirámides de los montes Domes con la suficiente frecuencia para que el vacío no me aturciera. Maese Jean, que no había nacido en la montaña y que había venido a Auvernia ya de mayor, estaba menos curtido que yo en tales lides.

Empecé aquel día a reflexionar algo acerca de los poderosos accidentes de la naturaleza entre los cuales había crecido sin que me causaran asombro y, al cabo de unos instantes de silencio, volviéndome hacia la peña Sanatoria, le pregunté a mi maestro *quién había hecho* esas cosas.

—Todas esas cosas las hizo Dios —me contestó—. Lo sabes muy bien.

—Sí, pero ¿por qué ha hecho sitios que parece que están rotos como si hubiera querido deshacerlos después de haberlos hecho?

Tal pregunta le resultaba muy embarazosa a maese Jean, que no tenía noción

alguna de las leyes naturales de la geología y que, como la mayor parte de las gentes de aquel tiempo, ponía aún en duda los orígenes volcánicos de Auvernia. Sin embargo, no le interesaba reconocer su ignorancia, pues tenía la pretensión de ser persona instruida y buen conversador. Eludió, pues, la dificultad sacando la mitología a colación y me contestó con énfasis:

—Eso que ves ahí es el esfuerzo que hicieron los titanes para subir al cielo.

—¡Los titanes! ¿Y eso qué es? —exclamé viendo que estaba en disposición de perorar.

—Eran —contestó— unos espantosos gigantes que pretendían destronar a Júpiter y que amontonaron roca sobre roca, monte sobre monte para llegar hasta él; pero éste los fulminó y estas montañas rotas, aquéllas reventadas, esos abismos, todo esto es el resultado de la gran batalla.

—¿Se murieron todos? —pregunté.

—¿Quiénes? ¿Los titanes?

—Sí, ¿quedan todavía titanes?

Maese Jean no pudo por menos de reírse al verme tan simple y respondió con intención de tomarme el pelo:

—Por supuesto que quedan algunos.

—¿Muy malos?

—¡Tremendos!

—¿Los veremos por estas montañas?

—Pues no sería imposible.

—¿Podrían hacernos daño?

—¡Tal vez! Pero si te encuentras con alguno, quítate el sombrero en seguida y hazle una reverencia.

—¡Pues no faltaba más! —contesté alegremente.

Maese Jean creyó que había captado la ironía y se puso a pensar en otra cosa. En cuanto a mí, no estaba muy tranquilo y, como la noche empezaba a caer, lanzaba desconfiadas miradas a cualquier roca o árbol grande de sospechosa apariencia hasta que, al pasar muy cerca de ellos, podía comprobar que no tenían forma humana.

Si me preguntaran dónde se halla la parroquia de Cantuérmano, me sería imposible contestarles. Nunca he vuelto a ella desde entonces y la he buscado en vano en mapas e itinerarios. Como estaba cada vez más atemorizado y me corría, por tanto, cada vez más prisa llegar, me pareció que caía muy lejos de la Peña Sanatoria. En realidad, estaba muy cerca, pues aún no era noche cerrada cuando llegamos. Habíamos dado muchas vueltas siguiendo los meandros del torrente. Era muy probable que hubiéramos dejado atrás las montañas que había visto desde la Peña Sanatoria y nos halláramos de nuevo orientados al sur, pues a varios cientos de metros por debajo de nosotros crecían unas raquíticas viñas.

Me acuerdo muy bien de la iglesia y de la rectoral junto con las tres casas que formaban el pueblo. Estaba en lo alto de una suave colina que las montañas más altas

protegían de los vientos. El escabroso camino era muy ancho y se amoldaba con prudente lentitud a los movimientos de la colina. Estaba muy pisado, pues la parroquia, formada por casas dispersas y alejadas, contaba con unos trescientos habitantes que llegaban todos los domingos, agrupados por familias, en sus carros de cuatro ruedas, largos y estrechos como piraguas, y de los que tiraban vacas. Salvo ese día, aquello parecía un desierto; las casas que hubieran podido divisarse se hallaban ocultas por los frondosos árboles en el fondo de los barrancos y las de los pastores, que estaban en alto, se abrigan en los pliegues de las grandes peñas.

A pesar de su aislamiento y de la sobriedad de su dieta cotidiana, el cura de Cantuérgano era grueso, lustroso y rubicundo como los más lúcidos canónigos de una catedral. Tenía un carácter amable y jovial. No había sufrido demasiado con la revolución. Sus feligreses lo querían porque era humano, tolerante y predicaba en la lengua de la región.

Quería mucho a su hermano Jean y, como era bueno con todos, me recibió y me trató como si fuera su sobrino. La cena fue muy grata y el día siguiente transcurrió de forma placentera. La región, abierta a los valles por uno de sus lados, no resultaba triste; el otro lado era sumido y oscuro, pero los bosques de hayas y de abetos llenos de flores y frutos silvestres, interrumpidos por húmedas praderas deliciosamente frescas, no me recordaban en absoluto el terrible asentamiento de la peña Sanatoria; los fantasmas de los titanes que me habían agitado el recuerdo de aquel hermoso lugar se me fueron borrando de la mente.

Me dejaron deambular a mi albedrío y entablé relación con los leñadores y los pastores, que me cantaron muchas canciones. El cura, que quería agasajar a su hermano y que estaba avisado de su llegada, se había surtido de todos los manjares que había podido, pero sólo él y yo le hacíamos los honores al festín. Maese Jean tenía un apetito muy mediocre, como todas las personas que empujan mucho el codo. El cura le servía sin tasa el vino de la tierra, negro como la tinta, áspero de sabor pero virgen de cualquier mezcla maligna y, según él, incapaz de perjudicar al estómago.

Al día siguiente, fui a pescar truchas con el sacristán a una poza que formaba el encuentro de dos torrentes y me divertí mucho escuchar una melodía natural con la que había dado el agua al pasar por una piedra hueca. Se lo comenté al sacristán, pero éste no lo oyó y pensó que yo estaba soñando.

Por fin, el tercer día, hubo que preparar los ánimos para la separación. Maese Jean quería salir temprano, pues decía que el camino era largo, y nos sentamos a la mesa para almorzar con la intención de comer deprisa y beber poco.

Pero el cura alargaba el servicio, pues no podía decidirse a dejarnos marchar si no llevábamos bastante lastre.

—Pero ¿qué prisa tenéis? —decía—. Con tal de que salgáis de la montaña de día; desde la cuesta de la peña Sanatoria entráis en terreno llano y cuanto más os vayáis acercando a Clermont, mejor es el camino. Además, hay luna llena y ni una nube en el cielo. Venga, venga, hermano Jean, otro vasito de vino, de este vinillo tan rico de

Canta-órgano.

—¿Y eso de *Canta-órgano*? —dijo maese Jean.

—¿Pues no ves que Cantuérghano viene de *Canta-órgano*? Está más claro que el agua y no he tardado gran cosa en descubrir la etimología.

—¿Tienen órganos en sus viñas? —pregunté yo, tan simple como de costumbre.

—Desde luego —contestó el bueno del cura—. Más de un cuarto de legua.

—¿Con tubos?

—Con unos tubos tan derechos como los del órgano de tu catedral.

—¿Y quién los toca?

—Ah, pues los viñadores con sus azadones.

—¿Y quién hizo esos órganos?

—¡*Los titanes*! —dijo maese Jean volviendo a su tono burlón y doctoral.

—Justo, muy bien dicho —prosiguió el cura, maravillado por el talento de su hermano—. ¡Bien puede decirse que son obra de los titanes!

Yo no sabía que se llamaba *tubos de órgano* a las cristalizaciones del basalto cuando son regulares. Nunca había oído hablar de los célebres órganos de basalto de Espaly, en Velay, ni de otros varios muy conocidos hoy en día y que ya no asombran a nadie. Me tomé al pie de la letra la explicación del señor cura y me felicité de no haber bajado hasta la viña, ya que me habían vuelto todos los miedos.

El almuerzo se alargó de forma indefinida y se convirtió en comida y casi en cena. Maese Jean estaba encantado de la etimología de Cantuérghano y no dejaba de repetir:

—¡Canta-órgano! ¡Bonito vino, bonito nombre! Está pensado para mí que toco el órgano, y muy bien además, aunque me esté mal el decirlo. ¡Canta, vinillo, canta en el vaso! ¡Cántame también por dentro de la cabeza! ¡Siento que vas cargado de fugas y motetes que me correrán por los dedos como corres tú desde la botella! ¡A tu salud, hermano! ¡Vivan los órganos mayores de Cantuérghano! ¡Y viva el organito de mi catedral que, pese a todo, suena con tanta fuerza cuando yo lo toco como si lo tocara un titán! ¡Bah! ¡Yo también soy un titán! ¡El genio hace crecer al hombre y, cada vez que entono el *Gloria in excelsis*, es como si trepara al cielo!

El bueno del cura tomaba en serio a su hermano por un gran hombre y no lo reñía por sus arrebatos de vanidad delirante. Él también elogiaba el vino de *Canta-órgano* con el enternecimiento propio de alguien que está recibiendo los prolongados adioses de su muy querido hermano; de forma tal que ya empezaba a bajar el sol cuando me mandaron que fuera a enjaezar a Bibí. No pondría la mano en el fuego de que estuviera en condiciones de hacerlo. La hospitalidad me había llenado con frecuencia el vaso y la cortesía me había obligado a no dejar que permaneciera lleno. Menos mal que me ayudó el sacristán y, tras largos y tiernos abrazos, ambos hermanos, hechos un mar de lágrimas, se separaron al pie de la colina. Me subí a trancas y barrancas a los lomos de Bibí.

—¿No estará el señor bebido, por casualidad? —dijo maese Jean acariciándome

las orejas con su terrible fusta.

Pero no me pegó. Tenía el brazo singularmente flojo y las piernas muy pesadas, pues costó mucho equilibrarle los estribos, ya que tan pronto uno como otro estaba más bajo que el compañero.

No sé lo que sucedió hasta la noche. Supongo que ronqué a más y mejor sin que el maestro se diera cuenta. Bibí era tan juicioso que yo no sentía ningún cuidado. Siempre se acordaba del lugar por el que había pasado una vez.

Me desperté al notar que se paraba bruscamente y me pareció que la borrachera se me había disipado del todo, pues en seguida me hice cargo de la situación. O maese Jean no se había dormido o, por desgracia, se había despertado a tiempo para ir en contra del instinto de la cabalgadura. La había llevado por un camino equivocado. El dócil Bibí había obedecido sin resistirse; pero hete aquí que notaba que le faltaba el suelo ante sí y que se echaba hacia atrás para no rodar abismo abajo con nosotros encima.

Descabalgué al punto y vi sobre nuestras cabezas, a la derecha, la peña Sanatoria toda azul a la luz de la luna, con sus tubos de órgano contorneados y los picos de su corona. Su hermana gemela, la peña Tejera, estaba a la izquierda, al otro lado del barranco; entre ambas se abría el abismo; y nosotros, en vez de seguir el camino de arriba, habíamos tomado el camino que corría mediada la ladera.

—¡Desmonte, desmonte! —le grité al maestro de música—. ¡No puede pasar por ahí! ¡Es un sendero de cabras!

—¡Quita allá, cobarde! —contestó con voz sonora—. ¿Acaso no es Bibí una cabra?

—No, no, maestro, es un caballo. ¡Deje de soñar! ¡Ni puede ni quiere!

Y, haciendo un violento esfuerzo, aparté a Bibí del peligro, pero no sin hacerle doblar un poco los corvejones, lo que obligó al maestro a desmontar más deprisa de lo que hubiera deseado.

Ello lo puso muy furioso, aunque no sufrió daño alguno, y, sin tener en cuenta el peligroso lugar en que nos encontrábamos, buscó la fusta para propinarme uno de esos castigos que no siempre resultaban inofensivos. Yo conservaba toda la sangre fría. Cogí la fusta del suelo antes que él y, sin miramiento alguno por el pomo de plata, la arrojé al barranco.

Por suerte para mí, maese Jean no se dio cuenta. Los pensamientos le cruzaron por la cabeza demasiado deprisa.

—¡Conque Bibí no quiere —decía—, y Bibí no puede! ¡Bibí no es una cabra! ¡Bueno, pues yo soy una gacela!

Y, mientras lo decía, echó a correr, dirigiéndose hacia el precipicio.

A pesar de la aversión que me inspiraba durante sus ataques de ira, me quedé espantado y me lancé tras sus pasos. Pero al cabo de un instante, me tranquilicé. No vi ninguna gacela. Nada se parecía menos a ese grácil cuadrúpedo que el profesor peinado con aladares y cuya coleta, atada con un lazo negro, le saltaba de un hombro

a otro con rapidez convulsiva cuando algo lo turbaba. Su casaca gris de amplios faldones, su calzón de nanquín y sus botas flexibles le prestaban una apariencia más de ave nocturna que de cualquier otra cosa.

No tardé en ver cómo se agitaba por encima de mí; había abandonado el empinado sendero y conservaba el suficiente juicio para no pensar en bajar; subía gesticulando hacia la peña Sanatoria y, aunque el talud era muy empinado, no resultaba peligroso.

Cogí a Bibí por la brida y lo ayudé a dar media vuelta, cosa que no resultaba fácil. Luego subí con él el sendero para volver al camino; contaba con hallar en él a maese Jean, que había tomado esa dirección.

No estaba allí y, dejando al fiel Bibí a su buen gobierno, volví a bajar a pie, en línea recta, hasta la peña Sanatoria. La luna brillaba con fuerza. Veía como en pleno día. No tardé, pues, en descubrir a maese Jean sentado en una piedra, con las piernas colgando y tomando aliento.

—¡Ajá! ¡Conque eres tú, bribón! —me dijo—. ¿Qué has hecho de mi pobre caballo?

—Está ahí, maestro, lo está esperando —contesté.

—¡Cómo! ¿Lo has salvado? ¡Muy bien, hijo mío! Pero, ¿y tú, cómo te has salvado? Qué caída tan espantosa, ¿verdad?

—Pero, señor profesor, ¡si no nos hemos caído!

—¿Que no nos hemos caído? ¡El muy bobo no se ha enterado! ¡Hay que ver lo que hace el vino! ¡El vino...! ¡Oh, vino! ¡Vino de Cantuérgano, vino de Canta-órgano... buen vinillo musical! ¡A fe que tomaría otro vaso! ¡Daca, muchacho! ¡Ven aquí, buen sacristán! ¡Hermano, a tu salud! ¡A la salud de los titanes! ¡A la salud del diablo!

Yo era buen creyente. Las palabras del maestro me dieron escalofríos.

—No diga eso, maestro —exclamé—. ¡Vuelva en sí, mire dónde está!

—¿Dónde estoy? —prosiguió, mirando a su alrededor con ojos asombrados y chispeantes de delirio—; ¿dónde estoy? ¿Dónde dices que estoy? ¿En el fondo del torrente? ¡No veo ningún pez!

—Está al pie de esa inmensa peña Sanatoria que domina por todos lados. Aquí llueven piedras, mire, el suelo está cubierto de ellas. Vámonos de aquí, maestro, que éste no es un buen sitio.

—¡Peña Sanatoria! —prosiguió el maestro, intentando quitarse el sombrero, que llevaba bajo el brazo—. ¡Peña *Sonatoria*, sí, pues ése es tu auténtico nombre, te saludo entre todas las peñas! Eres la más hermosa tubería de órgano de la creación. ¡Tus tubos contorneados deben de despedir sonidos extraños, y la mano de un titán es la única capaz de hacerte cantar! Pero ¿acaso no soy yo un titán? ¡Sí, lo soy, y, si hay otro gigante que me dispute el derecho a tocar aquí, que se manifieste...! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ya lo creo! ¡Mi fusta, muchacho! ¿Dónde está mi fusta?

—¿Cómo, maestro? —le contesté aterrado—. ¿Qué quiere hacer con ella? ¿No

estará viendo usted...?

—¡Sí, estoy viéndolo, estoy viendo a ese bandido, a ese monstruo! ¿No lo estás viendo tú también?

—No, ¿dónde?

—¡Por Dios, allá arriba, sencado en el último pico de la famosa peña *Sonatoria*, como dices tú!

Yo no decía ni veía nada, a no ser un enorme peñasco amarillento roído de musgo seco. Pero las alucinaciones son contagiosas y la del profesor se apoderó de mí tanto más cuanto que temía ver lo que él estaba viendo.

—¡Sí, sí —le dije al cabo de un rato de inenarrable angustia—, lo estoy viendo, no se mueve, está dormido! ¡Vámonos! ¡Espere! ¡No, no, quedémonos aquí y callémonos, ahora veo que está empezando a moverse!

—¡Pues yo quiero que me vea! ¡Quiero sobre todo que me oiga! —exclamó el profesor levantándose entusiasmado—. ¡Por más que esté ahí, encaramado en su órgano, pretendo enseñarle música a ese bárbaro! ¡Sí, espera, animal, que voy a deleitarte con un *Introito* de los míos! ¡Ayúdame, muchacho! ¿Dónde estás? ¡Rápido, al fuelle! ¡Date prisa!

—¡El fuelle! ¿Qué fuelle? No veo...

—¡Tú no ves nada! ¡Ahí, ahí te digo!

Y me señalaba la rama gruesa de un arbusto que brotaba de la roca un poco más abajo de los tubos, es decir, de los prismas de basalto. Sabido es que esas columnas de piedra están a menudo hendidas y como cuarteadas de trecho en trecho, y que se desprenden con gran facilidad si descansan en una base quebradiza que puede fallar.

Las laderas de la peña Sanatoria estaban cubiertas de césped y de plantas que no era prudente remover. Pero ese peligro real no me preocupaba en absoluto, sólo pensaba en el peligro imaginario de despertar y de irritar al titán. Me negué en redondo a obedecer. El maestro montó en cólera y, cogiéndome por el cuello de la casaca con fuerza verdaderamente sobrehumana, me colocó ante una piedra a la que la naturaleza había dado forma de repisa y que él se empeñaba en llamar el teclado del órgano.

—¡Toca mi *Introito* —me gritó al oído—, tócalo, que te lo sabes! ¡Yo voy a accionar el fuelle, ya que tú no te atreves!

Y se abalanzó, subió a la base herbosa de la peña y se alzó hasta el arbusto que se puso a balancear de arriba abajo como si se hubiera tratado del mango de un fuelle, gritándome:

—¡Vamos, empieza y no te equivoques! ¡*Allegro*, rayos y truenos! ¡*Allegro risoluto*!

—¡Y tú, órgano, canta! ¡Canta, órgano! ¡Canta, uérgano!

Hasta ese momento, pensando a ratos que tenía el vino alegre y que se estaba burlando de mí, había tenido la esperanza de llevármelo de allí. Pero, al ver que accionaba un fuelle imaginario con ardiente convicción, perdí por completo la

cabeza, entré en su sueño que el vino de Cantuérmano, al que tanto había hecho los honores, quizá volvía musical ante todo. El miedo dio paso a no sé qué imprudente curiosidad de esa que se tiene en los sueños, extendí las manos sobre el supuesto teclado y moví los dedos.

Pero entonces me ocurrió algo verdaderamente extraordinario. Vi que las manos me aumentaban de tamaño, crecían y adquirían unas proporciones colosales. Esta rápida transformación no se operó sin procurarme tal sufrimiento que nunca en mi vida lo olvidaré. Y, a medida que las manos se me convertían en las de un titán, el canto del órgano que creía oír adquiría una potencia espantosa. Maese Jean también creía oírlo, pues me gritaba:

—¡Eso no es el *Introito*! ¿Qué es? ¡No sé lo que es, pero debe de ser mío, es sublime!

—No es suyo —le contesté, pues nuestras voces, que se habían vuelto titánicas, cubrían los truenos del instrumento fantástico—; no, no es suyo, es mío.

Y seguía desarrollando el tema extraño, sublime o absurdo, que surgía de mi cerebro. Maese Jean seguía accionando el fuelle con furia y yo seguía tocando con arrebató; el órgano rugía, el titán seguía inmóvil; yo estaba ebrio de orgullo y de júbilo, pensaba que estaba en el órgano de la catedral de Clermont, hechizando a una muchedumbre entusiasta, cuando un ruido seco y estridente como el de un cristal roto me paró en seco. Se produjo por encima de mí un estruendo espantoso y que no tenía nada de musical; me pareció que la peña Sanatoria oscilaba sobre su base. El teclado retrocedía y el suelo se abría bajo mis pies. Caí de espaldas y rodé en medio de una lluvia de piedras. Los basaltos se derrumbaban; maese Jean, despedido con el arbusto que había arrancado de cuajo, desaparecía bajo las piedras: era como si nos hubiera alcanzado un rayo.

No me pregunten qué pasó ni qué hice durante las dos o tres horas que siguieron: tenía varias heridas en la cabeza y me cegaba la sangre. Me parecía que tenía las piernas aplastadas y la espalda rota. Sin embargo, no tenía nada grave, ya que, tras haberme arrastrado a gatas, me hallé, sin saber cómo, de pie y caminando. No tenía más que una idea que recuerde, buscar a maese Jean; pero no podía llamarlo y, de haberme contestado, no habría podido oírlo. En aquel momento estaba sordo y mudo.

Fue él quien me encontró a mí y me sacó de allí. No volví en mí hasta que no estuvimos junto al pequeño lago Senderes, en el que nos habíamos parado tres días antes. Me hallaba tendido en la arena de la orilla. Maese Jean estaba lavando mis heridas y las suyas, pues también estaba muy maltrecho. Bibí pastaba tan filosóficamente como solía, sin alejarse de nosotros.

El frío había disipado las últimas influencias del fatal vino de Cantuérmano.

—Bueno, muchachito —me dijo el profesor mientras me restañaba la frente con el pañuelo empapado en el agua helada del lago—, ¿te vas recuperando, puedes hablar ya?

—Me encuentro bien —contesté—. ¿Y usted, maestro? ¿No se había matado?

—Tal parece; me he hecho daño también, pero no será nada. ¡De buena nos hemos librado!

Mientras intentaba reunir mis confusos recuerdos, me puse a cantar.

—¿Qué demonios estás cantando? —dijo maese Jean sorprendido—. ¡Qué forma tan singular tienes de enfermarte! ¡Hace un rato, no podías ni hablar ni oír, y ahora el señor está silbando como un mirlo! ¿Qué música es ésta?

—No sé, maestro.

—Sí; es algo que sabes, puesto que estabas cantándolo cuando se nos vino encima la peña.

—¿Estaba cantando en ese momento? ¡No, estaba tocando el órgano, el gran órgano del titán!

—¡Pero bueno! ¿Es que te has vuelto loco? ¿Te has tomado en serio la broma que te gasté?

La memoria me iba volviendo, muy clara.

—El que no se acuerda es usted —le dije—; no bromeaba en absoluto. ¡Accionaba el fuelle del órgano como un demonio!

La borrachera de maese Jean había sido tan auténtica que no se acordaba, y jamás se acordó, de nada de la aventura. Sólo el desprendimiento de una cara de la peña Sanatoria, el peligro que habíamos corrido y las heridas que nos habíamos hecho le devolvieron la serenidad. Sólo tenía conciencia del tema, para él desconocido, que yo había cantado y de la asombrosa forma en que el eco maravilloso pero hartamente conocido de la peña Sanatoria lo había repetido cinco veces. Quiso convencerse de que había sido la vibración de mi voz la que había provocado el desprendimiento; a lo que le contesté que había sido la rabia encarnizada con la que había zarandeado y arrancado de cuajo el arbusto que había tomado por el mango de un fuelle. Afirmó que yo había soñado, pero jamás pudo explicar cómo, en vez de cabalgar tranquilamente por el camino, habíamos bajado hasta la mitad de la pendiente del barranco para dedicarnos a *retozar* alrededor de la peña Sanatoria.

Tras vendarnos las heridas y beber agua suficiente para enterrar por completo el vino de Cantuérgano, reanudamos el camino; pero estábamos tan cansados y débiles que tuvimos que hacer un alto en la pequeña posada del final del desierto. Al día siguiente estábamos tan quebrantados que tuvimos que guardar cama. Al caer la tarde, vimos llegar, asustadísimo, al buen cura de Cantuérgano; habían encontrado el sombrero de maese Jean y rastros de sangre entre las piedras recién caídas de la peña Sanatoria. Para gran satisfacción mía, el torrente se había llevado la fusta.

El digno varón nos atendió muy bien. Quería llevarnos a su casa, pero el organista no podía faltar a la misa mayor del domingo y volvimos a Clermont al día siguiente.

Aún tenía la cabeza débil y turbada cuando se encontró ante un órgano más inofensivo que el de la peña Sanatoria. La memoria le falló dos o tres veces y tuvo que improvisar, cosa que hacía, según confesaba, de forma muy mediocre, aunque se jactase de componer obras maestras cuando estaba tranquilo.

En la elevación, sintió un desmayo y me hizo señas de que ocupara su lugar. Yo no había tocado nunca más que en su presencia y no tenía ni idea de lo que podría llegar a ser en música.

Maese Jean no había acabado nunca una clase sin decretar que era un burro. Por un momento, me emocioné casi tanto como cuando estuve ante el órgano del titán. Pero la infancia tiene arrebatos de espontánea confianza; me armé de valor, toqué el tema que había llamado la atención del maestro en el momento de la catástrofe y que, desde entonces, no se me había ido de la cabeza.

Fue un éxito que determinó, y ya verán cómo, toda mi vida.

Después de misa, el señor arcediano, que era un melómano muy erudito en música sacra, mandó llamar a maese Jean a la sala capitular.

—Usted tiene talento —le dijo—, pero hay que tener sentido de la oportunidad. Ya lo he llamado al orden por improvisar o componer temas que tienen mérito, pero que utiliza a destiempo, tiernos o saltarines cuando deben ser serios, amenazadores y como irritados cuando deben ser humildes y suplicantes. Así, hoy, en la elevación, nos ha hecho oír un auténtico canto de guerra. Era muy hermoso, debo reconocerlo, pero se trataba de un aquelarre y no de un *Adoremus*.

Yo estaba detrás de maese Jean mientras el arcediano hablaba con él, y el corazón me latía con fuerza. El organista pidió disculpas, como es lógico, diciendo que había sufrido una indisposición y que un monaguillo alumno suyo se había encargado del órgano en la elevación.

—¿Ha sido usted, amiguito? —dijo el arcediano al ver mi conmovido rostro.

—¡Ha sido él —contestó maese Jean—, ha sido este borrico!

—Este borrico ha tocado muy bien —prosiguió el arcediano riendo—. Pero ¿podría usted decirme, hijito, qué tema es ese que me ha llamado la atención? Me he dado perfecta cuenta de que se trataba de algo notable, pero no sabría decir de dónde procede.

—Sólo procede de mi cabeza —contesté con tono firme—. Se me ocurrió... en la montaña.

—¿Se te han ocurrido otros?

—No, es la primera vez que se me ocurre algo.

—Y sin embargo...

—No haga caso —prosiguió el organista—, no sabe lo que dice, ¡es una reminiscencia!

—Es posible, pero ¿de quién?

—Probablemente mía; ¡se desechan tantas ideas al azar cuando se compone que cualquiera recoge las migajas!

—Pues no habría debido dejar que se perdiera esa migaja —prosiguió el arcediano con malicia—; vale tanto como toda una composición.

Se volvió hacia mí, añadiendo:

—Ven a mi casa mañana después de que diga la misa rezada, quiero examinarte.

Fui puntual. Había tenido tiempo de hacer algunas investigaciones. No había encontrado el tema por ningún sitio. Tenía en su casa un magnífico piano y me mandó que improvisara. Al principio, estaba turbado y sólo se me ocurrió un revoltijo; luego, poco a poco, se me fueron aclarando las ideas y el prelado quedó tan satisfecho de mí que llamó a maese Jean y me recomendó a él como protegido suyo muy especial, lo que equivalía a decirle que le pagaría muy bien las clases que me diera. El profesor me apartó, pues, de la cocina y de la cuadra, me trató con más dulzura y, en pocos años, me enseñó cuanto sabía. Mi protector se dio entonces perfecta cuenta de que podía llegar más lejos y de que el borrico era más trabajador y tenía más dotes que su maestro. Me envió a París, donde, siendo aún muy joven, estuve en condiciones de dar clases y tocar en conciertos. Pero no les he prometido contarles la historia de mi vida entera; tardaría demasiado, y ahora ya saben lo que querían saber: cómo un susto enorme, después de una borrachera, desarrolló en mí la facultad que habían reprimido la rudeza y el desdén de un maestro que hubiera debido desarrollarla. No por ello bendigo menos su recuerdo. De no haber sido tan vanidoso y tan borracho como para exponer mi razón y mi vida en la peña Sanatoria, tal vez no hubiera aflorado nunca lo que estaba latente en mí. Esta loca aventura que hizo que se desarrollara, me ha dejado, sin embargo, una susceptibilidad nerviosa que es un sufrimiento. A veces, cuando improviso, imagino que oigo el desprendimiento de la peña por encima de mi cabeza y que siento que las manos me aumentan de tamaño como las del Moisés de Miguel Ángel. Es algo que no dura más de un instante, pero no se me ha curado del todo, y ya ven que no se me ha pasado con la edad.

—Pero —le dijo el doctor al maestro cuando éste hubo concluido su relato— ¿a qué achaca usted esa dilatación ficticia de las manos, ese sufrimiento que se apoderó de usted en la peña Sanatoria antes de su en exceso real desprendimiento?

—No puedo achacárselo —contestó el maestro— sino a las ortigas o a las zarzas que crecían en el supuesto teclado. Ya ven, amigos míos, que todo es simbólico en mi historia. La revelación de mi futuro fue completa: ¡ilusiones, ruido... y espinas!

Mrs. Riddell
SANDY EL CALDERERO

SI a Irlanda le cabe el honor de haber sido la cuna de J. Sheridan Le Fanu, el mayor exponente del cuento de fantasmas Victoriano, otras eminentes colegas de su misma época pueden vanagloriarse igualmente de haber nacido en la «verde Erín», entre ellas la indiscutible número uno de las cultivadoras del género espectral, Mrs. J. H. Riddell.

Nacida Charlotte Elizabeth Lawson Cowan (1832-1906), de familia adinerada descendiente de irlandeses, escoceses e ingleses, la quiebra de su marido, el ingeniero Joseph Hadley Riddell, la obligó a ganarse la vida profesionalizando sus aficiones literarias. Oculta a menudo bajo seudónimos masculinos, cuando no parapetada tras el apellido marital, pocas escritoras de lo sobrenatural pueden igualarla en cuanto a la verosimilitud de sus ingeniosas tramas o su habilidad para sugerir con eficacia el carácter trágico de la naturaleza humana o la evanescencia de la vida.

En su larga carrera, jalonada de éxitos, Mrs. Riddell escribió más de cuarenta novelas (cuatro de ellas de temática fantástica, entre las que destacan Fairy Water y The Uninhabited House) y un número similar de relatos, buena parte de ellos cuentos de fantasmas editados en publicaciones navideñas y luego recogidos en volúmenes, como Weird Stories (1882) o Idle Tales (1888). El cuento aquí traducido, «Sandy the Tinker», extraído de la primera de esas antologías, muestra un singular caso de culpabilidad hipostática mezclado con un no menos convincente descensus ad inferos.

SANDY EL CALDERERO^[8]

—ANTES de empezar mi relato, deseo dejar bien claro que es absolutamente verdadero en cada uno de sus detalles.

—Lo comprendemos muy bien —dijo el escéptico de nuestro grupo, que, en la certeza de una relación amistosa, tenía por costumbre definir todos esos prólogos como simples introducciones a un tremendo «vacío», «vacío», «vacío», tría que el lector llenará a su gusto y paladar.

Sin embargo, en esta oportunidad nos habíamos adornado con nuestro mejor comportamiento, una vestidura que no sentaba del todo mal a alguno de nosotros; y nuestro anfitrión, que estaba a punto de extraer de los almacenes de su memoria un relato para entretenernos, no era precisamente la persona ante la que ni siquiera Jack Hill se hubiera cuidado de expresar sus puntos de vista cínicos e incrédulos.

Estaba sentado nuestro grupo —diez personas muy distintas entre sí— en la mejor sala de una antigua rectoría situada en medio de las montañas escocesas. Un accidente nos había reunido y un accidente nos había puesto bajo el techo hospitalario del ministro. Atacados por el frío, la humedad y el hambre, calados por la lluvia, ateridos por el viento en su crudeza, nos habíamos precipitado a través de la puerta abierta por una mano amiga y ahora, ya secos, aplacado el tormento del hambre con lonchas calientes de tocino, huevos duros y patatas humeantes, estábamos sentados frente a un fuego brillante, bebiendo ponche de nuestros jarros, mientras las dos damas que prestaban su gracia a la reunión sorbían una módica cantidad de esa misma bebida, pero en vasos de vino.

Todo resultaba sumamente confortable, pero se mantenían los más correctos principios. Jack no hubiera podido atreverse a escandalizar los oídos del ministro con alguna de las opiniones que hacía públicas en Fleet Street, ni tampoco a pedir más whisky con su agua.

—Sí, es la verdad exacta —continuó el ministro, mirando pensativo el fuego—. No puedo explicarlo, ni aun procurar explicarlo. Sin embargo les narraré la cosa tal como me sucedió y ustedes extraerán sus propias deducciones.

Ninguno de nosotros respondió. De inmediato adoptamos actitudes de escucha y dieciocho ojos se fijaron, acordes, en nuestro anfitrión.

Era un hombre viejo pero vigoroso. El peso de ochenta inviernos había blanqueado su cabeza, sin doblegarla. Parecía tan joven como cualquiera de nosotros, y aún más joven que Jack Hill, un escritorzuelo de revistas y periódicos cuyo camino en la vida no había discurrido por sendas del todo fáciles.

—Hace treinta años, en cierta mañana de un viernes de agosto —comenzó el ministro—, estaba tomando mi desayuno en la habitación que se halla al otro lado del pasillo, donde ustedes han cenado, cuando la criada entró con una carta que, dijo, acababa de traer un mozo, casi sin aliento, desde la rectoría de Dendeldy.

»—Le han *mandao* venir corriendo —prosiguió la chica— y está *revenido*.

»Le dije que invitara al mensajero a sentarse y le diese algo de comer, y después, cuando ella fue a cumplir mis órdenes, debo confesar que con cierta curiosidad procedí a romper el sello de la misiva que había sido remitida con tan notable prisa.

»El remitente era el ministro de Dendeldy, que fuera elegido hacía poco tiempo para ocupar el púlpito en el que su difunto padre se había desempeñado durante más de un cuarto de siglo.

»La elección de la congregación se originó en el respeto por la memoria del padre, más que en una simpatía especial por el hijo, formado sobre todo en Inglaterra, el cual se mostraba un tanto distante y formal en su comportamiento y, aun siendo docto en griego, latín y hebreo, carecía del verdadero acento escocés, que llega tan directamente al corazón de quienes están habituados a la lengua escocesa, libre, honrada y tierna.

»Sus feligreses estaban orgullosos de él, pero no siempre aceptaban su comportamiento. Le recordaban como un jovenzuelo que corría por el campo, y no podían comprender, ni aprobar, el modo en que él les mantenía a distancia, en que se encerraba entre sus libros y rechazaba la hospitalidad que se le brindaba, ni el hecho de que a menudo mandaba decir que estaba ocupado cuando alguien, incluso una persona muy decente, quería hablar con él. Yo había señalado que pensaba que este joven se equivocaba y que así corría el riesgo de apartar de sí a su rebaño. Quizá fue por esa misma razón, porque yo me había mostrado directo y llano, por lo que él me dispensó una actitud amable y jamás levantó la cresta ante mí, dijera yo lo que dijese.

»Pues bien, vuelvo a la carta. Estaba escrita con una prisa salvaje, y me imploraba que no perdiese un momento en acudir a su lado, porque se hallaba en *la mayor de las aflicciones y angustias*. “No permita que *nada* le detenga”, continuaba. “Si no puedo hablar pronto con usted, creo que perderé la razón.”

»¿De qué se tratará?, pensé. ¿Qué puede haber ocurrido?

»Le había visto unos pocos días antes, y le había hallado en buena salud y ánimo, mejorando en las relaciones con su congregación, lleno de esperanzas de cambiar el estilo de sus sermones a fin de llegar con más hondura al corazón de los feligreses.

»—Debo dejar de lado las ideas y también el acento sureños, si puedo —me había dicho sonriendo—. Los hombres que pasan una vida tan dura y llena de privaciones, que arrojan la simiente al surco bajo cielos tan rigurosos y que siegan su grano con miedo y temblor al final de veranos largos e inciertos, que apacientan sus ovejas en medio de la nevisca y dan cobijo a los corderos junto a sus humildes hogares, deben buscar un sermón distinto del que gustan los que duermen en suaves camas y se pasean con agrado.

»Ya le había hablado yo de alguna de esas cosas, y me resultó divertido ver el retorno de mis propios pensamientos vestidos de una forma distinta y presentados ante mí como si me fuesen extraños. No obstante, todo lo que yo quería era su bien y me sentí contento de que mostrara tal aptitud para aprender.

»Sin embargo, me producía una inquietud penosa no saber qué podía haber ocurrido. Mientras a toda prisa me preparaba para partir, me embrollé en una sarta de especulaciones. Me dirigí a la cocina, donde el mensajero tomaba su desayuno y le pregunté si Mr. Cawley se encontraba enfermo.

»—No lo sé —respondió—. No se quejaba, pero tenía mala pinta, *mú* mala.

»—¿En qué sentido? —pregunté.

»—Como si hubiese visto *una* fantasma —fue la respuesta.

»Aquello me inquietó y llegué a la conclusión de que el problema tenía que ver con cuestiones de dinero. Los hombres jóvenes han de ser hombres jóvenes.»

En este punto el ministro echó una mirada significativa al pájaro más implume de nuestro grupo, un jovencito que jamás en la vida había tenido seis peniques ni había gastado un céntimo, a diferencia de Jack Hill —que, dicho sea de paso, no era ningún pollo—, quien estaba hasta la coronilla de deudas y no podía dejarse un soberano en el bolsillo, aunque gastarlo bien o mal le significase quedarse sin cena al día siguiente.

—Los hombres jóvenes han de ser hombres jóvenes —repitió el ministro con su mejor estilo sermonario («¡Como si alguien esperase que fueran mujeres jóvenes!», me gruñó Jack al oído de inmediato)—, y pensé que en ese momento, cuando ya se había establecido y vivía con holgura, algún antiguo acreedor, al que hubiese pagado lo mejor posible, le estaba acosando. Yo no sabía nada de sus obligaciones ni, más allá del estipendio que recibía, del estado de sus asuntos económicos; pero, dado que una vez en mi vida había contraído una deuda, tenía conocimiento de todos los problemas que representa recoger tu mano cuando ya la has tendido, y consideré que con toda probabilidad era el dinero, fuente de todo lo malo —«y de todo lo bueno», me sugirieron los ojos de Jack—, la causa de la agonía mental de mi amigo. Con el disfrute de una gran familia, cuyos componentes viven aún y gozan, gracias a Dios, de amplio bienestar en el mundo, ya comprenderán ustedes que no tenga yo mucha ocasión de ahorrar; no obstante, tengo algo apartado para hacer frente a algún día de tormenta, y ese poco fue lo que me guardé en mi libro de oraciones, en la esperanza de que aun esa pequeña suma significara una ayuda en caso de emergencia.

«Venga, que usted es un modelo», vi escrito con toda claridad en la cara de Jack Hill, que se aprestaba a escuchar el resto del relato del ministro con una actitud que no podía sino ser considerada elogiosa.

Tuve, pues, la puntual certeza de que ya había destinado el primer cheque de cinco guineas a los pobres de la parroquia de ese ministro.

—Por carretera —proseguía nuestro anfitrión—, Dendeldy está a diez millas cumplidas de aquí, pero a través de un atajo que cruza la montaña se llega allí recorriendo algo menos de seis. Para mí eso no era más que un paseo, de modo que llegué a la rectoría cuando aún no eran las doce.

Hizo una pausa y, aunque hubiesen transcurrido treinta años, se pasó un pañuelo por la frente antes de continuar con su relato.

—Tenía que trepar una ladera empinada para llegar a la puerta principal, pero mi amigo salió a mi encuentro sin aguardar a que yo la alcanzara.

»—Gracias a Dios que ha venido usted —me dijo estrechando mi mano entre las suyas—. Le estoy muy agradecido.

»Temblaba de excitación. Su cara mostraba una palidez espectral. Su voz era la de una persona que ha sufrido un sobresalto tremendo, que padece algún terror espantoso.

»—¿Qué *ha ocurrido*, Edward? —pregunté. Le conocía desde su niñez—. Me preocupa verte en semejante estado. Anímate, sé un hombre, todo lo que no marche bien puede ser enderezado. He venido para hacer todo lo que esté en mi mano a fin de ayudarte. Si se trata de dinero...

»—No, no; no es cuestión de dinero —me interrumpió—. ¡Ojalá lo fuese! —y volvió a temblar con tanta violencia que de verdad me transmitió parte de su nerviosismo y me llevó a un estado de perfecto terror.

»—Sea lo que sea, Cawley, suéltalo —le dije—. ¿Has asesinado a alguien?

»—No, es algo peor —respondió.

»—¡Pero qué tontería! —exclamé—. ¿Te parece que estás en tus cabales?

»—Preferiría no estarlo —replicó—. Quisiera tener la certeza de que estoy loco de remate: sería mejor para mí..., mucho, mucho mejor.

»—Si ahora mismo no me dices qué te ocurre, daré la vuelta y me iré a mi casa —dije, casi con apasionamiento, porque lo que yo consideraba que era su locura me había irritado.

»—Entre en la casa —me pidió—, y procure tener paciencia conmigo, porque la verdad, Mr. Morison, estoy en un apuro tremendo. He creído meterme en aguas profundas y han resultado ser aguas falsas.

»Fuimos a su despacho y nos sentamos. Durante unos momentos él permaneció en silencio, con la cabeza apoyada en una mano, luchando con alguna emoción intensa, pero al cabo de unos cinco minutos preguntó en voz baja, opaca:

»—¿Cree usted en los sueños?

»—¿Qué tiene que ver lo que yo crea con este asunto? —pregunté.

»—Lo que me atormenta es un sueño, un sueño horrible.

»Me levanté de la silla.

»—¿Quieres decir —pregunté— que me has sacado de mis tareas y de mi parroquia para contarme que has tenido un mal sueño?

»—Exactamente eso es lo que quiero decir —respondió—. Aunque no fue un sueño..., fue una visión. No, no era una visión... No sé decirle lo que fue; pero nada de lo que he pasado en la vida real ha sido ni la mitad de concreto, y estoy resuelto a recordarlo todo otra vez. No hay esperanza para mí, Mr. Morison. Ante usted se halla una criatura perdida, el hombre más miserable que alienta sobre la faz de todo el planeta.

»—¿Qué has soñado? —pregunté.

»Un terrible ataque de temblor se apoderó de él, pero por último logró decir:

»—Estoy en estas condiciones desde aquel momento, y así seguiré por siempre hasta..., hasta... que llegue el final.

»—¿Cuándo has tenido ese mal sueño? —pregunté.

»—Anoche o, más bien, esta mañana —respondió—. Se lo contaré todo dentro de un minuto —y se cubrió la cara con las manos otra vez.

»—Cuando me acosté sobre las once me encontraba tan bien como lo he estado toda mi vida —comenzó, haciendo un esfuerzo enorme sobre sí mismo, como resultaba evidente por la forma nerviosa en que enlazaba y desenlazaba sus dedos—. Había estado analizando mi sermón y me sentía satisfecho al pensar que sería capaz de pronunciar uno muy bueno el próximo domingo por la mañana. No había tomado nada después del té y me acosté en la cama sintiéndome en paz con toda la humanidad, satisfecho con mi suerte, agradecido por las muchas bendiciones que me han sido dispensadas. Cuánto dormí o qué fue lo que soñé primero, si lo hice, es algo que ignoro; pero después de un rato las sombras parecieron disiparse ante mis ojos, rodar como nubes que se precipitan desde la cima de una montaña, y me encontré caminando en una bella tarde de verano junto al río Deldy.

»Hizo una pausa y un estremecimiento irrefrenable le sacudió el cuerpo.

»—Continúa —le dije, porque tuve miedo de que se desmoronase de nuevo.

»Me echó una mirada lastimera, con una ávida súplica de sus cansados ojos, y continuó.

»—Era una tarde hermosa. Nunca había pensado antes que la tierra fuese tan bella: una brisa suave acariciaba apenas mi cara; el agua fluía clara y brillante; a lo lejos las montañas resplandecían de luz, cubiertas de brezos purpúreos. Anduve y anduve, hasta llegar a ese lugar en que, como tal vez usted recuerde, el sendero se vuelve muy estrecho, rodea la base de un gran peñasco y conduce al caminante a un pequeño y verde anfiteatro, limitado de una parte por el río y, de otra, por las rocas que en algunos puntos se elevan hasta una altitud de cien pies y más.

»—Lo recuerdo —le dije—; algo más adelante confluyen tres arroyos y caen con estruendo en el Caldero de las brujas. Una vista preciosa en época de invierno, sólo que casi no hay por dónde llegar hasta abajo: el sendero del que hablas y el pequeño oasis verde están casi por completo cubiertos de agua.

»—Yo no había vuelto a ese lugar desde los años de mi infancia —prosiguió Cawley con tono apesadumbrado—, pero lo recordaba como uno de los sitios más solitarios que existen, y fue muy grande mi asombro cuando vi a un hombre de pie en el sendero, con una espada desnuda en la mano. No se movió cuando me acerqué, de modo que me desvié del sendero. De inmediato me bloqueó el camino.

»—No puedes pasar por aquí —dijo.

»—¿Por qué? —pregunté.

»—Porque yo lo digo —respondió.

»—¿Y quién es usted para decirlo? —inquirí, mirándole de frente.

»Parecía un dios. La majestad y el poder estaban escritos en cada uno de sus rasgos, se expresaban en cada gesto suyo. ¡Pero qué tremendo desprecio el de su sonrisa, cuánto desdén al mirarme! Los rayos del sol poniente caían sobre él y era como si, en letras de fuego, extrajesen la malignidad, el odio y el pecado que había bajo la gloriosa y terrible belleza de su rostro.

»Tuve miedo, pero logré decir:

»—Apártese de mi camino, la margen del río es tan mía como suya.

»—Esta parte no —fue la respuesta—. Este lugar me pertenece.

»—De acuerdo —concedí, porque no quería quedarme allí cambiando palabras con ese hombre y porque una súbita oscuridad parecía abatirse en torno—. Se está haciendo tarde, volveré sobre mis pasos.

»Él soltó una carcajada, distinta de cualquiera que jamás haya percibido el oído humano y replicó.

»—No puedes volverte atrás. Por tu propia y libre voluntad has venido a mis dominios y de aquí no se vuelve.

»No hablé; sencillamente giré y me di tanta prisa como pude para llegar al sendero que está al pie del peñasco. Él no pasó junto a mí y, sin embargo, antes que yo llegase al lugar, estaba plantado cerrándome el camino, aún con aquella sonrisa despectiva en los labios, mientras su forma gigantesca asumía proporciones tremendas en el sendero estrecho.

»—Déjeme pasar —le imploré— y jamás he de volver aquí, jamás volveré a pisar sus dominios.

»—No, no pasarás.

»—¿Quién es usted para arrogarse tal poder? —pregunté.

»—Acércate y te lo diré —respondió.

»Di un paso y él pronunció una palabra. Jamás la había oído yo antes, pero por una intuición extraordinaria supe lo que significaba. Era el Maligno. El nombre se alzó en alas de los ecos y fue repetido de roca en roca y de peñasco en peñasco; todo el aire parecía estar lleno de esa única palabra; entonces una oscuridad horrenda cayó a nuestro alrededor, mientras sólo el sitio que pisábamos seguía iluminado. Ocupábamos un círculo pequeño circuido por las tinieblas densas de la noche.

»—Has de venir conmigo —dijo.

»Me negué y entonces me amenazó. Imploré, supliqué y lloré, pero al fin me avine a hacer todo lo que él quisiese si me prometía dejarme regresar. Se echó a reír otra vez y dijo que sí, que yo podría regresar: fue entonces como si las rocas, los árboles, las montañas, ¡ay!, y los ríos mismos acogieran la respuesta y la llevasen, en susurros sollozantes, hacia las tinieblas.

»Cawley se detuvo, se echó atrás en su silla, acosado por un temblor agudo.

»—Continúa —repetí—, ya sabes que no ha sido más que un sueño.

»—¿Lo ha sido? —murmuró con pesar—. ¡Ah! Usted no ha oído aún el final de esta historia.

»—Pues cuéntamelo —dije—. ¿Qué pasó después?

»—Las sombras se abrieron un poco y caminamos uno junto a otro sobre la hierba, bajo el crepúsculo suave, hasta la muralla de roca desnuda. Con el puño de la espada asestó un golpe enérgico y la roca sólida se abrió como si fuese una puerta. Pasamos a través de la piedra, que se cerró a nuestras espaldas con un estrépito terrible. Sí, se cerró detrás de nosotros.

»En ese momento Cawley se desmoronó, llorando, sollozando como jamás había visto yo antes que un hombre, en el más horrible de los duelos, llorara y sollozara.»

El ministro hizo una pausa en su relato. En ese instante bramó una ráfaga de viento terrible, que sacudió las ventanas de la rectoría, abrió de par en par la puerta de entrada, hizo que las velas temblaran y que el fuego se alzase, rugiente, por la chimenea. No es exagerado decir que, en parte por esa historia misteriosa y en parte por aquella rugiente tormenta, todos nosotros sentíamos esa desagradable especie de inquietud que tan a menudo parece ser un contacto con algo que proviene de otro mundo: una mano que atraviesa la frontera del tiempo y la eternidad, cuyo frío y misterio hacen temblar al corazón más templado.

—Les narro esta historia —dijo Mr. Morison, volviendo a su asiento tras una breve ausencia, en la que vio que las cerraduras de la casa fuesen bien revisadas— tal como yo la he oído. No agrego ni una palabra ni un comentario mío ni, según lo que sé, omito ningún incidente, por trivial que pareciera. Ustedes deben extraer sus propias conclusiones de los hechos que expongo. No tengo explicación que dar ni teoría que proponer. Una parte de aquella enorme y horrenda región en que se hallaba —prosiguió su relato mi amigo—, la recorrió, compelido por un poder al que no podía resistirse, para ver los espectáculos más espantosos, los más pavorosos sufrimientos. No había forma de vicio que no tuviera allí representación. A medida que avanzaban, su compañero le decía el pecado concreto por el cual se infligiera tan horrible castigo. Tembloroso, en una agonía mortal, se encontraba incapaz de apartar los ojos de aquel cuadro terrorífico. La atmósfera se volvía insoportable; las escenas, cada vez más y más torvas; los llantos, los gemidos, las blasfemias, más horrendos y acongojantes.

»—Ya no lo soporto más —jadeó al fin—. ¡Déjeme salir de aquí!

»Con una carcajada de burla, contestó a su súplica la Presencia que le acompañaba; una carcajada a la que respondieron aun los espíritus perdidos y atormentados que tenían a su alrededor.

»—De aquí no se vuelve —dijo la voz despiadada.

»—¡Pero usted lo prometió —gritó Cawley—, usted lo prometió solemnemente!

»—¿Qué son aquí las promesas? —y aquella frase tenía el sonido de una condena.

»Pero aún imploró y suplicó, cayó de rodillas y en su agonía dijo palabras que, al parecer, hicieron vacilar la voluntad del Maligno.

»—Podrás marcharte con una condición —le dijo—: que aceptes volver el

miércoles próximo o enviar un sustituto.

»—No podría hacer eso —dijo mi amigo—. No podría enviar a ninguno de mis semejantes aquí. Antes acabar conmigo mismo que hacer eso.

»—Entonces acaba —dijo Satán con el más amargo de los desprecios, y estaba a punto de alejarse, cuando esa pobre alma aturdida pidió un minuto más para hacer su elección.

»Se encontraba en un apuro tremendo: por una parte, ¿cómo iba a quedarse allí?; por otra, ¿cómo condenar a otro a tan horripilantes tormentos? ¿A quién podía enviar? ¿Quién querría venir? Y entonces, de pronto, fulguró en su mente el recuerdo de un viejo al que no le importaría demasiado ocupar su puesto en ese sitio unos días antes o unos días después. Era un hombre que se acercaría a ese lugar con la rapidez de quien conoce el camino; era el réprobo de la parroquia, el pecador sin esperanza que varios ministros habían luchado en vano por redimir del error de su comportamiento; un hombre marcado y condenado: Sandy el Calderero; Sandy, que estaba casi siempre borracho y siempre ajeno a Dios; Sandy, que, según se decía, no creía en nada y se vanagloriaba de su impiedad; Sandy, cuya alma de verdad no significaba mucho. Le enviaría allí. Alzó los ojos y vio los de su torturador, mirándole con desprecio.

»—¿Has hecho tu elección? —preguntó.

»—Sí; creo que puedo enviar un sustituto —fue la contestación vacilante.

»—Procura hacerlo, pues —fue la respuesta—, porque si no lo haces y tampoco vienes tú, *yo iré a buscarte*. El miércoles, recuerda, antes de medianoche.

»Y mientras esas palabras resonaban en sus oídos se sintió violentamente arrojado a través de la roca y se encontró en medio del suelo de su dormitorio, tal como si alguien le hubiese arrojado allí de un puntapié.»

—Éste no es el final de la historia, ¿verdad? —preguntó uno de los de nuestro grupo, cuando el ministro llegó a ese punto y se quedó mirando seriamente el fuego.

—No —respondió él—, no es el final; pero antes de continuar les debo pedir que recuerden con exactitud las circunstancias que les he referido. En especial recuerden la fecha mencionada: *el miércoles siguiente, antes de medianoche*.

»Pensara yo lo que pensase, sea lo que sea lo que ustedes piensen acerca del sueño de mi amigo, lo cierto es que produjo una fuerte impresión en la mente de él. No era capaz de liberarse de su influencia; pasaba de un estado de nerviosismo a otro. Fue en vano que yo le rogase que aplicara su sentido común y que apelara al vigor de todas sus fuerzas mentales. Era como hablar con el viento. Me imploró que no le dejase y acepté quedarme, porque haberle dejado en aquella situación mental habría sido un acto de la máxima crueldad. Incluso me pidió que predicara en su lugar al domingo siguiente, pero me negué de plano a ello.

»—Si ahora no haces un esfuerzo —le dije—, jamás lo harás. Anímate, sigue con tu sermón, y si te empeñas en tu trabajo, pronto olvidarás ese sueño absurdo.

»Pues bien, para abreviar esta larga historia: de un modo u otro preparó el

sermón, llegó el domingo y mi amigo, algo recuperado de aquella inquietud, subió al púlpito para predicar. Tenía un terrible aspecto de enfermo, pero yo pensaba que lo peor ya había pasado y que seguiría restableciéndose.

»¡Esperanza vana! Anunció el tema y después miró a los feligreses; la primera persona en la que se fijaron sus ojos fue Sandy el Calderero: Sandy, del que nunca antes se supiera que hubiese acudido a cualquier clase de oficio religioso; Sandy, al que mentalmente había elegido como sustituto y que debía *ser entregado el miércoles siguiente*, sentado al pie del púlpito, sobrio por completo y relativamente pulcro, esperaba con atención las primeras palabras de la prédica.

»Tras soltar un grito terrible, mi amigo se cogió del antepecho del púlpito, después se inclinó hacia atrás y cayó desvanecido. Fue llevado a su casa y se llamó al médico. Yo dije unas pocas palabras, dirigidas en apariencia a la congregación, pero en realidad destinadas a Sandy, porque en cierta medida me subió el corazón a la boca al verle y después despedí a la gente, para dirigirme a paso lento hacia la rectoría, casi con miedo de lo que fuese a encontrar allí.

»Mr. Cawley no había muerto, pero se hallaba en un terrible estado de agotamiento físico y de agitación mental. Era pavoroso oírle. ¿Cómo podría ir él en persona? ¿Cómo podía enviar a Sandy, el pobrecito y viejo Sandy cuya alma, a la vista de Dios, era tan preciosa como la suya propia?

»Todos sus gritos eran para pedirnos que le libráramos del Maligno, que le salváramos de cometer un pecado que le convertiría en un hombre miserable para el resto de su vida. Contaba las horas y los minutos que transcurrirían antes que tuviese que volver a aquel lugar horrendo.

»—No puedo enviar a Sandy —gemía—. ¡No puedo, oh, no puedo salvarme a ese precio!

»Después se tapaba la cara con las mantas de la cama y de inmediato se sentaba para suplicarme con angustia que no le abandonara, que me interpusiese entre el enemigo y él, que le salvase o, si eso era imposible, que le diera el valor de hacer lo correcto.

»—Si esto sigue así —dijo el doctor—, el miércoles estará muerto o loco de atar.

»Hablamos del tema, el médico y yo, al anochecer, mientras paseábamos arriba y abajo por el prado que hay detrás de la rectoría; decidimos, ya que debíamos elegir uno de dos males, arriesgarnos a suministrarle una dosis de opio que le mantuviese inconsciente durante ese intervalo temido. Sabíamos que se trataba de algo peligroso, dadas las condiciones del enfermo pero, como he dicho antes, sólo podíamos elegir el menor de dos males.

»Lo que más temíamos era que despertase antes de expirar el plazo, de modo que velé junto a él. Permaneció como un muerto durante toda la noche del martes y el miércoles hasta el atardecer. Las ocho, las nueve, las diez, las once llegaron y pasaron. Las doce.

»—¡Sean dadas gracias a Dios! —dije mientras me inclinaba sobre Cawley y le

oía respirar tranquilamente.

»—Ahora saldrá de esto, espero —dijo el médico, que había llegado poco antes de la medianoche—. ¿Se quedará usted con él hasta que despierte?

»Le prometí que lo haría y en el bello amanecer de una mañana de verano abrió los ojos y sonrió. No recordaba los sucesos, estaba tan débil como un recién nacido y cuando le insté a dormir, volvió la cabeza en la almohada y se hundió de nuevo en el descanso.

»Fatigado por la vigilia, salí del dormitorio sin hacer ruido, para tomar el aire fresco y dulce. Bajé hasta la puerta del jardín y me quedé allí, mirando las montañas altas, la campiña gentil, el Deldy que vagaba, abajo, como un hilo de plata a través de los vastos prados.

»De inmediato mi atención se fijó en un grupo de personas que avanzaban con lentitud camino abajo desde la montaña. Al principio no podía ver que en medio del grupo algo era llevado a hombros. Pero cuando por fin advertí de qué se trataba, me di prisa en acudir a su encuentro para saber qué había ocurrido.

»—¿Ha habido algún accidente? —pregunté al acercarme.

»Se detuvieron y uno de los hombres se encaminó hacia mí.

»—*Pue sí* —dijo—, el *peó* de los *asidente* que le podían *pasá*, *pobresiyo*. *Etá* muerto.

»—¿Quién es? —pregunté mientras me adelantaba; al levantar la tela con que le habían cubierto la cara, vi a Sandy el Calderero.

»—Ha de haber *sío* cuando volvía a la casa, me figuro —dijo un hombre que estaba junto al cadáver—. *Pobresiyo* Sandy, que se ha caído por el precipicio sin *podé* salvarse. Le *encontramo* a este *lao* del Caldero de las brujas, donde hay una poquita de hierba verde y maja y la burra estaba comiendo en la cumbre, atada al carro.»

Hubo silencio durante un minuto; después una de las señoras dijo con voz suave:

—¡Pobre Sandy!

—¿Y qué le ocurrió a Mr. Cawley? —preguntó la otra.

—Renunció a su parroquia y partió como misionero. Aún vive.

—¡Qué historia tan extraordinaria! —comenté yo.

—Sí, yo lo creo así —dijo el ministro—. Si ustedes quieren ir mañana a Dendeldy, mi hijo, que ahora está a cargo de la rectoría, les mostrará la escena de los acontecimientos.

Al día siguiente todos estábamos observando la «poquita de hierba y maja», junto a los precipicios rudos, y el Deldy, hinchado por las lluvias recientes, que corría por su cauce.

El más joven del grupo subió al peñasco y dio algunos fuertes golpes con su bastón.

—¡Oh, por favor, no hagas eso! —gritaron, inquietas, ambas damas; el hálito de aquel extraño relato aún flotaba sobre nosotros.

—¿Qué piensas de la coincidencia, Jack? —pregunté a mi amigo, mientras

conversábamos, apartados de los demás.

—Pregúntamelo cuando volvamos a Fleet Street —respondió.

Edith Nesbit
DE MÁRMOL, TAMAÑO NATURAL

PARA la mayoría de los lectores el nombre de Edith Nesbit (1858-1924) está íntimamente ligado a sus preciosos e irónicos cuentos de hadas —como The Phoenix and the Carpet (1904), The Story of the Amulet (1906), The Enchanted Castle (1907) o The Magic City (1910)—, que hicieron la delicia de chicos y grandes a principios de siglo y siguen todavía cautivando a nuevas generaciones.

También poetisa y pintora, menos conocida es su vena espectral —representada por media docena de cuentos de fantasmas y la novela Salome and the Head (1909)—, que mantuvo oculta tras una asexuada inicial o el apellido de su primer marido, el periodista Hubert Bland, con el que compartió la amistad de Swinburne, los Rossetti, William Morris, Bernard Shaw o H. G. Wells, participando ambos como miembros fundadores de la Sociedad Fabiana.

Aparecidos en revistas de la época antes de su consagración como autora infantil, estos relatos están recogidos en tres antologías: Something Wrong (1883), Grim Tales (1893) y Fear (1910). De la segunda de estas colecciones he seleccionado el más conseguido y célebre de todos ellos, «Man-Size in Marble» (1886), en el que el escéptico protagonista aprende a no descreer de las leyendas y a desconfiar incluso de los recintos sagrados, cuyas venerables piedras pueden proporcionar insospechadas y espantosas sorpresas.

DE MÁRMOL, TAMAÑO NATURAL ^[9]

AUNQUE cada palabra de este relato es tan cierta como la desesperación, no confío en que la gente las crea. En estos tiempos, para que se crea en algo, antes ha de haber una «explicación racional». Permítaseme, pues, que ofrezca de inmediato la «explicación racional» que más crédito ha hallado entre quienes han conocido la historia de la tragedia de mi vida. Se considera que estábamos, Laura y yo, «en pleno delirio» aquel 31 de octubre, y que esta hipótesis sitúa todo el asunto bajo una luz satisfactoria y creíble. El lector podrá juzgar, cuando también él haya conocido los hechos, si esto resulta ser una «explicación» y en qué sentido es «racional». Fuimos tres los que tomamos parte en los hechos: Laura y yo y otro hombre. El otro hombre vive aún, y está en condiciones de dar testimonio de la parte menos fiable de mi historia.

Nunca en mi vida había sabido lo que era tener lo suficiente para abastecer mis necesidades más usuales —buenas pinturas, libros y dinero para coches—, y cuando nos casamos sabíamos muy bien que sólo podríamos vivir «con estricto cuidado y atención al trabajo». En esos tiempos, yo pintaba y Laura escribía, y estábamos seguros de que, al menos, podríamos mantener un puchero bullendo sobre el fuego. Vivir en la ciudad era impensable, de modo que buscábamos una casa en el campo, lo que sería a la vez saludable y pintoresco. Tan raro resulta que ambas cualidades se conjuguen en una misma casa que, por un tiempo, nuestra búsqueda fue infructuosa. Lo intentamos a través de los anuncios, pero la mayoría de las residencias rurales que visitamos se nos mostraron carentes de ambas condiciones, y cuando una casa tenía buenos desagües, siempre había estuco en las paredes y su aspecto era el de una lata de té. Y si encontrábamos un emparrado o un porche cubierto por un rosal, invariablemente dentro anidaba el deterioro. Nuestras mentes estaban tan desconcertadas por la elocuencia de los agentes inmobiliarios y por las desventajas de los ardides de la imaginación, y de los atentados contra la belleza, que habíamos visto y con los que habíamos sido burlados, que dudo mucho que alguno de los dos, en la mañana de nuestra boda, supiese cuál era la diferencia entre una casa y un pajar. Pero cuando nos apartamos de amigos y agentes inmobiliarios, durante nuestra luna de miel, la sensatez volvió a imponerse, y supimos qué quería decir que una casa fuera bonita cuando, por fin, vimos una. Estaba en Brenzett, un caserío asentado en una colina que dominaba los pantanos del sur. Habíamos ido allí, desde el pueblo costero en el que estábamos, para ver la iglesia; dos fincas más allá de la iglesia encontramos aquella casa. Se alzaba callada y solitaria a unas dos millas del pueblo. Era una construcción amplia, baja, con habitaciones que surgían en puntos inesperados. No le faltaba obra de sillería —cubierta de hiedra y ornada de musgo, sólo dos viejos cuartos, único resto de la mansión que en tiempos se alzara allí— y en torno a ese

cuerpo de piedra había crecido la casa. Despojada de sus rosas y del jazminero, hubiese resultado horrible. Tal como se hallaba era encantadora y, tras un breve examen, la alquilamos. Resultó absurdamente barata. El tiempo restante de nuestra luna de miel lo pasamos pululando por tiendas de viejo, en la capital del condado, tras muebles antiguos de roble y sillas Chippendale para nuestro ajuar. Pusimos punto final yendo a la ciudad, y con una visita a Liberty's; muy pronto los cuartos bajos, con vigas de roble en el techo y postigos en las ventanas, comenzaron a tener un aire de hogar. Había un bonito jardín diseñado a la antigua, con senderos de hierba y un sinfín de malvas, girasoles y lirios enormes. Desde la ventana se veían los pastos de las marismas y, más allá de ellos, la línea azul, delgada, del mar. Estábamos tan contentos como glorioso era el verano, y nos entregamos al trabajo antes de lo que nosotros mismos habíamos esperado. Yo nunca me cansaba de esbozar el paisaje y los magníficos efectos de las nubes, delante de la ventana abierta; Laura, sentada a su mesa, escribía versos sobre esas mismas vistas, en los que yo, por lo común, desempeñaba el papel de telón de fondo.

Conseguimos que una anciana del lugar, alta y robusta, trabajara para nosotros. Su cara y su aspecto eran buenos, aunque sus guisos resultasen de lo más elementales; pero lo sabía todo acerca del cuidado del jardín, nos dijo los antiguos nombres de todos los sotos y trigales, nos contó historias de contrabandistas y salteadores de caminos y, más sugestivas aún, de las «cosas que caminaban» y de las «miradas» que uno podía encontrarse en las veredas solitarias, a la luz de las estrellas. Esa mujer significó una gran ayuda para nosotros, porque Laura detestaba las tareas de la casa tanto como yo amaba el folclore, y pronto dejamos todos los asuntos hogareños en manos de Mrs. Dorman, además de usar sus leyendas como tema de cuentos para revistas, que nos aportaban tintineantes guineas.

Llevábamos tres meses de felicidad matrimonial sin una sola discusión. Una noche de octubre había bajado yo a fumar una pipa con el médico —nuestro único vecino—, un agradable joven irlandés. Laura se había quedado en casa, para terminar una escena cómica sobre un episodio aldeano, pieza destinada a *Monthly Marplot*. La dejé riendo sus propios chistes y regresé para encontrarla llorando, sobre el asiento de la ventana, convertida en un montón encogido de muselina clara.

—¡Cielos, cariño! ¿Qué ocurre? —exclamé, abrazándola. Laura apoyó su pequeña cabeza oscura en mi hombro y siguió llorando. Nunca antes la había visto llorar: siempre habíamos sido tan felices, ya me comprenderán mis lectores; tuve, pues, la certeza de que alguna desgracia terrible se había producido.

—¿Pero qué ocurre? Habla.

—Es Mrs. Dorman —sollozó.

—¿Qué ha hecho? —pregunté, inmensamente aliviado.

—Dice que debe irse antes de fin de mes y que su sobrina está enferma; ahora ha bajado a verla, pero no creo que ésa sea la causa, porque su sobrina siempre ha estado mala. Creo que alguien la ha puesto en contra de nosotros. Su actitud era tan

extraña...

—No te importe, cariño —dije—, ¡no llores, por favor, o yo también tendré que llorar, por solidaridad, y después tú jamás volverás a respetarme!

Se secó los ojos, obediente, con mi pañuelo y hasta dibujó una leve sonrisa.

—Pero, mira —prosiguió—, es serio de verdad, porque estos aldeanos son tan tontos que si uno no quiere hacer algo, ten por seguro que ninguno de los demás querrá hacerlo. Y yo tendré que preparar nuestras comidas y fregar los odiosos platos grasientos, y tú tendrás que traer cubos de agua y limpiar las botas y los cuchillos... Y ya no tendremos tiempo para dedicarnos a lo nuestro, ni para ganar dinero, ni nada. ¡Tendremos que trabajar todo el día y sólo podremos descansar cuando estemos esperando que hierva el agua para el té!

Le hice ver que, aunqueuviésemos que realizar todas esas tareas, el día nos podía proporcionar cierto margen para otros afanes y diversiones. Pero ella se negó a ver el tema bajo una luz que no fuese la más gris de todas. Era poco razonable mi Laura, pero yo no la habría amado más si ella hubiese sido tan razonable como Whately.

—Hablaré con Mrs. Dormán cuando regrese, y veré si puedo llegar a un acuerdo con ella —dije—. Quizá quiera un aumento en su paga. Todo se arreglará. Vamos a dar un paseo hasta la iglesia.

La iglesia era grande y solitaria; nos gustaba ir allí, sobre todo en las noches claras. El sendero bordeaba un bosque, cortaba después a través de él, trepaba por la cresta de la colina entre dos fincas y rodeaba la cerca de la iglesia, sobre la que se erguía la fronda de los tejos añosos, en masas oscuras de sombra. Ese sendero, que en parte estaba pavimentado, era conocido como «la senda de los ataúdes», porque durante mucho tiempo por allí habían pasado los entierros. El patio de la iglesia estaba densamente arbolado, cubierto por grandes olmos, cuyas raíces se hundían al otro lado de la tapia y cuyas majestuosas ramas se tendían como si quisiesen bendecir a los muertos que descansaban en paz. Un atrio amplio y bajo daba acceso al edificio, a través de un pórtico normando y de una pesada puerta de roble con clavos de hierro. Dentro, los arcos se alzaban en la oscuridad y entre ellos, blancas a la luz de la luna, destacaban las ventanas. En el presbiterio las vidrieras lucían sus cristales floridos que, en la penumbra, dejaban adivinar sus nobles colores y hacían que el roble negro de los bancos del coro apenas fuese más sólido que las sombras. Pero a cada lado del altar yacían las figuras de mármol gris de dos caballeros revestidos de sus armaduras completas, tendidas sobre una delgada losa, con las manos enlazadas en una plegaria eterna; esas figuras —cosa bastante extraña— siempre se podían ver, aunque apenas hubiese un mínimo rayo de luz en la iglesia. Los nombres se habían borrado, pero los lugareños contaban que habían sido hombres fieros y malvados, malhechores de tierra y mar, el flagelo de su tiempo, y responsables de actos tan perversos que la casa en que vivieran —dicho sea de paso, la gran mansión sobre la que se había construido la casa que nosotros ocupábamos— fue fulminada por el rayo vengador del Cielo.

Aun a pesar de todo ello, el oro de sus herederos les había comprado un lugar en la iglesia. Al mirar las duras facciones reproducidas en el mármol, resultaba fácil creer en la conseja.

Esa noche la iglesia se mostraba como un ámbito bello y espectral, en parte porque las sombras de los tejos se proyectaban a través de las ventanas por el suelo de la nave, deshaciéndose sobre los pilares en raros dibujos umbríos. Nos sentamos, uno junto al otro, sin hablar; observábamos la belleza solemne de la vieja iglesia, con algo de ese respeto temeroso que inspirara a sus antiguos constructores. Avanzamos después hacia el presbiterio y contemplamos las figuras yacentes de los guerreros. Descansamos, durante un rato, en el asiento de piedra del atrio, perdiendo la mirada en la extensión de la campiña iluminada por la luna, sintiendo en cada fibra de nuestro ser la paz de la noche y de nuestro amor feliz; por fin se nos impuso el sentimiento de que hasta las tareas más rústicas eran sólo inconvenientes nimios.

Mrs. Dorman había regresado de la aldea y de inmediato la invité a un *tête-à-tête*.

—Veamos, Mrs. Dorman —le dije cuando estuvimos en mi cuarto de trabajo—, ¿qué es eso de que usted nos deja?

—Necesito marcharme, señor, ante de fin de mes —respondió, con su habitual placidez digna.

—¿Tiene usted alguna queja, Mrs. Dorman?

—Ninguna, señor; usted y la señora siempre han sido muy gentiles, estoy segura de...

—Pues bien, ¿qué es lo que ocurre? ¿No le parece bastante la paga?

—No, señor, está muy bien.

—¿Por qué no se queda, entonces?

—Preferiría marcharme —la vi vacilar—, mi sobrina está mala.

—Pero si su sobrina está enferma desde que nosotros llegamos.

No hubo respuesta. Se produjo un silencio prolongado y extraño. Fui yo quien lo rompió.

—¿No puede quedarse un mes más? —pregunté.

—No, señor. He de marcharme el jueves.

¡Y estábamos a lunes!

—Pues debo decirle que, me parece, tendría que habernos advertido antes. Ya no hay tiempo para buscar otra persona, y la señora no está en condiciones de ocuparse de las tareas pesadas de la casa. ¿No podría quedarse hasta la semana próxima?

—Creo que podría volver la semana próxima.

Me dije que lo que esa mujer quería era un breve descanso, que nosotros no tendríamos inconveniente en concederle tan pronto hubiésemos conseguido una sustituta.

—¿Pero por qué ha de irse esta semana? —insistí—. Le ruego que lo piense mejor.

Mrs. Dorman ajustó en el pecho la toquilla que siempre llevaba sobre los

hombros, como si tuviese frío. Después, con cierto esfuerzo, habló.

—Se cuenta, señor, que ésta fue una gran mansión en tiempo de los católicos, y que pasaron muchas cosas aquí.

La naturaleza de esas «cosas» se podía deducir, vagamente, de la inflexión de la voz de Mrs. Dormán: bastaba para helar la sangre en las venas. Me alegré de que Laura no estuviese presente; siempre se encontraba nerviosa, como toda persona de temperamento tenso, y yo sentí que esos cuentos acerca de nuestra casa, narrados por aquella campesina ya mayor, capaz de una actitud imponente y contagiosa en su credulidad, podrían haber convertido nuestro hogar en algo menos entrañable para mi mujer.

—Cuéntemelo todo, Mrs. Dormán —dije—, sin reparos. No soy uno de esos jovencitos que se burlan de tales relatos.

Eso, en parte, era verdad.

—Verá, señor —bajó la voz—, usted habrá observado esas dos formas que hay en la iglesia, a los lados del altar.

—Se refiere a las estatuas de los dos caballeros armados —dije con jovialidad.

—Me refiero a esos dos cuerpos, representados a tamaño natural y en mármol —insistió, y hube de admitir que su descripción era mil veces más gráfica que la mía, sin tomar en cuenta cierta fuerza extraña y un carácter indecible en la expresión «tamaño natural y en mármol».

—Pues, según dicen, en la víspera del Día de Todos los Santos, esos dos cuerpos se sientan en sus lápidas, y las abandonan, y caminan por el centro de la nave, así, *en su forma marmórea* —otra buena frase, Mrs. Dorman—, y cuando el reloj de la iglesia da las once salen por la puerta del templo y marchan entre las tumbas, y avanzan por la senda de los ataúdes y, si hace una noche húmeda, al día siguiente se ven sus pisadas.

—¿Y adónde van? —pregunté, fascinado.

—Vuelven a su casa, señor, y si alguien se encuentra con ellos...

—¿Sí, qué? —pregunté.

Pero no, no pude sacarle ni una sola palabra más, como no fuera que su sobrina estaba mala y ella debía marcharse. Después de lo que había oído no quise seguir con el tema de la enferma, y procuré que Mrs. Dorman me diera más detalles de la leyenda. Sólo obtuve advertencias.

—Haga lo que haga, señor, cierre pronto la puerta en la víspera de Todos los Santos, y haga la señal de la cruz sobre los escalones de la entrada y en las ventanas.

—¿Pero ha habido quien haya visto esas cosas? —insistí.

—No seré yo quien se lo diga. Sé lo que sé, señor.

—Vaya, ¿quién vivía aquí el año pasado?

—Nadie, señor; la señora que ahora es propietaria de la casa únicamente pasa aquí el verano, siempre se va a Londres un mes antes de *la* noche. Siento mucho causarle inconveniente a usted y a la señora, pero mi sobrina está mala y debo irme el

jueves.

Estuve a punto de zamarrearla por la absurda reiteración de ese subterfugio tan evidente, cuando ya me había explicado sus verdaderas razones.

Estaba decidida a marcharse y ni aun conjugando nuestro empeño la habríamos apartado en lo más mínimo de su decisión.

No conté a Laura la leyenda de las figuras que «caminaban *en su forma marmórea*», en parte porque una leyenda que se refería a nuestra casa quizá conturbase a mi mujer, y en parte, pienso, por algún otro motivo más oculto. Ésa no era para mí una historia como cualquier otra y no quise hablar del tema hasta el final del día. Sin embargo, al cabo de poco rato, ya había dejado de pensar en la leyenda. Instalado junto a la ventana, estaba pintando un retrato de Laura y no podía pensar en mucho más que en mi trabajo. Había elegido el espléndido fondo de un ocaso pleno de amarillo y gris, y avanzaba con entusiasmo en el rostro. El jueves, Mrs. Dorman se marchó. En el momento de partir se mostró lo bastante condescendiente como para recomendar:

—No se apure usted por el trabajo, señora. Si queda algo por hacer, ya me ocuparé yo la semana próxima, le prometo que no me importará.

De eso deduje que quería volver a servirnos después de *Halloween*. Hasta el último momento se mantuvo aferrada, con una fidelidad emocionante, a la ficción de la enfermedad de su sobrina.

El jueves fue un buen día. Laura demostró gran habilidad en materia de filetes y patatas, y confieso que mi trabajo con los cuchillos y los platos, que me empeñé en fregar, estuvo mejor que lo urdido por las más osadas de mis esperanzas.

Llegó el viernes. Este escrito se refiere a lo que sucedió aquel viernes. Me pregunto si yo hubiese creído todo esto en caso de que alguien me lo hubiese contado. Escribiré la relación de aquello lo más rápida y sencillamente que me sea posible. Todo lo que sucedió ese día está grabado a fuego en mi cerebro. No olvidaré ningún detalle ni dejaré nada de lado.

Me levanté temprano, recuerdo, y encendí el fuego de la cocina; acababa de obtener una buena cantidad de humo cuando mi mujercita bajó a la carrera, tan luminosa y dulce como la propia mañana de octubre. Preparamos el desayuno entre los dos y nos resultó muy divertido hacerlo. No nos llevó mucho tiempo recoger la casa, y cuando cepillos, plumeros y cubos volvieron a su reposo, todo seguía en pie. Es extraordinaria la diferencia que una persona representa en una casa. De verdad echábamos en falta a Mrs. Dorman, aparte de todo lo que se relacionaba con cacerolas y sartenes. Pasamos el día quitando el polvo de nuestros libros y acomodándolos, y cenamos, muy contentos, carne fría y café. Laura estaba, si eso era posible, más animada, encantadora y dulce que nunca, de modo que llegué a pensar que ocuparse un poco más de las tareas domésticas le sentaría muy bien. Nunca nos habíamos sentido tan ufanos desde que nos casáramos y el paseo de esa tarde fue, creo, el momento más feliz de toda mi vida. Tras contemplar cómo palidecían, lentas,

las nubes de un rojo escarlata profundo, cómo se teñían de gris plumizo contra los despintados tonos malva del cielo, después de ver, por detrás de los setos, cómo se elevaban desde la ciénaga lejana las volutas de niebla, regresamos en silencio, cogidos de la mano.

—Te noto melancólica, cariño —dije medio en broma, cuando nos sentamos en nuestro pequeño salón. Esperaba una protesta, porque mi propio silencio había sido el silencio de la felicidad total. Para mi sorpresa, Laura respondió:

—Sí. Creo que estoy triste o, más bien, inquieta. No me encuentro muy bien. Me he estremecido tres o cuatro veces desde que llegamos y no hace frío, ¿verdad?

—No —respondí y formulé el deseo de que no fuese un enfriamiento debido a las traidoras nieblas que se desprenden de la ciénaga cuando muere la luz.

—No —dijo Laura, no creía que fuese eso. Después, tras un silencio, de improviso volvió a hablar—: ¿alguna vez has tenido presentimientos malignos?

—No —dije sonriendo—, y no me los creería si los tuviese.

—Yo sí —prosiguió—; la noche en que murió mi padre, lo supe, aunque él estaba lejos, en el norte de Escocia.

No pude decirle, ni una palabra.

Laura permaneció sentada ante el fuego, en silencio, durante unos momentos, acariciando mi mano con dulzura. Por fin se puso de pie, pasó a mis espaldas y, echando mi cabeza hacia atrás, me besó.

—Ya se ha pasado —dijo—. ¡Qué tonta soy! Ven, encendamos las velas y toquemos alguno de esos nuevos duetos de Rubinstein.

Estuvimos una hora o dos sentados al piano.

Hacia las diez y media comencé a pensar en mi pipa de la noche, pero Laura estaba tan pálida que creí que sería brutal por mi parte llenar nuestro salón con el humo de mi fuerte tabaco *cavendish*.

—Fumaré mi pipa afuera —dije.

—Déjame ir contigo.

—No, cariño, esta noche no. Estás muy cansada. No tardaré. Métete en la cama o mañana tendré que cuidar a una enferma, además de limpiar las botas.

La besé y ya me volvía para salir cuando Laura me echó los brazos al cuello y me estrechó como si jamás me fuese a soltar. Le acaricié el cabello.

—Vamos, cielo, estás extenuada. Las labores de la casa son demasiado para ti.

Aflojó su abrazo y suspiró hondamente.

—No. Hoy hemos sido muy felices, ¿verdad, Jack? No te demores mucho.

—No lo haré, cariño.

Franqueé la puerta principal y la dejé abierta. ¡Qué noche más magnífica hacía! Unas masas inquietas de pesadas nubes oscuras surcaban el cielo, a intervalos, de un extremo a otro, y cendales blanquecinos, translúcidos, ocultaban por momentos las estrellas. En el cauce de aquel río de nubes nadaba la luna, hundiéndose en las ondas y desapareciendo entre las sombras. En los momentos espaciados en que su luz

tocaba los bosques, parecía que las copas de los árboles se balanceaban, lentas y silenciosas, al ritmo de las nubes que las cubrían. Una rara luz grisácea bañaba los campos; en los prados refulgía ese resplandor recóndito que sólo nace de la unión del rocío y la luz de la luna, o de la escarcha y las estrellas.

Paseé arriba y abajo, absorbo en la belleza de la campiña quieta y del cielo cambiante. La noche estaba en absoluto silencio. Nada parecía existir fuera de ese lugar. No había carreras de conejos ni piaban los pájaros semidormidos. Y aunque las nubes navegaban por el firmamento, el aire que las movía soplaba tan alto que ni siquiera rozaba las hojas secas de los senderos del bosque. Más allá de los prados veía la torre de la iglesia, erguida en negro y gris contra el cielo. Fijé mis ojos en ella, pensando en nuestros tres meses de felicidad, en mi mujer, en sus bellos ojos, sus maneras adorables. ¡Oh, mi pequeña! ¡Mi pequeña niña, qué visión tuve entonces de una larga vida feliz para ti y para mí, juntos!

Oí el tañido de la campana de la iglesia. ¡Daban las once! Me volví para entrar, pero la noche me aprisionaba. No podía volver aún a nuestras tibias habitaciones. Subiría hasta la iglesia. Tenía el sentimiento vago de que sería bueno llevar mi amor y mi agradecimiento hasta ese santuario en el que los hombres habían acumulado tantas penas y alegrías en tiempos ya idos.

Al pasar junto a la casa, miré hacia dentro por una de las ventanas bajas. Laura estaba recostada sobre su sillón, frente al fuego. No podía ver su cara, sólo su cabeza oscura se proyectaba contra la pared azul pastel. Estaba inmóvil. Dormida, sin duda. Mi corazón se precipitó hacia ella, mientras seguía mi camino. Tiene que haber un Dios, pensé, y un Dios de bondad. De otro modo ¿quién hubiese podido siquiera imaginar a alguien tan dulce y amable como ella?

Caminé con lentitud por la linde del bosque. Un sonido quebró la calma de la noche. Algo crujía entre los árboles. Me detuve a escuchar. El sonido también se detuvo. Proseguí la marcha y entonces oí con claridad que otros pasos contestaban a los míos, como un eco. Sería un cazador furtivo o un salteador de los bosques, personajes que no eran desconocidos en nuestra arcádica vecindad. Pero fuera quien fuese, era un imprudente al no moverse con menos ruido. Giré para atravesar el bosque, y las pisadas parecían provenir de la senda que yo acababa de abandonar. Debe de ser un eco, pensé. El bosque lucía perfecto a la luz de la luna. Los grandes helechos moribundos y los zarzales se dejaban ver en los puntos en que el follaje ralo daba paso a los pálidos rayos. Los troncos de los árboles se elevaban a mi alrededor como columnas góticas. Me recordaron la iglesia; giré por la senda de los ataúdes y pasé por la entrada de los difuntos, crucé entre las tumbas y llegué al atrio. Me detuve por un momento en el banco de piedra desde el que Laura y yo habíamos contemplado el paisaje que se desdibujaba. En ese instante advertí que la puerta de la iglesia estaba abierta, y me reproché a mí mismo el haberla dejado así la noche anterior. Nosotros éramos las únicas personas que se atrevían a entrar en la iglesia en días que no fuesen domingo; me sentí responsable al pensar que, por nuestro

descuido, el aire húmedo del otoño había logrado colarse para dañar el antiguo edificio. Entré. Parecerá extraño, quizá, que yo tuviese que haber llegado hasta la mitad de la nave antes de recordar —con un estremecimiento helado, seguido de un arranque de autodesdén— que era el día y la hora en que, según la tradición, los «cuerpos esculpidos en mármol a tamaño natural» comenzaban a caminar.

Tras recordar la leyenda, con un estremecimiento del que me avergonzaba, no pude por menos de ir hacia el altar, sólo para ver aquellas figuras, dije para mis adentros; en realidad, lo que quería era asegurarme a mí mismo, primero, que no creía en la leyenda y, segundo, que esa historia no era verdad. Casi me alegraba de estar allí. Pensé que podría contarle a Mrs. Dorman que sus fantasías no tenían fundamento y que las figuras de mármol habían seguido durmiendo en paz durante aquella hora funesta. Con las manos en los bolsillos atravesé la nave. Bajo aquella luz mortecina, grisácea, el extremo oriental de la iglesia parecía mayor que de costumbre, y los arcos que cubrían las tumbas también se veían más amplios. La luna surgió entre las nubes y me dejó ver la causa. Quedé inmóvil. Mi corazón dio un salto que casi era un ahogo y después se precipitó hacia una sima negra.

Los «cuerpos esculpidos a tamaño natural» *habían desaparecido*, y sus lápidas de mármol yacían vacías y desnudas bajo la luz errante de la luna, que se colaba por la vidriera del este.

¿Habían desaparecido de verdad? ¿O yo estaba loco? Mientras procuraba controlar mis nervios, me incliné para pasar la mano sobre las pulidas lápidas: palpé una superficie plana, sin fisuras. ¿Alguien se habría llevado la estatuas? ¿Era alguna broma perversa y real? Tenía que asegurarme, de todos modos. En un instante preparé una antorcha con un trozo de periódico que, por casualidad, tenía en el bolsillo, la encendí y alcé por encima de mi cabeza. Su resplandor amarillento iluminó los nichos oscuros y aquellas losas. Las figuras *habían* desaparecido. Y yo estaba solo en la iglesia, ¿o acaso no lo estaba?

Entonces el espanto se apoderó de mí; un espanto indefinible, indescriptible, la certidumbre abrumadora de una calamidad suprema e irremediable. Arrojé la antorcha, me precipité a través de la nave y el atrio, mordéndome los labios mientras corría, para no gritar. ¡Oh! ¿Había enloquecido? ¿Qué fuerza era la que me poseía? Salté la tapia del cementerio y cogí un atajo que cruzaba los prados, guiándome por la luz de nuestras ventanas. Cuando puse el pie en el primer escalón de la entrada, una figura sombría pareció surgir del suelo. Enloquecido aún por la certidumbre de una desgracia, me abalancé contra aquella cosa que me cerraba el camino gritando:

—¡Quítese del paso!

Pero mi impulso encontró una resistencia mayor que la esperada. Mis brazos quedaron aprisionados por los codos y sujetos con fuerza; el enjuto médico irlandés me estaba sacudiendo.

—¿Qué le ocurre? —gritaba con su acento inconfundible—. ¿Qué le pasa?

—¡Quítese del paso, insensato! —jadeaba yo—. Las figuras de mármol han

desaparecido de la iglesia, le digo que no están allí.

El médico estalló en una carcajada sonora.

—Mañana tendré que prescribirle algo, ya veo. Usted ha fumado mucho y ha oído esos cuentos de viejas.

—Le aseguro que he visto las lápidas vacías.

—Vamos, venga conmigo. Voy a casa del viejo Palmer, su hija está enferma. Echaremos una mirada en la iglesia y usted me mostrará esas lápidas vacías.

—Vaya usted, si quiere —le dije, tranquilizado en parte por su risa—, yo entraré a ver a mi mujer.

—Tonterías, hombre —me dijo—. ¿Piensa que se lo permitiré? ¿Irá usted por el mundo, toda la vida, diciendo que ha visto figuras de mármol macizo provistas de movimiento y yo tendré que afirmar, toda mi vida, que usted es un cobarde? No, señor, no lo consentiré.

El aire de la noche, una voz humana y también, creo, el contacto físico con aquel metro ochenta de sólido sentido común me devolvieron en parte a mi yo habitual, y la palabra «cobarde» fue un baño frío para mi mente.

—Vamos —le dije de mala gana—, tal vez usted tenga razón.

Aún me mantenía cogido el brazo con fuerza. Bajamos el escalón y emprendimos camino hacia la iglesia. Todo estaba tan calmo como la muerte. El ambiente olía a humedad y a lodo. Avanzamos por la nave. No me avergüenza confesar que cerré los ojos: sabía que las estatuas no estaban allí. Oí que Kelly encendía una cerilla.

—Aquí están, ya lo ve, como debe ser; usted lo ha soñado o ha bebido, y disculpe la acusación.

Abrí los ojos. A la luz final de la cerilla vi las dos figuras yacentes «en su forma marmórea» y sobre sus lápidas. Aspiré hondo y le estreché la mano.

—Tengo una deuda inmensa con usted —dije—. Ha de haber sido alguna ilusión de la luz, o tal vez he estado trabajando mucho; quizá sea eso. Verá, estaba convencido de su desaparición.

—Ya me había dado cuenta —respondió con severidad—; debe tener cuidado con sus fantasías, amigo mío, se lo aseguro.

Estaba inclinado hacia delante y miraba la figura de la derecha, cuyo rostro pétreo era el de expresión más infame y letal de las dos.

—¡Por Júpiter! —exclamó—, algo ha pasado aquí, esta mano está rota.

Así era. Por mi parte, estaba seguro de que la había visto entera la última vez que Laura y yo entráramos en la iglesia.

—Quizá alguien haya *tratado* de llevárselas —dijo el joven médico.

—Eso no valdría para explicar mi impresión —objeté.

—El mucho pintar y el demasiado fumar lo explican muy bien.

—Vámonos —dije— o mi mujer se inquietará. Le invito a un trago de whisky; brindaremos para que la confusión se apodere de los fantasmas y el sentido común de mí.

—Tendría que subir a casa de Palmer, pero es muy tarde; lo dejaré para mañana —respondió—. Me entretuve en el Club y de resultas he tenido que visitar a mucha gente. De acuerdo, iré con usted.

Creo que pensaba que yo le necesitaba más que la niña de Palmer, de modo que discurriendo acerca de cómo había sido posible semejante alucinación, y deduciendo de esta experiencia amplias generalizaciones aplicables a los fenómenos fastasmagóricos, subimos hacia la casa. Desde el camino del jardín vimos un haz de luz que salía por la puerta principal abierta, y observamos que también la puerta del salón estaba abierta. ¿Habría salido Laura?

—Pase —dije, y el doctor Kelly me siguió hacia el salón.

Dentro resplandecían las luces, no sólo velas de cera, sino también no menos de una docena de las de sebo, chorreantes, con sus destellos amarillentos, colocadas, dentro de vasos y adornos, en sitios inusuales. Yo sabía que la luz era el remedio de Laura contra el nerviosismo. ¡Pobre criatura! ¿Por qué la había dejado sola? ¡Qué bruto!

Echamos una mirada a nuestro alrededor y en un primer momento no la vimos. La ventana estaba abierta y la corriente inclinaba todas las llamas hacia un mismo lado. Su sillón estaba vacío; su pañuelo y un libro, en el suelo. Me volví. Allí, en el hueco de la ventana, encontré su figura. ¡Oh, mi niña, mi amor! ¿Se había acercado a los cristales para verme? ¿Qué podía haber entrado en la habitación, tras ella? ¿Hacia qué se había vuelto con aquella mirada de terror pánico, de horror? ¡Oh, mi pequeña! ¿Había creído que esos pasos que oía eran los míos y se había vuelto para encontrarse..., con qué?

Estaba caída de espaldas sobre una mesa, junto a la ventana, y su cuerpo yacía a medias sobre la mesa y el banco, con la cabeza apoyada en la madera; su pelo castaño, suelto, llegaba hasta la alfombra. Su boca, desencajada, dibujaba una mueca y sus ojos estaban abiertos, muy abiertos. Pero ya no veían nada. ¿Qué había sido lo último que habían visto?

El doctor se acercó a ella, pero yo le aparté, salté y la tomé en mis brazos, exclamando:

—¡Ya ha pasado todo, Laura! ¡Ya te tengo en mis brazos, cariño!

Se desplomó entre ellos, quebrada. La estreché, la besé, la llamé con todos aquellos nombres que mi amor le había dado, pero creo que en todo momento supe que estaba muerta. Tenía las manos cerradas con fuerza. En una había algo. Cuando me convencí de que estaba muerta, de que ya nada importaba, dejé que el médico le abriese la mano para ver qué sujetaba en ella.

Era un dedo de mármol gris.

Vernon Lee
LA VOZ MALÉFICA

*VERNON Lee, seudónimo de Violet Paget (1856-1935), nació en Boulogne (Francia) de padres británicos con ascendientes franceses y galeses. La enfermedad de su hermanastro llevó a la familia de Francia a Alemania y luego a Italia, asentándose finalmente en Florencia. Su precoz y erudito *Studies of the Eighteenth Century in Italy* (1880), aclamado por la crítica pese a la juventud de su autora, le permitió viajar a Inglaterra y establecer sus primeros contactos con celebridades del mundo literario anglosajón como Thomas Hardy, Oscar Wilde, Robert Browning, Henry James, Edmund Gosse, Walter Pater o H. G. Wells.*

*En su vasta obra ensayística se ocupó sobre todo del arte y la literatura en Italia, país en donde residió la mayor parte de su vida. Títulos como *Euphorion* (1884), *Beauty and Ugliness* (1912), *The Beautiful* (1913) o *Music and its Lovers* (1932) hablan por sí solos de su notable personalidad y sus profundos conocimientos en la materia. Asimismo, su tratado *Satan the Waster* (1920), muy elogiado por Bernard Shaw, se convirtió en un hito fundamental del movimiento pacifista surgido a partir de la primera guerra europea.*

*Menos conocidas son, sin embargo, sus meritorias incursiones en el ámbito de la fantasía, que comenzaron bien pronto con la publicación en 1881 del cuento «Wintrop's Adventure» en la revista *Fraser's Magazine*. Sus excelentes relatos sobrenaturales, ambientados casi todos en Italia en diferentes períodos históricos, fueron recogidos en tres volúmenes: *Hauntings* (1890), *Pope Jacynth* (1902) y *For Maurice* (1927). «*A Wicked Voice*», integrado en la primera de esas antologías, despertó el entusiasmo de Montague Summers —para quien la autora era el único escritor vivo que podía equipararse a *Le Fanu* y *M. R. James*— e incluso mereció el honor de convertirse en ópera, gracias al compositor americano (y también escritor espectral) *James Wade*.*

LA VOZ MALÉFICA^[10]

HOY muchos han vuelto a felicitarme por ser el único compositor de nuestros días —estos días de efectos orquestales ensordecedores y devaneos poéticos— que ha desdeñado los recientes disparates wagnerianos, para volver con renuevos osados a las tradiciones de Haendel, Gluck y el divino Mozart, al predominio de la melodía y al respeto por la voz humana.

¡Oh, voz humana maldita, violín de carne y sangre, modelado por las herramientas sutiles, por las manos arteras de Satanás! Oh, execrable arte del canto, ¿no has hecho bastante daño en el pasado, degradando tanta noble genialidad, corrompiendo la pureza de Mozart, reduciendo a Haendel a ser un compositor de ejercicios de canto para personajes de la clase alta, y defraudando al mundo ante la única inspiración digna de Sófocles y Eurípides, la poesía del gran bardo Gluck? ¿No te basta haber deshonrado a toda una centuria en la idolatría de esa malvada y despreciable ruina que es el cantante, para que dejes de perseguir a un oscuro compositor joven de hoy, cuyo bien único es su amor por la nobleza del arte y, quizá, alguna pizca de genio?

Y después me felicitan por la perfección con que he imitado el estilo de los grandes maestros desaparecidos, o me preguntan con seriedad si, aun en el caso de ganar al público de hoy para ese estilo musical de ayer, tengo la esperanza de hallar cantantes que puedan interpretarlo. A veces, cuando la gente habla como lo ha estado haciendo hoy, y se echa a reír cuando me declaro sucesor de Wagner, estallo en un paroxismo de ira incomprensible, infantil, y exclamo:

—¡Un día lo veremos!

Sí, ¡un día lo veremos! Porque, después de todo, ¿me recuperaré de esta extrañísima enfermedad? Aún es posible que llegue el momento en que todas estas cosas sólo parezcan una pesadilla increíble; el momento en que la partitura de *Ogier, el danés* sea completada y los hombres lleguen a saber si soy un sucesor del gran maestro del Futuro o de los miserables maestros cantores del Pasado. Pero yo estoy semiembrujado, porque soy consciente del hechizo que me ata. Mi vieja niñera, allá en Noruega, solía contarme que los licántropos son hombres y mujeres corrientes la mayor parte de los días y que si, durante ese período, toman conocimiento de su horrenda transformación, pueden encontrar el medio de impedirla. ¿No podría ser éste mi caso? A fin de cuentas, mi razón es libre, aunque mi inspiración artística viva en esclavitud; y puedo desdeñar y aborrecer la música que me veo forzado a componer y también el poder abominable que a ello me compele.

Más aún, ¿acaso el que haya estudiado con la tenacidad del odio esta corrupta y corruptora música del Pasado, buscando, en cada mínima peculiaridad de estilo y en cada detalle biográfico, poner en evidencia su abyección, acaso esta arrogancia presuntuosa es lo que me ha valido esa venganza oscura, increíble?

Entre tanto, mi único alivio consiste en revolver en mi mente, una y otra vez, la relación de mis miserias. Esta vez voy a escribirlas, escribirlas sólo para después rasgar los papeles, para arrojar al fuego un manuscrito que nadie ha de leer. Sin embargo, ¿quién sabe? Cuando las últimas páginas quemadas crepiten y lentamente se pierdan en ascuas rojas, quizá el hechizo quede roto y vuelva yo a poseer, una vez más, mi libertad tiempo ha perdida, mi genio desvanecido.

Fue una noche sin aire, bajo la luna llena, esa luna llena implacable a cuya luz, más que a la luz de esplendor y ensueño del mediodía, se sofocaba Venecia en la niebla de las aguas, exhalando, como un lirio inmenso, efluvios misteriosos, que hacen que el cerebro dé vueltas y el corazón falle: una malaria moral, destilada, pensaba yo, de esas melodías lánguidas, de esas vocalizaciones arrulladoras que había hallado en libros de música mohosos y centenarios. Veo esa noche de luna llena como si fuera la de hoy. Veo a mis compañeros de la pequeña pensión para artistas. La mesa junto a la que están sentados se muestra sembrada de migas de pan, de servilletas enrolladas y sujetas con aros de tela, manchas de vino aquí y allá y, a intervalos regulares, saleros desenchados, palilleros y fruteros llenos de esos melocotones grandes y duros con que la naturaleza imita las marmolerías de Pisa. Todos los huéspedes de la pensión están reunidos; observan con aire idiotizado la estampa que el grabador americano acaba de traerme, porque sabe de mi entusiasmo por la música y los músicos del siglo XVIII y, entre los muchísimos grabados que en la plaza San Polo se venden a un penique, ha visto ese retrato, que es el de un cantante de aquellos tiempos.

¡Un cantante, un ser maligno, estúpido y perverso, esclavo de la voz, del instrumento que no ha nacido de la inteligencia humana, porque es engendro del cuerpo y que, en lugar de conmover el alma, sólo revuelve los posos de nuestra naturaleza! Porque, ¿qué es la voz sino la Bestia que llama, que despierta a esa otra Bestia dormida en las profundidades de la humanidad, la Bestia que todas las grandes artes han anhelado encadenar, como en las viejas estampas el arcángel encadena al demonio con su cara de mujer? ¿Cómo ese ser dotado de esa voz, su dueño y víctima, el cantante, el grande, el verdadero cantante que en tiempos reinó en todos los corazones, pudo no haber sido malvado y despreciable? Pero he de esforzarme por volver a mi relato.

Veo a todos mis compañeros de pensión, inclinados sobre la mesa, observando el grabado, a ese hombre guapo en su afeminamiento, con el cabello peinado en *ailles de pigeon*, con el espadín sujeto del bolsillo bordado, sobre una silla y bajo un arco triunfal, entre nubes, rodeado por cupidos regordetes y coronado de laureles por una rolliza diosa de la fama. Vuelvo a oír todas las exclamaciones insípidas, las insípidas preguntas acerca de ese cantante. «¿En qué época vivió?» «¿Fue muy famoso?» «¿Estás seguro, Magnus, de que es su retrato?» Y tantas otras. Oigo mi propia voz, como si llegara de lejos, brindándoles toda clase de información biográfica y crítica, obtenida en un pequeño y manoseado volumen, *El teatro de la gloria musical*, u

Opiniones acerca de los más famosos maestros de capilla y virtuosos de este siglo, de fray Prosdocimo Sabatelli, barnabita, profesor de Elocuencia en el Colegio de Módena y miembro de la Academia Arcádica, bajo el nombre pastoral de Evandro Lilybeo, Venecia, 1785, con la aprobación de sus Superiores. Les cuento a todos que este cantante, este Balthasar Cesari, fue apodado Zaffirino, por aquel zafiro cubierto de signos cabalísticos, presente que le fuera entregado cierta noche por un desconocido enmascarado, en el que los eruditos descubrieron al gran cultor de la voz humana, el demonio; les recuerdo que su breve vida no fue más que una serie de triunfos, entre el halago de reyes poderosos, la loa de famosísimos poetas y, por fin, agrega fray Prosdocimo, fue «pretendido (si la grave Musa de la Historia ha de dar oídos a los decires galantes) por las doncellas más encantadoras y aun las de más noble cuna».

Mis amigos echan otra mirada al grabado; hay nuevos comentarios insípidos; me piden —en especial las jóvenes americanas— que toque alguna de las canciones favoritas de Zaffirino, «porque sin duda usted las conoce, maestro Magnus, usted, que se apasiona por toda la música antigua; sea gentil, siéntese al piano». Me niego, con bastante rudeza, enrollando el grabado entre mis dedos. ¡De qué modo terrible este calor maldito, esta luna llena maldita han de haberme transformado! ¡Venecia, sin duda, acabará por matarme! Ay, el haber visto este grabado estúpido, el solo nombre de ese cantante jactancioso han hecho que mi corazón latiese sin control y que mis piernas se debilitaran como si fuese un adolescente enfermo de amor.

Después de mi brusca negativa, la reunión empieza a disolverse; unos se aprestan a salir; otros, a recorrer la laguna en góndola; otros, a pasearse por los cafés de San Marcos; se suscitan discusiones familiares, gruñen los padres, murmuran las madres, repican las risas de jovencitas y muchachos. Y la luna, que se vierte a través de las ventanas abiertas de par en par, hace que este antiguo salón de baile palaciego, hoy convertido en comedor de un hostel, se transforme en una laguna, llena de resplandor y ondas, como la otra laguna, la real, que se extiende allí, fuera, surcada por góndolas invisibles, a las que delatan las luces rojas de sus proas. Al fin casi todos se han marchado. Podré disfrutar de algo de tranquilidad en mi habitación y trabajar un poco en mi ópera *Ogier, el danés*. ¡Pero no! La conversación revive y, de entre todos los temas posibles, han elegido el de ese cantante, ese Zaffirino, cuyo absurdo retrato estoy estrujando entre mis manos.

El principal interlocutor es el conde Alvise, un viejo veneciano de mostacho teñido y una gran corbata a cuadros sujeta con dos alfileres y una cadena; es un patricio desgastado que se muere por asegurar para su insignificante hijo la mano de esa bonita chica americana, cuya madre se ha indigestado con las anécdotas que el viejo le cuenta, fantaseando sobre las glorias pasadas de Venecia en general, y de su ilustre familia en particular. ¿Por qué, en nombre del cielo, este viejo patricio tonto ha tenido que elegir a Zaffirino para sus divagaciones?

—¡Zaffirino, sí, claro que sí! Balthasar Cesari, apodado Zaffirino —resuella la

voz del conde Alvisé, que siempre repite la última palabra de cada frase no menos de tres veces—. ¡Sí, Zaffirino, claro que sí! ¡Un famoso cantante de los tiempos de mis antepasados, sí, de mis antepasados, querida señora!

De inmediato un montón de tonterías acerca de la antigua grandeza de Venecia, las glorias de la música antigua, los conservatorios de entonces, todo mezclado con anécdotas de Rossini y Donizetti, con los que pretende haber mantenido una amistad íntima. Por último, una historia llena de conexiones con su ilustre familia:

—Mi tía abuela, la *Procuratessa* Vendramin, que me ha dejado la propiedad de Mistrà, sobre el Brenta... —un relato confuso sin remedio, al parecer, lleno de digresiones, pero del que es protagonista Zaffirino. Poco a poco la narración se vuelve más comprensible, o quizá sólo es que presto mayor atención—. Según se dice —explica el conde—, una de sus mejores interpretaciones era la llamada «Canción de los maridos», *L'aria dei mariti*, porque ellos la disfrutaban bastante menos que sus caras mitades... Mi tía abuela, Pisana Renier, casada con el *Procuratore* Vendramin, era una patricia de la vieja escuela, con esa clase que ya era rara cien años atrás. Su virtud y su orgullo la hacían inabordable. Zaffirino, por su parte, tenía la costumbre de presumir de que ninguna mujer se había resistido a su canto, cosa que, según parece, estaba basada en los hechos. ¡El ideal cambia, mi querida señora, el ideal cambia de un siglo para otro! También afirmaba ese hombre que con la primera canción podía hacer que una mujer palideciera y bajase los ojos, con la segunda la enloquecía de amor y con la tercera podía destrozarla, destrozarla allí mismo, de amor, delante de sus propios ojos, sólo con que él se decidiese a hacerlo. Mi tía abuela Vendramin se echó a reír cuando le contaron aquello, se negó a ir a escuchar a ese perro insolente y agregó que bien se podía, con la ayuda de conjuros y de pactos infernales, matar a una *gentildonna*, pero eso de hacer que ella se enamorara de un lacayo, ¡jamás! Naturalmente, esa respuesta llegó a oídos de Zaffirino, en el que siempre estaba despierto el deseo de obtener lo mejor, de quien quisiese, mediante su voz. Como los antiguos romanos, *parcere subiectis et debellare superbos*^[11].

»Ustedes, que son damas americanas muy instruidas, apreciarán esta pequeña cita del divino Virgilio. Aunque parecía evitar a la *Procuratessa* Vendramin, una noche, en una fiesta muy importante, Zaffirino aprovechó la oportunidad de cantar en presencia de ella. Cantó, cantó y cantó hasta que la pobrecita tía abuela Pisana cayó enferma de amor. Los físicos más hábiles fueron incapaces de explicar el misterioso mal que visiblemente estaba matando a la pobre dama. El *Procuratore* Vendramin oró en vano a las Vírgenes reputadas por más milagrosas, y en vano prometió un altar de plata con candelabros de oro macizo a los santos Cosme y Damián, patronos del arte de curar. Por último, el hermano político de la *Procuratessa*, monseñor Almoró Vendramin, patriarca de Aquilea, un prelado famoso por la santidad de su vida, a través de una visión, fue advertido por santa Justina, de quien era muy devoto, de que la única cosa que podía curar la extraña enfermedad de su hermana política era la voz de Zaffirino. Tomen ustedes nota de que mi pobre tía abuela nunca se avino a creer en

esa revelación.

»El *Procuratore* se mostró encantado con esa solución feliz; y Su Ilustrísima, el Patriarca, fue personalmente en busca de Zaffirino y lo llevó en su propio carruaje hasta la Villa de Mistrà, donde residía la *Procuratessa*. Cuando se le dijo lo que ocurría, mi pobre tía abuela cayó en paroxismos de ira, seguidos de otros, también violentos, de alegría. Sin embargo, ella jamás olvidaba el decoro inherente a su posición: aunque se hallaba casi a las puertas de la muerte, se había ataviado con la mayor pompa; ordenó que la maquillaran con esmero y lucía todos sus diamantes: parecía deseosa de confirmar su plena dignidad frente al cantante. De acuerdo con ello, recibió a Zaffirino reclinada en un sofá que había sido colocado en el gran salón de baile de la Villa de Mistrà, debajo de un dosel principesco; porque he de decirles que los Vendramin, que estaban emparentados con la casa de Mantua, poseían feudos desde tiempos imperiales y eran príncipes del Sacro Imperio Romano. Zaffirino la saludó con el mayor de los respetos, pero no intercambiaron ni una palabra. El cantante sólo preguntó al *Procuratore* si la noble dama había recibido los sacramentos de la Iglesia. Cuando se le respondió que la *Procuratessa* en persona había solicitado que le fuera administrada la extremaunción, de manos de su hermano político, el cantante declaró que estaba dispuesto a obedecer las órdenes de Su Excelencia y se sentó al clavicordio.

»Nunca había cantado con tanta inspiración. Cuando terminó la primera obra, la *Procuratessa* Vendramin ya había reaccionado de un modo extraordinario; tras la segunda, se mostraba totalmente curada y en la plenitud de su belleza y felicidad; pero a la tercera —*L'aria dei mariti*, sin duda—, comenzó a cambiar de una forma espantosa. De sus labios se escapó un grito horrible y cayó entre convulsiones de muerte. ¡Al cabo de un cuarto de hora había dejado este mundo! Zaffirino no esperó a verla morir. Tras terminar su canción, se retiró de inmediato, alquiló caballos de posta y viajó día y noche hasta Munich. La gente reparó en que se había presentado en Mistrà vestido de luto, aunque no mencionara la pérdida de ninguno de sus allegados, y también en que lo había preparado todo para su viaje, como si temiese la ira de una familia tan poderosa. Además, allí había quedado aquella pregunta extraña, acerca de si la *Procuratessa* había confesado y recibido la extremaunción... No, gracias, mi querida señora, no fumo pitillos. Pero, si no fuese molestia para usted ni para su encantadora hija, ¿podría fumar un puro?»

Y el conde Alvise, ufano por su talento narrativo, y seguro de haber obtenido para su hijo el corazón y los dólares de sus bonitas oyentes, encendió una vela y con ella uno de esos largos y negros cigarros italianos que, antes de ser fumados, exigen una desinfección.

... Si este estado de cosas persiste, no me quedará más remedio que pedir al médico un específico; este ridículo latir precipitado de mi corazón y este desagradable sudor frío han ido en aumento durante el relato del conde Alvise. Para

mantenerme tranquilo en medio de todos esos comentarios idiotas sobre la patraña de un cantante fatuo y una noble damisela etérea, empiezo a desenrollar el grabado y, con aire estúpido, examino el retrato de Zaffirino, tan célebre en tiempos y hoy ya olvidado. Un asno ridículo, este cantante, bajo su arco triunfal, con esos cupidos disecados y esa especie de cocinera alada, gorda, que lo corona de laureles. ¡Qué burdo, insulso y vulgar resulta, por cierto, ese odioso siglo XVIII!

Pero él, personalmente, no es tan insulso como yo había pensado. Ese femenino y carnoso rostro suyo es casi bello, tiene una sonrisa extraña, desvergonzada y cruel. He visto caras como ésta, si no en la vida real, sí al menos en mis sueños románticos de juventud, cuando leía a Swinburne y a Baudelaire, las caras de unas mujeres malvadas, vengativas. ¡Sí! Decididamente, este Zaffirino es una criatura bella, y su voz tiene que haber poseído esa misma clase de belleza y la misma expresión de perversidad...

—Vaya, Magnus —suenan las voces de mis compañeros de pensión—, sé buen chico y cántanos una de las canciones de ese divo, o alguna de esa época, y nosotros nos figuraremos que es la que mató a aquella desgraciada dama.

—Oh, sí, el *Aria dei mariti*, «El aria de los maridos» —murmura el viejo Alvisé, entre el humo imposible de su cigarro negro—. Mi pobrecita tía abuela, Pisana Vendramin, sí; él fue y la asesinó con esas canciones suyas, con su *Aria dei mariti*.

Siento que me posee una ira sin límites. ¿Serán estas palpitaciones horribles (a propósito, ahora mismo se halla en Venecia un médico noruego, compatriota mío), que envían sangre a mi cerebro y me vuelven loco? Las personas que rodean el piano, el mobiliario, todo parece mezclarse, todos se convierten en móviles glóbulos de color. Comienzo a cantar y la única cosa que se mantiene definida ante mis ojos es ese retrato de Zaffirino, sobre el piano de la pensión; la cara sensual, afeminada, con su sonrisa perversa y cínica, aparece y desaparece, mientras el grabado ondula en la corriente que hace humear y chorrear las velas. Comienzo a cantar como un loco; canto sin saber qué. Sí, ahora identifico la obra: es *Biondina in gondoleta*, la única canción del siglo XVIII que todavía recuerdan los venecianos. La canto empleando cada uno de los adornos del viejo estilo: trinos, cadencias, notas lánguidamente hinchadas y disminuidas, y añado toda clase de bufonadas, hasta que mis oyentes, recuperados de la sorpresa, se echan a reír a carcajadas, hasta que yo mismo río enloquecido, sin freno, entre las frases de la melodía, hasta que mi voz por fin se hunde en esas risotadas torpes, brutales... Entonces, para coronar la escena, alzo mi puño contra ese cantante muerto, que me mira con su cara perversa y mujeril, con su sonrisa fatua y burlona.

—¡Ah, también querías vengarte de mí! —exclamo—. ¡Tú querías que yo compusiese bonitas *colorature* y floreos, otra bella *Aria dei mariti*, mi guapo Zaffirino!

Aquella noche tuve un sueño extraño. El calor y el bochorno eran sofocantes,

incluso en aquel enorme aposento apenas amueblado. El aire parecía lleno del aroma de toda clase de flores blancas, mórbido y pesado en su dulzor intolerable: nardos, gardenias y jazmines que se marchitaran no sé dónde, en vasos olvidados. La luz de la luna, a mi alrededor, transformaba el suelo de mármol en una alberca honda, brillante. A causa del calor, había cambiado mi cama por un viejo sofá de madera fina, pintado con florecillas y ramilletes, como una seda antigua. Y aquí estoy, echado, sin dormir, dejando que mis pensamientos, errátiles, vayan hacia mi ópera *Ogier, el danés*, cuyo libreto he terminado de escribir hace tiempo y para cuya música había esperado hallar inspiración en esta Venecia extraña que, se diría, flota en la laguna estancada del pasado. Pero Venecia no hizo más que llevar la confusión sin esperanza a mis ideas; era como si de sus aguas poco profundas emanasen miasmas de melodías muertas tiempo atrás, que no sólo enferman, sino también envenenan mi alma. Estoy tendido en el sofá, observando esa alberca de luz blanquecina, que sube y sube, con sus diminutas chispas de luz aquí y allá, en los puntos en que los rayos de la luna chocan con una superficie pulida; en tanto, sombras enormes se mecen de un lado a otro en la brisa que deja pasar el balcón abierto.

Vuelvo, una y otra vez, sobre aquella leyenda noruega antigua: el Paladín, Ogier, uno de los caballeros de Carlomagno, en su largo viaje de regreso a su patria desde Tierra Santa, fue atraído con engaños por las artes de una hechicera, la misma que en otros tiempos embrujara al emperador César y le diera por hijo al rey Oberón; Ogier se detuvo en aquella isla sólo un día y una noche y, sin embargo, al arribar a su reino, halló todo cambiado; sus amigos, desaparecidos; su familia, destronada; nadie reconocía su rostro. Por fin, arrojado de un sitio a otro como un mendigo, un pobre juglar se había compadecido de sus sufrimientos y le había brindado todo lo que podía darle: una canción, la canción de las proezas de un héroe muerto cientos de años atrás, el Paladín Ogier el danés.

La leyenda de Ogier derivó en ensueño, tan vivido como vagos habían sido mis pensamientos en las horas de vigilia. Ya no me encontraba mirando el charco de luz lunar que se extendía en torno a mi sofá, con sus destellos y sus sombras indefinibles, cambiantes, sino las paredes de un gran salón, pintadas al fresco. No era —lo supe al instante— el comedor de ese palacio veneciano hoy transformado en hostel. Era un salón mucho mayor, un verdadero salón de baile, casi circular en su forma octogonal, con ocho enormes puertas blancas enmarcadas en molduras de estuco y, arriba, contra la bóveda, ocho pequeñas galerías o nichos similares a los palcos de un teatro, sin duda preparados para recibir músicos y espectadores. El lugar estaba alumbrado apenas por sólo uno de los ocho grandes candeleros que giraban, lentos, como arañas inmensas, cada una al cabo de su hilo. Pero la luz daba sobre las molduras de estuco dorado que había frente a mí y sobre buena parte de un fresco, el sacrificio de Ifigenia, donde Agamenón y Aquiles llevaban yelmos romanos, ínfulas y calzones cortos. También iluminaba uno de los artesones al óleo cercado por las molduras del techo: una diosa envuelta en telas amarillas y malvas, pintada en escorzo sobre un

gran pavo real verde. Alrededor del salón, en los lugares a los que llegaba la luz, alcancé a ver amplios sillones de satén amarillo y macizas consolas doradas; en la sombra de un rincón había algo que parecía ser un piano, y más allá, en la penumbra, uno de esos enormes baldaquines que decoran las antecámaras de los palacios romanos. Miré a mi alrededor, preguntándome dónde estaba: un aroma denso, dulce, que hacía pensar en el de un melocotón, impregnaba el ambiente.

Poco a poco empecé a percibir sonidos; notas breves, agudas, metálicas, aisladas, como las de una mandolina; a ella se unía una voz, muy suave y dulce, casi un susurro, que creció, creció y creció hasta colmar todo el ámbito con su sonoridad exquisita, vibrante, de una calidad extraña, exótica, única. Aquella nota se mantenía, creciendo y creciendo. De pronto hubo un chillido horrible y penetrante; se oyó la caída de un cuerpo al suelo, y varias exclamaciones ahogadas. Allí, cerca del dosel, apareció de pronto una luz; pude ver, entre las figuras sombrías que entraban y salían del salón, a una mujer que yacía en el suelo, rodeada por otras mujeres. Su cabello rubio, espeso, en el que resplandecían chispas diamantinas en medio de la penumbra, estaba esparcido, despeinado; alguien desgarró el encaje de su corpiño y el pecho blanco se impuso al resplandor de los brocados y de las joyas; su rostro se inclinaba hacia delante y un brazo blanco y delgado colgaba, como una extremidad quebrada, sobre las rodillas de una de las mujeres que se esforzaban por alzarla. Hubo de pronto un ruido de agua que cae al suelo, más exclamaciones confusas, un gemido ronco, roto, y un gorgoteo espantoso... Desperté casi en movimiento y corrí hacia la ventana.

Fuera, bajo la calígene azul de la luna, la iglesia de San Jorge y su campanario se erguían azules y caliginosos, junto al casco negro, el aparejo y las luces rojas de un gran barco de vapor anclado delante del templo. Desde la laguna llegaba una húmeda brisa marina. ¿Qué era todo eso? ¡Ah! Comenzaba a comprender: ese relato del viejo conde Alvise, la muerte de su tía abuela, Pisana Vendramin. Sí, eso era lo que había soñado.

Volví al interior del cuarto. Encendí una luz y me senté ante mi escribanía. No podía dormir. Traté de trabajar en mi ópera. Una o dos veces creí alcanzar lo que había buscado durante tanto tiempo... Pero en cuanto intentaba plasmar mi tema, surgía en mi mente el eco lejano de esa voz, de esa nota larga, que ascendía lenta e imperceptiblemente, esa nota larga cuyo tono era tan potente y tan sutil.

En la vida de un artista hay momentos en los que, aunque incapaz de dar forma a su propia inspiración, o aun de captarla con exactitud, advierte la proximidad de esa idea invocada durante largo tiempo. Una mezcla de alegría y terror le advierte que antes de que haya transcurrido otro día, otra hora, la inspiración habrá cruzado el umbral de su alma y lo habrá desbordado en su éxtasis. A lo largo de la jornada había experimentado la necesidad de aislamiento y quietud, y al atardecer fui a dar un paseo en góndola por la parte más solitaria de la laguna. Todas las cosas parecían decirme

que iba a encontrar mi inspiración, y yo aguardaba su arribo como un amante aguarda a su amada.

Hice que mi góndola se detuviese por un instante y, mientras me balanceaba con dulzura sobre el agua, empedrada de reflejos lunares, pensé que me hallaba en las fronteras de un mundo imaginario. Allí estaba, al alcance de la mano, envuelto en una bruma luminosa, pálida, azul, en la que la luna había abierto una senda ancha y reluciente; mar adentro, las pequeñas islas, como barcas ancladas, no hacían sino acentuar la soledad de esa región de rayos de luna y ondas, mientras que el zumbido de los insectos en los huertos cercanos apenas si aumentaba la sensación de silencio imperturbable. En mares como éste, pensé, ha de haber navegado el Paladín Ogier cuando iba a descubrir que su sueño en los brazos de la hechicera había durado siglos durante los cuales, desaparecido el mundo heroico, se había instaurado el reino de la prosa.

Mientras mi góndola se mecía sin avanzar sobre ese mar de rayos de luna, medité acerca del ocaso del mundo heroico. En los suaves chasquidos del agua contra el casco de la barca me pareció oír el entrechocar de todas aquellas armaduras, de todas aquellas espadas que, cubiertas de óxido, pendían en las paredes, abandonadas por los hijos anodinos de los grandes campeones de antaño. Larga había sido mi búsqueda del tema al que llamaba «Las proezas de Ogier»; tendría que oírse en diversos momentos de mi ópera para desarrollarse por fin en esa canción del Juglar, quien revela al héroe que es uno de los personajes de ese mundo desaparecido mucho tiempo atrás. En ese momento sentía yo la presencia de aquel tema. Un instante más y mi mente se embargaría en la música salvaje, heroica, fúnebre.

De pronto, atravesando la laguna, agrietando, abigarrando, rizando el silencio con un encaje de sonidos, tal como la luna rizaba y agrietaba el agua, se elevó el murmullo de una música, el de una voz que se abría en una lluvia de pequeñas escalas, cadencias y trinos.

Me recosté sobre los cojines. La visión de los días heroicos se había desvanecido y ante mis ojos cerrados parecían danzar multitudes de diminutas estrellas de luz, persiguiéndose y entrelazándose como aquellas vocalizaciones repentinas.

—¡A casa! ¡Rápido! —ordené al gondolero.

Pero la música había cesado; de los huertos, con sus moreras brillantes bajo la luz de la luna, y con las agujas negras de sus cipreses mecidas por el viento, no se desprendía más sonoridad que el zumbido confuso, el chirrido monótono de los grillos.

Miré a mi alrededor: a un lado, dunas vacías, huertos y prados, sin casas ni escaleras; al otro, la mar azul y cubierta de niebla, vacía hasta donde, negras sobre el horizonte, se perfilaban las islas.

Se apoderó de mí un desmayo, sentí que mi ser se diluía. De improviso, otra vez el murmullo de una voz barrió la laguna, en una lluvia de notas breves que se asemejaba a una risa burlona.

De nuevo todo estaba en silencio. Un silencio que duró tanto que volví a caer en la meditación sobre mi ópera. Una vez más intentaba dar vida concreta a ese tema vislumbrado. Pero no. No era el tema que estaba aguardando y oyendo con la respiración anhelante. Comprendí mi fracaso cuando, al rodear la punta de Giudecca, el murmullo de una voz surgió entre las nieblas acuáticas, un hilo de sonido tan incorpóreo como un rayo de luna, apenas audible, pero exquisito, que se abría con lentitud, insensible, al tiempo que adquiría volumen y cuerpo, volviéndose casi carne y fuego, en una calidad inefable, plena, apasionada, pero como si la velaran túnicas sutiles, de terciopelo. La nota creció más y más en potencia, ardor y pasión, hasta rasgar aquellos velos extraños y encantadores, y emergió relumbrante, para romperse en las facetas luminosas de un estremecimiento maravilloso, prolongado, soberbio, triunfante.

Se produjo un silencio sepulcral.

—¡Rema hacia San Marcos! —exclamé—. ¡Rápido!

La góndola se deslizó por la prolongada estela luminosa de los rayos lunares y hendió el gran haz amarillo de luz reflejada, donde espejeaban las cúpulas de San Marcos, los pináculos floridos del palacio y el elegante campanario rosado, que se elevaban desde las aguas iluminadas hacia el cielo de la noche, blanquecino y azul.

En la más amplia de las dos plazas, la banda militar vibraba en las espiras finales de un *crescendo* de Rossini. La muchedumbre comenzó a dispersarse en aquel gran salón de baile a cielo abierto, en medio de los sonidos que siempre surgen después de un concierto al aire libre: el tintineo de cucharillas y vasos, el roce de vestidos y sillas, el golpear de los tahalíes sobre el pavimento. Me abrí paso entre jóvenes elegantes que contemplaban a las damas mientras se llevaban a la boca la empuñadura del bastón, a través de las filas cerradas de familias respetables, que marchaban cogidas del brazo, con sus herederas vestidas de blanco a la vanguardia. Me senté en *Florian's*, entre los clientes que saludaban antes de marcharse y los camareros que se daban prisa de un lado a otro, recogiendo ruidosamente tazas y bandejas vacías. Dos napolitanos ficticios llevaban bajo el brazo una guitarra y un violín, aprestándose a marcharse del lugar.

—¡Un momento! —les grité—. No os marchéis aún. Cantadme algo, cantad *La Camesella* o *Funiculì, funiculà*, cualquier cosa, con tal que metáis bastante ruido —y mientras gritaban y rascaban al máximo, añadí— ¿pero no podéis cantar más alto? ¡Maldita sea! ¡Cantad más fuerte! ¿Entendéis?

Tenía necesidad de ruido, de oír chillidos y notas falsas, de algo vulgar y horrible que se llevara esa voz fantasma que me perseguía.

Una y otra vez me repetí que debía de haber sido alguna jugarreta tonta de un aficionado romántico, oculto en los jardines de la playa, o que remaba desapercibido en la laguna; y que el hechizo de la luz lunar y de la niebla marina habían transfigurado para la excitación de mi mente los gorjeos monótonos de unos simples

ejercicios de Bordogni o Crescentini.

Pero aun así seguía sintiéndome perseguido por esa voz. Mi trabajo se interrumpía por el intento reiterado de captar aquel eco imaginario; y las armonías heroicas de mi leyenda escandinava se entretejieron extrañamente con frases voluptuosas y cadencias floridas en las que me parecía volver a oír esa misma voz maldita.

¡Ser perseguido por ejercicios vocales! Sonaba demasiado ridículo para un hombre que por propia voluntad despreciaba el arte de cantar. Sin embargo, preferí creer en ese aficionado infantil, que se divertiría con sus trinos a la luna.

Un día, mientras por centésima vez me reiteraba en estas reflexiones, mis ojos se detuvieron por casualidad sobre el retrato de Zaffirino, que mi amigo había clavado en la pared. Lo arranqué y rompí en pedazos. De inmediato, avergonzado de mi locura, observé cómo caían los trozos desde mi ventana, balanceándose a merced de la brisa marina. Uno de esos trozos quedó enganchado en una celosía amarilla, debajo de mí; los otros cayeron en el canal y al instante se perdieron de vista entre las aguas oscuras. La vergüenza me abrumaba. Mi corazón latía como si fuese a estallar. ¡Qué miserable y blando gusano me había vuelto en esta Venecia maldita, con sus lunas mórbidas, su atmósfera pesada de *boudoir* abandonado, lleno de una mezcla de cosas antiguas!

Sin embargo, esa noche las cosas marchaban mejor, al parecer. Fui capaz de concentrarme en mi ópera y hasta de trabajar en ella. En los intervalos de descanso mi imaginación volvía, no sin cierto placer, a esos fragmentos del grabado roto que revoloteaban hasta llegar al agua. Mientras estaba al piano, me vi perturbado por voces roncas y unas notas ásperas de violines, que subían desde una de esas barcas con músicos, las que se detienen bajo las ventanas de los hoteles del Gran Canal. La luna se había puesto. Bajo mi balcón el agua se extendía, negra en la distancia, con sus sombras recortadas por las líneas, más oscuras aún, de la flotilla de góndolas —el auditorio de la música de la barca—, donde las caras de los cantantes, guitarristas y violinistas relumbraban, rojizas, a la luz incierta de unas linternas chinas.

—*Iammo, iammo, iammo, iammo, ià* —cantaban las voces potentes, roncas; después, el terrible rascar de los violines y puntear de las guitarras, que terminaba con el tema principal, vociferado—: *funiculì, funiculà, funiculì, funiculà; iammo, iammo, iammo, iammo, ià*.

Se oyeron gritos de: «¡Otra, otra!», que provenían de un hotel cercano, unos aplausos breves y el sonido de un puñado de monedas que caían en la barca, junto al golpe de remo de algún gondolero que se aprestaba a alejarse.

—Cantad la *Camesella* —ordenó una voz con acento extranjero.

—¡*No, no!* Santa Lucia.

—Yo quiero oír la *Carmesella*.

—¡*No!* Santa Lucia. ¡Eh! ¡Cantad Santa Lucia! ¿Me habéis oído?

Los cantantes, bajo la luz de sus lámparas verdes, amarillas y rojas, se

consultaron en un murmullo acerca de la forma de conciliar esas peticiones contradictorias. Después, tras un minuto de vacilación, los violines comenzaron a preludiar aquella tonada tan famosa en otro tiempo y que seguía siendo popular en Venecia —letra escrita, hace cientos de años, por el caballero Gritti, música de un compositor desconocido—, *La Biondina in gondoleta*.

¡Ese maldito siglo XVIII! Parecía una fatalidad maligna la que hacía que esos brutos eligiesen precisamente esa pieza para interrumpirme.

Por fin terminó el largo preludio; por encima de las guitarras roncadas y de los violines llorones, se elevó no el presumible coro nasal, sino una voz solista que cantaba en un susurro.

Mis arterias palpitaban. ¡Cuán conocida me era esa voz! Cantaba, como he dicho, en un susurro, pero a pesar de eso se bastaba para llenar todo el ámbito del canal con la extraña calidad de su timbre: exquisito, cautivante.

Resonaban las notas sostenidas, de dulzura intensa y peculiar, una voz de hombre que tenía mucho de femenina, pero más aún de voz de corista, pero una voz de corista sin su limpidez e inocencia; su tono juvenil estaba velado, encubierto, por así decir, en una especie de vaguedad aterciopelada, en la pasión de las lágrimas reprimidas.

Estallaron los aplausos y los antiguos palacios devolvieron el eco de las palmadas. «¡Bravo! ¡Bravo!» «¡Gracias! ¡Gracias!» «¡Otra vez, por favor, cántala otra vez!» ¿Quién podía ser?

Después se oyó el entrecuchar de las barcas, los golpes de los remos y los juramentos de los gondoleros que trataban de empujarse unos a otros hacia distinto rumbo, mientras las linternas rojas de proa de las góndolas se apiñaban en torno a la barca de los músicos.

Pero nadie se movía a bordo. Ninguno de ellos se había ganado ese aplauso. En tanto todos se entremezclaban, aplaudían y gritaban, una sola linterna roja se apartó de las barcas; por un momento una sola góndola se destacó como una sombra en la negrura de las aguas y de inmediato se perdió en la noche.

Durante varios días el misterioso cantante se convirtió en el tema de actualidad. Los músicos de la barca juraron que nadie más que ellos iba esa noche a bordo, y que sabían tan poco como nosotros mismos acerca del dueño de esa voz. Los gondoleros, aun cuando provenían de la estirpe de los espías de la antigua República, tampoco pudieron proporcionar ningún dato. No se sabía ni se sospechaba que alguna celebridad musical estuviese en Venecia; y todos opinaban que un cantante de ese fuste tenía que ser una celebridad europea. Lo más extraño de ese extraño asunto era que aun entre los entendidos en música no había acuerdo respecto de esa voz: le aplicaban toda clase de nombres, la describían con toda suerte de adjetivos incongruentes; la gente llegó a discutir si la voz era de hombre o de mujer: no hubo quien no tuviese una definición nueva.

En todas esas discusiones musicales sólo yo no emití opinión alguna. Sentía una repugnancia, casi una imposibilidad, de hablar de esa voz; y las conjeturas más o

menos tópicas de mis amigos tenían el efecto invariable de hacer que me marchara del salón.

Entre tanto, mi trabajo se tornaba cada día más difícil, y pronto pasé de una impotencia extrema a un estado de agitación inexplicable. Cada mañana me despertaba con decisiones magníficas y grandes proyectos de trabajo: sólo para ir a la cama, por la noche, sin haber concretado nada. Pasé horas tumbado en mi balcón, o vagando por la red de paseos con sus jirones de cielo azul, esforzándome en vano por expulsar el recuerdo de esa voz, o esforzándome en realidad por reproducirla en mi memoria; porque cuanto más trataba de apartarla de mi mente, más sediento me sentía de ese timbre extraordinario, de esas notas aterciopeladas, veladas de misterio; tampoco me esforcé por trabajar en mi ópera, mientras mi cabeza se llenaba de fragmentos de aires dieciochescos olvidados, de pequeñas frases frívolas o lánguidas; y di en preguntarme, con un ansia agri dulce, cómo sonarían esas canciones interpretadas por aquella voz.

Llegó el momento en que se hizo necesario consultar a un médico, a quien, sin embargo, oculté con cuidado todos los síntomas extraños de mi enfermedad. El aire de la laguna, el fuerte calor, me contestó con actitud alentadora, me habían abatido algo; un tónico y un mes en el campo, con mucha equitación y nada de trabajo, me volverían a mi talante habitual. El viejo holgazán, el conde Alvisé, que había insistido en acompañarme al médico, sugirió de inmediato que debía ir a casa de su hijo, aburrido de muerte mientras controlaba la cosecha de maíz en tierra firme; podía garantizarme un aire excelente, gran cantidad de caballos, el entorno apacible y las ocupaciones deleitosas de una vida rural.

—Sea sensato, querido Magnus, y vaya a disfrutar de la paz de Mistrà.

Mistrà... Aquel nombre me hizo estremecer. Estaba a punto de rechazar la invitación cuando, de improviso, en mi mente una idea se dibujó, vaga.

—Sí, querido conde —respondí—, acepto su invitación con gratitud y complacencia. Mañana saldré hacia Mistrà.

El día siguiente me halló en Padua, camino hacia la villa de Mistrà. Me invadía la sensación de que había dejado tras de mí una carga intolerable. Por primera vez en mucho tiempo tenía el corazón ligero. Las calles tortuosas, desniveladas, con sus portales vacíos y lóbregos; los palacios de revoques corroídos y postigos cerrados, casi sin color; la pequeña plaza irregular, de árboles secos, de hierbajos ingratos; las casas de campo estilo veneciano, con su encanto ya perdido, reflejadas en el canal fangoso; los jardines sin portales y los portales sin jardines; las avenidas que conducían a ninguna parte; los mendigos ciegos y lisiados; los sacristanes plañideros, que surgían como por arte de magia entre las baldosas; el polvo y las hierbas bajo el inclemente sol de agosto; toda aquella desolación me divertía y agradaba, sin más. Mi buen ánimo se reforzó gracias a la música de una misa que tuve la fortuna de oír en la iglesia de San Antonio.

Nunca en toda mi vida había escuchado algo comparable, aunque Italia tiene

muchas cosas peculiares en el campo de la música sacra. En medio del canto nasal y profundo de los sacerdotes, había surgido de pronto un coro de niños, que cantaba con absoluta independencia de tiempo y tonalidad; la voz ronca de los sacerdotes obtenía la respuesta de los agudos infantiles, la modulación lenta del canto gregoriano era interrumpida por la trompetería gallarda del órgano, un revoltillo demencial y demencialmente alegre de bramidos, ladridos, maullidos, cacareos y rebuznos tales que bien podrían haber animado un aquelarre, o una Fiesta de Locos de la Edad Media. Para que el carácter grotesco de aquella música fuera más fantástico aún y más similar al estilo de Hoffmann, allí estaba, junto a la magnificencia de las pilas de mármoles esculpidos y bronce dorados, la tradición de esplendor musical que había dado fama a San Antonio en tiempos pretéritos. En viajeros de antaño, Lalande y Burney, había leído que la República de San Marcos gastó sumas inmensas no sólo en monumentos y decoración, sino también en los músicos de su gran catedral de Terra Firma. En medio de aquel concierto inefable de imposibles voces e instrumentos, traté de imaginarme la voz de Guadagni, el soprano para quien Gluck compusiera *Che farò sema Euridice*, y el violín de Tartini, ese Tartini a quien el demonio había dado la vida y la capacidad de hacer música. Y el deleite total de tan absoluta, bárbara, grotesca, fantástica incongruencia, que semejante interpretación en semejante lugar propiciaba, se veía realzado por un sentimiento de profanación: ¡esos eran los sucesores de aquellos músicos magníficos de aquel odiado siglo XVIII!

Todo eso me había proporcionado un contento extremo, tal como si se hubiese tratado de la más perfecta de las ejecuciones, hasta el punto de que decidí oírla otra vez; hacia la hora de las vísperas, después de una agradable cena compartida con dos buhoneros en la posada de la Estrella de Oro, tras fumar una pipa, con el fondo de una versión rústica de un pasaje de la posible cantata sobre la música que el demonio compusiera para Tartini, de nuevo dirigí mis pasos a San Antonio.

Tañían las campanas en el crepúsculo y entre los muros enormes y solitarios del templo parecía nacer un sonido apagado de órgano; me abrí paso por debajo de la pesada cortina de cuero, esperando el saludo de la grotesca interpretación de aquella mañana.

Estaba equivocado. Las vísperas debían de haberse celebrado largo rato antes. Un aroma de incienso rancio y una humedad de cripta llenaron mi boca; ya había caído la noche dentro de la vasta catedral. Entre las sombras brillaban las lámparas votivas de las capillas, arrojando sus haces de luz temblorosa sobre el mármol rojo y pulido, las balaustradas de color dorado y los candelabros, a la vez que pintaban de amarillo los músculos de alguna escultura. En un rincón una vela encendida ponía su halo en torno a la cabeza de un sacerdote, bruñendo el cráneo calvo, la sobrepelliz blanca y un libro abierto. «Amén», entonó; el libro fue cerrado con brusquedad, la luz osciló hacia el ábside, unas negras figuras femeninas se irguieron y se encaminaron a toda prisa hacia la puerta; un hombre que decía sus oraciones ante una capilla también se puso de pie, mientras caía ruidosamente su bastón.

La iglesia quedó vacía, y yo esperaba que en cualquier instante el sacristán, al hacer su ronda nocturna para cerrar las puertas, me obligase a salir. Me hallaba apoyado en una columna, mirando las grisuras de los grandes arcos, cuando de súbito el órgano rompió en una serie de acordes, envueltos en los ecos de la iglesia: parecía ser el final de algún servicio. Por encima del órgano, surgieron las notas de una voz, aguda, suave, envuelta en una especie de terciopelo, como una nube de incienso, mientras recorría los laberintos de una compleja cadencia. La voz calló; el órgano terminó con dos acordes resonantes. Todo era silencio. Por un momento permanecí apoyado en uno de los pilares de la nave; los cabellos se me pegaban a las sienes, mis rodillas flaqueaban y un calor enervante se difundía por todo mi cuerpo; procuré respirar hondo, sorber los sonidos junto con el aire cargado de incienso. Me sentía supremamente feliz y, sin embargo, como a punto de morir. Entonces, de pronto, un escalofrío me recorrió, mezclándose con un pánico indefinido. Me volví y salí al aire libre.

El cielo nocturno se abría puro y azul por encima de la línea irregular de los tejados; los murciélagos y las golondrinas chillaban en sus vuelos; en todos los campanarios vecinos, que intentaban hacerse oír por encima de la grave sonoridad de la campana de San Antonio, resonó el toque del *Ave María*.

—De verdad que no parece usted encontrarse bien —me había dicho el joven conde Alvise la noche anterior, al darme la bienvenida, a la luz de un farol sostenido por un labriego, en el jardín trasero lleno de malezas de la Villa de Mistrà. Todo se asemejaba a un sueño: el tintinear de las campanillas de los caballos que galopaban al atardecer desde Padua, mientras el farol del coche barría las acacias con su amplio haz de luz amarillenta; el ruido de las ruedas sobre la grava; la mesa de la cena, iluminada por una sola lámpara de petróleo, para evitar la presencia de los mosquitos, en tanto que un lacayo viejo y quebrantado, vestido con una librea antigua de caballero, se ocupaba de los platos entre vahos de cebolla; la gorda madre de Alvise, que parloteaba en dialecto, con su voz aguda y benévola, detrás de las escenas de toros de su abanico; la cara barbuda del párroco del pueblo, que no cesaba de manosear su vaso y remover los pies, levantando un hombro más que el otro. Sin embargo, por la tarde, me sentía como si en la enorme, asimétrica y revuelta Villa de Mistrà —una mansión que en sus tres cuartas partes estaba destinada a almacenar cereales y guardar herramientas de labranza, o al ejercicio de ratas, ratoncillos, escorpiones y ciempiés— hubiese transcurrido toda mi vida; como si siempre hubiese estado allí, sentado en el despacho del conde Alvise, en medio de pilas de libros de agricultura cubiertos de polvo, de manojos de cuentas, de muestras de grano y seda de gusanos, de manchas de tinta y colillas de puros; como si jamás hubiese oído hablar de otras cosas que no fueran los cereales básicos de la agricultura italiana, las enfermedades del maíz, la filoxera de las viñas, la cría de ganado y las iniquidades de los labriegos; todo ello, con las cimas azuladas de los montes Euganeos que cercaban

el resplandor verde de la campiña visible a través de la ventana.

Después de una temprana comida, de nuevo con el acompañamiento de la cháchara de la vieja y gorda condesa, el manoseo y la elevación del hombro del sacerdote barbudo, el olor de aceite y de cebolla sofrita, el conde Alvise me hizo montar a su lado en el coche y me llevó, entre nubes de polvo, en medio del resplandor interminable de chopos, acacias y arces, a una de sus granjas.

Bajo el sol ardiente, unas veinte o treinta muchachas, vestidas con faldas de colores vivos, corpiños adornados de encaje y grandes sombreros de paja, estaban trenzando mazorcas de maíz sobre el suelo de ladrillos rojos destinado a la trilla, mientras otras aventaban el grano con grandes harneros. El joven Alvise III (el padre era Alvise II: todos son Alvise, o sea Luis, en esta familia; el nombre está en la casa, en los coches y carros, en los mismísimos cubos) cogió unos granos de maíz, los estrujó, los probó, dijo a las jóvenes algo que las hizo reír y al granjero algo que lo puso triste; después me condujo a un establo enorme, donde unos veinte o treinta bueyes pateaban, movían sus rabos y daban con sus cuernos contra las divisiones del pesebre, en medio de la oscuridad. Alvise III palmeó a cada uno, los llamó por su nombre, les dio un poco de sal o un nabo, y me señaló cuál era mantuano, cuál pullés, cuál romañolo, hasta terminar con todos. A continuación me invitó a subir a otro coche, y allí fuimos, de nuevo entre el polvo, cruzando cercas y canales de riego, hasta llegar a otras casas rústicas con sus techos rojizos, de los que subían hacia el cielo azul columnas de humo. Vimos allí más mujeres trenzando y aventando maíz, con lo que producían una enorme nube dorada, digna de las Danaides; más bueyes que pateaban y mugían en la oscuridad fresca; más bromas, críticas y explicaciones, y lo mismo se repitió en cinco granjas distintas, hasta que, cada vez que cerraba los ojos, me parecía ver el rítmico subir y bajar de los mayales contra el cielo ardiente, la lluvia de granos dorados, el polvo amarillo de los harneros sobre los ladrillos, el balanceo de innumerables rabos y el chocar de innumerables cuernos, el brillo de enormes flancos y testuces blancos.

—¡Un buen día de trabajo! —exclamó el conde Alvise, estirando sus largas piernas cubiertas por unos estrechos pantalones de montar y unas botas Wellington—. La *Mamma* nos dará una copita de anís dulce después de la cena; es un tónico excelente y una buena precaución contra las fiebres de esta comarca.

—¡Oh! ¿Tienen ustedes fiebres en esta comarca? ¡Vaya, su padre decía que el aire es excelente!

—No es nada, nada —me confortó la vieja condesa—. Lo único temible son los mosquitos; tenga el cuidado de cerrar los postigos antes de encender la lámpara.

—Claro que *hay* fiebres —replicó el joven Alvise, en un esfuerzo por mostrarse considerado—. Pero usted no tiene por qué sufrirlas. No salga al jardín por la noche, si no quiere cogerlas. Mi padre me ha dicho que usted gusta de dar paseos a la luz de la luna. No sería adecuado en este lugar, mi querido amigo, no lo sería. Si tiene que pasearse por las noches, como lo hacen todos los genios, hágalo dentro de la casa: no

le faltará espacio para hacer ejercicio.

Después de la cena fue servido el anís dulce, además de coñac y cigarros, y todos se sentaron en el largo y estrecho salón de la primera planta. La vieja condesa hacía punto (una prenda de forma y destino inciertos); el párroco leía el periódico; el conde Alvisé fumaba su puro largo y curvado, mientras acariciaba las orejas de un perro alto, flaco, tuerto y sospechoso de sarna. Desde el jardín llegaban el zumbido y el aleteo de incontables insectos, y el olor de las uvas que colgaban, negras, en el emparrado, contra el cielo azul refulgente de estrellas. Me acerqué al balcón. Abajo se extendía el jardín oscuro; contra el horizonte nítido destacaban los altos chopos. Se oyó el grito penetrante de un búho, el ladrido de un perro; desde fuera se alzaba una ola repentina de tibio perfume, un perfume que me hizo pensar en el sabor de ciertos melocotones, y que sugería pétalos blancos, carnosos, céreos. Me pareció que antes había olido esa flor, alguna vez: me invadía la languidez, casi un desmayo.

—Estoy muy cansado —dije al conde Alvisé—. ¡Ya ve usted lo débiles que somos las personas de la ciudad!

Sin embargo, a pesar de mi fatiga, me resultaba imposible dormir. La noche era sofocante. Yo no había experimentado nada parecido en Venecia. Sin tomar en cuenta las advertencias de la condesa, abrí los postigos, herméticamente cerrados contra los mosquitos, y observé el paisaje.

Había salido la luna y bajo ella se tendían los campos sembrados, las copas redondas de los árboles, bañadas por un vapor azulino, luminoso, en el que cada hoja brillaba y se mecía en una especie de mar ondulante de luz. Al pie de la ventana se hallaba el emparrado, con su suelo brillante y blanco. Todo estaba tan claro que podía distinguir el verde de las hojas de la vid, el rojo oscuro de las flores de catalpa. En el aire flotaba un vago olor de hierba cortada, de uvas maduras, de esa flor blanca (tenía que ser blanca) que me hacía pensar en el sabor de los melocotones, todo ello mezclado con el frescor delicioso del rocío que comenzaba a caer. Desde la iglesia del pueblo llegó el toque de la una: sabe el Cielo cuánto tiempo había estado procurando dormir. Un estremecimiento me recorrió y, de pronto, se llenó mi cabeza de algo semejante a los efluvios de algún vino sutil; recordé aquellas acequias cubiertas de hierba, aquellos canales llenos de agua estancada, las caras amarillentas de los labriegos, la palabra malaria volvió a mi cabeza. ¡Qué importaba! Permanecí asomado a la ventana, con una sedienta apetencia de sumergirme en esa niebla lunar azulada, en ese rocío, en el perfume y en el silencio que parecían vibrar y temblar como las estrellas sembradas en la hondura del firmamento... ¿Qué música, aun la de Wagner, o la de ese gran cantante de las noches estrelladas, el divino Schumann, qué música podría compararse con ese gran silencio, con ese gran concierto de cosas sin voz que cantan dentro del alma misma?

Mientras me hacía esta reflexión, una nota aguda, vibrante y dulce rasgó el silencio, que de inmediato volvió a cerrarse en torno a ella. Me asomé por la ventana.

Mi corazón latía como si fuese a estallar. Al cabo de un breve momento el silencio fue hendido una vez más por esa nota, tal como la oscuridad es hendida por una estrella fugaz o una luciérnaga que se eleva, lenta, como un fuego de artificio. Pero en ese instante resultó claro que esa voz no provenía, como me había figurado, del jardín, sino de la propia casa, de algún rincón de esa irregular y antigua Villa de Mistrà.

¡Mistrà, Mistrà! El nombre resonaba en mis oídos, y por fin comencé a advertir su significado, que al parecer se me ocultara hasta ese instante. «Sí», me dije, «es natural». Y a esa impresión extraña de naturalidad se mezcló un placer febril, impaciente. Era como si yo hubiese ido a Mistrà deliberadamente, como si estuviese a punto de hallar el objeto de mis antiguas y fatigadas esperanzas.

Tras coger la lámpara de pantalla verde y requemada, abrí la puerta con suavidad y avancé por una red de corredores amplios y grandes salones vacíos, en los que mis pasos resonaban como en la nave de una iglesia y la luz inquietaba a todo un enjambre de murciélagos. Vagué al azar, alejándome cada vez más de la parte habitada del edificio.

El silencio me producía un verdadero malestar; jadeaba como si me acosara una súbita decepción.

De pronto surgió un sonido —acordes metálicos, estridentes, con el timbre de una mandolina— junto a mí. Sí, muy cerca: sólo un tabique me separaba de esos sonidos. Busqué alguna puerta. La luz temblorosa de mi lámpara no bastaba a mis ojos, errantes como los de un borracho. Por fin encontré un pomo y, tras una breve vacilación, lo hice girar y empujé la puerta con suavidad. En el primer instante no advertí en qué clase de lugar estaba. A mi alrededor todo era sombra, pero me cegó el fulgor de una luz: una luz que venía de abajo y golpeaba en la pared de enfrente. Fue como si hubiese entrado en un palco oscuro de un teatro iluminado a medias. En realidad, me hallaba en un sitio de esa clase, una especie de habitáculo negro provisto de una balaustrada alta, semioculto por una cortina alzada a medias. Recordé esas pequeñas galerías o nichos para uso de los músicos u observadores, que existen junto a los techos de los salones de baile, en ciertos palacios italianos antiguos. Sí; debía de ser algo así. Ante mis ojos un techo abovedado, cubierto con molduras doradas, que servían de marco a grandes lienzos oscurecidos por los años; más abajo, en la luz que trepaba desde el suelo, se entreveía una pared pintada con frescos deslucidos. ¿Dónde había visto yo a esa diosa envuelta en telas malvas y amarillas, esa figura en escorzo sobre un gran pavo real verde? Porque me resultaba familiar, y también lo eran los tritones de estuco que enroscaban sus colas en torno al marco dorado de la diosa. Y ese fresco, esos soldados vestidos con corazas romanas, cimeras verdes y azules y túnicas cortas, ¿dónde podría haberlos visto antes? Me formulé esas preguntas sin experimentar ninguna sorpresa. Además, estaba tranquilo, como se está a veces en medio de un sueño extraordinario. ¿Sería un sueño?

Avancé con calma y me incliné sobre la balaustrada. Mis ojos se encontraron

primero con la oscuridad de la parte superior donde, como arañas gigantes, las grandes lámparas giraban lentas, suspendidas del techo. Sólo una de ellas estaba encendida y sus colgantes de cristal de Murano, sus claveles y rosas brillaban, opalinos, a la luz de la cera que se fundía. Esa lámpara iluminaba la pared opuesta y la zona del techo en que se veía la diosa con el pavo real; también alumbraba, aunque mucho menos, un ángulo del enorme salón en el que, entre las penumbras de una especie de dosel, varias personas se agrupaban en torno a un sofá de satén amarillo, semejante a otros, alineados contra la pared. Sobre el sofá, casi oculta a mis ojos por las personas que la rodeaban, estaba tendida una mujer: la plata de su vestido bordado y los destellos de sus diamantes relucían y tornasolaban al ritmo de sus movimientos inquietos. Debajo del candelabro, en medio del haz de luz, vi a un hombre sentado ante un clavicordio, inclinada apenas la cabeza, como si estuviese en el momento de concentración que precede al canto.

Tocó unos acordes y comenzó su interpretación. ¡Sí, sin duda, era la voz, esa voz que desde tiempo atrás me perseguía! Reconocí de inmediato esa calidad delicada, voluptuosa, que resultaba extraña y exquisita más allá de la palabra, pero falta de frescura y nitidez. Esa pasión ahogada en lágrimas, que había importunado mi mente aquella noche, en la laguna, y por segunda vez en el Gran Canal, cantando la *Biondina* y, una vez más, tan sólo dos días antes, en la desierta catedral de Padua. Pero en ese instante comprendí lo que parecía haber estado oculto para mí hasta entonces: esa voz era lo que más me importaba en el ancho mundo.

La voz se torció y retorció sobre sí misma, en prolongadas, lánguidas frases, en ricas y sensuales *rifioriture*, acompañadas por escalas diminutas y exquisitos, brillantes trinos; se detenía por momentos, vibrando como si jadeara en medio del arrobó deleitoso. Sentí que mi cuerpo se fundía, como la cera a la luz del sol, y me pareció que también yo me tornaba fluido y vapor, para mezclarme con aquellos sonidos, tal como los rayos de la luna se mezclan con el rocío.

De pronto, del ángulo en penumbra cubierto por el dosel, surgió un sollozo breve y lastimero, y después otro, que se perdió en la voz del cantante. Mientras se oía un trémolo agudo y prolongado del clave, el intérprete volvió la cabeza hacia el baldaquín; de las sombras nació otro breve sollozo de dolor. Pero él, en lugar de detenerse, atacó un acorde seco y con un hilo de voz, casi un susurro inaudible, se deslizó con dulzura por una larga *cadenza*. En ese mismo momento echó la cabeza hacia atrás: la luz caía sobre el rostro bello, casi femenino, de palidez cenicienta, de espesas cejas negras del cantante Zaffirino. A la vista de esa cara sensual y sombría, de esa sonrisa que era tan cruel y burlona como la de una mala mujer, comprendí — no supe por qué, a través de qué proceso — que esa audición *tenía* que terminar, que esa frase maldita *tenía* que quedar inacabada. Comprendí que estaba frente a un asesino, que él estaba matando a esa mujer, y a mí también, con su voz maléfica.

Me precipité por la escalera estrecha que bajaba desde el palco, como si me persiguiese aquella voz exquisita que crecía, crecía de un modo imperceptible. Me

arrojé contra la puerta que, pensé, debía ser la del gran salón. Podía ver luz entre las hojas. Me hice daño en las manos tratando de abrirla. La puerta estaba fuertemente ajustada y mientras luchaba con ella, oí que la voz crecía, crecía, despojándose de aquel velo envolvente y aterciopelado, para alzarse clara, resplandeciente como la hoja afilada y brillante de un cuchillo que parecía hundirse en lo hondo de mi pecho. Entonces, otra vez, un sollozo, un estertor de muerte y aquel sonido horrendo, ese gorgoteo espantoso de la respiración que se ahoga en un aflujo de sangre. Después, un trino prolongado, agudo, fulgurante, triunfal.

La puerta cedió al peso de mi cuerpo, una hoja se abrió. Entré. Me cegaba un chorro de azulada luz de luna; a través de cuatro grandes ventanas se filtraba, apacible y diáfana, una pálida niebla lunar, que convertía la enorme sala en una especie de gruta submarina, empedrada de rayos de luna, llena de resplandores, de charcos de luz de plata. Todo estaba tan claro como a mediodía, aunque con un brillo frío, azul, vaporoso, sobrenatural. El salón se hallaba completamente vacío, como un enorme granero. Pero del techo colgaban las cadenas que, en otra época, sostuvieron una lámpara; en un rincón, entre pilas de leños y montones de maíz de la India, de los que emanaba un olor malsano de humedad y de moho, se veía un elegante clavecín, de patas torneadas, con la tapa de su caja rajada de extremo a extremo.

De pronto me sentía lleno de calma. Lo único que importaba era la frase que seguía vibrando en mi mente, la frase de esa cadencia inacabada que yo había oído tan sólo unos momentos antes. Abrí el clave y mis dedos cayeron con fuerza sobre las teclas. Una estridencia de cuerdas rotas, ridícula y horrible, fue la única respuesta.

Entonces me invadió un terror extraordinario. Trepé por una de las ventanas, atravesé el jardín y subí para vagabundear por los campos, entre los canales de riego y los terraplenes, hasta que se hubo puesto la luna y comenzó a temblar el amanecer, mientras no cesaba de seguirme, de perseguirme para siempre, aquella estridencia de cuerdas rotas.

La gente expresó su agrado por mi recuperación. Al parecer, esas fiebres pueden ser mortales.

¿Recuperación? ¿Pero de verdad me he recuperado? Camino, como, bebo, hablo, incluso puedo dormir. Vivo la vida de las demás criaturas vivientes. Sin embargo, me consume una enfermedad extraña y fatal. No puedo dar forma concreta a mi propia inspiración. Mi cabeza está llena de una música que, sin duda, es mía, aunque yo jamás la haya oído antes, pero que sigue siendo mía y que me despierta desprecio y repudio: breves floreos rítmicos, frases lánguidas y cadencias prolongadas, repetitivas.

¡Oh, maléfica, maléfica voz, violín de carne y sangre hecho por la mano del Maligno, que no pueda yo execrarte en paz! ¿Pero es necesario que en el momento en que te maldigo, el anhelo de oírte otra vez marchite mi alma como una sed infernal? ¿Y ahora, cuando he saciado ya tu ansia de venganza, cuando tú has deshecho mi

vida y agostado mi genio, no ha llegado aún el tiempo de la piedad? ¿No me será permitido oír una nota, una única nota tuya, oh, cantante, oh, maléfico y despreciable canalla?

Mrs. Molesworth
LA SOMBRA A LA LUZ DE LA LUNA

NACIDA en Rotterdam (Países Bajos), de padres escoceses, Mary Louisa Stewart (1839-1921) fue educada en Suiza, aunque pasó la mayor parte de su niñez y adolescencia en Manchester. Fue precoz en todo: a los dieciséis años ya escribía y a los veintidós se casaba con el comandante Molesworth, sobrino del vizconde de igual apellido, a su regreso victorioso de la guerra de Crimea. Sus primeras novelas, a partir de Lover and Husband (1869), las firmó con el seudónimo Ennis Graham, antes de adoptar definitivamente el apellido de su marido, del que, sin embargo, se separaría más tarde, abandonando el Reino Unido con sus siete hijos, para no regresar más que ocasionalmente y concurrir a los salones literarios de la época.

Su obra es extensísima (alrededor de un centenar de títulos) y variada, mas su celebridad es sobre todo deudora de sus escritos para niños: cuentos de hadas como The Cuckoo Clock (1877), Four Winds Farm (1887) y Fairies Afield (1911), o relatos con protagonistas infantiles como Herr Baby (1881), Silverthorns (1887) y The Carved Lions (1895).

Al igual que otras muchas victorianas, Mrs. Molesworth frecuentó el cuento de fantasmas, género en el que también destacó. Sus mejores relatos sobrenaturales — reunidos en las colecciones Ghost Stories (1888) y Uncanny Tales (1896)— están basados en la creación de una inquietante atmósfera envolvente y suelen transcurrir en antiguos caserones en los que el mobiliario desempeña un papel preponderante en la trama. Como ocurre con el diabólico tapiz del cuento aquí seleccionado, «The Shadow in the Moonlight», que forma parte del volumen Uncanny Tales.

LA SOMBRA A LA LUZ DE LA LUNA^[12]

JAMÁS pensamos que en Finster St. Mabyñ's hubiese fantasmas. No, jamás lo pensamos.

Esto puede parecer extraño, pero es absolutamente cierto. Era un sitio tan sumamente interesante y peculiar en muchos sentidos, que no necesitaba nada raro para sumarlo a sus atractivos. Quizá ésa fuese la razón. En nuestros días, tan pronto como alguien dice de una casa que es «muy vieja», la siguiente frase sin duda será «espero que tenga» —o «que no tenga», según el gusto del que habla— «fantasmas».

Pero Finster era más que viejo: era *antiguo* y, con modestia, histórico. Sin embargo, no perderé tiempo en referir su historia, ni en citar a los lectores las crónicas en que es mencionado. Tampoco cederé ante la tentación de describir el aposento en que cierto personaje de la realeza pasó una noche —o tal vez hayan sido dos o tres— hace cuatro siglos; ni la torre, hoy en ruinas, donde otro personaje aún más conocido fue prisionero durante varios meses. Todos esos hechos —o leyendas— no están relacionados con lo que tengo que contar. Ni lo está el mismo Finster, en realidad, excepto como una suerte de prólogo para mi narración.

Supimos de esa mansión por unos amigos que vivían en el mismo condado, aunque a cierta distancia tierra adentro. Ellos —Mr. y Miss Miles, es conveniente que dé sus nombres ahora mismo— sabían que nosotros teníamos orden de abandonar nuestra casa durante unos meses, para librarnos de los efectos de un duro embate de gripe, y que el aire de mar era lo más deseable.

Nos rebelamos. Las costas marinas son, a menudo, lugares aburridos y vulgares. Pero cuando oímos hablar de Finster abandonamos nuestra rebeldía.

—Aburrido, en cierto aspecto, puede que lo sea, pero seguro que no es vulgar.

La descripción de Janet Miles, aun cuando a ella no se le daban muy bien las descripciones, hacía pensar en un cuento de hadas, o en un poema de Longfellow.

—¡Un castillo junto al mar! ¡Es perfecto! —exclamamos todos—. ¡Sí, madre, sí, alquílalo!

Las objeciones fueron rechazadas de inmediato. Era un sitio bastante aislado, según Miss Miles, erguido, como no era difícil deducir de su nombre, sobre una punta de tierra —más bien un rincón— que daba al mar por dos de sus lados. No había sido habitado, salvo en forma esporádica, durante los últimos años, porque el difunto propietario era una de esas felices, o infelices, personas que tienen más casas de las que pueden usar, y el actual propietario era menor de edad. Habría que hacer algunas reparaciones y cambios, pero los albaceas estarían de acuerdo en dejarlo por una renta moderada durante unos meses, y habían estado a punto de ponerlo en manos de unos administradores cuando Mr. Miles se encontró con uno de ellos, quien le mencionó el tema. No se podía decir nada en contra, era muy saludable. Pero los muebles estaban viejos y carcomidos y no eran suficientes. Si queríamos recibir

visitantes, tendríamos que agregar algún mobiliario. Sin embargo, eso se podía hacer con facilidad, prosiguió diciendo nuestra informante. Había en Raxtrew, el pueblo vecino, una buena tapicería y mueblería cuyo dueño solía alquilar lo necesario a los oficiales del fuerte.

—Y por cierto —agregó Miss Miles— que nosotros muchas veces hemos comprado muebles antiguos y bonitos a muy buen precio, o sea que ustedes podrán tanto alquilar como comprar.

Desde luego que recibiríamos visitas, y nuestra casa no estaría mucho peor con algunas sillas y mesas adicionales aquí y allá, en lugar de algunas monstruosidades excelentes de las que, a instancias de Phil, Nugent y mías, nuestra madre se había desprendido.

—Si bajo a curiosear el lugar con padre —dije—, seguro que iré a la tienda de muebles y echaré un vistazo por mí misma.

Fui con mi padre. Yo tenía diecinueve años —hace cuatro— y era una chica dotada de cierta habilidad. Además yo era la única que no había estado enferma, y madre la que había llevado la peor parte; nuestra madre y también Dormy —pobre crío—, porque *él* estuvo a punto de morir.

Él es el pequeño; somos cuatro chicos y dos chicas. Sophy tenía quince años entonces. Yo me llamo Leila.

Si intentara dar cierta idea de la impresión que Finster St Maby's causó en nosotros, necesitaría horas. Sencillamente nos dejó sin aliento. Nada más estar dentro de sus murallas y echar una mirada a tu alrededor te transportaba a varios siglos atrás. Pero no debíamos ver eso como una ventaja, o al menos así lo dijeron los dos Miles, que eran nuestros guías. Era un día oscuro, de principios de abril, en el que se percibía que no muy lejos debía estar lloviendo. Aunque podría haber sido noviembre, si bien no hacía frío.

—Apenas pueden imaginar ustedes cómo es esto en un día brillante —dijo Janet, deseosa, como cualquier persona en esas circunstancias, de exhibir su *trouvaille*—. Las luces y sombras son exquisitas.

—Me encanta tal como está —dije—. No creo que jamás lamente haberlo visto por primera vez en un día gris. Es simplemente perfecto.

Janet se mostró complacida por mi admiración y lo hizo todo por facilitar las cosas. Mi padre también se prendó del lugar, según pude advertir, pero refunfuñó y tosió bastante al observar la desnudez de la habitación, en especial los dormitorios. De modo que Janet y yo comenzamos de inmediato, como si fuera cosa de negocios, a hacer listas de las compras necesarias, que después de todo no resultaron ser tan temibles.

—Hunter conseguirá todo eso *fácilmente* —dijo Miss Miles y así fue como mi padre cedió, aunque yo creo que en todo momento había pensado hacerlo. La renta era en realidad tan baja que se podía afrontar un pequeño gasto de alquiler de muebles, sugerí, y mi padre estuvo de acuerdo.

—Es muy baja —dijo— para un lugar que tiene tantas ventajas.

Pero ni siquiera entonces se le ocurrió a alguno de nosotros sugerir que fuese «sospechosamente baja».

Para empezar, estaba la garantía de los Miles. De haber habido alguna objeción, ellos la habrían sabido. Pasamos la noche con ellos y el día siguiente en la tienda del mueblista. Era un hombrecito listo, servicial, y comprendió la situación de un vistazo. Además, sus términos fueron tan moderados que mi padre, afable, me dijo:

—Aquí hay varios primores y rarezas, Leila. Puedes elegir algunas cosillas, para usarlas en Finster ahora y después llevarlas a casa.

Yo no quería oír más para aprovecharme de la autorización, y con la ayuda de Janet, pronto quedaron apartadas unas pocas y preciosas sillas y mesas, una cómoda triangular y otras chucherías. Estábamos a punto de marcharnos cuando, desde un rincón de la tienda, unos cortinajes atrajeron mi mirada.

—¿Qué es esto? —pregunté al tendero—. ¡Cortinas! ¡Vaya, pero si es un auténtico tapiz antiguo!

El servicial Hunter sacó el género en cuestión.

—No son cortinas exactamente, señorita —dijo—. Creo que habrán sido unas *portières* muy bonitas. Ya ve usted que el damasco está montado sobre otra tela: estaba tan gastado cuando las compré que hubo que hacerlo.

Había tenido una buena idea. Dos paneles, por decir así, de damasco antiguo, de un tono precioso, estaban enmarcados por franjas de tela verde oscura y de ese modo, por cierto, resultaban un bello par de *portières*.

—¡Oh, papá! —exclamé—. Deja que las compre; en Finster las usaremos como antepuertas y después serán dos *portières* perfectas para las puertas laterales del salón de casa.

Mi padre observó las colgaduras con aire apreciativo, pero fue prudente y primero preguntó el precio. En proporción, parecía más alto que el de las otras mercancías de Hunter.

—Verá, señor —dijo el tendero como disculpándose—, los paneles son de verdadera tela antigua, aunque eso resulte una desventaja para el uso.

—¿De dónde provienen? —preguntó mi padre.

Hunter vaciló.

—A decir verdad, señor —respondió—, me han pedido que no revele a quién se las he comprado. Es duro deshacerse de los objetos heredados, pero a veces ocurre. Hace muy poco he comprado todo un lote a cierta familia. Las *portières* han salido de mi taller esta mañana, precisamente. Nos hemos dado prisa para impedir que siguieran desgarrándose, vea usted, han de haber estado clavadas en una pared.

Janet Miles, que era bastante experta, se había puesto a examinar las colgaduras.

—Bien valen lo que pide Hunter —dijo en voz baja—. No es corriente encontrarse con algo así en Inglaterra.

O sea que se cerró el trato y Hunter prometió ocuparse de que todo lo que

habíamos elegido, tanto las adquisiciones como los objetos alquilados, estuviesen en Finster la semana anterior a aquella en que llegaríamos al castillo.

Nada contrarió nuestros planes. Hacia fin de mes nos instalamos en nuestro nuevo hogar todos excepto Nat, nuestro tercer hermano, que estaba en el colegio. Dormer, el pequeño, todavía tomaba lecciones con la institutriz de Sophy. Los dos «muchachos» —como les llamábamos— mayores se hallaban en casa por razones diversas. Uno, Nugent, estaba a punto de partir hacia India; Phil, obligado a perderse un curso escolar por haber sido víctima de la misma enfermedad que tan mal había tratado a mi madre y a Dormy.

Pero en aquellos momentos en que todos estaban recuperados y con expectativas de ir a mejor, gracias al aire de Finster, pensamos que el viento maligno nos había aportado un bien especial. No habríamos disfrutado ni la mitad de no haber sido muchos a la hora de iniciar esa etapa y, antes de haber pasado una semana en la casa, ya habíamos sumado a nuestro número el primer contingente de invitados.

No era una casa demasiado grande. Además del que nosotros mismos ocupábamos, no había espacio sino para otras tres o cuatro personas, porque algunas habitaciones —las de la planta superior— estaban muy poco aprovechadas como para servir a alguien, a menos que fuesen las ratas, «ratas o fantasmas» dijo alguien un día, riendo, mientras las explorábamos. Algo más tarde esas palabras volverían a mi memoria.

Habíamos logrado estar muy cómodos, gracias al inestimable Hunter. Y cada día el aire se volvía más suave y primaveral. Tierra adentro los bosques estaban llenos de primulas. Se prometía una bella estación. A uno de los lados de la casa se abría una galería, que pronto se convirtió en lugar favorito de reunión; nos resultaba un sitio de agradable descanso, en especial durante el día, y algo menos por la noche, ya que la chimenea que había en un extremo sólo la templaba a medias y, además, era difícil iluminarla. También había en ese lugar muchas corrientes de aire, por la gran cantidad de puertas, dos de las cuales, una en cada extremo, pronto decidimos mantener cerradas. No eran necesarias: una conducía, a través de una alta escalera de caracol, a los cuartos vacíos del ático; la otra, a la cocina y las dependencias de servicio. Y cuando tomábamos el té de la tarde en la galería, era fácil traerlo atravesando el comedor o las salas de estar, unas habitaciones amplias, iluminadas por sus extremos, que se extendían paralelas al lado mayor de la galería y ambas tenían una puerta que se abría hacia dentro desde el vestíbulo. Todas las habitaciones principales de Finster estaban en la primera y no en la planta baja.

Si esas puertas se mantenían cerradas, buena parte de la corriente de aire desaparecía y, como he dicho, teníamos un tiempo suave y calmo de verdad.

Una tarde —intento comenzar por el principio de nuestras extrañas experiencias; a pesar del riesgo de ser prolija parece mejor hacerlo así— estábamos todos reunidos en la galería a la hora del té. Los «niños» (como llamábamos a Sophy y a Dormer,

para gran disgusto de Sophy) y su institutriz estaban con nosotros, porque las reglas se habían suavizado en Finster, y Miss Larpent era muy querida por todos nosotros.

De pronto Sophy dejó oír una exclamación de desagrado.

—Madre —dijo—, quisiera que regañaras a Dormer. Me ha tirado encima la taza de té: ¡mira cómo me ha puesto la ropa! Si no te puedes estar quieto —agregó, volviéndose hacia el pequeño—, creo que no deberían permitirte venir a tomar el té con nosotros.

—¿Qué ocurre, Dormy? —preguntó mi madre.

Dormer estaba de pie junto a Sophy, con un aire muy culpable y bastante pálido.

—Madre —dijo el pequeño—, sólo estaba apartando mi silla. Sentí un frío tan horrible allí que no podía quedarme en ese sitio —y se estremeció.

Dormer había estado de espaldas a una de las puertas cerradas. Phil, que era quien se hallaba más cerca, movió una mano lentamente por toda la superficie.

—Tú estás tonto, Dormy —dijo—, aquí no hay corriente.

Aquello preocupó a nuestra madre.

—Ha de haber cogido un resfriado entonces —dijo y continuó haciendo preguntas al pequeño acerca de dónde había estado todo el día porque, como ya he dicho, Dormer aún se encontraba delicado.

Pero él insistió en que se encontraba bien y ya no estaba enfermo.

—No fue una corriente en realidad —dijo—, era como un hielo, así, de pronto. Ya lo había sentido antes, sentado en esa silla.

Nuestra madre no dijo nada más y Dormer siguió tomando su té; a la hora de ir a dormir, mi hermano parecía normal, como siempre, de modo que la inquietud de mamá se desvaneció. No obstante, investigó a fondo la posibilidad de que hubiese alguna corriente en la escalera con la que comunicaba aquella puerta. No se descubrió ninguna: la puerta encajaba a la perfección; además, Hunter había clavado una tira de fieltro en sus bordes y, por si fuera poco, una de las espesas *portières* estaba colgada delante. Uno o dos días después estábamos sentados en el salón tras la cena, cuando una de nuestras primas, que estaba de visita en nuestra casa, echó de menos su abanico.

—Corre a buscar el abanico de Muriel, Dormy —dije a mi hermano, porque Muriel estaba segura de que se había caído bajo la mesa durante la cena. Ninguno de los hombres se había reunido aún con nosotras.

—Oye, niño, ¿adónde vas? —le dije al ver que se dirigía a la puerta más alejada—. Irás más rápido por la galería.

Dormy no dijo nada, pero se marchó, caminando bastante despacio, por la puerta de la galería. Al cabo de unos minutos regresó, con el abanico en la mano, pero por la otra puerta.

Era un niño sensible y aunque yo me pregunté qué tendría en la cabeza contra la galería, no dije nada delante de los demás. Sin embargo, poco después, cuando Dormy dijo «buenas noches» y se fue a la cama le seguí.

—¿Qué quieres, Leila? —me dijo con bastante enfado.

—No te apures, pequeño —le dije—. Ya veo que algo pasa. ¿Por qué no te gusta la galería?

Vacilaba, pero yo había apoyado mi mano en su hombro y él comprendió que mi interés era sincero.

—Leila —me dijo, mientras echaba una mirada alrededor para asegurarse de que nadie nos oía; estábamos, él y yo, de pie cerca de la puerta interna del comedor, que estaba abierta—, tú te reirás de mí, pero... ¡allí hay algo raro..., a veces!

—¿Qué dices? ¿Qué significa «a veces»? —le pregunté estremecida por su tono.

—Quiero decir que no siempre, lo he sentido varias veces..., fue ese frío de anteayer y, además, he sentido una..., una especie de *respidación* —Dormy no pronunciaba muy bien todas las «r»—, como si hubiese alguien muy desdichado.

—¿Un suspiro? —sugerí.

—Como un suspiro en voz baja —me respondió—, y siempre cerca de la puerta. Pero la semana pasada..., no, no hace tanto, fue el lunes, salí a la galería para ir a la cama. No quería portarme como un tonto. Pero había luna... y..., mira Leila, una sombra recorrió la pared de ese lado y se detuvo junto a la puerta. La vi mover apenas... sus *manos* —y Dormy se estremeció—, sobre esa cortina tan bonita que está colgada allí, como si la estuviese palpando, un minuto o dos, y entonces...

—¿Y entonces qué?

—Pues salió —me dijo sencillamente—. Pero esta noche, hermana, hay luna otra vez y no me atrevo a volver a verla. *No me atrevo*, sin más.

—Pero has pasado por allí cuando fuiste al comedor —le recordé.

—Sí, pero cerré los ojos y corrí, y aun así sentía que había algo frío detrás de mí.

—Dormy, cariño —le dije, bastante preocupada—, creo que es cosa de tu fantasía. Tú no te encuentras *del todo* bien, ya lo sabes.

—Sí que me encuentro bien —respondió con firmeza—. Nunca me asusto en ningún otro lugar. Ya sabes que duermo solo en una habitación. No soy yo, hermana, hay algo en la *galedía*.

—¿Te daría miedo ir conmigo, ahora? Podemos ir por el comedor; nadie nos verá —y giré en esa dirección mientras hablaba.

Una vez más mi hermano pequeño vaciló.

—Iré contigo si me coges de la mano —dijo—, pero cerraré los ojos. Y no los pienso abrir hasta que me digas que no hay ninguna sombra en la pared. Y no me mientas.

—Pero tendrá que haber sombras —le dije—, con esta luna tan brillante, los árboles, las ramas, o las nubes que se mueven. Algo de eso es lo que has visto tú, cariño.

Negó con la cabeza.

—No, no, desde luego que no me hubiera importado. Conozco esas sombras. No, no me podía equivocar. Se movía, avanzaba, como si se arrastrase, y después, junto a

la puerta, estiró las manos y se puso a *palpar*.

—¿Parecía hombre o mujer? —pregunté, creyendo que yo misma iba a empezar a arrastrarme.

—Me figuro que es más bien como un hombrecito —respondió—, pero no estoy seguro. En la cabeza tenía algo rizado. Ah, ya lo sé: era como una peluca erizada, aunque por abajo parecía que iba envuelto, como con una capa. Oh, es *horrible*.

Y volvió a estremecerse: era hora de que todas esas tonterías dignas de una pesadilla fueran apartadas de su pobre cabecita.

Le cogí la mano y se la apreté con fuerza; atravesamos el comedor. Nada podía tener un aspecto más acogedor y menos fantasmagórico, con las velas aún encendidas sobre la mesa, y las flores en los cuencos de plata, algún resto de vino brillante en las copas, la fruta, los platos bonitos, que mostraban un fulgor colorido. Sin duda fue un extraño y repentino contraste el de encontrarnos en la galería, fría y sin luz, como no fuese el resplandor pálido de la luna que se volcaba entre las ventanas, cuyos postigos estaban abiertos. La puerta se cerró de un golpe tras nuestro paso, de modo que en la galería *había* corrientes.

Dormy apretó mi mano.

—Hermana —susurró—, he cerrado los ojos. Quédate de espaldas a las ventanas, en medio de las ventanas, porque si no pensarás que son nuestras propias sombras, y mira.

Hice lo que él me pedía y no tuve que esperar mucho tiempo.

Llegó, desde el extremo opuesto, el de la segunda puerta sellada, tras la que se alzaba la escalera de caracol que subía al ático. Parecía nacer o al menos tomar forma allí, arrastrándose hacia adelante, tal como había dicho Dormy, furtiva pero firmemente, en línea recta hacia el extremo opuesto de la larga habitación. Y entonces se volvió más negra, más concentrada, y de sus contornos vagos emergieron dos manos huesudas y, también tal como había dicho el pequeño, se veía que estaba *palpando* a lo largo de la parte superior de la puerta.

Permanecí inmóvil y observando. Después me preguntaría de dónde había salido mi valor, si es que eso era valor. Era la sombra de un hombre de poca talla, estaba segura. La cabeza parecía grande en proporción, y sí, eso, el original de la sombra, llevaba sin duda una antigua peluca. En un movimiento mecánico eché una mirada a mi alrededor, como si buscase el cuerpo material que *debía* estar allí. Pero no, no había nada, literalmente *nada*, que pudiese arrojar esa sombra extraordinaria.

De inmediato me convencí de eso y aquí debo dejar muy claro que ninguna persona de las que vieron aquello, por muy escéptica que se hubiese mostrado antes, jamás pudo afirmar que era atribuible a causas ordinarias o, como se suele decir, «naturales». Al menos nuestro fantasma poseía esa peculiaridad.

Aunque seguía agarrado a mi mano, casi había olvidado a Dormy: me sentía como en trance.

De pronto me habló, en un susurro.

—Lo estás viendo, hermana, sé que lo estás viendo —dijo.

—Espera, espera un minuto, cariño —logré responder en el mismo tono, aunque no pudiera explicar qué estaba aguardando. Dormer había dicho que al cabo de un momento, después de la espectral y estéril *palpación* de toda la puerta, «aquello»... «se marchaba».

Creo que eso era lo que yo aguardaba. No fue exactamente como Dormer lo había dicho. La puerta estaba en el extremo opuesto de la pared, con sus goznes casi en el ángulo, y cuando la sombra volvió a moverse, *pareció* que desaparecía pero no, sólo se había vuelto menos definida. Mis ojos, aguzados más de lo normal por la intensidad de mi mirada, todavía alcanzaron a verla abriéndose camino hacia el rincón, de una forma que ninguna *sombra* en el sentido concreto de la palabra habría podido ni podría hacer. Advertí eso y mi sensación de horror se tornó intolerable; sin embargo continué inmóvil, apretando con la mía cada vez más fuerte, la manita helada. El instinto de proteger al niño me dio fuerzas. Además, se acercaba con tanta rapidez..., no podíamos huir... Se acercaba, oh, no, *estaba detrás* de nosotros.

—¡Leila! —jadeó Dormy—. El frío, ¿lo sientes?

Sí, era verdad: distinto de cualquier hálito helado que yo hubiera percibido antes fue aquel breve pero horrible soplo de un frío total. Si se hubiese prolongado durante otro segundo más, creo que nos habría matado a ambos. Pero, por fortuna, pasó en menos tiempo del que me ha llevado contarle y entonces, de un modo extraño, nos pareció que quedábamos liberados.

—Abre los ojos, Dormy —dije—, no verás nada, te lo prometo. Al comedor, corramos.

Me obedeció. Yo sentía que era el momento de huir antes que aquella presencia horrenda regresara a la puerta del comedor, aunque se estaba *acercando*, sí, se estaba acercando, continuaba con firmeza su ronda fantasmal. ¡Ay! la puerta del comedor estaba cerrada. Pero hasta cierto punto no perdí el valor. Giré el pomo sin temblar demasiado y en un instante, ya cerrada con llave la puerta a nuestras espaldas, a salvo, nos miramos uno a otro, en la habitación iluminada y acogedora que habíamos abandonado apenas unos minutos antes.

¿Habían sido unos minutos?, me pregunté. ¡Parecían haber pasado horas! A través de la puerta que daba al vestíbulo, llegaron en ese momento unas voces alegres, risueñas, desde el salón. Alguien salía de allí. Parecía imposible, increíble, que a unos pocos pies de distancia de la vida material, grata y concreta, aquel drama inexplicable, horrendo, se siguiese desarrollando, como sin duda ocurría.

De nosotros dos, estaba yo más agobiada que mi hermano pequeño. Por ser mayor, yo «me hacía cargo» más que él. Dormy, como niño que era, en cierto modo se sentía triunfante al haber probado que decía la verdad y que no era cobarde, y aunque todavía estaba pálido, sus ojos brillaban de excitación con un raro aire satisfecho.

Pero antes que hiciéramos algo más que mirarnos uno al otro, apareció una figura

en el vano de la puerta abierta. Era Sophy.

—Leila —dijo—, mamá quiere saber qué estás haciendo con Dormy. Él tiene que irse a la cama de inmediato. Te hemos visto salir del comedor detrás de él y después oímos un portazo. Mamá dice que si estáis jugando, recuerdes que le puede hacer daño a estas horas de la noche.

Dormy fue muy rápido. Todavía me tenía la mano cogida y me la pellizcó para impedir que yo respondiera.

—¡Tonterías! —dijo—. Estaba hablando con Leila tranquilamente y ella subirá a mi cuarto, mientras me acuesto. Buenas noches, Sophy.

—Dile a mamá que Dormy quiere hablar conmigo —agregué y Sophy se marchó.

—No debemos decírselo a *ella*, Leila —dijo el pequeño—. Se pondría histérica.

—¿Y a quién se lo diremos? —pregunté, porque empezaba a sentirme indefensa y abrumada.

—A nadie, esta noche —me contestó con sensatez—. Tú *no debes* ir allí —y se estremeció mientras señalaba la galería con un movimiento de la cabeza—. A ti no te van nada esas cosas y ellos deben estar esperándote. Aguarda hasta mañana y entonces yo..., creo que se lo diré a Phil, primero. No tengas miedo esta noche, hermana. No se te va a aparecer en sueños. A mí no se me apareció cuando lo vi la vez pasada.

Estaba en lo cierto. Dormí sin soñar nada. Era como si la tensión nerviosa de aquellos pocos minutos me hubiese dejado totalmente exhausta.

Phil es el soldado de la familia. Y *él* no tiene nada de raro. Es una roca de robusto sentido común y de buena predisposición inagotable. Era la persona adecuada para confiarle nuestro extraño secreto y mi respeto hacia Dormy aumentó.

Se lo contamos, a la mañana siguiente. Escuchó con atención, haciendo alguna pregunta aquí y allá, y aunque, por supuesto, se mostró incrédulo —¿acaso no lo había hecho también yo?—, no se burló.

—Me alegra que no se lo hayáis dicho a nadie más —dijo cuando le hubimos relatado todo con tanto detalle como pudimos—. Ya sabéis que mamá no está todavía muy fuerte, y sería lamentable preocupar a papá, cuando acaba de llegar y de apañar esta casa. Y por el amor de Dios, que no se sepa ni una palabra de esto entre los sirvientes, porque se montaría..., habría problemas, sin duda.

—No se lo diré a nadie —dijo Dormy.

—Tampoco yo —agregué—. Sophy es muy excitable y si lo supiera, seguro que se lo diría a Nannie —Nannie es nuestra vieja niñera.

—Si se lo hemos de decir a alguien —proseguía Phil—, quiero decir, si por casualidad —mostraba una sonrisa bastante irritante de confianza en sí mismo— yo no lograra poner fin a vuestro fantasma y quisiésemos otra opinión al respecto, la persona indicada sería Miss Larpent.

—Sí —dije—, yo pienso igual.

No quise correr el riesgo de irritarle diciéndole lo convencida que estaba de que *él* se convencería tal como yo misma, y además sabía que Miss Larpent, aun cuando no fuese una crédula, tampoco se plegaba al escepticismo estúpido con respecto a los misterios de los que «ni siquiera en sueños» se ocupaba la «filosofía» corriente.

—¿Qué piensas hacer? —proseguí—. Veo que tienes alguna teoría ¿No me dirás cuál es?

—Tengo dos —dijo Phil, mientras liaba un cigarrillo a la vez que las exponía—. O bien es una ilusión óptica rara, efecto en parte de algún reflejo exterior, o es un truco muy astuto.

—¡Un truco! —exclamé—. ¿Qué motivo *posible* hay para un truco?

Phil sacudió la cabeza.

—Ah —respondió—, eso no puedo decirlo en este momento.

—¿Y qué vas a hacer?

—Me sentaré esta noche en la galería y lo veré con mis propios ojos.

—¿Solo? —exclamé, con cierto recelo, porque por muy grande y robusto que fuese Phil, yo no podía pensar siquiera en que él, o *cualquiera*, estuviese solo con esa cosa horrenda.

—No creo que tú o Dormy queráis hacerme compañía —respondió— y en el fondo prefiero que no vengáis conmigo.

—Yo no iría —dijo nuestro hermano pequeño con honestidad—, no por... por nada.

—Llevaré a Tim conmigo —dijo Phil—, mejor él que cualquier otro.

Tim es el bulldog de Phil y, por cierto, concedí, era mejor que nadie.

En eso quedamos.

Dormy y yo nos acostamos más temprano que otras veces esa noche, porque a medida que transcurrió el día ambos nos fuimos sintiendo bastante cansados. Yo aduje un dolor de cabeza, que no era del todo mentira, aunque me arrepentí de haberme quejado cuando vi que nuestra pobrecita madre de inmediato comenzó a preocuparse por el temor de que «después de todo» también yo fuese a caer víctima de la gripe.

—Mañana estaré bien —le aseguré.

No supe más detalles de las medidas que tomó Phil. Me dormí casi de inmediato. Habitualmente lo hago. Y me pareció que había dormido toda la noche cuando fui despertada por el resplandor de una luz delante de mi puerta y oí la voz de Philip que hablaba con suavidad.

—¿Estás despierta, Leí? —dijo, como lo hace quien quiere despertar a alguien a deshoras. Por supuesto, *ya* estaba despierta, y bien despierta.

—¿Qué ocurre? —exclamé con ansiedad, mientras mi corazón comenzaba a latir veloz.

—Oh, nada, nada en absoluto —dijo mi hermano, avanzando hacia el centro del cuarto—. Sólo pensé que de camino a la cama vendría a tranquilizarte: no he visto

nada, absolutamente nada.

No sé si me sentí aliviada o decepcionada.

—¿Había luna? —pregunté de forma abrupta.

—No —respondió—, por desdicha la luna no apareció, aunque ya está casi llena. Llevé una lamparilla, que hizo que todo resultara menos fantástico. Pero hubiera preferido la luna.

Le eché una mirada. ¿Era el reflejo de la vela que sostenía en la mano, o de verdad estaba más pálido que de costumbre?

—Y dime —continué yo de inmediato—, ¿no *sentiste* nada?

Vaciló.

—Hacía..., hacía frío, sin duda —dijo—. Me pregunto si no me habré adormilado, porque tuve bastante frío una o dos veces.

«Ah, ¡vaya!», pensé para mí.

—¿Y qué pasó con Tim?

Phil sonrió, pero sin mucha convicción.

—Pues debo confesar —dijo— que a Tim no le gustó nada aquello. Primero se inquietó, después empezó a gruñir y terminó aullando de una manera que no tenía nada de feliz. Está bastante nervioso, pobrecito mío.

Entonces advertí que el perro estaba a su lado, restregándose contra las piernas de Philip; era un Tim muy desanimado, todo reproches, que había perdido por entero su arrogancia.

—Buenas noches, Phil —dije al tiempo que volvía la cabeza sobre la almohada—. Me alegra que estés satisfecho. Mañana por la mañana tendrás que decirme cuál de tus teorías tiene más fundamento. Buenas noches y muchas gracias.

Estaba a punto de decir algo más, pero mi actitud le detuvo de momento y salió de mi habitación.

¡Pobrecito Phil!

Lo aclaramos a la mañana siguiente. Él y yo solos. Phil *no* estaba satisfecho. Lejos de eso. En el fondo de su corazón creo que abrigaba el extraño anhelo de un soplo de compañerismo humano, del sonido de una voz humana, que fue lo que la noche anterior le obligó a buscarme.

Porque aquel frío había pasado a través de él.

Pero Phil era muy valiente.

—Esta noche volveré a sentarme en la galería, Leila —dijo.

—Esta noche no —objeté—. Esta clase de aventuras exige que estés en condiciones óptimas. Si quieres un consejo, acuéstate pronto para tener un buen descanso y así mañana estarás bien repuesto. Todavía habrá varias noches de luna.

—¿Por qué machacas con lo de la luna? —dijo Phil con bastante fastidio, contra su costumbre.

—Porque..., porque tengo la idea de que sólo a la luz de la luna ese..., sólo la luz de la luna se puede *ver* algo.

—¡Tonterías! —dijo mi hermano con cortesía, aunque estaba bastante alterado—. Hablamos sin entendernos. Tú estás persuadida...

—Nada persuadida —interrumpí.

—Bien, convencida, o como quieras decirlo, de que todo eso es sobrenatural, en tanto que yo estoy igualmente seguro de que es un truco, un truco astuto, lo reconozco, aunque todavía no sé cómo está hecho.

—Necesitarás que tus nervios estén perfectos para descubrir un truco de esta clase, si de un truco se trata —le dije con calma.

Philip había abandonado su silla y caminaba de un lado a otro por la habitación; por la forma en que lo hacía, tuve la sensación de que caminando quería quitarse de encima un estado de irritabilidad poco usual en él. Pensé que en parte yo se lo había provocado y en parte sentí pena por él.

En ese momento —estábamos solos en el salón— se abrió la puerta y entró Miss Larpent.

—No puedo encontrar a Sophy —dijo echando a su alrededor una mirada con sus ojos miopes que, sin embargo, eran capaces de ver muy bien a veces—, ¿vosotros sabéis dónde está?

—La he visto preparándose para ir a algún sitio con Nugent —dijo Philip, mientras detenía por un momento su ejercicio de caminata por cubierta.

—Ah, pues nada. Supongo que he de resignarme a unos horarios muy poco regulares durante unos días —respondió Miss Larpent con una sonrisa.

No es una mujer joven, y tampoco guapa, pero posee el don de una manera deliciosa de sonreír y..., vaya, que es la más encantadora y casi la más sensata de las mujeres.

Mientras hablada, Miss Larpent observaba a Philip. Ella nos conocía, poco más o menos, desde la infancia.

—¿Pasa algo? —preguntó de pronto—. Te veo cansada, Leila, y Philip parece preocupado.

Miré a Philip y él me comprendió.

—Sí —respondió mi hermano—, yo estoy enfadado y Leila está... —vaciló.

—¿Qué? —preguntó Miss Larpent.

—Oh, no lo sé; obstinada, supongo. Siéntese, Miss Larpent, y escuche lo que vamos a contarle. Leila, díselo.

Lo hice, después de haber obtenido la promesa de guardar secreto y antes de pedir a Phil que narrara su propia experiencia.

Nuestra nueva *confidente* escuchó atenta, con un gesto grave en la cara. Cuando lo hubo oído todo, dijo suavemente, tras unos momentos de silencio:

—Es muy extraño, mucho. Philip, si mañana por la noche vuelves a la galería, y estoy de acuerdo con Leila en que sería mejor que lo hicieras, yo te acompañaré. Mis nervios son templados y siempre he querido vivir una experiencia de esa clase.

—¿O sea que usted no cree que sea un truco? —dije ansiosa. Como Dormer, me

sentía dividida entre mi interés concreto por explicar aquello y quitarme de encima el horror que me causaba, y un deseo medio infantil de probar que no había exagerado acerca del carácter fantasmal del asunto.

—Eso te lo diré pasado mañana —me respondió. No pude evitar un leve estremecimiento al oírla hablar.

Miss Larpent *tenía* valor y era muy sensible.

Pero más tarde yo me reprocharía a mí misma el haber aceptado ese plan, porque el efecto sobre ella fue enorme. Ellos nunca me refirieron con exactitud lo ocurrido. «Ya te lo figuras», me dijo Miss Larpent. Me imagino que la experiencia de ambos fue similar a la que tuvimos Dormy y yo, intensificada, quizá, por el sentimiento de soledad, ya que esa segunda vigilia comenzó cuando toda la familia se había acostado. Era una noche brillante de luna: para ellos, la función fue completa.

Era imposible desechar el efecto; aun durante el día, los cuatro que habíamos visto y oído aquello nos apartábamos de la galería, y esgrimíamos cualquier excusa concebible para evitar el lugar.

Sin embargo, aunque convencido, Phil se comportó consecuentemente. Examinó a fondo la puerta sellada, para detectar cualquier posible trampa. Exploró los desvanes, subió y bajó la escalera que llevaba a las habitaciones de servicio, hasta el punto de que los sirvientes deben haber pensado que se estaba volviendo loco. No encontró *nada*, ni la más remota pista del motivo por el que la galería fuera elegida por la sombra fantasmal para su ronda nocturna.

Con todo, resulta extraño admitir que, a medida que la luna decrecía, nuestro pánico iba desvaneciéndose, de modo que casi empezamos a tener esperanzas de que todo aquello hubiese terminado, y a fiarnos de que, con el tiempo, llegaríamos a olvidarlo. Y nos felicitamos por haber callado acerca de nuestras deliberaciones y por no haber perturbado a los demás —incluso a nuestro padre, que, sin duda, se hubiese escandalizado— con la idea de que en nuestro encantador castillo junto al mar hubiese fantasmas.

Pasaron los días, para transformarse en semanas. El segundo contingente de huéspedes nos había abandonado y acababa de llegar el tercero cuando, una mañana, mientras esperaba yo en lo que llamábamos «la puerta marina» que los demás llegaran para salir a dar un paseo por la playa, alguien me tocó el hombro. Era Phil.

—Leila —dijo—, estoy preocupado por Dormer. Otra vez tiene aspecto de enfermo y...

—Yo creía que estaba mucho mejor —dije, sorprendida y afligida—, de buen color y excelente ánimo.

—Así era, hasta hace unos pocos días —dijo Philip—. Pero si le observas con atención verás que otra vez se está poniendo pálido. Y se me ha metido en la cabeza, porque él es un crío demasiado sensible, que se trata de algo relacionado con la luna. Otra vez va a estar llena.

Por un momento, tontamente, no fui capaz de asociar.

—Venga, Philip —dije—, ¡qué bobada! ¿De verdad crees...? ¡Oh! —mi hermano estaba a punto de interrumpirme cuando me demudé, estoy segura—. ¿No te referirás a la galería?

—Exactamente —respondió.

—¿Cómo? ¿Dormy te ha dicho algo? —una especie de aprensión enfermiza se apoderó de mí—. Ya tenía la esperanza —proseguí— de que eso se hubiese marchado, de que quizá sólo venga una vez al año, en determinada estación, o que tal vez los recién llegados lo vean al principio y después nunca más. Oh, Phil, *no podemos* quedarnos en esta casa, por bonita que sea, si de verdad hay fantasmas.

—Dormy no ha hablado mucho del tema —respondió Phil—. Sólo me ha dicho que *había sentido el frío* una o dos veces «desde que ha vuelto la luna», dijo. Pero veo que tiene miedo de algo más y por eso me he decidido a hablar contigo. Debo marchar a Londres por unos diez días, para ver a los médicos por lo de mi alta y alguna otra cosa. No me gusta la idea de dejaros a ti y a Miss Larpent, si esa cosa vuelve, sin nadie de quién podáis fiaros, en particular a causa de Dormy. ¿Crees que tendría que decírselo a padre antes de marcharme?

Vacílé. Por muchas razones me resistía a hacerlo. Nuestro padre se mostraría exageradamente escéptico en un primer momento y después, cuando se hubiese convencido, como yo *sabía* que iba a ocurrir, pasaría al extremo opuesto para insistir en que debíamos abandonar Finster, y se podría producir un trastorno importante, en el que mamá y todos estaríamos involucrados. ¡Y a mamá le gustaba aquel sitio y, además, su aspecto había mejorado tanto!

—Después de todo —dije—, hasta ahora no ha hecho daño a nadie. Miss Larpent se llevó un buen susto, como yo. Pero lo de tener que creer en fantasmas no ha sido tan fuerte para nosotros como para ti, Phil. Por otra parte, mientras estés fuera podremos evitar la galería. No, aparte de Dormy, yo no querría que nadie lo supiese. Al fin y al cabo, no vamos a vivir aquí para siempre. Y es tan bonito que es una pena.

Hacía una mañana exquisita; el aire, en una brisa suave que soplaba desde el mar, parecía un elixir; las rocas y las sombras de los acantilados, que resaltaban sobre el fondo de los bosques más oscuros aún, eran, tal como lo había dicho Janet Miles, «una maravilla».

—Sí —reconoció Phil—, es un terrible incordio. Pero en cuanto a Dormy —prosiguió—, ¿qué te parece si le pido a mamá que me permita llevármelo conmigo? En Londres se divertiría tanto como en la playa, y mi casera le cuidaría si yo tuviese que salir de noche. Además, haría que mi médico le viese, sin formalidades, sabes, por si le puede recetar un tónico o algo.

Aprobé la idea de todo corazón. También lo hizo mamá cuando Phil atacó el tema: ella también había pensado que su «niño» estaba bastante pálido últimamente. La opinión de un médico de Londres daría tranquilidad. De modo que así se decidió y al día siguiente los dos partieron, Dormer con su aire «anticuado», con sus reticencias, aunque lleno de verdadero deleite, por lo que se pudo deducir de una

observación que hizo el mocito acerca de lo que, sin duda, constituía la principal causa de su alegría.

—Cuando volvamos ya no habrá luna llena —dijo—. Y después ya no quedará más que una, antes que nos marchemos, ¿verdad, Leila? Sólo hemos alquilado esta casa por tres meses, ¿verdad?

—Sí —le dije—, papá la ha alquilado por tres meses —aunque en el fondo de mi corazón sabía yo de la existencia de una opción a tres meses más: seis en total.

Y Miss Larpent y yo nos quedamos solas, no con el fantasma, sin duda, sino con nuestro fatídico conocimiento de su inoportuna proximidad. No hablamos del tema entre nosotras, pero de modo tácito evitábamos la galería, incluso de día, si era posible. Yo sentía, y también ella, como lo confesó más tarde, que sería imposible soportar *ese frío* sin delatarnos.

Así empecé a respirar con mayor libertad, confiando en que el temor de una probable reaparición de la sombra sólo se debiese a los nervios tensos del pequeño.

Hasta que una mañana mi paraíso de los tontos quedó destruido de repente. Mi padre llegó tarde a desayunar: había salido pronto a dar un paseo, dijo, para despejar un dolor de cabeza. Pero no tenía el aspecto de haberlo conseguido.

—Leila —me dijo cuando yo estaba a punto de salir de la habitación, tras haberle servido el café, ya que mi madre aún no debía levantarse temprano—, Leila, no te vayas. Quiero hablar contigo.

Me detuve de inmediato y volví hacia la mesa. Había algo extraño en su actitud. Mi padre por lo común es espontáneo e impaciente, casi impetuoso cuando habla.

—Leila —comenzó otra vez—, tú eres una chica sensible y tus nervios son templados, creo. Además, no has estado enferma como los demás. No hables con nadie de lo que voy a decirte.

Asentí con la cabeza: no hubiera podido hablar. Mi corazón latía con fuerza. Mi padre no habría alabado la templanza de mis nervios si lo hubiese sabido.

—Algo extraño e inexplicable sucedió anoche —prosiguió mi padre—. Nugent y yo estábamos sentados en la galería. Hacía una noche tibia, con una luna magnífica. Habíamos pensado que la galería nos podía resultar más acogedora que el cuarto de fumar, ahora que Phil y sus pipas no están aquí. Pues bien, estábamos sentados en silencio. Yo había encendido la lamparilla para leer, la que está sobre la mesilla del extremo de esa habitación, y Nugent estaba medio tumbado en su silla, sin hacer nada especial, como no fuese admirar la noche, cuando de pronto le oí una exclamación y le vi levantarse con violencia, de un salto y avanzar hacia mí. Leila, le castañeteaban los dientes y estaba *azul* de frío. Me alarmé muchísimo, ya sabes lo enfermo que estuvo en el colegio. Pero al cabo de un instante se recuperó.

«¿Qué te ocurre?», le dije. Trató de reír. «En realidad no lo sé», dijo. «Siento como si hubiese recibido una descarga eléctrica de *frío*, pero ya estoy bien.»

»Fui al comedor, le preparé un poco de *brandy* con agua y le mandé a la cama. Después volví a la galería, un poco inquieto aún por Nugent, y me senté a leer mi

libro cuando, Leila, tú no te lo creerás, pero yo mismo sentí esa misma descarga. Un estremecimiento de frío *horrible*. Así empezó. Me puse de pie y entonces, Leda, por etapas, de un modo instintivo, me pareció comprender cuál era la causa de todo eso. Hija mía, tú pensarás que me he vuelto loco cuando te diga que había una sombra..., una sombra a la luz de la luna..., por decir así, *persiguiéndome* alrededor de la galería, en un momento me dio alcance y otra vez tuve esa sensación aterradora. No me di por vencido. La eludí y me quedé observando y entonces...»

No es necesario que siga citando a mi padre; baste decir que su experiencia era paralela a la de todos nosotros..., aunque no, creo que las superaba. Fue la peor de todas.

¡Pobre papá! Me estremecí por él. Creo que un incidente de esa clase causa mayor efecto en un hombre que en una mujer. Nuestro sexo es menos escéptico, menos reactivo a aceptar los hechos consumados, más imaginativo, o como se quiera llamar a esa predisposición a creer lo que no se puede explicar. Y me resultó sorprendente ver que mi padre capituló de inmediato, que ni siquiera *aludió* a la posibilidad de algún truco. Sorprendente, aunque al mismo tiempo no faltó de cierto rasgo satisfactorio. Era casi un alivio encontrar a otras personas en nuestro mismo caso.

De inmediato le referí todo lo que *nosotros* teníamos que contar, y con cuánta entereza habíamos acordado la conveniencia de guardarnos el secreto. Jamás vi a mi padre tan impresionado: se mostró muy comprensivo, también, y apenado por nosotros. Me pidió que fuese a buscar a Miss Larpent y celebramos un consejo —¿no sé cómo llamarlo!—, no de «guerra», sin duda, porque nadie pensaba en luchar contra el fantasma. ¿Cómo luchar contra una sombra? Decidimos no hacer nada que no impedir que el asunto llegara más lejos. Durante los días siguientes, mi padre hizo que se llevaran a cabo ciertos arreglos en la galería, para impedir que nos pudiésemos instalar allí, sin despertar ninguna sospecha en mamá ni en Sophy.

—Después —dijo mi padre— tendremos que ver. Es posible que esta influencia extraordinaria sólo se deje sentir periódicamente.

—Estoy casi segura de que ha de ser así —dijo Miss Larpent.

—Y en ese caso —prosiguió mi padre—, podremos evitarla. Pero no estoy dispuesto a continuar arrendando la casa una vez que hayan pasado los tres meses. Si en algún momento los sirvientes se enterasen de la historia, y seguro que así será tarde o temprano, la situación resultaría insostenible. La preocupación y el disgusto harían a tu madre un daño mayor que el buen efecto que el aire y el cambio puedan haber tenido sobre ella.

Me alegré de esa decisión. Honestamente, no me creía capaz de soportar durante mucho tiempo ese esfuerzo, que podría llevar a la muerte al pobrecito Dormy.

¿Pero adónde iríamos? Nuestra casa seguiría inhabitable hasta el otoño, porque se estaban haciendo en ella grandes modificaciones y arreglos. Se lo dije a mi padre.

—Sí —admitió—, no es conveniente —vaciló—. No lo puedo comprender —seguía diciendo—, Miles *tenía* que haber sabido si la casa encerraba algo malo de

cualquier naturaleza. Creo que iré a verle hoy y le hablaré de esto..., al menos le preguntaré si hay alguna otra casa en el vecindario..., y *quizá* le diga la razón por la que dejamos ésta.

Así lo hizo: subió a Raxtrew esa misma tarde y, como me figuré que ocurriría, me contó al regresar que lo había confiado todo a nuestros amigos.

—Están muy preocupados por este asunto —dijo—, y se sienten solidarios aunque, como es natural, se inclinan a pensar que somos unas personas de poco seso. Pero estoy contento de una cosa: la rectoría del pueblo se puede alquilar desde el 1 de julio por tres meses. Miles me a verla. Creo que nos vendrá bien, está un poco apartada del pueblo, porque no se puede decir que sea una ciudad, y a su modo es un lugar bonito. Muy moderna, tan poco adecuada para fantasmas como te puedas figurar, luminosa y alegre.

—¿Qué pensará mamá de esta partida tan repentina? —pregunté.

Pero mi padre me tranquilizó. Ya le había hablado del tema y al parecer ella no se mostró decepcionada. Se le había metido en la cabeza que Finster no sentaba bien a Dormy, y estaba dispuesta a pensar que con tres meses de aquellos aires tan fuertes ya era bastante de momento.

—¿O sea que os habéis decidido por la rectoría de Raxtrew? —pregunté.

—Tengo una opción de alquiler —dijo mi padre—. Pero te habría divertido oír a Miles rogándome que no la comprometiese hasta dentro de unos días. Vendrá a vernos mañana, para pasar la noche.

—¿Quieres decir que para comprobarlo?

Mi padre asintió.

—¡Pobre Mr. Miles! —exclamé—. Tú no le acompañarás, ¿verdad, padre?

—Le he ofrecido hacerlo, pero no quiso oír hablar del tema —fue la respuesta—. Vendrá con uno de su guardas, un joven robusto, digno de confianza, y los dos, con sus revólveres, piensan atrapar al fantasma, dice Miles. Ya lo veremos. Tendremos que arreglarlo todo para que los sirvientes no sospechen.

Todo se *arregló*. No es necesario que me extienda en detalles. Baste decir que el robusto guarda se volvió a su casa antes del alba de la noche de vigilia, sin que los esfuerzos de su amo lograsen persuadirle de que permaneciera en Finster ni un instante más, y que el mismo Mr. Miles tenía tan mal aspecto a la mañana siguiente, cuando se nos unió para el desayuno, que nosotros, los iniciados, apenas pudimos reprimir nuestras exclamaciones cuando Sophy, con ese curioso instinto de poner el dedo en la llaga que tienen ciertas personas, le dijo que tenía el aire «de quien ha visto un fantasma».

Su experiencia había sido similar a la nuestra. Después de eso dejó de abrumarnos con expresiones como la de que era una pena que abandonásemos una casa que nos iba tan bien, etcétera, etcétera. Por el contrario, antes de marcharse, nos dijo a papá y a mí que nos consideraba más que muy valientes por quedarnos allí los tres meses completos, aunque al mismo tiempo nos confesó que se sentía totalmente perplejo.

—He vivido en las cercanías de Finster St. Mabyñ's toda mi vida —dijo— y mi familia lo hizo antes que yo, y *nunca*, de verdad, se lo aseguro, oí ni un solo rumor de que en el castillo hubiese fantasmas. En un vecindario tan cerrado como éste, una cosa así se hubiera sabido.

Sacudimos la cabeza, ¿qué podíamos decir?

Abandonamos Finster St. Mabyñ's hacia mediados de julio. Nada digno de ser registrado sucedió durante las últimas semanas. Si el drama fantasmal aún se representaba, noche tras noche, o sólo durante ciertos días de cada mes, tuvimos el cuidado de no asistir a esas representaciones. Creo que Phil y Nugent planearon otra vela, pero desistieron por expreso deseo de mi padre, quien bajo uno u otro pretexto mantuvo cerrada la galería sin suscitar sospechas en mi madre ni en Sophy ni en ninguno de nuestros huéspedes.

Fue un verano fresco —al menos en los meses iniciales—, y por ello resultó más fácil no usar esa habitación.

En cierto modo, ninguno de nosotros sentía tener que partir. Era natural que así fuese en lo que concernía a varios de los integrantes de la familia, pero bastante curioso con respecto a aquellos que no conocían ninguna de las desventajas que tenían los encantos del lugar. Supongo que se debía a cierta conciencia instintiva de la influencia que tantos habíamos sentido como imposible de soportar o de explicar.

Y la rectoría de Raxtrew era realmente una casa pequeña y grata: luminosa, abierta, soleada. La cara pálida de Dormy estaba sonrosada de gusto la primera tarde en que entró a la carrera para decirnos que había un par de conejos domésticos y otro de conejillos de Indias en una conejera que había quedado olvidada en el corral.

—Ven a verlos —pidió y yo le acompañé, complacida al verle tan contento.

No me gustan los conejos, pero los conejillos de Indias siempre me han parecido fascinantes y estuvimos jugando con ellos un rato.

—Hay otro camino para ir a la casa —dijo Dormy, y me condujo a través de un invernáculo hasta una habitación grande, casi desamueblada, que se abría a un corredor embaldosado que llevaba a las dependencias de servicio.

—Éste es el cuarto de juegos de los hijos de Warden —me dijo—. Aquí guardan las pelotas de criquet y de fútbol, ves, y su triciclo. ¿Podré montar yo?

—Hemos de escribirles para pedir autorización —respondí—. ¿Pero qué son todos esos bultos tan grandes? —proseguí diciendo—. Ah, ya veo, son las cosas que hemos traído de Finster. En esta casa no hay lugar para nuestros trastos, me figuro. Es una pena que los hayan puesto aquí, porque podríamos jugar en este cuarto cuando haga mal tiempo y, ¡mira, Dormy, hay varios pares de patines! Oh, tenemos que hacer que saquen estas cosas de aquí.

Hablamos con nuestro padre sobre el tema, él fue a ver la habitación y estuvo de acuerdo en que sería una pena no usarla como correspondía. Patinar sería un buen ejercicio para Dormy, dijo, y aun para Nat, que pronto vendría a pasar sus vacaciones

con nosotros.

Así fue como nuestras grandes cajas, y las sillas y mesas que habíamos comprado a Hunter, con sus perfectos envoltorios de paja y esteras, fueron llevadas a un granero vacío, un granero absolutamente seco y a prueba de intemperie, ya que todo en la rectoría estaba en buenas condiciones de conservación. En esto, como en todos los demás detalles, nuestros nuevos cuarteles contrastaban a fondo con la pintoresca morada que acabábamos de abandonar.

El tiempo fue espléndido durante las primeras dos o tres semanas, mucho más cálido y soleado que en Finster. Todos lo disfrutamos: al parecer, se respiraba con mayor libertad. Miss Larpent, que ese año se quedaba con nosotros durante las vacaciones, y yo nos congratulamos la una a la otra más de una vez, cuando nos sentíamos seguras de no ser oídas, por la grata y sana atmósfera en que nos hallábamos.

—No creo que acepte otra vez vivir en una casa antigua —me dijo un día. Estábamos en la sala de juegos y yo la había instado a que probara la mano (o los pies) con los patines—. Aun hoy —prosiguió—, te lo confieso, Leila, aunque parezca una tontería, no puedo pensar en aquella horrible noche sin temblar. Mira, si ahora mismo me parece que siento otra vez ese estremecimiento de frío indescriptible.

Estaba temblando y, es extraordinario, mientras ella hablaba su temblor se me había contagiado. Una vez más, y puedo jurarlo, volví a sentir aquella ráfaga de frío indecible, extraterreno.

Me puse de pie. Estábamos sentadas en un banco arrimado a la pared, un banco que pertenecía a la habitación de juegos y que no quisimos quitar porque resultaba cómodo tener allí algunos asientos.

Miss Larpent vio la expresión de mi cara. La suya, que estaba pálida, se fue descomponiendo. Me cogió del brazo.

—¡Cariño —exclamó—, te has puesto azul y te castañetean los dientes! Ojalá no te hubiese hablado del miedo que pasamos. No creía que fueras tan nerviosa.

—Tampoco yo —repliqué—. A menudo pienso en el fantasma de Finster con calma, incluso en mitad de la noche. Pero hace un instante, ¿sabe, Miss Larpent?, *sentí* de veras aquel frío horrendo.

—También yo, o más bien mi imaginación —respondió, procuran hablar del tema de un modo objetivo. Se había puesto de pie mientras hablaba y se acercó a la ventana—. No *todo* puede ser imaginación —agregó—. Mira, Leila, qué día tan oscuro y tempestuoso: no parece que estemos en agosto. Hace frío de verdad.

—Y este salón de juegos parece casi tan lleno de corrientes como la galería de Finster —dije—. Salgamos de aquí, venga conmigo al salón y toquemos unos dúos. Quisiera olvidarme de Finster.

—Dormy lo ha hecho, espero —dijo Miss Larpent.

Esa mañana fría fue el comienzo de un verdadero empeoramiento del tiempo. A nosotras las mujeres no nos hubiese importado mucho aquello, porque siempre

podemos encontrar muchas tareas que se realizan de puertas adentro. Y mis dos hermanos mayores estaban fuera de casa Raxtrew no ofrecía ningún atractivo especial para ellos, y Phil quería ver a algunas de sus muchas relaciones antes de volver a India. De modo que él y Nugent habían iniciado una ronda de visitas. Pero, infortunadamente, al mismo tiempo comenzaron las vacaciones en los colegios y el pobrecito Nat —un adolescente de quince años— acababa de reunirse con nosotros. El cambio fue una decepción para él en más de un sentido. Le había hecho mucha ilusión la idea de ver Finster, impresionado por la descripción entusiasta del lugar que le hicimos tras nuestra primera visita, y ahora sus expectativas se habían reducido a una aldea aburrida, poco interesante y con amplias probabilidades, para ser razonables, de un período de lluvias, de un tiempo poco veraniego.

Sin embargo, Nat era un chico de buena disposición y jovial, aunque no tan listo ni impresionable como Dormy, si bien poseía el mismo sentido común. O sea que con sensatez decidió pasárselo lo mejor posible y nosotros sentíamos mucho su situación, de modo que no le salieron demasiado mal las cosas.

Su diversión principal fue patinar en el cuarto de juegos. Dormy no se plegó a esa actividad con igual entusiasmo: la mayor parte de su tiempo transcurría junto a los conejos y los conejillos de Indias, sitio donde Nat, cuando ya había patinado lo bastante, estaba seguro de encontrarle.

Supongo que por ser la hermana mayor ha sido mi destino el de recibir las confidencias del resto de la familia. En esos días, más o menos una quincena después de su llegada, comencé a advertir que, por su aspecto, Nat parecía tener algo en la cabeza.

«Seguro que me lo dirá, tarde o temprano», me dije. «Es probable que le haya quedado alguna pequeña deuda por pagar en el colegio, aunque no parecía preocupado ni ansioso cuando llegó.»

La confidencia se produjo. Una tarde Nat me siguió hasta la biblioteca, donde me disponía a escribir algunas cartas, y me dijo que quería hablar conmigo. Dejé a un lado el papel y esperé.

—Leila —comenzó a decir—, tienes que prometerme que no te reirás.

Eso no me lo esperaba.

—¿Reírme de ti? ¡Claro que no! —respondí—. Sobre todo si tienes algún problema. Me parece que estás preocupado, Nat.

—Pues sí —dijo—, no sé si me va a pasar algo..., me encuentro muy bien, pero..., dime, Leda, ¿tú crees en fantasmas?

Me sobresalté.

—¿Alguien te...? —empecé a preguntar con aspereza, pero mi hermano me interrumpió.

—No, no —dijo con tono firme—. Nadie me ha metido nada de eso en la cabeza, nadie. Yo mismo he visto, o sentido, o qué sé yo..., debo de estar volviéndome loco, Leila..., pero creo que hay un fantasma aquí, en el *cuarto de juegos*.

Permanecí sentada, en silencio, mientras un miedo horrible se me metía dentro y, a medida que él hablaba, crecía y crecía. ¿Acaso esa cosa, la sombra de Finster, había entrado a formar parte de nosotros —yo había leído sobre casos similares—, acaso había viajado con nosotros hasta aquella casa pacífica y sana? El recuerdo del estremecimiento que habíamos experimentado Miss Larpent y yo volvió a mí como un relámpago. Y Nat prosiguió.

Sí, el frío fue lo primero que le sorprendió, seguido, tal como en la galería de nuestro antiguo castillo, por la conciencia de la terrible presencia, como la de una sombra, que adquiriría forma a la luz de la luna. Porque había habido luna llena la noche anterior y tal vez en la previa, y Nat, en su afán por el patinaje, se había quedado solo en el cuarto de juegos, divirtiéndose, después que Dormy se marchase a la cama.

—Anteanoche fue la peor —dijo—. Dejó de llover, ¿recuerdas, Leila? Y la luna brillaba mucho, vi cómo se reflejaba en las hojas mojadas, allí fuera. La luz de la luna hizo que viera la... la sombra. No se me habría ocurrido patinar por la noche si no hubiese sido por la luz, porque nunca hemos traído una lámpara aquí. Se deslizó por las paredes, Leila, y después fue como si se detuviera para tocarlo todo en un rincón, ése, donde está el banco, ¿sabes?

Sí que lo sabía. Allí habíamos estado sentadas nuestra institutriz y yo.

—Me llevé un susto tan terrible —dijo Nat con sinceridad—, que salí a la carrera. Después, ayer, me avergoncé de mí mismo, y volví por la noche, con una vela. Pero no vi nada: no hubo luna. Sin embargo..., sentí otra vez ese frío. Creo que estaba allí, aunque no pude verla. Leila, ¿qué *puede* ser? ¡Si pudiese explicártelo bien! Es *mucho* peor de lo que parece al contarlo.

Le dije lo que pude para tranquilizarlo. Le hablé de sombras caprichosas proyectadas por los árboles que fuera se movían por el viento, porque el tiempo aún estaba tormentoso. Le repetí la gastada explicación de las ilusiones ópticas, etcétera, etcétera, y por fin se apaciguó un poco. *Podía* haber sido producto de su fantasía. Y me prometió con toda solemnidad que no diría una palabra —ni una sola— del miedo que había tenido a Sophy, a Dormy o a cualquier otro.

Yo debía hablar con mi padre. Me resultaba muy desagradable tener que hacerlo, pero no parecía que hubiese otra alternativa. Al principio, por supuesto, rechazó todo diciendo que Dormy tenía que haber hablado con Nat acerca del asunto de Finster, y si no había sido Dormy, *alguien* tenía que haberlo hecho. ¡Si hasta podía haber sido Miss Larpent! Pero cuando todas esas explicaciones fueron desechadas por completo, debo decir que mi pobre padre se puso bastante pálido. Sentí pena por él, Y por mí misma: la idea de ser *seguidos* por esa presencia horrible era demasiado deprimente.

Mi padre se refugió por fin en cierta teoría sobre ondas mentales, por la que habríamos causado impresiones involuntarias en Nat todos nosotros, ya que nuestras mentes todavía se hallaban impregnadas de la extraña experiencia. Dijo, y sin duda trataba de pensar que así era, que estaba seguro de que esa teoría lo explicaba todo.

Me alegró que encontrara algo satisfactorio en todo eso, e hice lo que pude para creérmelo yo también. Pero fue inútil. Sentía que la experiencia de Nat había sido «objetiva», como la definió Miss Larpent, o, como dijera Dormy la primera vez en Finster: «No, hermana, allí hay *algo*, no tiene nada que ver conmigo».

Y deseé con ansiedad que llegara el momento de nuestro regreso a la casa familiar.

«Creo que jamás querré volver a alejarme de ella», pensé. Pero al cabo de una semana o dos ese sentimiento volvió a desaparecer. Y con mucha contrariedad, nuestro padre descubrió que los muebles que no usábamos y nuestro equipaje pesado no tendrían que haber sido guardados en el granero: se estaban llenando de polvo y telarañas. De modo que todo eso volvió al cuarto de juegos y quedó apilado como al principio, con lo que nos resultó imposible patinar o pasar el tiempo allí de cualquier otra forma, lo que dio lugar a que Sophy refunfuñara. Pero Nat no hizo otro tanto.

Mi padre se mostraba afectuoso con Nat. Le llevó consigo a pasear tantas veces como pudo, para quitarle de la cabeza la idea de aquella cosa horrible. Y así todo resultó bastante bien tanto para Nat como para el resto de nosotros, porque tomamos las mayores precauciones posibles a fin de que no llegara a él ni un susurro sobre la verdad horrenda y misteriosa, acerca de que el fantasma *nos había seguido* desde Finster.

Mi padre no habló del tema con Mr. Miles ni con Jenny. Ellos se habían preocupado mucho, pobrecillos, por los problemas de Finster, y les hubiera caído muy mal el pensar que la extraña influencia nos estaba afectando en la *segunda* casa que habíamos alquilado por recomendación suya.

—Ya veréis —decía mi padre con una sonrisa bastante apesadumbrada— que, si no tenemos cuidado, cuando alguien pregunte por nosotros le hablarán de una familia que tiene sus fantasmas. Nuestras vidas hubieran estado en peligro en aquellos viejos tiempos de la brujería.

—Es una verdadera fortuna que ninguno de los sirvientes se haya enterado de la historia —dijo Miss Larpent, que era parte de nuestro consejo de tres—. Sólo hemos de tener la esperanza de que ningún otro incordio caiga sobre nosotros hasta que volvamos a estar seguros otra vez en casa.

Sus esperanzas se cumplieron. Nada más ocurrió mientras permanecimos en la rectoría; al parecer, en realidad la sombra desgraciada tenía una limitación espacial, en cierto sentido, porque ni siquiera en Finster se la había visto o percibido fuera de un único cuarto.

La intensidad de la impresión experimentada por el pobrecito Nat ya casi había muerto cuando llegó la hora de partir. En esos momentos yo pensaba que me divertiría bastante contándolo todo a Phil y a Nugent y oyendo lo que *ellos* adujesen a modo de explicación.

Nos marchamos de Raxtrew a comienzos de octubre. Nuestros dos hermanos mayores nos aguardaban en casa, a la que habían llegado pocos días antes que

nosotros. Nugent debía marchar a Oxford muy pronto.

Fue muy agradable estar otra vez en nuestro propio hogar, después de una ausencia de varios meses, y resultó de gran interés ver cómo se había llevado a cabo la remodelación, incluida una buena cantidad de empapelado y pintura nuevos. Y tan pronto como llegó el equipaje pesado, celebramos importantes consultas sobre cómo se distribuirían en las distintas habitaciones los preciosos muebles que habíamos comprado en la tienda de Hunter. Nuestras habitaciones son amplias y muy bien concebidas, al menos la mayoría de ellas. No fue difícil arreglar un simpático rincón aquí y allá con una o dos originales sillas antiguas y una mesilla de patas elegantes, y cuando lo hubimos acomodado todo —Phil, Nugent y yo éramos los porteadores—, pedimos a mamá y a Miss Larpent que nos dieran su opinión.

Dieron su aprobación con entusiasmo y mamá dijo incluso que le hubiera gustado disponer de algunos otros adornos.

—Podríamos pedir a Janet Miles —dijo— que nos dijese si ve algo muy tentador. ¿Esto es todo lo que hay? Parecía haber más cosas en los embalajes.

Esa misma idea se me había ocurrido a mí. Eché una mirada alrededor.

—Sí —dije—, esto es todo, excepto..., oh, sí, faltan las *portières*, lo mejor del lote. Me temo que no las podremos poner en el salón. Es demasiado moderno. ¿Dónde podríamos colgarlas?

—¿Te has olvidado, Leila —dijo mi madre—, de que habíamos hablado de ponerlas en el recibidor? Quedarán muy bonitas colgadas delante de las dos puertas laterales, que se usan poco. Además, cuando hace frío, en el recibidor hay corrientes de aire, aunque no tantas como en la galería de Finster.

¿Por qué decía eso? Me hizo estremecer, pero, claro, ella no sabía.

Nuestro recibidor es muy agradable. Solemos sentarnos allí. Las puertas laterales de las que había hablado mamá dan al comedor y a la biblioteca y son poco necesarias, como no sea en caso de que demos una fiesta con muchos invitados, un baile o algo así. Y las *portières* parecían, por cierto, lo indicado, porque allí destacaría el añejo colorido de la tela. Los chicos —me refiero a Phil y a Nugent— de inmediato pusieron manos a la obra y en una o dos horas las colgaduras estuvieron en su sitio.

—Claro que si hay que abrir las puertas —dijo Phil—, tendremos que quitar estas bonitas cortinas, o hacerlas a un lado muy cuidadosamente. La tela está muy gastada en algunos puntos y a pesar de que la urdimbre es recia, hay que tratarlas con cariño. Me temo que se han estropeado, tanto tiempo enrolladas en la rectoría. ¿Tendríamos que haberlas colgado antes!

Sin embargo tenían buen aspecto y cuando mi padre, que estaba en una reunión de magistrados, volvió a casa esa tarde, le mostré, orgullosa, los arreglos que habíamos hecho.

Le parecieron estupendos.

—Muy bonito, bonito de veras —dijo, aunque no había luz bastante para que

juzgara a fondo el efecto de los tapices—. Pero, vaya, hija, en este cuarto hace mucho frío. Necesitamos más fuego. ¡Ya en octubre! ¡Qué invierno vamos a tener!

Se estremeció mientras hablaba. Estaba de pie cerca de una de las *portières*, acariciando la tela con una mano, en un gesto mecánico. Le miré preocupada.

—*Espero que no hayas pillado un resfrío, papá* —dije.

Pero lo vi reponerse al llegar a la biblioteca, donde nos aguardaba el té: un té muy tardío por su causa.

Al día siguiente Nugent se marchó a Oxford. Nat ya había vuelto al colegio. O sea que los habitantes de la casa quedamos reducidos a mi padre y mi madre, Miss Larpent, Phil y yo, y los niños.

Estábamos muy contentos de que Phil se quedara en casa durante un tiempo. Nadie temía que se le ocurriera irse, porque en esos días se habían iniciado algunas escaramuzas. Algunos de nuestros huéspedes habituales en esa época del año estaban por llegar; hacía un tiempo perfecto de otoño; habíamos desechado todos los recuerdos de la gripe y de otras influencias depresivas, y nos sentíamos alegres y animados cuando, otra vez..., ¡ah, sí, todavía hoy me invade una sensación medrosa, enfermiza, al recordar el horror de aquella *tercera* visita!

Pero debo narrarla con sencillez, sin entregarme a memorias dolidas.

Exactamente en la víspera del día en que esperábamos a nuestros primeros visitantes cayó el rayo, el terror pánico se hizo sentir. Y, como antes, hubo una víctima nueva, la persona a la que, por las razones ya aludidas, habíamos guardado de cualquier susurro sobre ese terror horripilante: la pobrecita Sophy.

Lo que hacía sola esa tarde en el recibidor, no puedo recordarlo..., o sí, creo recordar que dijo que bajaría, cuando ya se iba a la cama, a recoger un libro que había dejado allí por la tarde. No llevaba luz y la lámpara del recibidor —nunca nos sentábamos allí después de cenar— ardía. *Había una luna llena radiante.*

Yo estaba sentada al piano tocando casi adormilada, cuando alguien me puso una mano en el hombro; sobresaltada, alcé los ojos y vi a mi hermana, de pie a mi lado, pálida y temblorosa.

—Leila —susurró—, ven conmigo, rápido, no quiero que mamá se entere.

Nuestra madre aún estaba nerviosa y delicada.

El salón es muy amplio y tiene dos o tres puertas. No había nadie cerca de nosotras. Era fácil salir sin ser notadas. Sophy me cogió la mano y me obligó a correr escaleras arriba, sin hablar hasta que llegamos a mi cuarto, donde ardía un fuego acogedor, cordial.

Entonces Sophy comenzó.

—Leila —dijo—, me he llevado un susto terrible. No quería hablar antes de estar aquí, a salvo.

—¿Qué ocurre? —exclamé sin aliento. ¿En ese momento ya sospechaba yo la verdad? No lo sé, pero mis nervios ya no eran lo que habían sido.

Sophy jadeó y se puso a temblar. La abracé.

—No parece tan grave —dijo—, pero, Leila, ¿qué *puede* ser? Fue en el recibidor —creo que de inmediato empezó a explicarme por qué había ido a esa habitación—. Estaba de pie junto a la puerta que da a la biblioteca y que nunca usamos y... de pronto... una especie de oscuridad atravesó la pared y me pareció que buscaba la puerta, donde está ese tapiz antiguo, ya sabes. Pensé que era una sombra que llegaba desde fuera, porque había luna llena, y los postigos no estaban cerrados. Pero al cabo de un instante comprendí que no podía ser eso, que no había nada que pudiese arrojar esa sombra. Parecía agitarse, como... como una araña monstruosa o... —vaciló—, casi como una especie de ser humano deforme. Y de inmediato, Leila, me quedé sin respiración y caí al suelo. De verdad. Estaba *muerta* de frío. Creo que me desmayé, pero no estoy segura. A continuación, lo que recuerdo es que estaba cruzando a la carrera el recibidor y después el corredor de la parte sur, hacia el salón, y que me sentí muy contenta de verte allí, junto al piano —la senté sobre mis rodillas, pobrecita niña.

—Cariño, has hecho muy bien —le dije— en controlarte para no sobresaltar a mamá.

Eso le resultó halagador, pero su miedo era todavía pánico.

—Leila —me dijo con voz lastimera—, ¿puedes explicármelo? Me figuré que seguro que tú puedes.

¿Qué *podía* decirle?

—Yo..., alguien tendrá que ir al recibidor y echar una buena mirada para ver qué fue lo que proyectó esa sombra —dije vagamente y, creo, sin darme cuenta me moví un poco, porque Sophy se sobresaltó y me abrazó con más fuerza aún.

—Oh, Leila, no vayas —imploró—, ¿no pensarás ir ahora?

Nada estaba más lejos de mis intenciones, pero me cuidé de decírselo.

—No te dejaré sola si no quieres —le dije—, y, ¿sabes una cosa, Sophy?, si quieres, puedes dormir conmigo esta noche. Llamaré a Freaque para que baje tus cosas y te ayude a desvestirte, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó ansiosa. Estaba muy impresionada por mi afabilidad.

—Que no dirás ni *una* palabra de esto, ni permitirás que nadie sospeche que te has llevado semejante susto. No te figuras los problemas que eso traería.

—Desde luego te prometo que nadie sabrá nada, si tú crees que es mejor así, porque eres muy buena conmigo —dijo Sophy, pero había una pizca de vacilación en su tono—. Tú... tú harás algo, ¿verdad, Leila? —prosiguió—. Si no lo haces, nunca podré olvidarme de eso.

—Sí —le dije—, mañana hablaré del asunto con padre y con Phil. Si alguien quiere asustarnos con bromitas —agregué sin pensarlo—, tendrá que ser descubierto.

—Asustarnos, no —me corrigió—, ha sido sólo a mí —y no le contesté nada. Por qué se me ocurrió hablar de la posibilidad de una broma, es algo que no entiendo; yo no tenía ninguna esperanza de que hubiera explicación por ese lado.

Pero otra idea, extraña, casi increíble, comenzaba a tomar forma en mi cabeza y,

con ella, se insinuó una débil, muy débil, chispa de alivio. ¿No sería que ni las *casas*, ni los *cuartos* ni, lo peor de todo, nosotros mismos estábamos embrujados, sino alguna o varias cosas de las que habíamos comprado en Raxtrew?

Y esa noche, acostada y sin dormir, el relámpago de una idea me sacudió: ¿no era posible que eso —fuera lo que fuese— estuviese relacionado con las colgaduras de tapicería?

Cuanto más lo pensaba y volvía a pensar, más notorias veía las coincidencias de Finster. La sombra parecía apostarse junto a una de las puertas selladas, tal como aquí, en nuestra casa. ¡En ambos casos, una *portière* colgaba delante de esa puerta!

¿Y en la rectoría? Allí los tapices estuvieron enrollados. ¿No era posible que nunca los hubiesen llevado al granero? ¿Qué podía ser *más* probable que que hubiesen quedado olvidados, bajo el banco, allí donde Miss Larpent y yo habíamos sentido por segunda vez aquel frío horroroso? Y, un momento, algo más me volvía a la mente con respecto a aquel banco. Sí, ahora lo recordaba, Nat había dicho: «Fue como si se detuviera para palparlo todo en un rincón, ése, donde está el banco, ¿sabes?».

Y entonces, con indecible desahogo, por fin me quedé dormida.

Se lo conté a Phil a la mañana siguiente. No hubo necesidad de reclamar su atención. Creo que se sintió tan horrorizado como yo misma ante la idea de que nuestro hasta entonces tan acogedor y jovial hogar fuese atormentado por esa cosa horrible, influjo o presencia, llámese como se la llame. Y las ideas que le expuse también produjeron en él un sentimiento de alivio.

Permaneció sentado y en silencio durante un rato, después de pedirme que repitiera con toda la precisión posible cada uno de los detalles del relato de Sophy.

—¿Estás segura de que se trataba de la puerta que da a la biblioteca? —dijo al fin.

—Muy segura —respondí—, y... ¡oh, Philip! —proseguí—, ahora recuerdo que *papá* tuvo una sensación de frío allí mismo la otra tarde.

Hasta ese momento el pequeño detalle al que me refería había escapado a mi memoria.

—¿Sabes cuál de las *portières* estaba colgada delante de la puerta de Finster? —preguntó Philip.

Negué con la cabeza.

—Dormy sí que lo sabrá —dije—, él solía examinar las escenas del tapiz con gran interés. Yo no diferenciaría una pieza de otra. En cada una se ve un castillo antiguo en la lejanía y muchos árboles, y algo parecido a un lago.

Pero ahora fue Philip quien sacudió la cabeza.

—No —dijo—, no hablaré con Dormy de este asunto si puedo evitarlo. Déjame a mí, Leila, procura con todas tus fuerzas quitarte el tema de la cabeza, y no te sorprendas por nada de lo que adviertas en los próximos días. Antes que a nadie te diré a ti lo que haya que decir.

Eso fue todo lo que le pude sacar. De modo que seguí su consejo. Por fortuna, como después se vería, Mr. Miles, el único extraño, por así decir (con excepción del infortunado guarda), que había presenciado aquel drama fantasmagórico, era uno de los integrantes de la partida de caza que iba a realizarse ese día. Y muy pronto Philip decidió consultarle acerca de esta nueva y completamente inesperada manifestación.

Mi hermano no me contó esto. En realidad, sólo una semana más tarde yo supe del asunto, y fue a través de una carta, una carta muy larga de mi hermano que, creo, narrará los resultados de nuestra extraña historia de fantasmas mejor que cualquier relato de segunda mano, como lo sería el que yo pudiese hacer.

Mr. Miles sólo permaneció dos noches en casa. Al día siguiente de su llegada anunció que, a su pesar, se veía obligado —de forma inesperada— a regresar a Raxtrew para un asunto importante.

—Y me temo —continuó— que todos ustedes no me verán con buenos ojos cuando les diga que me propongo llevar a Philip conmigo.

Mi padre se mostró muy desconcertado.

—¡Phil! —exclamó—. ¿Qué pasa con nuestra partida de caza?

—No te costará nada reemplazarnos —respondió mi hermano—, ya he pensado en eso —y dijo algo en voz baja a nuestro padre.

Él, Phil, abandonaba el salón en ese momento. Yo pensé que sus palabras se habían referido al verdadero motivo por el cual acompañaría a Mr. Miles, pero me equivocaba. Sin embargo, mi padre no se opuso a aquel plan y a la mañana siguiente ambos partieron.

Ocurrió que nos hallábamos de pie en la puerta del recibidor varios de nosotros —porque en esos días éramos muchos en casa—, cuando Phil y su amigo partieron. Al entrar, sentí que alguien me tocaba el hombro. Era Sophy. Estaba a punto de salir para dar un paseo con Miss Larpent, pero se había detenido un momento para hablar conmigo.

—Leila —me dijo en un susurro—, ¿por qué han...? ¿Tú sabes por qué han descolgado el tapiz?

Me miró con una expresión peculiar. Yo no me había dado cuenta de aquello. En ese instante, al echar una mirada, advertí que las dos puertas cerradas eran visibles con todo el brillo de su antigua caoba, como antes: ya no estaban ocultas por las antiguas *portières*. Me sobresalté.

—No —susurré a mi vez—, no lo sé. No te preocupes, Sophy. Me figuro que existe algún motivo, que conoceremos cuando llegue el momento.

Sentía la fuerte tentación —ya que aún había luna llena— de ir al recibidor esa noche, con la esperanza de no ver ni sentir *nada*. Pero a medida que se acercaba la hora, mi valor desfallecía; además, había hecho a Philip la promesa tácita de pensar lo menos posible en ese asunto, y una vigilancia de esa clase implicaría no actuar de acuerdo con el espíritu de su consejo. Creo que ahora debo copiar, en toda su extensión, la carta de Philip, que recibí al cabo de una semana, más o menos. Estaba

en su club de Londres.

«Mi querida Leila:

»Tengo que contarte una historia muy larga y extraordinaria. Me parece adecuado ponerla por escrito, de modo que dedicaré toda la velada a ello, en especial porque estaré fuera de casa durante unos diez días.

»Seguramente habrás sospechado que hice saber todo a Miles tan pronto como él llegó. Si es así, no te has equivocado. Era la persona más indicada para esa confidencia por varias razones. Se mostró, debo decirlo, bastante..., en fin, “desconcertado” es poco, cuando le expliqué que el fantasma había reaparecido no sólo en la rectoría, sino también en nuestra propia casa y, en ambas ocasiones, a personas —Nat, Sophy— que no habían oído ni una palabra de la historia. Pero cuando proseguí exponiéndole tu teoría, Miles se animó. Me figuro que se había sentido un Poco responsable cuando le dijimos que en Finster había fantasmas, y era evidente que le satisfacía dar otra explicación. Hablamos del tema a fondo y decidimos comprobar todo una vez más. Tengo que reconocer que exigía bastante valor hacerlo. Nos sentamos a esperar aquella noche —afortunadamente de luna llena— y, pues bien, no es necesario repetirlo todo. Sophy tenía razón. Apareció otra vez aquella horrible sombra reptante..., pobre cosa infeliz, ahora me produce pena, como en los buenos tiempos, tan a gusto en... shire, al parecer, como en el castillo. Se detuvo junto a la puerta cerrada de la biblioteca y la palpó y después empezó de nuevo, ¡uf! La observamos con cuidado, pero nos mantuvimos en medio del cuarto, para que el frío no nos hiciese tanto daño. Ambos advertimos que había un punto especial del tapiz en el que sus manos parecían detenerse y pensamos en quedarnos para verlo otra vez, pero cuando llegó el momento nos acobardamos y nos fuimos a dormir.

»A la mañana siguiente, con el pretexto de examinar la fecha del tapiz, lo descolgamos —todos habíais salido—, y encontramos... *algo*. En el lugar que palpaban las manos, había habido un corte —en realidad, tres—, como si fuesen tres lados de un cuadrado, que formaban una especie de puerta en la tela, en donde el cuarto lado había servido, sin duda, como charnela, porque se veía la marca de un doblez. Y precisamente donde, si pensaras que aquello era una puerta, podrías buscar un tirador para abrirla, encontramos una marca muy visible en el tapiz, como si alguna vez hubiese habido allí un pomo o algo así. Nos miramos. Ambos tuvimos la misma idea. El tapiz se había usado para ocultar una pequeña puerta en una pared, tal vez la puerta de un armario secreto. Los dedos del fantasma en vano habían buscado el resorte que, cuando era de carne y hueso, tuviera por costumbre accionar.

»—Lo primero que hemos de hacer —dijo Miles— es visitar a Hunter y lograr que nos diga de dónde proviene este tapiz. Después veremos.

»—¿Nos llevaremos la *portière*? —pregunté.

»Miles tembló, aunque también se echó a reír.

»—No, gracias —dijo—, no pienso viajar con esa cosa funesta.

»—Pero no podemos volver a colgarla —le dije—, después de esta última experiencia.

»Por fin quitamos las dos *portières*, para no llamar la atención descolgando sólo una, y porque yo pensé que era posible que el fantasma cometiese un error y no quería que hubiese más problemas mientras me hallaba ausente, así que las enrollamos juntas, tras medir con exactitud el corte y determinar su posición en la cortina, y después las escondimos en uno de los desvanes en los que nadie entra jamás, que es donde están ahora mismo y donde, quizá, el fantasma se haya estado entreteniendo, de acuerdo con lo que he sabido, aunque me figuro que esta vez lo ha abandonado ya, por los motivos que te contaré.

»A continuación, como sabes, Miles y yo partimos hacia Raxtrew. Apliqué a nuestro padre recordándole lo atentos que habían sido con nosotros y asegurándole que los Miles me necesitaban de verdad. Fuimos directamente a la tienda de Hunter. Se mostró indeciso e inquieto: aunque no había hecho la promesa concreta de callar el nombre del sitio de origen de los tapices, sabía que el caballero al que se los había comprado no quería que se supiese su procedencia.

»—¿Por qué? —dijo Miles—. ¿Se trata de una familia que ha perdido su posición social y se ve obligada a vender sus bienes para tener algo de dinero en metálico?

»—¡Oh, no! —respondió Hunter—. No se trata de eso. Sólo que, creo que debo decir su nombre, el capitán Devereux no quería que hubiese cotilleo al respecto y...

»—¡Devereux! —repitió Miles—. ¿No se referirá usted a la gente de Hallinger?

»—Los mismos —dijo Hunter—. Si usted los conoce, señor, ¿tendrá la gentileza de hacerle saber al capitán que he hecho todo lo posible para cumplir lo prometido?

»—Por cierto que le disculparé —dijo Miles.

»Y entonces Hunter nos contó que Devereux, que había obtenido la propiedad de Hallinger apenas unos años antes, se había visto muy incomodado por murmuraciones de que en la mansión había fantasmas y eso había conducido al desmantelamiento de un ala y —pensaba Hunter, pero no estaba muy seguro al respecto— hasta se habían demolido algunas salas. Pero Devereux era muy susceptible ante ese tema: no quería que nadie se riese de él.

»—¿Y los tapices eran de él, está usted seguro? —repitió Miles.

»—No hay dudas, señor. Los descolgué con mis propias manos. Estaban colocados en dos paneles en lo que se llama el salón circular de Hallinger. Había, vaya, me atrevería a decir que una docena de ellos, con sus tapices colgados, pero yo sólo compré esos dos; los otros fueron vendidos a un comerciante londinense.

»—El salón circular —dije yo.

»Leila, aquella expresión me hizo gran efecto. Resultó que Miles conocía a Devereux bastante bien. Hallinger está a unas diez millas de Raxtrew. Fuimos allí, pero nos encontramos con que el capitán estaba en Londres. De modo que nuestro siguiente paso fue seguirle hasta aquí. Acudimos dos veces a su club y por fin Miles

concertó un encuentro, aduciendo que quería verle por asuntos privados.

»Nos recibió cortésmente, por supuesto. Es un hombre bastante joven, capitán de la Guardia. Pero cuando Miles comenzó a explicarle el motivo de nuestra visita, se puso tenso.

»—¿Ustedes son de la Psychical Society? —preguntó—. Sólo puedo repetirles que no tengo nada que decir y que detesto ese tema.

»—Un momento —dijo Miles y a medida que siguió hablando, observé que la actitud de Devereux cambiaba. Su cara dejaba ver un interés creciente y una especie de ansiedad, hasta que por fin se puso de pie.

»—Por la salvación de mi alma —dijo—, que creo que usted le ha descubierto por mí. Me refiero al fantasma, y si es así tendrá mi gratitud eterna. Iré a Hallinger con usted de inmediato. Esta misma tarde, si quiere, para investigar.

»Su excitación era tal que hablaba casi de forma incoherente, pero al cabo de unos momentos se tranquilizó y nos contó, dijo, lo que tenía que decir —que era bastante—, cosas que hubiesen parecido bobadas a la Psychical Society. Lo que Hunter había contado no era más que una pequeña parte del total. Al parecer, al heredar Hallinger, a la muerte de un tío suyo, el joven Devereux había realizado cambios importantes en la mansión. Entre otras cosas, había abierto una pequeña ala —una especie de torre circular—, que había sido completamente desmantelada y tapiada, creo, hacía más de cien años. Sobre aquella torre corrían rumores. Un antepasado del capitán —un hombre que había sido un jugador empedernido— había usado el salón principal de esa ala para sus orgías. Allí habían acontecido cosas muy extrañas, que terminaron con que una noche el viejo Devereux fuera hallado muerto en ese lugar por los servidores, que a su vez habían sido alertados por el hombre con el que el amo había estado jugando y con el que había sostenido una pelea terrible. Ese hombre, de baja condición, quizá un tahúr profesional, juró que le había sido robada una joya que su huésped había apostado, y se dijo que había desaparecido una sortija de gran valor. Pero se echó tierra al asunto —Devereux, en realidad, había muerto de un ataque—, y poco después, por razones que sólo podían sospecharse, la torre circular fue tapiada, hasta que el propietario actual la abrió de nuevo, temerariamente.

»Casi de inmediato, nos dijo, comenzaron las —para usar un término suave— incomodidades. Primero uno, después otro de los integrantes de la servidumbre de la mansión fueron aterrorizados hasta perder sus cabales, tal como nos sucedió a nosotros, Leila. Devereux mismo había visto aquello dos o tres veces. Ese “aquello”, por supuesto, era su miserable antepasado. Un hombre menudo, con una gran peluca, y de dedos largos y flacos, como garras. Todo encajaba. Mrs. Devereux es joven y nerviosa. No pudo soportarlo. De modo que, por fin, la torre circular fue cerrada otra vez, todo el mobiliario y los tapices fueron vendidos y, desde un punto de vista geográfico, el fantasma conjurado. Eso era todo lo que sabía Devereux.

»Partimos, los tres juntos, esa misma tarde, tan excitados como un grupo de

escolares. Miles y yo seguimos haciendo preguntas a Devereux, pero él no sabía más. Jamás había pensado en examinar las paredes del salón encantado —estaban revestidas de madera, dijo— y podía haber allí muchos armarios secretos, en su opinión. Pero no podía dejar de pensar en el hecho extraordinario de que el fantasma estuviese unido a los *tapices*, y por cierto que eso reduce el valor que se le haya adjudicado a la inteligencia de los fantasmas.

»Entramos de inmediato, por fortuna la torre no había sido *tapiada* otra vez, así que penetramos en ella sin dificultad a la mañana siguiente, después que Devereux esgrimió alguna excusa ante los sirvientes. Fue un asunto cansado. Había muchos paneles en el salón, tal como Hunter había dicho, y era imposible decir en cuál estaba colgado *el* tapiz. Pero nosotros teníamos nuestras medidas y marcamos con cuidado una línea lo más exacta posible para señalar, desde el suelo, la altura a la que habría estado el corte de la *portière*. A continuación golpeamos con nudillos y puños y tratamos de accionar resortes imaginarios hasta que estuvimos hartos de hacerlo: no teníamos nada que nos sirviese de guía. El revestimiento era oscuro, estaba estropeado, marcado por el tiempo, la madera tenía muchas juntas y cualquiera de ellas podría ser la de una puerta.

»Fue Devereux mismo quien la halló, por fin. Oímos una exclamación que venía de donde estaba él, solo, al otro lado del salón. Estaba muy pálido y temblaba.

»—Miren esto —nos dijo y nosotros miramos.

»Sí, había un pequeño escondrijo profundo, una especie de armario cavado en el espesor de la pared, muy bien oculto. Devereux había tocado el resorte por azar y la puerta, que coincidía con el corte del tapiz, se había abierto.

»Dentro había lo que al principio tomamos por un paquete de cartas y yo deseé que no contuviesen nada que suscitara problemas para el pobre Devereux. Sin embargo, no eran cartas, sino uno o dos mazos incompletos de naipes —grises y cubiertos por el polvo— y cuando Miles los puso unos junto a otros, ciertas marcas que en ellos había contaron su propia historia. A Devereux no le gustó, naturalmente, que el presunto dueño hubiese sido un miembro de su familia.

»—El fantasma lo recuerda bien —dijo, tratando de reír—. ¿No hay nada más?

»Sí, una pequeña bolsa de cuero, negra y sucia, aunque en sus orígenes, me figuro, era de piel de rebeco. Estaba atada con un cordel. Devereux la abrió y metió los dedos dentro.

»—¡Por Jorge! —exclamó. Y extrajo la sortija de diamantes más magnífica que yo haya visto jamás: relucía como si acabase de salir de manos del pulidor—. Ésta debe ser *la* sortija —dijo.

»Todos nos quedamos mirando, demasiado atónitos para hablar.

»Devereux cerró el armario, después de examinarlo con cuidado, para asegurarse de que no quedara nada dentro. También marcó el punto exacto en que había que apretar para accionar el resorte, a fin de poder encontrarlo en cualquier momento. De inmediato abandonamos el salón circular, cerrando muy bien la puerta a nuestras

espaldas.

»Miles y yo pasamos esa noche en Hallinger. Estuvimos en pie hasta tarde, hablando del asunto. Hay algunas cosas poco consistentes que quizá nunca se lleguen a explicar. Primero y principal: ¿por qué el fantasma está apegado al tapiz en lugar de mantenerse en el lugar concreto que, al parecer, quería revelar? Segundo: ¿qué relación había entre sus visitas y la luna llena? ¿O será que sólo con la luna llena la sombra se vuelve perceptible a los sentidos humanos? ¿Quién podría explicarlo?

»En cuanto a la historia en sí, ¿cuál era el motivo del antepasado de Devereux para ocultar su propia sortija? ¿Las cartas marcadas eran suyas o de su contrincante? Si eran del otro, ¿se habría apoderado de ellas y las habría retenido como prueba contra ese hombre?

»Me inclino, junto con Miles, por esta última teoría y cuando se la sugerimos a Devereux, pude ver el gran alivio que experimentó. ¡Después de todo, siempre es agradable pensar que nuestros antepasados hayan sido unos caballeros!

»—¿Pero de qué se ha preocupado durante un siglo o más? —dijo el capitán—. Si quería que la sortija fuese devuelta a su verdadero dueño, suponiendo que aquel hombre la hubiese *ganado*, podría entenderlo, aunque eso sería imposible. Nadie sabe quién era ese individuo, la conseja nunca mencionó su nombre.

»—A pesar de todo tal vez quiera que la sortija sea devuelta a su verdadero dueño —dijo Miles—. Usted es el dueño ahora, como cabeza de la familia, y ha sido por culpa de su antepasado por lo que estuvo oculta todos estos años. Además, no podemos arrogarnos la capacidad de explicar los motivos de este caso. Tal vez, ¿quién sabe?, la pobre sombra no pueda evitarlo: quizá sus peregrinaciones constituyen un castigo.

»—Espero que cesen ahora —dijo Devereux—, por su bien y el de todos. Me gustaría pensar que quería que la sortija volviese a nuestro poder, pero además de eso, me gustaría hacer algo, algo *bueno*, ya saben ustedes, que le aliviara, pobre hombre. Tendré que consultar a Liliás —Liliás es la mujer de Devereux.

»Esto es todo lo que puedo contarte de momento, Leila. Cuando vuelva a casa, colgaremos las *portières* otra vez y veremos qué ocurre. Quiero que leas todo esto a padre, y si él no tiene objeciones —y tampoco mamá, por supuesto—, me gustaría invitar al capitán Devereux y a su mujer para que pasen unos días con nosotros y también con Miles, en cuanto yo regrese.»

El deseo de Philip fue bien recibido. Esperamos su regreso con no poca ansiedad e interés.

Los tapices *portières* fueron colocados otra vez en su sitio y en la primera noche de luna llena mi padre, Philip, el capitán Devereux y Mr. Miles montaron guardia.

¿Qué ocurrió?

Nada, los pacíficos rayos iluminaron el paisaje primoroso de los tapices, que no fue perturbado por dedos vacilantes, y ningún frío horrible y extraterreno, peor que la

muerte misma, invadió a los vigilantes nocturnos: ¡por fin aquel espíritu agobiado, pero ojalá no necesitado de arrepentimiento, estaba en paz!

Y desde entonces nadie se ha visto perseguido por la sombra a la luz de la luna.

—Tengo la esperanza de que lo que Michael ha hecho —decía Mrs. Devereux al hablar del tema— haya contribuido a calmar al desdichado fantasma.

Y nos contó de qué se trataba. El capitán Devereux es rico, aunque no inmensamente. Hizo tasar la sortija: representa una suma muy elevada, pero Philip dice que es mejor no dar cifras. Después, se compró, por decir así, la sortija a sí mismo. Y con ese dinero él..., no, Phil también dice que no debo entrar en detalles, como no sea para decir que ha hecho algo muy bueno y muy útil, que desde hace mucho tiempo era un proyecto acariciado por su mujer.

Sophy ha crecido y ahora conoce toda la historia. También nuestra madre. Y Dormy la ha oído completa. El horror se ha disipado hace mucho. Nos sentimos muy orgullosos de haber sido verdaderos testigos de un drama fantasmagórico.

Sarah O. Jewett
LA GEMELA DE LA REINA

HIJA de un médico rural, con el que recorrió las granjas y aldeas de pescadores de su Maine natal, Sarah Orne Jewett (1849-1896) fue una escritora autodidacta que, estimulada por las novelas de Harriet Beecher Stowe sobre la vida en Nueva Inglaterra, describió con poético realismo el quehacer cotidiano del pequeño trozo de costa atlántica que la vio nacer y en donde transcurrió la mayor parte de su vida.

Dejando aparte sus poemas y sus novelas históricas, sus colecciones de relatos y apuntes sobre la vida rural, minuciosamente elaborados y con un evocador tono humorístico, le han proporcionado un lugar relevante dentro de la literatura norteamericana de finales del siglo pasado. Títulos como Deephaven (1877), A Country Doctor (1884), The King of Folly Island (1888), Tales of New England (1890), A Native of Wimby (1893) o The Country of the Pointed Firs (1896) dejaron constancia de sus apreciables logros en la descripción de la tradicional vida provinciana de un estado netamente rural, del que consigue captar el verdadero espíritu a través de emocionantes consejos oídos al calor del fuego durante su errático peregrinar, en el que se topó con los más conspicuos «personajes» locales.

Uno de estos personajes, una jovial anciana campesina que se declara gemela de la reina Victoria por haber nacido el mismo día que ella y a la misma hora, protagoniza el extraordinario cuento de corte fantástico aquí seleccionado, «The Queen's Twin», perteneciente al último de los volúmenes mencionados, sin duda el mejor y posiblemente la indiscutible obra maestra de la literatura regional norteamericana, muy elogiada por Kipling y Henry James.

LA GEMELA DE LA REINA^[13]

LA costa de Maine estuvo en tiempos tan próxima a playas lejanas gracias a su laboriosa flota de barcos, que entre los hombres y mujeres mayores aún se puede hallar una sorprendente proporción de viajeros. Cada lengua de tierra que se adentra en el mar con sus casas elevadas, cada isla con una granja solitaria, ha enviado sus espías para visitar buena parte de la Tierra de Eshcol; en Maine se ven caras sencillas, apacibles, asomadas a las ventanas, caras cuyos ojos han contemplado puertos lejanos y conocido los esplendores del mundo oriental. Ante esas personas se avergüenza el viajero de fáciles travesías por el Atlántico norte y por el Mediterráneo; ellas doblaron el cabo de Buena Esperanza y desafiaron la mar iracunda del Cabo de Hornos en pequeños barcos de madera; ellas criaron a sus robustos chicos y niñas sobre cubiertas estrechas; ellas estuvieron entre los últimos hijos de los hombres nórdicos que se aventuraron en busca de playas desconocidas. No se puede dar más a un Estado joven para su cultivo; los capitanes de mar y las mujeres de los capitanes de mar de Maine sabían algo del vasto mundo, y nunca erraron pensando que su propio pueblo lo era todo en lugar de una mínima parte del total; no sólo conocían Thomaston, Castine y Portland, sino también Londres, Bristol y Burdeos, y las raras costumbres de los muelles del Mar de China.

Un día de septiembre, cuando estaba a punto de finalizar mi verano en Dunnet Landing, Mrs. Todd regresó a la casa después de un largo y solitario paseo por los prados silvestres, con una mirada impaciente, como si estuviese a punto de iniciar una búsqueda esperanzada, en lugar de volver de ella. Traía una pequeña cesta de zarzamoras, suficientes para la cena, y me la ofreció, de modo que pude ver que también había unas frambuesas tardías esparcidas por encima, pero no hizo comentario alguno sobre su caminata. Yo hubiese podido jurar que ella tenía algo muy importante que decir.

—No ha traído usted ni una sola hoja —aventuré ante esa experta recolectora de hierbas—. Ayer decía usted que la hamamelis quizá ya esté en flor.

—Me atrevería a asegurarlo, querida —respondió con un tono casi arrogante—, y no diré que no lo está; pero no me importa mucho lo que ocurra con la hamamelis. La verdad es que he estado de visita; hay una vieja vereda india que baja hacia Back Shore a través del pantano de las garzas, por donde no se puede cruzar en todo el verano. Hay que elegir un día de éstos, cuando las tierras se han secado con el calor, ahora, antes que empiecen las lluvias. No había pensado en eso hasta que estuve lejos de casa, y me dije: «¡Hoy es el día, claro que sí!» y allá subí, lo más deprisa que pude. Sí, he ido de visita. De pronto, antes que pudiese darme cuenta, estaba en un lugar en que tenía agua bajo los pies; espere a que me ponga un par de calcetines secos de lana, no sea que pille un resfriado, y vendré a contárselo todo.

Mrs. Todd desapareció. Advertí que algo le había interesado muchísimo. Ya podía

haberse encontrado con una serpiente marina o con las tribus perdidas de Israel, tan visible era su aire de misterio y satisfacción. Había estado fuera desde poco antes de media mañana; mientras aguardaba sentada junto a mi ventana, vi que los últimos resplandores rojizos del crepúsculo otoñal incendiaban las rocas grisáceas de la playa y las dejaban otra vez frías, al tiempo que tocaban las velas lejanas de barcos de cabotaje, para convertirlos en casas doradas en alta mar.

Quedé haciéndome preguntas durante un rato más largo de lo que hubiese querido. Mrs. Todd estaba preparando la lumbre de la noche y ponía en marcha la cena; volvió, al cabo, con el aire animado que traía al regresar de su largo paseo.

—Hay una bonita vista desde la colina donde he estado —me dijo—, sí, un bonito paisaje de tierra y mar. No se puede ver esa colina desde lejos, pero su buena situación es lo que cuenta. Estuve allí un buen rato, y pensé en usted. No, no se me había ocurrido ir esta mañana, al salir —¡como si yo le hubiese reprochado algo de viva voz!—; sólo pensé que era un buen momento para uno de esos paseos, así que cogí mi cesta; lo único que sabía era que tenía que volver a tiempo para poner la cena. Me pareció bien dejarle preparada la comida por si yo no volvía a tiempo. Espero que haya encontrado todo lo que le apeteciera; sí, espero que haya habido bastante.

—Oh, sí, claro que sí —dije yo. Mi casera siempre se mostraba generosa en materia de vituallas cuando dejaba que me apañase por mí misma, como si se tratara de una ofrenda de paz o de una disculpa afectuosa.

—¿Ha visto esa colina, la de la casa vieja en la cima, camino arriba del pantano de las garzas? Discúlpeme si insisto —prosiguió Mrs. Todd—, pero no diría yo que a usted se le dé tan bien caminar tierra adentro como ir a pasear por la playa. Ya sabe a qué colina me refiero; para llegar a la cima hay una vereda que ahora apenas si se ve. Era un camino de los indios de tierra adentro, que lo recorrían con sus mercancías, hasta aquí, cuando querían llegar a las islas. Los viejos del lugar cuentan que había una senda en un arrecife donde dejaron una huella profunda con sus mocasines, pero nunca pude encontrarla. Hay tanta maleza en algunas partes que se pierde el camino entre los matojos y hay que buscarlo como se pueda; pero es bastante recto, a pesar del terreno, de modo que fui guiándome por el sol y avancé con la vista puesta en el musgo que crece a un lado de los troncos de los árboles. Algunos arroyos están atascados y el pantano lleva más agua que antes. Sí, ¡me metí en un sitio bastante hondo!

Demostré la preocupación que sentía. Mrs. Todd ya no era joven y, a pesar de su robustez y su comportamiento arrojado, yo sabía que ciertas enfermedades podían caer sobre ella, para dejarla algún día inválida y doliente.

—No se preocupe por mí —insistió—, la inmovilidad es la única forma de que el Maligno me ponga la mano encima. Con mantenerme en movimiento, tengo veinte primaveras y veinte inviernos a la vez. No sé por qué, pero nunca le he hablado de la persona a la que he ido a ver. No sé por qué nunca hablo de Abby Martin, aunque a

menudo pienso en ella, pero es que vive en un sitio muy apartado y no la había visto desde hace tres o cuatro años. Es una mujer interesante de verdad y somos buenas amigas; casi podría ser mi madre, pero se mantiene joven. Me sirvió una buena taza de té, y no sé, pero tendría que haber pasado la noche en su casa, si hubiese podido avisarla a usted para que no se inquietara.

Se produjo un silencio absoluto antes que Mrs. Todd hablara de nuevo para hacer un anuncio formal.

—Es la gemela de la Reina —y Mrs. Todd me miró fijamente para ver cómo sobrellevaba yo esa gran sorpresa.

—¿La gemela de la Reina? —repetí.

—Sí, ha llegado a tener un gran interés por la Reina, y cualquiera puede ver que eso es algo natural. Ambas nacieron el mismísimo día, y le resultaría asombroso comprobar cuántas otras cosas han correspondido en sus vidas. Hoy me estuvo hablando de algunas de ellas, y una pensaría que esa mujer sólo se ha dedicado a leer historia. He visto que de eso estaba más orgullosa que nunca. Muchas veces la he oído referirse a esos hechos, pero ahora se ha vuelto vieja, ya no tiene el agobio del trabajo, y como ha vivido en gran parte con sus pensamientos, que es lo que suele hacer la gente, todo eso le vale como una especie de compañía. Pues bien, si usted quiere saber algo sobre la reina Victoria, Mrs. Abby Martin se lo contará todo. Y la vista desde esa colina que le he dicho es más bella que nada en el mundo, merece la pena que vaya hasta allí a ver a Abby, siquiera sólo por el paisaje.

—¿Cuándo puede volver usted? —pregunté con ansiedad.

—Yo diría que mañana —respondió Mrs. Todd—, sí, yo diría que mañana; pero me figuro que sería mejor dejar que pase un día, para descansar. He pensado en eso mientras volvía a casa, pero vine tan deprisa que no hubo mucho tiempo para pensar. El camino es horrorosamente largo si se hace a caballo; hay que ir hasta la casa del viejo Bowden, y girar a la izquierda, por un camino principal muy duro, y después hay que girar a la derecha y volverse tan pronto como se haya llegado, si usted quiere estar de regreso en casa antes de las nueve de la noche, pero si se atraviesa el campo desde aquí, alcanza el tiempo para llegar aunque sea el día más corto del año, y podrá hacer una visita de una o dos horas, además. No son más que unas pocas millas y el trayecto es muy bonito. Por allí vivían algunas buenas familias, pero unos han muerto y otros se han dispersado, así que ella ya no tiene vecinos. O sea que se echó a llorar de veras, estaba muy contenta de ver que alguien iba por allí. Le resultará divertido oírla hablar de la Reina, pero dos o tres veces, mientras estuve en su casa, pensé que ese personaje es toda la compañía que tiene.

—¿Podríamos ir pasado mañana? —pregunté con ansiedad.

—A mí me iría muy bien —dijo Mrs. Todd.

En Nueva Inglaterra no se puede estar tan seguro de que hará buen tiempo como en los días en que una fuerte tormenta de levante se ha llevado las nieblas tibias del

final del verano y ha refrescado el aire de tal modo que, por intenso que sea el sol durante el día, las noches se acercan más y más a las heladas. Había un frío casi de hielo en el aire de la mañana en que Mrs. Todd y yo cerramos la puerta de la casa a nuestras espaldas; ese día cogimos en nuestras manos la llave de los campos y nos encaminamos hacia los prados como quien se hace a la mar. Cuando llegamos a la cima del acantilado, detrás del pueblo, daba la impresión de que hubiésemos atravesado, ansiosas, la barra del puerto y, por fin, estuviéramos cómodas en mar abierta.

—¡Pues aquí estamos! —proclamó Mrs. Todd, respirando hondo—. Ahora me siento a salvo. Hace el tiempo que puede disponer a cualquiera a pasar el día de paseo; desde que me desperté, he tenido la sensación de la cercanía de Mrs. Eider Caplin, de North Point, y no quería que nada estorbase nuestros planes. A ella le encanta ir de visita: desde ahora y hasta el día de Acción de Gracias, se pasará el tiempo haciendo visitas, Pero ella va a muchas casas del embarcadero, o sea que si no me encuentra en la mía, podrá ir a cualquier otra. Pensé que mi madre podría venir también, porque hace muy bueno, pero subí esta mañana, antes que usted se despertara, y no había señales de la barca. Si no han salido a esa hora, ya no lo hacen, según está la marea. Además, he visto a muchos pescadores de caballa saliendo hacia Green Island, y ellos retendrán a William. No, ahora estamos a salvo, y si madre llegase mañana, tendríamos mucho que contarle. Ella y Mrs. Abby Martin son viejas amigas.

Descendíamos por los amplios pastos de las laderas de la colina en dirección a las tierras bajas, donde los bosques oscuros y densos se dilataban hacia el norte como una tierra virgen e impenetrable; las nieblas de la mañana todavía apagaban buena parte de los colores y hacían que las zonas altas pareciesen una región lejana.

—No está tan lejos como lo parece desde aquí —dijo mi compañera, con ánimo confortador—, pero aun así no hay tiempo que perder —y se apresuró, avanzando con una especie de aire estimulante en su paso; al cabo de unos momentos desembocamos en la vereda india, que se dibujaba con claridad a través de los suelos sin arar de los pastos, y seguía en medio de los abetos gruesos y poco crecidos. A nuestros pies, el suelo era suave y oscuro y los árboles de troncos delgados nos brindaban un techo oscuro y umbrío. Largo rato anduvimos sin hablar; a veces teníamos que abrirnos paso entre las ramas y a veces caminábamos por una senda amplia, donde había árboles más altos. Era un bosque solitario, sin pájaros ni otros animales, ni siquiera un simple conejo o, allá arriba, un cuervo que rompiese el silencio.

—No creo que la Reina haya visto alguna vez una senda tan solitaria como ésta —dijo Mrs. Todd, como si hubiese estado siguiendo mis pensamientos. Nuestra visita a Mrs. Abby Martin parecía estar relacionada, de una manera extraña, con los altos asuntos de la realeza. Yo había recordado los paisajes ingleses, y las solemnes montañas de Escocia, con sus fincas solitarias, los rediles vallados con piedras y los

rebaños que vagan por las praderas envueltas en nubes. A menudo había despertado en mí una súbita curiosidad la alusión familiar a ciertos miembros de la casa real que se puede encontrar en poblaciones apartadas de Nueva Inglaterra; si algún viejo instinto de lealtad personal había sobrevivido a todos los cambios de los tiempos y las vicisitudes nacionales, o si sólo se trataba de que el propio carácter y la disposición de la Reina le habían granjeado amigos en tan lejano lugar, es algo que no se puede decir. Pero el saber de una hermana gemela era la más sorprendente de las pruebas de intimidad y he de confesar que alentaba algo muy excitante para la imaginación en mi paseo matinal. Pensar en ser presentada en la Corte según las formas habituales parecía algo natural en ese momento.

Mrs. Todd, como una niña, hacía balancear su cesta mientras andaba y en determinado momento se le deslizó de la mano y rodó por tierra como si estuviese vacía. La cogí y se la di; ella levantó la tapadera y echó una mirada ansiosa.

—No hay más que unas poquitas cosas, pero no quiero estropearlas —explicó con humildad—. Hubiese sido bueno que usted cogiera otra cesta, por si todo lo que hay en ésta se me cayese. Mrs. Abby Martin me dijo que le hacía falta un poco de seda rosa para terminar uno de sus bordados, y he pensado en traerle un trozo; también le llevo un poco de hilo de oro que tenía en una caja, desde hace veinte años. Nunca se me han dado bien las labores de fantasía, pero todas podemos dejarnos llevar por la moda. Aquí tengo también un paquete de hierbas bien especiales, que he escogido con mucho cuidado; le sentarán bien, le despertarán el apetito cuando llegue la primavera. Me estuvo contando que la época de primavera la debilita y le resulta dura, o sea que ya está pensando en lo mal que lo va a pasar. A mi madre le ocurre igual: si yo lograra que tomase algunas medicinas en el momento adecuado, todo sería muy distinto, pero ella lo tira todo por la ventana antes que yo me entere; después, William va a verme suspirando y quejándose de lo débil que está madre. «¿Por qué no te tomas el trabajo de recordar cuáles son las hierbas que yo le doy?», no puedo por menos de decirle y allá se marcha él, bastante enfurruñado, en su barca. Después, al tiempo, aparece madre para asistir a las reuniones de la congregación, muy habladora y lozana como una niña. El caso de Mrs. Martin es muy parecido; pero no hay quien cuide de ella; William es un poquitín posma, pero peor es nada cuando llegas a la edad de Mrs. Martin.

—¿No ha tenido hijos? —pregunté.

—Muchos —respondió Mrs. Todd con enjundia—, pero algunos han muerto y los demás están casados y establecidos en otros lugares. Ella nunca ha sido muy dada a las visitas. No sé, pero tal vez habría que decir que Mrs. Martin tiene algo de especial. Hasta los suyos han de esforzarse para acompañarla; ella no se mete con nadie y vive con quien sea como si los demás no estuviesen en la casa, incluso cuando va a la de sus hijos. Una de sus nueras decía una vez que preferiría pasar el día con la Reina y no con su suegra, si pudiese elegir entre las dos, pero no creo que Abby sea tan difícil. A mí me gustaba verla llegar; puede que fuese un poco

ceremoniosa, pero es muy agradable y jovial si tienes el buen sentido de tratarla con mano izquierda. Siempre he pensado que ella sabría comportarse ante personas importantes, y que se encontraría más a gusto entre ellas y siguiendo sus costumbres. La mujer de su hijo es muy buena para las faenas de la granja, atiende a toda una cuadrilla de hombres en tiempo de cosecha y eso le va de maravilla; sin duda es una buena mujer, y muy lista, pero tal vez algo rústica. Cualquiera que sea tan refinada y puntillosa como Mrs. Martin te cohibiría. Hay toda clase de gente en el campo, igual que en la ciudad —concluyó Mrs. Todd con tanta gravedad como la que yo empleé para asentir.

Los bosques cerrados quedaban ahora a nuestras espaldas y el sol brillaba radiante sobre nuestras cabezas, se habían disipado las nieblas de la mañana y un vaho tenue y azul suavizaba la lejanía; mientras subíamos por la montaña desde cuya cima veríamos el paisaje, aquélla parecía una jornada de verano. Arriba, mirando al sur, se alzaba una vieja casa, no más que el esqueleto abandonado de una vivienda vieja, con sus ventanas vacías que semejaban ojos ciegos. La hierba quemada por el hielo crecía alrededor, como una piel castaña, y cerca de la puerta una lila solitaria abría el manojo de sus hojas verdes.

—Ahora tomaremos un buen trozo de pan con mantequilla —dijo la comandante de la expedición—, después colgaremos la cesta dentro de la casa, fuera del alcance de las ovejas, y así merendaremos al regreso. Cuando lleguemos, Mrs. Martin ya habrá tomado su frugal comida, sí, así será; pero querrá ofrecernos una taza de té y tendremos que emprender la vuelta tan pronto como sean las dos. No quiero cruzar los prados de abajo cuando comience a caer el frío. Y me parece que están por juntarse las nubes esta tarde.

Ante nuestros ojos se extendía un espléndido universo de mar y playa. Los colores del otoño pintaban ya el paisaje; aquí y allá, en los bordes de un sendero de abetos puntiagudos, una hilera de arces de los pantanos parecían flores de color escarlata. Ni la menor de las brisas turbaba el azul de la mar y de las grandes calas.

—¡Tierra pobre, ésta! —suspiró Mrs. Todd cuando nos sentamos a descansar en el gastado escalón de la entrada—. He conocido a tres buenas y laboriosas familias que llegaron llenas de esperanza y brío, para tratar de hacer algo con esta granja, pero ninguna lo consiguió. Hay un prado pequeño, excelente para plantar patatas, si se deja que la mitad descansa cada año; pero la tierra siempre está hambrienta. Ya ve usted, ahora esas piceas puntiagudas y esos abetos balsámicos invaden la montaña, verdes, frondosos: ¡se han apoderado de todo! A menudo parece que la naturaleza virgen siente envidia de determinado lugar y quiere hacer allí lo que le parezca. Ya lo ve usted: será la naturaleza quien cave y rastille con el hielo y las lluvias, para plantar lo que quiera, y esperará sus propias cosechas. El hombre no puede hacer nada, por mucho que lo intente. ¡Yo le prometo que esos arbolillos van en serio!

Observé la ladera; me sentía como si nosotras mismas fuésemos a vernos sitiadas y vencidas si nos demorábamos demasiado. Había una fuerza germinal, una tenacidad

y un vigor, en el interior de esos árboles robustos, que desafiaban sin reparos a la débil naturaleza humana. Se sentía una súbita pena por los hombres y mujeres que habían sido derrotados después de una larga batalla en aquel apartado lugar; se sentía un súbito temor ante lo indomable, ante las fuerzas perentorias de la naturaleza, como en el momento inapelable de una tormenta.

—Recuerdo la época en que la gente tenía miedo de andar por estos bosques que hemos atravesado —dijo Mrs. Todd con acento grave—. Ni siquiera los hombres se atrevían a aventurarse solos en ellos. Si algún animal se les perdía, buscaban a quien pudiese acompañarlos y entonces salían todos juntos. Se decía que una persona podía extraviarse si iba sin compañía y que en tiempos antiguos muchos desaparecieron. Me figuro que habrá persistido bastante del temor que hubo en los viejos tiempos en que había indios, y en esa época terrible de la brujería; de todos modos yo he visto hombres valientes que se comportaban como si fuesen unos miedicas. Algunas mujeres de la familia de Asa Bowden salieron a coger zarzamoras y frambuesas una tarde, cuando yo era niña, se extraviaron y pasaron toda la noche en el monte; las encontraron a media mañana, al día siguiente, a menos de media milla de su casa; la mayoría se había llevado un susto de muerte, y decían que habían oído aullidos de lobos y de otras fieras suficientes como para devorar a toda una caravana. ¡Pobres muchachas! Se habían salido del camino, para ir a dar a una especie de hondonada donde crecen los alisos, y una de ellas estaba tan abrumada que nunca pudo superarlo: entró en una consunción lenta. Era como si se hubiesen ahogado en un vaso de agua, pero sus mentes sufrieron horrores. Algunas personas ya nacen con miedo a los bosques y a los sitios salvajes, pero no es mi caso, pues a mí siempre me han parecido como mi propio hogar.

Eché una mirada a la cara firme y tranquila de mi compañera. En ella la vida era algo potente, como si alguna fuerza natural estuviese personificada en esta mujer de corazón sencillo y la revistiese de cierto parentesco con las divinidades de antaño. Podría haber recorrido las tierras primitivas de Sicilia; sus faldas de zaraza en ese mismo instante hubiesen podido estar rozando los tallos gráciles de los asfódelos y oler a tomillo recién arrancado, en lugar de doblegar las hierbas barridas por el viento de Nueva Inglaterra o los nardos mordidos por las heladas. Ella era un alma noble, era Mrs. Todd, y yo su humilde acompañante en nuestra visita a la gemela de la Reina, mientras dejábamos atrás el espectáculo brillante del mar y descendíamos a una campiña llana, a través de pastos y prados secos.

Todas las granjas tenían un aspecto deslucido, aun cuando el lugar, después de todo, era muy joven. Las vallas ya estaban débiles y daba la sensación de que el primer impulso de las faenas agrícolas se hubiese apagado por sí mismo, sin esperanza de renovación. La mejores edificaciones siempre habían sido las que tuvieron algo que ver con los marineros enriquecidos; una casa que no pudiese mostrar una barca de pesca amarrada en algún fondeadero cercano estaba muy lejos de poder disponer de las necesidades de cada día. La tierra, por sí misma, no era

suficiente para sobrevivir en esa comarca pedregosa. Aquella tierra pertenecía Por derecho natural a los bosques y pronto volvía a ellos. Desde la cima de la colina en que descansáramos, habíamos visto la prosperidad en la borrosa lejanía, donde la tierra era buena y el sol lucía sobre graneros opulentos, donde casas acogedoras, con tres o cuatro chimeneas cada una, se elevaban sobre sus cimientos sólidos, por encima de la bahía.

A medida que nos acercábamos a la casa de Mrs. Martin, resultaba penoso ver los campos de malezas pobres y las viviendas míseras y vacías, abandonados por quienes habían elegido esa decepcionante comarca del norte como lugar de morada. Atravesamos el último prado para desembocar en un camino estrecho, cavado por las lluvias; Mrs. Todd tenía un aire ansioso, expectante, al decir que casi habíamos llegado al fin de nuestra jornada.

—Espero que Mrs. Martin la reciba en su salón, donde guarda todas la fotos de la Reina. Sí, creo que lo hará, pero no se figure que para ella cualquiera sea digno de eso, ¡se lo prometo! —dijo Mrs. Todd en tono de advertencia—. Ha coleccionado esas fotos recortándolas de periódicos y revistas desde hace no sé cuánto tiempo; si le dicen que alguien se embarca hacia algún puerto inglés, se las apaña para hacerle llegar algún dinerito y pedir que le traiga el último retrato que haya aparecido. Ya tiene cubierta casi toda la pared de su salón, y lo mantiene cerrado como si fuese un templo. «Creo que no puedo decir que alguna sea mi favorita», me dijo el otro día, «porque todas me parecen preciosas». A todas les ha hecho unos marcos muy bonitos. Ya sabe usted que siempre sale una nueva moda; al principio eran los de conchas, después los de piñas, los ha habido de cuentas, y ahora está muy entusiasmada con los de cartón perforado y recamado de seda. ¡Le aseguro que ese salón es algo digno de verse! Pero no ha de esperar usted un conjunto elegante —prosiguió Mrs. Todd, tras un instante de reflexión—. Mrs. Martin siempre ha vivido con pobreza, en circunstancias duras. Tuvo ambiciones para sus hijos, aunque ellos siguieron el camino del padre y poco han ganado por sí mismos. Ante todo, el suyo no fue un buen matrimonio, por muy dulce que se muestre cuando habla de él; ha sido una mujer paciente y trabajadora durante toda su vida y siempre se ha cuidado muy bien de lamentarse delante de los demás. Espero que todo este asunto de la Reina la haya ayudado a hacerse un lugar en la vida. Sí, se podría decir que Abby ha sido una esclava, pero no hay esclavo que no tenga un poco de libertad.

Al cabo de unos instantes vi una casa gris, baja, en medio de una loma herbácea, cerca del camino. La puerta estaba a un lado, frente a nosotras, y una maraña de arbustos de vellosilla y de flores de cinamomo crecía hasta los alféizares de las ventanas. En la entrada, de pie, una mujer anciana, de hombros cargados, menuda, nos aguardaba con una actitud de bienvenida; de ella emanaba un inequívoco aire de dignidad.

—Nos ha visto —exclamó Mrs. Todd en un susurro—. Verá usted, el otro día le

dije que quizá volviese por aquí si hacía bueno y que si venía, la traería a usted. Me respondió que le daría mucho gusto recibir su visita y eso me sorprendió, porque ella habitualmente es muy retraída.

A pesar de esa afirmación, flotaba un débil sentimiento aprensivo por nuestra parte. Había algo decididamente formal en aquel momento y se podía respirar cierto hálito de inoportunidad, que siempre resulta difícil de sobrellevar incluso para el más humilde de los orgullos. Por el camino me había desgarrado el vestido en un encuentro inesperado con una mata de espinos, y pude figurarme lo que se sentía acudiendo a la Corte sin plumas ni cola en el traje de gala.

La gemela de la Reina no hacía caso de esas minucias; estaba de pie, con la mirada serena, aguardando que nos acercáramos a estrechar su gentil mano. Era una bella anciana, de ojos claros, de porte amable, tranquilo y franco; no había en su comportamiento nada presuntuoso, nada pomposo, como diría Mrs. Todd, comprensivamente. La belleza es rara en la vejez de mujeres que han pasado su vida en faenas duras o trabajando en una granja; pero por muy otoñal y marchitada que se viese esa mujer, sus facciones habían conservado, o más bien adquirido, un gran refinamiento. Nos llevó a su vieja cocina, nos invitó a sentarnos y ella misma ocupó una de las pequeñas sillas de respaldo recto. Se había situado a cierta distancia, como si diese audiencia a un embajador. Tuve la impresión de que hubiésemos debido mantenernos de pie, no podía por menos de sentir que las costumbres de Mrs. Martin eran más ceremoniosas, aunque en ese momento se hubiese hecho cargo de la sencillez de la ocasión.

Mrs. Todd era siempre Mrs. Todd, un alma demasiado noble y segura de sí como para que una circunstancia cualquiera la turbase. Yo admiraba su calma, y en aquel instante el fluir tranquilo de la charla entre vecinas me arrastró suavemente; conversamos acerca del tiempo, de las pequeñas aventuras de la jornada y después, como si no fuésemos desconocidas, nuestra huésped se volvió hacia mí, para hablarme con afecto.

—Ahora el tiempo será malo en Londres. Me figuro que usted habrá estado en Londres, querida —dijo.

—Oh, sí —contesté—. El año pasado.

—Hace mucho que yo estuve allí, en los años cuarenta —dijo Mrs. Martin—. Fue el único viaje que hice en mi vida. La mayoría de mis vecinos eran grandes viajeros. Mi hermano era patrón de un barco y su mujer navegaba con él; pero aquel año uno de sus niños estaba más delicado de salud que los otros, y ella temía no poder cuidarlo bien en alta mar. Además, mi hermano ofreció a mi marido el puesto de sobrecargo, ya que él era un buen contable y un día vino por aquí para instarle a que lo aceptase. A mi marido no le iba bien la mar, pero tenía problemas de dinero, y yo vi que aquélla era una buena ocasión para mí, de modo que los convencí y me llevaron. En esos tiempos a nadie le parecía mal que a bordo hubiese una mujer para lavar y remendar la ropa, y es que los viajes a veces eran muy largos. Así fue como

llegué a ver a la Reina.

Mrs. Martin me miraba a los ojos, para ver si yo mostraba un interés genuino por la persona más interesante del mundo.

—Oh, cuánto me alegra que usted haya visto a la Reina —me apresuré a decir—. Mrs. Todd me ha contado que usted y ella nacieron el mismo día.

—Por cierto que sí, querida —dijo Mrs. Martin mientras se arrellanaba en su silla y sonreía como no lo había hecho antes. Mrs. Todd asintió con la cabeza y dejó ver una mirada satisfecha, como si estuviese diciendo que las cosas iban todo lo bien que era posible en ese momento crucial.

—Sí —repitió Mrs. Martin, a la vez que acercaba su silla—, es algo notable: nacimos el mismo día y exactamente a la misma hora, si se tiene en cuenta la diferencia horaria. Mi padre lo puso por escrito, a la manera de los marineros. Su Real Majestad y yo abrimos los ojos a este mundo juntas; dígame lo que se diga, existe un lazo entre nosotras.

Mrs. Todd asintió con un aire de triunfo, desató el lazo de su sombrero y lo echó a su espalda con un gesto elegante.

—También me casé con un hombre que se llamaba Albert, tal como ella, y fue una casualidad, porque no me enteré de que el marido de ella se llamaba Albert hasta una quincena más tarde. En esa época las noticias tardaban más en llegar que ahora. Mi primer hijo fue una niña y la llamé Victoria en honor de mi par; el segundo niño fue varón y mi marido quiso ser quien eligiera el nombre; le llamó con su propio nombre y con el de su hermano, Edward. Poco después supe por los periódicos que el pequeño Príncipe de Gales había sido bautizado con esos mismos nombres. Después puse toda clase de excusas para esperar a saber cómo llamaba ella a sus hijos. No quería romper esa cadena, de modo que tuve un Alfred y a mi querida Alice, a la que perdí mucho antes que ella a la suya, y allí me quedé. ¡Si hubiese tenido una hija que viviera en casa, conmigo, qué agradecida me habría sentido! Pero si sólo una de nosotras había de tener una pequeña Beatrice, me alegra que fuese la Reina. Ambas hemos pasado penas, pero ella ha sobrellevado la mayor responsabilidad.

Pregunté a Mrs. Martin si vivía sola todo el año; la respuesta fue que así era, con excepción de alguna que otra visita de una de sus nietas.

—Es la única a la que le gusta venir a estarse en silencio cerca de su abuela. Siempre había dicho que en cuanto terminara sus estudios se vendría a vivir conmigo, pero es muy guapa y ya ha pensado en otros caminos —dijo Mrs. Martin, con una mezcla de orgullo y melancolía—, y yo no tengo nada que decir al respecto. Sí, he estado sola la mayor parte del tiempo desde que se fue mi Albert, y de eso hace muchos años. Él pasó por una larga enfermedad antes —el pie de Mrs. Todd golpeó el suelo con impaciencia—. Siempre he vivido en esta casa. No se parece a los de Su Majestad la Reina, pero es el único palacio que he tenido —afirmó la encantadora viejecita, mientras volvía a sonreír—. También estoy contenta de eso, no me gusta ir de un lado a otro, nuestras posiciones en la vida son bien distintas. Yo no necesito lo

mismo que la Reina, pero a menudo he pensado que me ha tocado hacer las cosas sencillas para las que ella no ha tenido tiempo. Me figuro que es una excelente ama de casa, nadie podría haberlo hecho mejor en su alto cargo y ha sido tan buena madre como buena reina.

—Me figuro que sí, Abby —asintió Mrs. Todd de inmediato—. ¿Cómo fue que pudo verla tan de cerca? Cuando vine el otro día estuve a punto de pedirle que me lo contase otra vez.

—Nuestro barco estaba anclado en el Támesis, justo arriba de Wapping. Estábamos descargando y teníamos órdenes de acabar tan pronto como fuese posible para zarpar hacia Burdeos, donde deberíamos embarcar un cargamento de excelente mercancía francesa —explicó Mrs. Martin de buen grado—. Yo oí decir que la Reina iba a pasar revista a su ejército y que saldría de su palacio de Buckingham a las diez de la mañana, así que fui a popa, a ver a Albert, mi marido, y a mi hermano Horace, porque ambos estaban allí, junto a la escotilla, y les dije que uno de ellos tenía que acompañarme. Se echaron a reír, yo tenía prisa y ellos decían que no podían; comprendí que iban en serio y que se impacientaron cuando empecé a hablar; a mí se me partía el corazón, porque había hecho ese viaje tan duro sólo por aquel motivo. A menudo Albert no podía por menos de reprochármelo, porque a él le sentaba muy mal la mar y yo sabía, antes de partir, cómo le caería aquello. Pero a mí nada me había importado hasta ese momento, de modo que fui casi a rastras al camarote y me eché a llorar. El cocinero del barco no había resultado bueno y yo cociné para los del castillo de proa y para los demás durante todo el tiempo; era un trabajo terrible, sobre todo con mar gruesa; tuvimos vientos contrarios y una travesía de seis semanas. Ellos habían dado a entender que se avergonzaban de mí cuando rogué que me llevasen a tierra, y eso fue lo que me hizo más daño. Pero Albert bajó casi de inmediato; yo jamás en la vida me había descontrolado de esa forma y él empezó a sentir miedo, así que me trató con dulzura, tal como antes de nuestra boda; cuando dejé de llorar subió a cubierta, buscó a Horace y le consultó sobre lo que podía hacerse. Ambos tenían que cumplir con sus tareas en el barco y no podían ausentarse ese día. Horace fue muy bueno cuando comprendió lo que ocurría y bajó a decirme que yo había trabajado más de lo que costaba mi pasaje y que podía hacer lo que quisiera mientras estuviésemos en el puerto. Había contratado un nuevo cocinero, que embarcaría esa misma mañana, y mandaría conmigo al carpintero del barco, un buen hombre de más allá de Thomaston, que ya había ido a cambiarse de ropa. Me preparé y partimos en el bote pequeño, remando río arriba. Tuve miedo de que fuese demasiado tarde, pero la marea entraba con fuerza y así llegamos pronto a tierra; dejamos el bote a un guardia y eché a correr por aquellas calles anchas y atravesé un parque. Era un día de fiesta, con la multitud reunida en todas partes, aunque para mí valían tanto como figuras de cera. Avancé preguntando por el camino, casi corriendo, mientras el carpintero me seguía a duras penas. En el mismo momento en que conseguí llegar a la primera fila de la muchedumbre que estaba ante el palacio, fueron abiertas las

puertas de la verja: por allí salía ella, todo eran caballos briosos y oros relucientes, y en un carruaje precioso iba la Reina. En ese instante se abrió el cielo para mí. La vi muy bien y ella me miró a los ojos con tal agrado y felicidad que parecía saber que entre nosotras había algo distinto de lo que hay entre cualesquiera otras personas.

Hubo un momento en que la gemela de la Reina no pudo continuar y ninguna de sus oyentes fue capaz de formular una sola pregunta.

—El príncipe Albert iba en el coche, junto a ella —continuó Mrs. Martin—. ¡Qué hombre más guapo! Sí, amigas mías, los vi a los dos juntos, tal como ahora las estoy viendo a ustedes. Al cabo de un minuto ya se habían alejado de mi vista y la multitud se abalanzó entre empujones y gritos. Era un día de fiesta; el carpintero y yo fuimos separados y después nos encontramos, cuando yo ya pensaba que eso no sucedería jamás; el hombre se empeñaba en que ése fuera un día especial para mí y quería mostrarme los lugares principales de Londres, porque él ya había estado en la ciudad, pero a mí no me apetecía ver ninguna otra cosa, y para regresar bajamos hasta el río y cogimos el bote. Recuerdo que esa tarde arreglé, lo mejor que pude, una chaqueta de Albert, en el alcázar de proa, al sol, y que todo me parecía un sueño magnífico. No sé cómo explicarlo, pero desde entonces no ha habido para mí una amiga a la que sintiera más cercana.

No había mucho que decir, lo único posible era escuchar. Mrs. Todd hizo alguna que otra pregunta sensata y los ojos de Mrs. Martin brillaban más y más a medida que hablaba. ¡Qué hermoso don de imaginación y sentimiento verdadero había en ese corazón tierno y viejo! Eché una mirada a la sencilla cocina típica de Nueva Inglaterra, con sus paredes ennegrecidas por el humo de los leños, las alfombras hechas a mano sobre el suelo gastado y sus enseres modestos. El reloj, con su tictac grave, parecía acompañar nuestra charla; al otro lado de la habitación se veía —recorte de un periódico— un retrato de Su Majestad la Reina de Gran Bretaña e Irlanda. Debajo, sobre un estante, lucían unas flores en un cuenco de cristal, como si estuviesen puestas ante una imagen sagrada.

—Si hubiese tenido más cosas para leer, lo habría sabido todo acerca de ella —dijo Mrs. Martin con melancolía—. He sacado el mayor provecho de lo que me ha caído entre manos, he reflexionado sobre cada cosa una y otra vez, hasta comprenderlo bien. A veces pienso que la conozco a fondo, como si hubiésemos vivido juntas. A menudo he ido a pasearme por esos bosques sola, para contarle a ella mis penas, y siempre he vuelto con la sensación de que me consolaba y me decía que hay que ser paciente. Tengo ese bonito libro que ha escrito sobre las Highlands. Mi querida Mrs. Todd fue la que se enteró de que lo había publicado y me consiguió un ejemplar, que ha sido un tesoro para mi corazón, como si ella lo hubiese escrito para mí. Ahora lo leo cada domingo, cuando me siento a descansar. Antes estaba obligada a figurarme muchas cosas, pero cuando llegué a leer su libro, supe que todo lo que me había imaginado era verdad. Las dos pensamos de un modo parecido con respecto a muchas cosas —dijo la gemela de la Reina con una certidumbre amorosa—. Vean

ustedes: hay algo entre nosotras, porque hemos nacido al mismo tiempo, es lo que suele llamarse derecho de nacimiento. Ella ha tenido que afrontar grandes tareas por ser la Reina, y a mí me ha tocado el lote más humilde. Pero ella lo ha hecho lo mejor que ha podido, y nadie será capaz de decir lo contrario, y existe algo entre nosotras. Ella ha sido el gran modelo según el cual yo he querido vivir. Lo ha sido todo para mí. Cuando celebró su Jubileo, ah, ¡mi corazón estuvo con ella!

»Vaya, en su vida no hubiese tenido la importancia que tuvo en la mía —dijo Mrs. Martin con generosidad, en respuesta a algo que había dicho una de sus interlocutoras—. A veces pienso que, ahora que es vieja, tal vez le daría gusto saber de nosotras dos. Cuando veo qué pocas viejas amigas nos quedan a las personas de nuestra edad, me digo que a ella le ocurrirá lo mismo que a mí. Tal vez le haría gracia saber que las dos llegamos a la vida al mismo tiempo. Pero yo tengo la gran ventaja de haberla visto y siempre me puedo figurar cómo lo está pasando, mientras que ella nada sabe de mí, como no sea que sienta a veces que mi cariño da apoyo a su corazón y no sepa de dónde le viene eso. Yo sueño que estamos juntas en alguna campiña hermosa, jóvenes como alguna vez lo fuimos, paseándonos cogidas de la mano. Me gustaría saber si ella también ha soñado alguna vez con eso. Hubo días en que me creía que la Reina estaba enterada de todo y venía a verme —confesó la narradora con timidez, en tanto el sonrojo subía a sus mejillas—, y entonces ponía lo que tenía para una buena comida, me decía que no iba a permitir que nadie supiese que ella estaba aquí para un largo descanso, aunque siempre me hubiera gustado que usted, Almira Todd, o mi querida amiga Mrs. Blackett se hubiesen dejado caer por aquí, porque ambas saben que yo hablo con ella. Ya lo ven, a ella le gusta subir a Escocia, estar en medio de la naturaleza virgen, que es donde se encuentra mejor que en cualquier otro sitio.

—Me apetecería de veras que ella fuese a Green Island, a visitar madre —dijo Mrs. Todd, en un impulso súbito.

—¡Oh, sí! Me encantaría hacerlo con usted —exclamó Mrs. Martin y comenzó a hablar en voz baja—. Un día me puse a pensar en mi querida Reina —dijo—, y todo era tan real en mis pensamientos que empecé a trabajar y a preparar todo para ella, como si fuese a venir de verdad. Nunca he contado esto a nadie, pero siento que ustedes lo comprenderán. Puse en la cama mis mejores sábanas y las mantas de lana que yo misma hilé y tejí; cogí unas flores, muy bonitas, y llené la casa con ellas; trabajé duro y tan contenta todo el día; además guisé la mejor cena que yo podría guisar, mientras me contaba, sin parar, esa historia a mí misma: ella iba a venir y yo la vería de nuevo y así estuve hasta la caída de la noche. Cuando llegó la oscuridad y comprendí que estaba sola, se desvaneció mi sueño, así que me senté en el escalón de la entrada. Me sentía tonta y cansada. Aunque les cueste creerlo, oí unos pasos que se acercaban; era una viejecita, prima mía, que pasaba por aquí, una persona de la que yo solía avergonzarme. No estaba en sus cabales, como se suele decir, pero era inofensiva, apenas un saco de huesos hablador. Salí a recibirla tan pronto como llamó, en lugar de ocultarme como en otras ocasiones, y ella entró de muy buen

grado. Nos sentamos juntas a cenar; yo no hubiese sido capaz de comer sola esa cena.

—Creo que la pobre jamás en su vida lo había pasado tan bien como esa noche. Le oí hablar del asunto tiempo después —exclamó Mrs. Todd compasivamente—. ¡Vaya! Ahora que oigo todo esto me parece como si la Reina lo hubiese sabido y, como no podía venir en persona, envió a esa pobre mujer que siempre estaba tan necesitada.

Mrs. Martin echó una mirada tímida a Mrs. Todd y después a mí.

—Fue una niñería por mi parte eso de poner aquella cena —confesó.

—Me figuro que usted no ha sido la primera que lo ha hecho —dijo Mrs. Todd—. No, me figuro que usted no ha sido la primera en preparar una cena de esa forma, Abby —y por un instante no pudo decir nada más.

Mrs. Todd y Mrs. Martin habían movido sus sillas, de modo que se enfrentaban y yo, a un lado, las veía a ambas.

—No, nunca me habló de esto antes, Abby —dijo Mrs. Todd con un tono dulce—. ¿No está claro para las personas que tienen algo de imaginación que esos sueños bonitos forman parte real de la vida? Para la mayoría de la gente las cosas comunes que ocurren fuera de ellos es lo único que existe.

Mrs. Martin al principio pareció no entender nada, cosa extraña, al oír su secreto expresado en palabras. Después un brillo de placer y comprensión se iluminó en su cara.

—¡Vaya, creo que tiene razón, Almira! —dijo y se volvió hacia mí—. ¿Le gustaría ver mis fotos de la Reina? —preguntó; nos pusimos de pie y pasamos al salón.

Nuestra visita de la tarde se hizo breve. Las horas de septiembre lo son para adecuarse a los días que se acortan. El gran tema quedó de lado durante un rato, después de nuestro recorrido ante las fotos de la Reina, y mis compañeras hablaron de personas bastante menos altas hasta que fuimos a tomar la taza de té prevista por Mrs. Todd. Recordé al azar que se decía que la Reina gustaba de una buena taza de té y así surgió la sensación de que Su Majestad se unía benévola a nuestra tan remota y reverente compañía. Las mejillas enflaquecidas de Mrs. Martin se tiñeron de un tono juvenil.

—Siempre he pensado en ella cuando he preparado un té muy bueno —dijo—. Tenía yo una taza de porcelana auténtica, que fuera de mi abuela, y creo que ahora diré que es de la Reina.

—¿Por qué no? —respondió Mrs. Todd con calor y una sonrisa deliciosa.

Más tarde hablaron de una visita prometida que se habría de llevar a cabo durante el verano indio al embarcadero y a Green Island, pero observé que Mrs. Todd le regalaba un pequeño paquete de hierbas secas, con instrucciones completas para una cura de primavera, como si en realidad no fuese posible que se volvieran a ver antes. Cuando desde el recodo del camino miramos hacia atrás, la gemela de la Reina estaba aún de pie en la entrada, viendo cómo nos alejábamos. Mrs. Todd se detuvo y

permaneció inmóvil unos momentos, antes de volver a agitar su mano.

—Una cosa es segura, querida —me dijo con buen criterio—, ¡no la hemos dejado sola!

Emilia Pardo Bazán
HIJO DEL ALMA

HIJA única de los condes de Pardo Bazán, Emilia nació en La Corma en 1851 y murió en Madrid en 1921, dejando tras de sí una brillante carrera como novelista, ensayista y cuentista sin parangón en las letras hispanas. Poseedora de una enorme cultura, fruto de una esmerada educación enriquecida por su conocimiento de las principales lenguas europeas, mostró al principio interés por la poesía, que pronto abandonaría en beneficio de una polémica actividad como articulista de temas científicos y filosóficos, furibunda feminista editora de una Biblioteca de la Mujer, y novelista de inequívoca adscripción naturalista, explicada por ella misma en La cuestión palpitante (1883) y avalada por títulos como El viaje de novios (1881), La tribuna (1882), Los pazos de Ulloa (1886) y su complemento La Madre Naturaleza (1887).

Cronista insuperable de su Galicia natal, su vasta obra literaria, que incluye incluso fallidas incursiones teatrales, se complementó con una pléyade de cuentos publicados en revistas de la época y luego recogidos en varias antologías. Dentro de una amplia variedad temática y estilística, sin abandonar nunca esa sabia mezcla de casticismo y clasicismo que caracteriza a su mejor prosa, varios de esos cuentos son de clara inspiración fantástica, ya anunciada en su primera novela Pascual López, autobiografía de un estudiante de Medicina (1879), que puede considerarse a todas luces un precedente de la ciencia ficción.

Del volumen titulado Cuentos trágicos (1912) he extraído este macabro e irónico «Hijo del alma», publicado originariamente el 1 de junio de 1908 en el periódico El Imparcial, y al que, como a los restantes, podría aplicársele lo que su autora hace notar en el prólogo a «El talismán» (1894): «En lo fantástico y maravilloso hay que creer a pie juntillas y el jue no cree —por lo menos desde las 11 de la noche basta las 5 de la Madrugada— es tuerto de cerebro, o sea medio tonto».

HIJO DEL ALMA

LOS médicos son también confesores.

Historias de llanto y vergüenza, casos de conciencia y monstruosidades psicológicas, surgen entre las angustias y ansiedades físicas de las consultas. Los médicos saben por qué, a pesar de todos los recursos de la ciencia, a veces no se cura un padecimiento curable, y cómo un enfermo jamás es igual a otro enfermo, cómo ningún espíritu es igual a otro. En los interrogatorios desentrañan los antecedentes de familia, y en el descendiente degenerado o moribundo las culpas del ascendiente — porque la ciencia, de acuerdo con la escritura, afirma que la iniquidad de los padres será visitada en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación.

Habituado estaba el doctor Tarfe a recoger estas confidencias, y hasta las provocaba, pues creía hallar en ellas indicaciones convenientísimas al mejor ejercicio de su profesión. El conocimiento de la psiquis le auxiliaba para remediar lo corporal; no, por ventura, ése era el pretexto que se daba a sí mismo, al satisfacer una curiosidad romántica. Allá en sus mocedades, Tarfe se había creído escritor y ensayado con desgarbo el cuento, la novela y el artículo. Triple fracasado, restituido a su verdadera vocación, quedaba en él mucho de *literatería*, y afición a decir misteriosamente a los autores un poco menos desafortunados que él: «¡Yo sí que le podría ofrecer a usted un bonito asunto nuevo! ¡Si usted supiese qué cosas he oído, sentado en mi sillón, ante mi mesa de despacho!».

Días hay en que todo cuentista, el más fecundo y fácil, agradecería que le surgiese ese asunto nuevo y bonito. Las nueve décimas partes de las veces, o el asunto no vale un pitoche y pertenece a lo que el arte desdeña, o cae en nuestra fantasía sin abrir en ella surco. Tarfe me refirió, al salir de la Filarmónica y emprender un paseo a pie en dirección al Hipódromo, hacia la vivienda del doctor, cien bocetos de novela, quizá sugestivos, aunque no me lo pareciesen a mí. Una tarde muy larga, muy neblirrosada, de fin de primavera me anunció algo *rarísimo*. La expresión de cortés incredulidad de mi cara debió de picarle, porque exclamó, después de respirar gozosamente el aire embalsamado por la florescencia de las acacias:

—Estoy por no contárselo a usted.

Insistí, ya algo intrigado, y Tarfe, que rabiaba por colocar su historia, deteniéndose de trecho en trecho (costumbre de los que hablan apasionadamente), me enteró del caso.

—Se trata —comenzó— de un chico de unos trece años, que su madre me llevó a consulta especial, detenidísima. Desde el primer momento la madre y el hijo llamaron mi atención. El estado del muchacho era singular: su cuerpo, normalmente constituido y desarrollado; su cabeza, más bien hermosa, no presentaba señales de enfermedad alguna; no pude diagnosticar parálisis, atrofia ni degeneración, y, sin embargo, faltaba en el conjunto de su sistema nervioso fuerza y vida. Próximo a la

crisis de la pubertad, comprendí que a no adquirir su organismo el vigor y tono de que carecía, era imposible que la soportase. Sus ojos semejaban vidrios, su tez fina, de chiquillo, se ranciaba ya con tonos de cera; sus labios no ofrecían rosas, sino violetas pálidas, y sus manos y su piel estaban frías con exceso; al tocarle me pareció tocar un mármol. La madre, que debe de haber sido una belleza, y viste de luto, tiene ahora eso que se llama cara de Dolorosa —pero de Dolorosa espantada, más aún que triste—, porque es el espanto, el terror profundo, vago y sin límites, lo que expresan su semblante tan perfecto y sus ojos desquiciados, de ojera mortificada por la alucinación y el insomnio.

»Siendo evidente que el hijo y la madre se encontraban bajo el influjo de algo ultrafisiológico, no se me pudo ocurrir ceñirme a un cuestionario relativo a funciones físicas. Debidamente reconocido, el muchacho pasó a otra habitación; le dejé ante la mesita, con provisiones de libros y periódicos ilustrados; me encerré con la madre, y figúrese el gesto que yo pondría cuando aquella señora, de buenas a primeras, me soltó lo siguiente:

—Si ha de entender usted el mal que padece esa infeliz criatura, conviene que sepa que es hijo de un cadáver.

Inmutado al pronto, tranquilizado después, dirigí la mirada al ropaje de la señora, sonreí y murmuré:

—Ya veo... El niño es huerfanito...

—No señor, no es eso... Llevo luto por una hermana. Lo que hay, señor doctor, e importa que usted se fije en ello, es que cuando mi Roberto fue engendrado, su padre había muerto.

La buena educación me impidió soltar la risa, o alguna palabra impertinente: después, un interés humano se lazó en mí; conozco bien las modulaciones de la voz con que se miente, y aquella mujer, de fijo, se engañaba, pero de fijo también, no mentía.

—No me cree usted, doctor... Lo conozco... Yo tampoco *creería*, si me lo vienen a contar antes del suceso... He *creído*, porque no me quedó más remedio que *creer*...

—Señora, perdóneme... —dije cada vez más extrañado—. No me exija Usted una credulidad aparente. Sírvase informarme del origen de su aprensión; necesito comprender de dónde procede el estado de ánimo de usted, que se relaciona, sin género de duda, con el estado anormal y la debilidad de su hijo.

—Óigame usted sin prevenciones; trataré de que usted comprenda... Lo que usted llama mi aprensión, en hechos se funda —y la señora suspiró hondamente—. Mi marido era negociante en frutas y productos agrícolas; se había dedicado a este tráfico por necesidad; la oposición de mis padres a nuestra boda nos obligó a buscarnos la subsistencia: yo salí de mi casa con lo puesto, y Roberto, pobrecillo, ¡el talento que tenía! —¡hacía versos preciosos!—, no encontró otra manera de evitar que nos muriésemos de hambre... Compraba en los pueblos de la huerta las cosechas y revendía para el extranjero. Había alquilado una casita, con jardín, al borde del mar, y

allí nos reuníamos siempre que podía; porque, muy a menudo, las exigencias del negocio le tenían ausente semanas enteras, y hasta temporadas de quince a veinte días, especialmente a fines de otoño, que es cuando se activaba el tráfico. Eso sí; ya iba ganando mucho, y nos halagaba la esperanza de llegar a ser ricos; para ser completamente dichosos, nos faltaba sólo un hijo; eran pasados más de dos años y el hijo no venía; pero Roberto me consolaba: «Lo tendrás, lo tendrás... Primero me faltaría a mí la vida y la sangre de las venas...». Así decía... ¡Cómo me acuerdo de sus palabras...!

»La noche memorable —de esas largas, del principio del invierno— lo esperaba yo, porque me había anunciado su venida, después de una ausencia de casi un mes. Acababa de realizar una compra-venta importante, y escribía muy alegre, porque traería consigo una bonita cantidad de oro, destinada a otras compras ajustadas ya. Yo ansiaba verlo; nunca fue tan larga nuestra separación: una inquietud, una desazón inexplicable me agitaban: no sé las vueltas que di por el jardín, el patio y la casa, a la luz de la luna. Al fin me rindió el cansancio y me acosté: era al filo de medianoche, y la luna iba declinando. En su carta, mi Roberto advertía que si no le era posible llegar antes, vendría seguramente de madrugada, y que no nos tomásemos el trabajo de estar en vela ni yo ni los criados que teníamos.

»Empezaba a conciliar el sueño, cuando me despertaron las caricias de mi esposo.

—¿Cómo había entrado? —pregunté vivamente, pues comenzaba a adivinar.

—Tenía llave de la verja del jardín y de la puerta; nunca necesitaba llamar —declaró la señora—. A la mañana siguiente, después de un sueño de plomo, abrí los ojos y noté con extrañeza que no se encontraba a mi lado Roberto. Me levanté aprisa, deseosa de servirle el desayuno: le llamé, llamé a los criados: nadie le había visto; ni estaba en la casa, ni en el jardín. En las dos puertas, ambas abiertas, hallábanse puestas las llaves. Entonces, mi desazón de la víspera se convirtió en una especie de vértigo: el corazón se me salía del pecho; despaché a los sirvientes en busca de su amo: y cuando se disponían a obedecerme, he aquí que se me llena la casa de gente de las cercanías, que traía la noticia fatal. A poca distancia... en la cuneta del camino... con varias puñaladas en el vientre y pecho...

Aquí la señora sufrió la aflicción natural; la acudí con éter, que tengo siempre a mano, y cuando se tranquilizó un poco, no fue ella quien siguió relatando; fui yo quien inquirí, con jadeante curiosidad:

—¿Le matarían por robarle?

—No tal. ¡El cinto con el oro... apareció sobre una silla, en mi cuarto!

—Calma, señora —murmuré—; no nos atropellemos. ¿No pudo el asesino quitarle las llaves y aprovecharlas para entrar furtivamente en la casa y en el dormitorio...? ¿Usted vio la cara a su marido?

La señora saltó, literalmente, en la silla; creí que iba a abofetearme.

—Esa atrocidad no me la repita usted, doctor, si no quiere que me mate y que mate antes al niño... —y los ojos desquiciados me lanzaron una chispa de furiosa

locura—. Pues que, ¿confundiría yo con nadie a mi Roberto? Su voz, sus brazos, ¿se parecían a los de nadie? ¡No lo dude usted! Era él mismo... era un alma... y por eso mi hijo no tiene cuerpo..., es decir, no tiene vigor físico, carece de fuerzas... Es *hijo de su alma*... Eso es, y nada más... Si no lo entiende usted así, doctor, bien poco alcanza su ciencia... Pero ya que no van ustedes más allá de la materia, voy a darle a usted una prueba, una prueba indudable, evidente, para confundir al más escéptico... Mire este retrato, de cuando mi esposo era niño...

Sacó del pecho un medallón que encerraba una fotografía; lo besó con transporte, y me lo entregó. Confieso que di un respingo de sorpresa: veía exactamente el mismo semblante del niño, que a dos pasos de nosotros, tras la cerrada puerta, se entretenía en hojear ilustraciones...»

—¡Eso ya es difícil de explicar! —exclamé, interrumpiendo al médico.

—No, no es difícil... Se han dado casos de que hijos de segundas nupcias de las madres, saquen la cara del primer marido. Hay una misteriosa huella del primer hombre que la mujer conoció, persistente en las entrañas... Pero yo tuve la caridad de aparentar una fe que científicamente no podía sentir... No quise volver loca del todo a la infeliz madre, víctima de tan odiosa burla o venganza, o ¡vaya usted a saber qué! El asesino de Roberto, el ladrón de su dinero, fue el mismo que completó la obra horrible con el último escarnio... Y en el aturdimiento de la fuga, se olvidó del cinto de oro; lo dejó allí. ¿Era sólo un bandido? ¿Era un enemigo que llevó el odio y la afrenta hasta más allá de la tumba? ¿Era un enamorado de la hermosura de la mujer? Esto no creo fácil averiguarlo ya... Pero el caso es bonito ¿eh? Y en él —como siempre— la *verdad* sería lo funesto. Miento piadosamente a la madre, y trato de salvar al hijo de la muerte.

Virginia Woolf UNA CASA EMBRUJADA

ADELINE Virginia Stephen (1882-1941), tal vez la mejor novelista del siglo, fue hija del editor y periodista sir Leslie Stephen y estuvo casada con el escritor Leonard Woolf, con el que fundó la prestigiosa editorial Hogarth Press, célebre por publicar la más interesante literatura del momento. Su hogar cercano al Museo Británico fue centro del llamado «grupo de Bloomsbury», que incluía, entre otros escritores y artistas, a Lytton Strachey, Roger Fry, E. M. Forster, David Garnett y el economista J. M. Keynes.

*Su importante contribución a la ficción moderna —experimentalismo formal y minimización de la trama y los personajes, en busca de una recreación de las complejidades de la experiencia interior—, en novelas tan magistrales como *To the Lighthouse* (1927), *Orlando* (1928) o *The Waves* (1931), corrió pareja con la lucidez e inteligencia que desplegó en sus numerosos ensayos acerca del arte de escribir.*

*Por contra, sus relatos, escritos mayoritariamente al comienzo de su carrera, a veces como simples esbozos de alguna novela, y muchos de ellos publicados únicamente después de muerta, suelen considerarse injustamente como obra menor. El lector puede juzgar por sí mismo la brevísima muestra que a continuación le presentamos, incluida en *Monday or Tuesday* (1921) y más tarde en su colección póstuma *A Haunted House and Other Stories* (1943). En este peculiar cuento de fantasmas, en el que se proyecta la sombra de su casa de campo de estilo regencia, «Ashesham», en donde seguramente lo concibió y escribió, aborda la escritora un género dado ya por muerto y aparentemente poco adecuado a sus méritos. No obstante, prescindiendo taxativamente de los obsoletos métodos victorianos, nos propone un apasionante enfoque inédito, mediante una interiorización de su naturaleza originaria y una apreciable carga simbólica.*

UNA CASA EMBRUJADA^[14]

A cualquier hora que te despertases había una puerta cerrándose. De un cuarto a otro iban de la mano, alzando aquí, abriendo allí, comprobando: una pareja espectral.

«Aquí lo dejamos», decía ella; y él añadía: «¡Sí, pero aquí también!». «Está arriba», murmuraba ella. «Y en el jardín», susurraba él. «No hagamos ruido», decían, «no les vayamos a despertar».

Pero no era que nos despertaseis. No. «Están buscándolo; están corriendo la cortina», decías, y seguías leyendo un par de páginas. «Ya lo han encontrado», pensabas convencido, deteniendo el lápiz en el margen. Y entonces, cansado de leer, te levantabas acaso, ibas a mirar: toda la casa estaba vacía, las puertas abiertas, y de la granja sólo llegaba el gorgoteo de contento de las palomas torcaces y el runrún de la trilladora. «¿A qué he venido yo aquí? ¿Qué venía yo a buscar?» Mis manos estaban vacías. «¿Será que está arriba?» En el sobrado estaban las manzanas. Vuelta a bajar: el jardín seguía en silencio como siempre, y sólo el libro había caído en la hierba.

Pero lo habían encontrado en el salón. No es que nunca se les viera. Los ventanales reflejaban manzanas, reflejaban rosas; todas las hojas eran verdes en el cristal. Si se movían por el salón, únicamente la manzana volvía el lado amarillo. Pero al momento siguiente, si se abría la puerta, esparcido por el suelo, colgando de las paredes, pendiente del techo... ¿qué? Mis manos estaban vacías. La sombra de un tordo cruzaba la alfombra; de los pozos de silencio más profundos, la paloma torcaz sacaba su burbuja sonora. «Está, está, está», latía la casa blandamente. «El tesoro escondido; la habitación...», se truncaba el latir. Ah, ¿era eso el tesoro escondido?

Un momento después la luz había bajado. ¿En el jardín, entonces? Pero los árboles tejían negrura para un rayo de sol errante. Tan fino, tan raro, frío y hundido bajo la superficie, el rayo que yo buscaba ardía siempre del otro lado del cristal. La muerte era el cristal; la muerte nos separaba; viniendo a la mujer primero, hace cientos de años, dejando la casa, sellando todas las ventanas; las habitaciones se oscurecieron. Él lo dejó, la dejó, fue al Norte, fue al Este, vio las estrellas volteadas en el cielo del Sur; buscó la casa, la encontró caída al pie de los Downs. «Está, está, está», latía alegre el pulso de la casa. «El tesoro vuestro.»

El viento brama por la avenida. Los árboles se encorvan, se doblan a un lado y otro. Los rayos de la luna salpican y chorrean locamente bajo la lluvia. Pero el rayo de la lámpara cae recto desde la ventana. La vela arde tesa y quieta. Vagando por la casa, abriendo las ventanas, cuchicheando para no despertarnos, la pareja espectral busca su gozo.

«Aquí dormíamos», dice ella. Y él añade: «Besos sin cuento». «Por la mañana, al despertar...» «Plata entre los árboles...» «Arriba...» «En el jardín...» «Cuando llegaba el verano...» «En invierno, nevando...» Las puertas siguen cerrándose a lo

lejos, golpean suaves como el pulso de un corazón.

Llegan más cerca; cesan en el umbral. El viento amaina, la lluvia resbala plateada por el cristal. Nuestros ojos se oscurecen; no oímos pasos a nuestro lado; no vemos a ninguna dama tender su manto espectral. Las manos de él tapan el farol. «Mira», dice en voz baja. «Están dormidos. Con el amor sobre los labios.»

Quietos, sosteniendo sobre nosotros la lámpara de plata, miran largamente, profundamente. Largamente se detienen. El viento empuja derecho; la llama se ladea un poco. Rayos de luna locos cruzan el suelo y la pared, y al encontrarse manchan los inclinados rostros; los rostros que cavilan, los rostros que escrutan a los durmientes y buscan su oculto gozo.

«Está, está, está», late orgulloso el corazón de la casa. «Largos años...», suspira él. «Me volviste a encontrar.» «Aquí», murmura ella, «durmiendo; en el jardín leyendo; riendo, empujando manzanas en el sobrado. Aquí dejamos nuestro tesoro...». Encorvada, su luz alza los párpados de mis ojos. «¡Está! ¡Está! ¡Está!», late desaforado el pulso de la casa. Despertándome, grito: «Ah, ¿es esto *vuestro* tesoro escondido? La luz en el corazón».

Everil Worrell
EL CANAL

LA norteamericana Everil Worrell (1893-1969), por contraste con la mayoría de las escritoras reunidas en esta antología, dedicó prácticamente todos sus esfuerzos literarios al género fantástico o de terror, convirtiéndose en asidua colaboradora de la revista especializada Weird Tales, que en su efímero formato pulp sirvió de trampolín durante más de treinta años (de marzo de 1923 a septiembre de 1954) a una renovada generación de escritores de ficción sobrenatural.

En tan mítica revista —hoy en día rareza de coleccionista— se codeó con figuras de la talla de H. P. Lovecraft, Algernon Blackwood, Robert Howard, Ray Bradbury, Clark Ashton Smith, Fritz Leiber, H. Russell Wakefield, etc., en dura competencia con otras perseverantes colegas, como Mary E. Counselman, Grege La Spina, Allison V. Harding, Margaret St. Clair, C. L. Moore, G. G. Pendarves, Dorothy Quick o C. Campbell Thomson, émulas de las «estrellas» indiscutibles de la citada publicación: la ilustradora Margaret Brundage y la editora Dorothy McIlwraith, la cual reemplazó en 1940 al legendario Farnsworth Wright, responsable máximo de la etapa más lúcida de la revista (1924-1940).

Desde que en 1926 publicara «The Bird of Space» hasta su última entrega «Call Not Their Names» (1954), sus relatos siempre gozaron de la aceptación del público, aunque ninguno obtuviera tanta celebridad como el aquí traducido «The Canal» (1927), clásica historia de vampiros que prescinde voluntariamente de algunas de las convenciones del género, incluyendo un ambiguo final que, a la manera del drama moderno, no concluye definitivamente la acción.

EL CANAL^[15]

AL pasar por la ciudad dormida el río se arrastra; a lo largo de su margen izquierda el viejo canal se *lastra*.

Yo no pretendía que eso rimase, aunque el escenario es poético —poético de una manera sombría, horripilante, como los poemas de Poe. Lo conozco demasiado bien — he paseado con demasiada frecuencia por el camino cubierto de hierba junto al reflejo de los árboles negros y las chabolas medio derruidas y las lejanas chimeneas de las fábricas en las perezosas aguas que se movían tan despacio, y dejaban de moverse del todo.

Siempre he tenido afición al vagabundeo nocturno. Como raza, los seres humanos hemos llegado a ser demasiado inteligentes para tomar en serio cualquiera de los antiguos e instintivos miedos que nos protegieron a través de las generaciones precedentes. La única salvación que nos queda, por tanto, se ha convertido en nuestra tendencia a viajar en rebaño. Erramos por la noche, pero nuestro objetivo está en alguna parte, en las calles bien alumbradas o, a lo sumo, en algún sitio donde los hombres no van solos. Cuando viajamos a un lugar lejano, lo hacemos acompañados. A pocos de mis conocidos, a pocos en toda esta ciudad, les gustaría andar a medianoche por el camino recubierto de hierba de que he hablado —no porque tengan miedo de hacerlo, sino porque semejantes cosas no se hacen ahora.

Bueno, pues es peligroso ser distinto individualmente de nuestros semejantes. Es peligroso apartarse del camino trillado. Y los miedos que protegieron a la raza humana en los albores del tiempo y a través de los siglos estaban fundados en la realidad.

Hace un mes yo era un extraño aquí. Acababa de empezar mi primer trabajo —en la primavera, tan sólo tres meses antes, me había graduado en mi universidad. Me sentía solo y lo más probable es que me siguiese sintiendo así durante algún tiempo, pues he sido siempre de carácter solitario, haciendo los amigos lentamente.

Me habían invitado al campamento de un compañero de trabajo en la empresa en la que estaba colocado, un campamento que estaba situado en el lado más distante del anchuroso río, del otro lado de la ciudad y del canal, donde la orilla era escarpada y cortada a pico, y muy frondosa, y donde las pequeñas tiendas de campaña brotaban como florecillas a lo largo de todo el borde del agua. Por las noches estos campamentos formaban una cadena de centelleantes luces y diminutas hogueras saltarinas, y el retintín de la música era transportado suavemente hasta mucho más allá del agua de tan lento fluir. Aquella orilla distante del río no era un lugar como para gustarle a un hombre excéntrico y solitario. Pero la orilla más próxima, que habría parecido horrible a los campistas de no haber sido el río tan ancho, esa orilla más próxima, me atrajo a mí desde que la vislumbré por primera vez.

Nos embarcamos en una lancha de motor a cierta distancia río abajo, y lo

remontamos por la orilla más próxima para luego apartarnos de ella y cruzar la corriente. Volví la vista hacia atrás. La negrura del agua estancada que constituía el canal, el revoltijo de edificios bajos que había más allá, la estrecha lengua de tierra, solitaria, plana, baldía, entre el canal y el río, los oscuros y dispersos árboles que allí crecían: eso es lo que vi y me propuse ver más de todo ello.

Aquel fin de semana me aburrí, pero me desquité ya el lunes por la noche, la primera noche en que, de vuelta en la ciudad, estaba solo y libre. Cené en solitario, tan pronto como salí de la oficina, luego volví a mi habitación donde dormí desde las siete hasta cerca de medianoche. Me desperté entonces de forma natural pues estaba impaciente por explorar la seductora soledad que había descubierto. Me vestí, salí de casa sin que me vieran, y en la calle puse en marcha el motor de mi coche y atravesé las calles iluminadas.

Cuando aparqué el coche en una calle pavimentada con guijarros y llena de baches, qué descendía directamente a las aguas negras como la tinta del canal, y crucé un estrecho puente, me sentí recompensado. A los pocos minutos estaba pisando el antiguo camino de sirga donde las muías, hasta hacía más o menos un año, habían remolcado los barcos río arriba y río abajo. Mientras caminaba con paso alegre en dirección contraria a la corriente, las miserables chabolas en las que vivían gentes miserables del otro lado del canal parecían caminar conmigo, y luego se quedaban atrás.

El puente que había cruzado estaba cerca del final de la ciudad yendo hacia el norte, mientras que el canal marcaba su extremo occidental. Después de andar diez minutos, las miserables chabolas quedaron bastante atrás, el río estaba más lejos y la franja de tierra baldía era más ancha y estaba más poblada de árboles, y los altos árboles del otro lado del canal lindaban conmigo como lo habían hecho antes las casas de aspecto sórdido. Lejano y débil llegó a mis oídos el sonido de una campana de la ciudad. Era medianoche.

Me paré, disfrutando de la desolación que me rodeaba. Tenía el sabor que había previsto y esperado. Permanecí algún tiempo mirando el firmamento, observando el lento desplazamiento de las pesadas nubes, que eran visibles gracias al reflejo opaco y difuso de las lejanas luces del centro de la ciudad, por lo que parecían tener una misteriosa fosforescencia propia. El suelo bajo mis pies, por el contrario, estaba totalmente desprovisto de luz. Había avanzado a tientas, con mucho cuidado, reconociendo el borde del canal, en parte por instinto, en parte por la aún más perfecta negrura de sus aguas, y manteniéndome bastante bien dentro del camino porque estaba sensiblemente hundido respecto al terreno de al lado.

Ahora bien, mientras estaba inmóvil en ese sitio, con los ojos vueltos hacia arriba y la mente vagando sobre extrañas fantasías, de repente, mi sensación de satisfacción y bienestar dio paso a algo diferente. El miedo era una emoción desconocida para mí, pues siempre me había sentido atraído por las cosas que dan miedo al hombre. Pero, entonces, a lo largo de toda mi espina dorsal percibí una sensación de escozor y

estremecimiento —como la que mis antepasados debieron sentir en la selva cuando se les erizaba el pelo de la espalda—. Sabía que había unos ojos mirándome y que por eso era por lo que tenía miedo de moverme. Estaba enteramente quieto, con la cara vuelta hacia el firmamento. Aunque con esfuerzo, pude dominarme.

Muy, muy despacio, para propiciar al poseedor de los ojos invisibles con mi actitud despreocupada, bajé los míos. Miré hacia delante —a la silueta levemente oscilante de las copas de los árboles del otro lado del canal que el viento fresco de la noche movía pausadamente, a la negrura que era el canal, donde el reflejo de las nubes centelleaba confusamente y luego desaparecía. Cuando me acostumbré a la mayor oscuridad y mis pupilas se dilataron, discerní confusamente el contorno de un viejo barco o barcaza, medio hundido en el agua. Era una vieja y abandonada embarcación de las que navegan por el canal. ¿Pero estaba yo soñando o había allí una figura vestida de blanco sentada en el techo del achatado camarote de popa, un pálido rostro en forma de corazón resplandeciendo de manera extraña desde la oscuridad, el fulgor de dos ojos que parecían iluminar la cara y hacerla destacar de la oscuridad?

Por supuesto, no podía haber duda en cuanto a los ojos. ¡Brillaban como brillan los ojos de los animales en la oscuridad, con un resplandor fosforescente y un tenue destello rojo! Y la verdad es que yo había oído contar que algunos ojos humanos tienen esa cualidad por la noche.

Pero, vaya un sitio para un ser humano —y además, una joven, que de eso estaba seguro—. Aquel rostro tan delicadamente moldeado en forma de corazón era el rostro de una joven, sin la menor duda. Lo veía cada vez más y más claro, o bien porque mis ojos se iban acostumbrando a escudriñar las más profundas tinieblas, o a causa de aquella fosforescencia de los ojos que me devolvía la mirada fijamente.

Levanté la voz suavemente a fin de no romper demasiado el silencio de la noche.

—¡Hola! ¿Quién está ahí? ¿Estás perdida, o te has quedado incomunicada?, ¿puedo ayudarte?

Hubo una breve pausa. Empecé a notar un leve chapoteo a mis pies. El viento nocturno que se había levantado agitaba las oscuras aguas. Había tenido mucho calor y el sudor se me volvía frío en el cuerpo, de manera que empecé a tiritar sin poder dominarme.

—Puedes quedarte y hablar un rato, si lo deseas. Estoy sola, pero no perdida. Yo... vivo aquí.

La voz era poco más que un susurro, pero me había llegado claramente: era la voz de una joven. Y vivía *allí*, en un viejo barco abandonado, medio hundido en las aguas estancadas.

—¿No estarás *sola* ahí?

—No, sola no. Mi padre vive aquí conmigo, pero está sordo y duerme muy profundamente.

¿Se había hecho el viento nocturno aún más frío, como si nos llegase de un mar

invisible y congelado, o es que había algo en su tono que me helaba, al mismo tiempo que una extraña atracción me empujaba hacia ella? Yo quería aproximarme a ella, ver de cerca el pálido rostro en forma de corazón, perderme en los brillantes ojos que había visto relucir en la oscuridad. Quería..., quería cogerla entre mis brazos, buscarle la boca con mi boca, besarla...

Di un imprudente paso para acercarme más al borde del ribazo.

—¿Podría pasar a donde tú estás? —pregunté—. Hace calor y no me importa mojarme. Es tarde, lo sé, pero me gustaría sentarme y charlar, aunque no sea más que unos minutos, antes de volver a la ciudad. Éste es un sitio muy solitario para que viva en él una chica como tú.

¿Fue la inconveniencia de mi petición lo que hizo que sus palabras siguientes pareciesen un prolongado estremecimiento de protesta? Había algo extraño en la modulación de su voz que me asombraba cada vez que hablaba.

—¡No, no! ¡Oh, no! No puedes pasar.

—Entonces podría ir mañana, o algún otro día próximo, pero de día. ¿Y me dejarías entonces subir a bordo, o quizá podrías bajar tú a tierra a charlar conmigo?

—No, durante el día no, *¡nunca* durante el día!

La intensidad de su negación, a pesar del tono apagado que utilizó, me volvió a fascinar.

No era, por tanto, lo impropio de la hora lo que le había dictado su comportamiento, pues, evidentemente, cualquier chica con el menor sentido de lo que se debe o no hacer hubiese preferido citarse durante el día que después de medianoche. Sin embargo, de sus últimas palabras podía sacarse la conclusión de que si yo volvía tenía que ser de noche.

Sintiendo aún el hechizo que me había embelesado, lo mismo que no se olvida la presencia en el aire de una droga que le roba a uno los sentidos, incluso cuando esos sentidos empiezan a desviarse y a ocuparse de otras cosas, a pesar de todo, volví a hablar brevemente.

—¿Por qué dices que «nunca durante el día»? ¿Quieres decir que puedo volver otra vez de noche, a pesar de que ahora no me dejas cruzar el canal para llegar a ti, aunque sea a costa de mi ropa, y no estás dispuesta a bajar la pasarela o el puente levadizo o lo que tengáis para desembarcar, a hablar conmigo aquí durante un momento? Volveré si me dejas hablar contigo, en vez de tener que gritar de un lado a otro del agua. Si viniese de día y conociese a tu padre, ¿no sería eso lo mejor?, entonces nos conoceríamos de verdad; podríamos ser amigos.

—De noche duerme mi padre. De día duermo yo. ¿Cómo iba entonces a poder hablar contigo, o presentarte a mi padre? Si subieses a bordo de este barco durante el día, te encontrarías con mi padre, y lo sentirías. En cuanto a mí, estaría durmiendo. Como ves no podría presentarte a mi padre.

—Dormís muy profundamente tú y tu padre, ¿no es así? —de nuevo había cierto resentimiento en mi voz.

—Sí, dormimos profundamente.

—¿Y siempre a horas diferentes?

—Sí, siempre a horas diferentes. Estamos de guardia, uno de nosotros está siempre de guardia. Nos han tratado muy mal, allá abajo, en tu ciudad. Y nos hemos refugiado aquí. Y estamos siempre, siempre, de guardia.

Mi resentimiento se desvaneció y sentí que de nuevo me resultaba simpática. Estaba tan pálida y tan conmovedora en la noche. Mis ojos iban aprendiendo a atravesar más y más la oscuridad y me estaban dando una imagen mucho más definida de mi compañera, si es que —con las tenebrosas aguas interponiéndose entre ella y yo— podía pensar en ella como en una compañera.

La tristeza de la solitaria escena, la perfección de la propia soledad, esas cosas contribuían a hacerla más conmovedora. Y además estaba lo extraño del ambiente del que, aún entonces, no me había apercibido más que en parte. Seguía el extraño frío que me hacía tiritar y que, no obstante, no se parecía al saludable frío de una noche fresca. En realidad no me evitaba sentir la opresión de la noche, que era especialmente bochornosa. Era como un ligero hálito de frío mortal que iba y venía y que, sin embargo, no alteraba la temperatura del aire en sí, como ocurre con los rizos pequeños de la superficie del agua, que no la afectan a un pie de profundidad.

Pero tampoco era eso todo. Había un olor insalubre en la noche —un olor húmedo, pestífero, que podía haber sido el hálito de la muerte y la putrefacción—. Incluso yo, que era un conocedor de todas las cosas sórdidas y malsanas, trataba de evitar que mi mente cavilase en demasía sobre ese olor. Lo que debía de ser vivir respirándolo continuamente, no podía ni imaginármelo. Pero, sin duda, la chica y su padre estaban habituados a él y, sin duda, provenía del agua estancada del canal y de la madera podrida de la vieja y medio hundida barcaza que era su refugio.

Al ver a la joven con más claridad se me hacía evidente que estaba lastimosamente delgada, aunque poseía un rostro extrañamente atractivo que me seducía. La ropa le colgaba como si fuesen viejos harapos, pero no tenía aspecto de espantapájaros. Estaba seguro de que su pálida carita en forma de corazón sería aún más bella si pudiese verla de más cerca. Tenía que verla de más cerca —tenía que encontrar algún motivo para reclamar el derecho a que se me considerase amigo de la extraña y solitaria tripulación de la barcaza medio hundida.

—Éste es un sitio muy pobre para considerarlo un refugio —dije finalmente—. Aunque se tenga muy poco dinero se puede encontrar algo mejor. Tal vez pueda ayudaros; estoy seguro de que podría. Si lo mal que os trataron en la ciudad fue por vuestra pobreza..., yo no soy rico pero podría ayudaros. Podría ayudaros un poco en cuestión de dinero, si me dejaseis, o, en todo caso, podría encontraros un empleo. Estoy seguro de que podría.

Los ojos, que chispeaban a intervalos hacia mí como dos pequeños pozos de agua iluminados intermitentemente por un cielo barrido de nubes, parecieron brillar con más luminosidad. Había estado medio acurrucada, medio sentada, en el techo del

camarote, pero entonces se puso de pie de un salto con un movimiento ligero, sinuoso, brusco, y dio varios pasos rápidos y desasosegados hacia delante y hacia atrás antes de contestar.

—¿Crees que me ayudarías atándome a una mesa de escribir, encerrándome detrás de unas puertas, lejos de la libertad, lejos del placer de hacer mi voluntad, de vivir como quiero? ¡Es preferible este viejo barco, es preferible una tumba desierta bajo las estrellas como hogar!

Una sensación positiva de afinidad con aquel extraño ser, cuya cara apenas había visto, se apoderó de mí. Yo mismo podría haber hablado así, eso mismo había sentido yo con frecuencia, aunque nunca había soñado siquiera expresar mis pensamientos tan enérgicamente. Mi reglamentado horario de la vida cotidiana era algo en lo que pensaba poco: en realidad, únicamente vivía en mis vagabundeos nocturnos. ¡Aquella chica tenía razón! Toda la vida debería ser libre.

—Comprendo mucho mejor de lo que crees —respondí—. Quiero volver a verte, llegar a conocerte. Por supuesto tiene que haber alguna manera de que pueda serte útil. Desde esta noche en adelante, para siempre, no tienes más que mandarme, ¡lo juro!

—¿Juras eso, lo juras de verdad?

Encantado por la ilusión con que pronunció sus palabras, levanté la mano hacia el oscuro cielo.

—Entonces, escucha. Esta noche no puedes venir a donde estoy, ni yo a donde tú estás. No quiero que subas a este barco —ni esta noche, ni ninguna noche—. Y, sobre todo, ningún día. Pero no pongas esa cara tan triste. Yo iré a ti. No, esta noche no, y quizá tampoco durante muchas noches; sin embargo, será dentro de poco. Yo iré hacia ti ahí, a la orilla del canal, cuando el agua del canal deje de correr.

Yo debí de hacer algún gesto de impaciencia, o de desesperación. Parecía como una manera de decir «nunca», pues, ¿por qué habría de dejar de correr el agua del canal? Leyó mis pensamientos de alguna manera, ya que los contestó.

—Es que no comprendes. Estoy hablando en serio; te estoy prometiendo reunirme contigo ahí en la orilla, pronto. El agua se mueve cada vez más despacio. Más arriba, han desecado el canal. Entre estas esclusas más bajas el agua sigue pasando y cae suavemente corriente abajo. Pero llegará una noche en que se quedará estancada —y esa noche yo iré a reunirme contigo—. Y cuando vaya te pediré un favor.

Esa noche no pude obtener más que esa promesa. Había vuelto al lado del camarote, donde antes había estado acurrucada, y volvió a adoptar la misma postura, quedándose quieta y silenciosa, observándome. Unas veces veía sus ojos fijos en mí, otras veces no. Pero sentía que me miraba fijamente. El airecillo frío, que finalmente había olvidado mientras hablaba con ella, soplaba de nuevo y el pestífero olor a podredumbre se hizo más intenso antes del amanecer.

Me marché, y a los primeros albores del amanecer subí sigilosamente las escaleras de mi pensión y entré en mi cuarto.

Al día siguiente en la oficina estaba muerto de cansancio. Y pasaban uno y otro día sin sentirse y estaba cada vez más y más cansado, pues un hombre no puede velar noche y día sin sufrir las consecuencias. Rondaba incesantemente el viejo camino de sirga y esperaba noche tras noche, en la orilla, frente a la embarcación hundida. Unas veces veía a mi dama de la oscuridad, pero otras no. Cuando la veía, ella hablaba poco, pero en algunas ocasiones se sentaba allí, en lo alto del camarote, y me dejaba contemplarla hasta el amanecer, o hasta que una extraña inquietud, que daba miedo, me apartaba de ella y volvía a mi habitación, donde me agitaba inquieto en el calor y soñaba extraños sueños, medio despierto, hasta que entraba el sol y me daba en la frente: entonces me vestía apresuradamente y volvía a la oficina.

En cierta ocasión le pregunté por qué había puesto la fantástica condición de que no bajaría a tierra a encontrarse conmigo hasta que el agua del canal dejase de correr. (¡Con qué afán observaba yo esas aguas! ¡Cómo me escabullí más de una vez al mediodía, no para acercarme al viejo barco, sino para observar el casi imperceptible navegar de las burbujas, las pajitas, las ramitas, los desperdicios!) Pero mis preguntas la molestaron y no volví a preguntárselo. Ya era suficiente con que fuese caprichosa. Mi papel era esperar.

Fue algo más de una semana después cuando volví a hacerle una pregunta, pero esa vez sobre un tema diferente. Y después de eso, reprimí firmemente mi curiosidad.

—Nunca me hables de cosas que no entiendes de mí, o no volverás a verme.

Le había preguntado qué tipo de persecución habían sufrido ella y su padre en la ciudad, como para ir a parar a aquel lugar tan solitario, y en qué sitio de la ciudad habían vivido.

Temeroso de perder el terreno que estaba seguro había ganado con ella, iba a ponerme a hablar de otra cosa, pero antes de encontrar las palabras me llegó de nuevo su tenue voz.

—¡Fue horrible, horrible! Dime, ¿acaso no son esas casas de debajo del puente, esas casas que hay a lo largo del canal, peores que mi barco? La vida allí era reclusa y sigilosa. Yo no era libre como lo soy ahora, y la libertad que pronto tendré me hará olvidar las cosas que aún no he olvidado. ¡Qué griterío, qué injurias y blasfemias! ¡Piensa lo mucho que te gustaría estar encerrado en una de esas casas y temiendo por tu vida!

No me atreví a contestarle. Estaba sorprendido de que se hubiese dignado a decirme tanto. Pero, evidentemente, sus palabras implicaban que antes de venir a vivir a la vieja y podrida embarcación había habitado una de aquellas horribles casas por las que yo pasaba cuando me dirigía hacia donde ella estaba. ¡Aquellas casas... cada una de las cuales parecía el escenario elegido para un crimen misterioso!

Cuando me separé de ella aquella noche, me pareció que había estado muy osado.

Y, sin embargo, al día siguiente mis pensamientos se vieron claramente perturbados por primera vez. Había estado viviendo en un sueño, y empecé a especular en cuanto a dónde me conduciría el camino que había emprendido. ¡Desde

el principio había sentido tanto horror de aquellas viejas casas junto al canal! A pesar de lo que me entusiasmaba todo lo insólito y misterioso de la chica que estaba cortejando de manera tan extraña, para mi fantasía era un poco excesivo que procediese de ellas.

Para entonces me había hecho francamente impopular en mi lugar de trabajo. No es que me hubiese creado enemigos, pero mis absurdas costumbres habían dado lugar a muchos comentarios adversos. Creo que no habría costado mucho trabajo hacer creer a todo el personal de la oficina que yo estaba loco. No obstante, eran meticulosamente corteses conmigo, y lo que hacían era dejarme sencillamente en paz lo más posible —lo cual me convenía a la perfección—. Me arrastraba cansado día tras día, exhausto por falta de sueño, consciente de sus miradas inquisitivas, sin vivir más que para la noche siguiente.

Un día abordé al hombre que me había invitado al campamento del otro lado del río.

—¿Has advertido alguna vez la fila de casas medio en ruinas que hay a lo largo del canal del lado de la ciudad? —le pregunté.

Me miró de una forma un tanto extraña. Supongo que se dio cuenta de lo que implicaba romper el silencio después de tanto tiempo para hablar de ellas.

—Qué gustos más raros tienes, Morton —dijo al cabo de un momento—. Supongo que es que a veces deambulas por lugares extraños. Pero mi consejo es que te mantengas lejos de esas casas. Son siniestras y tienen muy mala fama. Puedes muy bien poner en peligro tu vida si vas por allí a fisgar. Han sido escenario de varios asesinatos y en ellas se han encontrado uno o dos tugurios dedicados al tráfico de drogas. Por qué diablos ibas tú a querer investigarlas...

—No es que piense investigarlas —dije—. Me han interesado sencillamente desde fuera. A decir verdad, es que he oído una historia, un rumor —aunque no importa dónde—. Pero ¿dices que ha habido asesinatos allí? Pues supongo que ese rumor que he oído contar puede haber estado relacionado con uno frustrado. Hubo un tiempo en que vivían allí una joven y su padre, y se metieron con ellos, o algo por el estilo, y tuvieron que huir. ¿Has oído tú contar *esa* historia alguna vez?

Barrett me miró de forma extraña, como se mira al hablar de algo horrible que ha pasado pero que es tan espantoso que el mero hecho de mencionarlo hace revivirlo de nuevo terriblemente.

—Lo que cuentas me recuerda algo que decían que había ocurrido allí —contestó—. Apareció en todos los periódicos. Un niño desapareció en una de esas casas y se acusó a un padre y a una hija de habérselo llevado. Se les acusó de..., bueno, no me gusta hablar de semejantes cosas. Fue sumamente desagradable. Se encontró el cuerpo del niño —o, más bien, se encontró *parte* de él—. Estaba mutilado, y a la gente le parecía que le habían mutilado a fin de ocultar la forma en que le habían matado. Había una herida muy grave en el cuello, según se supo después, y era como si al niño le hubiesen chupado la sangre. Fue encontrado en el cuarto de la chica,

escondido. El anciano y su hija huyeron antes de que se avisase a la policía. Se rastreó toda la zona mas no se les encontró. Pero debes de haberlo leído en los periódicos hace un par de años.

Lo *había leído* en los periódicos, lo recordé después. Y de nuevo me invadió una terrible duda. ¿Quién era esa chica, *qué* era esa chica, que parecía tener mi corazón en sus manos?

Embotado por el agotamiento, ofuscado por un horrible encantamiento, no tenía la cabeza para pensar. Y, sin embargo, un proceso mental, semejante al que salva al sonámbulo situado a una altura peligrosa, me estaba dando la voz de alarma.

Tenía la mente repleta de imágenes tenebrosas. Había mujeres, sobre las que había leído y oído hablar, que asesinaban por satisfacer su sed de sangre. Había fantasmas, espectros —llámeselos como se quiera: sus nombres han sido legión en las tétricas páginas de ciertas tradiciones que se remontan a la infancia de las razas de la tierra— que conservaban, incluso después de la muerte, esa sed de sangre. Vampiros —así se les llamaba—. Cadáveres de día, espíritus del mal por la noche, vagan por el mundo exterior en su propia forma o en forma de murciélago o de algún otro animal impuro, y matan el alma y el cuerpo de sus víctimas, pues quien muere del «beso» del vampiro, que deja su señal en el cuello y chupa la sangre del cuerpo, se convierte también en vampiro. Sobre todas esas cosas había leído.

Y en este último día en la oficina, recordé que había leído que esos espectros tenían una limitación en sus vuelos nocturnos: *no podían cruzar el agua que corre*.

Esa noche seguí el camino de siempre, reconociendo plenamente la desgracia de ser víctima de un encantamiento más fuerte que mi débil voluntad. Me acerqué a la zona donde se encontraba la embarcación en el momento en que el lejano reloj de la ciudad daba la primera campanada de las doce. No había luna y el cielo estaba encapotado. Relámpagos de calor parpadeaban bajos en el firmamento, y parecía que procedían de todas las direcciones limitando el horizonte, como si hubiese unos incendios invisibles detrás de los confines de la tierra. El intermitente resplandor me permitió ver algo nuevo: entre el viejo barco y la orilla del canal se extendía una sombra larga, delgada, de aspecto sólido: ¡habían bajado una pasarela! En ese momento me di cuenta de que había estado jugando con unos poderes del mal que no tenían intención de dejarme marchar y que estaban ciertamente a punto de apoderarse de mí de manera inexorable. ¿Por qué había acudido esa noche? ¿Por qué, a no ser que aquel hechizo al que me habían sometido fuese más fuerte, y mucho más irrompible, que cualquier otro hechizo de amor?

Detrás de mí, en la oscuridad oí el crujir de una ramita y algo pasó rozándome el brazo.

Esto suponía, por tanto, la realización de mi sueño. Supe, sin volver la cabeza, que el pálido y delicado rostro de ojos brillantes estaba cerca del mío —que no tenía más que extender el brazo para tocar la esbelta elegancia de la joven que tanto había ansiado atraer hacia mí. Lo supe, y debería haber sentido el éxtasis que había

augurado. Pero, en su lugar, me dominaron los hedores pestíferos de la noche, pesados y opresivos por el calor, que no se veía aliviado ni por una brizna de aire. Las tenues olas de frío, que con frecuencia había sentido en ese lugar, se estaban posesionando de todo mi cuerpo y, sin embargo, no había brisa que las produjese. Las hojas de los árboles colgaban inmóviles, como si realmente se estuviesen marchitando en las ramas.

Haciendo un esfuerzo volví la cabeza.

Dos manos me agarraron por el cuello. El pálido rostro estaba tan cerca que sentí la respiración que exhalaban las ventanas de la nariz abanicándome la cara.

Y, de repente, todo lo que había de saludable en mi pervertida naturaleza ascendió al grado sumo. Ansiaba el contacto con la boca encarnada, como una flor oscura que se abría ante mí en la noche; la ansiaba y, sin embargo, la temía aún más. Retrocedí y cogí con firmeza las frágiles muñecas de las manos que trataban de asirme.

Me encontraba frente al camino que llevaba a la ciudad. El sordo retumbar de un trueno rompió el tórrido silencio de la noche estival. El resplandor de un relámpago pareció rasgar la noche en dos, iluminar el universo. En lo alto, las nubes corrían locamente, adoptando formas fantásticas, empujadas por un viento que barría las alturas del firmamento sin producir ni un leve temblor en el aire de más abajo. Y por el canal, a lo lejos, la siniestra luz deslumbradora parecía estar jugando y saltando por encima de la fila de chabolas —malditas y embrujadas por el fantasma de un niño muerto.

Tenía la mirada fija en ellas, mientras me apartaba del pálido rostro y me debatía contra el abrazo que pretendía vencer la resistencia de mi voluntad. Y así pasó un prolongado momento. El resplandor se desvaneció del cielo y una más intensa oscuridad se abatió sobre el mundo. Pero cerca había una luz más amenazadora, fija en mi cara —la luz de dos ojos que vigilaban los míos, que me habían vigilado, mientras yo, irreflexivamente, contemplaba las oscuras casuchas.

Esa joven —esa mujer, que había venido a mí porque yo insistentemente se lo había pedido— no me amaba, puesto que yo me había apartado de ella. No me amaba —pero no era solamente eso—. Me había observado mientras dirigía la mirada hacia las casas que contenían su oscuro pasado, y estaba seguro de que había adivinado mis pensamientos. Sabía el horror que sentía por esas casas —sabía de mi recién nacido horror por *ella*—. Y me odiaba por ello, me odiaba más perversamente de lo que yo había creído que un ser humano podía odiar.

¿Podría un *ser humano* abrigar tanto odio como el que yo leí, mientras mi temblor iba en aumento, en aquellos candentes fuegos, encendidos con lo que más me parecían los fuegos del infierno que la luz que debería brillar en los ojos de una mujer?

Al llegar a ese punto los sucesos de la noche, mi calma me abandonó; al llegar a ese punto comprendí que me habían empujado a una horrible pesadilla de la que no había escapatoria, ni vuelta a la realidad. Mientras escribo, esa sensación me

sobrecoge de nuevo, hasta el punto de que apenas puedo seguir escribiendo, y —de no ser por lo que tengo que hacer— saldría corriendo a la calle, gritando, para que me cojan y me lleven a encerrar entre fuertes rejas. ¡Tal vez allí me sentiría a salvo, tal vez!

Sé que, horrorizado por el odio que vi hacerme frente en aquellos ojos destellantes, me hubiese ido. Pero las dos delgadas manos que me agarraron por el brazo de nuevo fueron lo bastante fuertes para impedirlo. Me había librado del beso, pero no me iba a escapar del juramento que había hecho de servirla.

—Lo prometiste, lo juraste —me susurró al oído—. Y esta noche vas a cumplir tu juramento.

Mi juramento —sí, tenía un juramento que cumplir—. Había levantado una mano hacia el oscuro cielo y había jurado servirla en la forma que ella deseara. Libremente, y por mi propia voluntad, había jurado.

Traté de escaparme de ella.

—Déjame que te ayude a volver a tu barco —rogué—. Tú no sientes nada bueno hacia mí y, como has visto, yo ya no te amo. Voy a volver a la ciudad y tú puedes volver con tu padre a olvidar que yo te rompí la paz.

La risa con que recibió mis palabras no la olvidaré jamás.

—¡Así es que tú no me amas y yo te odio! ¿Acaso crees que he estado esperando todos estos aburridos meses a que se detenga el agua sencillamente para volver ahora? Cuando desviaron el agua hacia el canal, mientras dormía, de manera que ya no podría escapar hasta que dejase de correr, *a causa de lo que soy*; cuando la reclusión que compartimos dejó de importarle a mi padre —puedes subir mañana al barco abandonado, si te atreves, y sabrás por qué— ¡soñé con esta noche! ¡He estado sola, abandonada, hambrienta, pero ahora el mundo va a ser mío! ¡Y eso, con tu ayuda!

Le pregunté qué quería de mí. Sabía que lo que quería se encontraba en la orilla opuesta del gran río, donde estaban los campamentos de verano. Y en la locura que me produjo el terror, me hizo comprender y obedecerla. Tenía que llevarla en brazos y cruzar el largo puente que atravesaba el río, que estaba desierto en las altas horas de la noche.

El camino de vuelta a la ciudad fue largo esa noche —muy largo—. Ella caminaba detrás de mí y yo no volvía la vista ni a la derecha ni a la izquierda. Pero al pasar por las casas medio derruidas las vi reflejadas en el canal y temblé al pensar en el niño por el que acusaban a esta mujer de haber asesinado, y ante la certeza que tenía de que ella me estaba adivinando el pensamiento.

Sé que pisamos el largo y ancho puente que cruzaba el río. Sé que la tormenta estalló allí, y que tuve que luchar por no caermé, y casi, me pareció, por no perder la vida, a causa del imponente diluvio. Y el horror que yo había invocado lo llevaba en brazos, agarrándose a mí, escondiendo la cabeza en mi hombro. Tan espantosa se me había ido haciendo mi compañera de pálido rostro que apenas pensaba en ella

entonces como mujer.

La tormenta seguía bramando cuando saltó de mis brazos en la otra orilla. Y de nuevo continué caminando con ella contra mi voluntad, mientras los árboles agitaban sus ramas a mi alrededor, dejando al descubierto el pálido revés de las hojas con los fuertes y frecuentes resplandores que rasgaban el firmamento.

Y así seguimos, con las ramas volando por los aires, pero sin atinarnos gracias a un milagro de mala suerte, que evitó que ella o yo nos viésemos decapitados por las que caían. El río era una confusión de olas encopetadas que, al ser aplastadas por la violencia con que caía la lluvia, adoptaban formas extrañas. Las nubes, tal como las veíamos, eran como demonios surcando el cielo.

Dejamos atrás, una tras otra, varias tiendas de campaña, y unas pocas en las que se veía una tenue luz detrás de las paredes de lona.

Se paró delante de una tienda iluminada, indicándome que me quedase atrás. Vi su oscura silueta destacarse contra la tienda, la vi moverse sigilosamente hacia la faldilla de la puerta, la vi una vez más ante la pared de lona y luego aumentar de tamaño, y desdibujarse después al entrar en la tienda. La oí hablar en los tonos bajos y conmovedores que me habían hechizado el alma la primera vez que nos encontramos:

—Perdón, me he perdido con la tormenta. Por favor, déjeme quedarme un momento. Estoy muy cansada y tengo mucho frío.

Yo sabía qué clase de mujer era la que había transportado desde el otro lado del río. Sabía lo que iba a ocurrir. Le besaría y entonces...

A *mí* me había perdonado el beso del vampiro. Y era porque tenía mucho interés en utilizarme, en que la llevase al mundo de los seres vivos. Así que ahora podía marcharme libremente. Dentro de aquella tienda, aquella noche, ella podía satisfacer su sed de sangre, de la que llevaba tanto tiempo privándose. Me lo indicaba esa avidez que había habido en su voz.

Las dos voces de la tienda se apagaron tanto que no oía las palabras. Sin embargo, esos tonos bajos hablaban por sí mismos. Y no había nada en el mundo que yo pudiese hacer para dar la voz de alarma. No se puede irrumpir en la tienda de un hombre y prevenirle contra la hermosa mujer a la que está a punto de hacer el amor, diciéndole que es un vampiro. El que me encerrasen en un manicomio no iba a servir para salvar a nadie del mal que yo inconscientemente había desencadenado.

Cabizbajo, aguantando la lluvia, que entonces caía más mansamente, descendí al borde del agua. El viento había amainado. Los carrizos susurraban a lo largo de la orilla del río. El estrépito de las olas se había reducido a un sombrío chapotear contra las rocas. Las nubes se desvanecían y se alejaban rumbo al horizonte, mientras yo permanecía pensativo, y la luna creciente brillaba distante y difusa detrás de un velo de neblina.

Y supe lo que tenía que hacer. Y sé, mientras escribo estas últimas líneas, lo que *quiero* hacer. Si el amor y el odio son afines, también lo son el encantamiento y el

horror. Cuando mi horripilante amor entró en la tienda de aquel otro hombre, supe que, por mucho que la aborreciese, no podía vivir sin ella.

Me ha perdonado el beso del vampiro. Pero tendré eso de ella, en cuanto salve a otros de su maldición. Me lo he ganado con el alma. Llegaré a conocer ese oscuro éxtasis y voy a asegurar que nadie lo conozca después de mí.

Es extraño cómo le lleva a uno la vida desde la felicidad de la infancia y de la juventud hacia un destino decretado de antemano. Yo tenía un joven tío al que le entusiasmaban los antiguos libros de caballería, como a mí me ha entusiasmado lo macabro. Me hizo una espada de roble en una día feliz de mi juventud. Y cuando se fue de voluntario a una de esas guerras de la «gente pequeña», afiló la punta de la espada. Cayó en su primera acción, lejos, en tierra extranjera. La espada está colgada de mi pared. Nunca la he descolgado desde que él se marchó.

Empezó al fin a despuntar la aurora, asqueada y lavada por la tormenta. No los vi marcharse, pero sé que su víctima y amante habrá vuelto a cruzar el puente con ella en brazos, por encima del agua que corre. Pues, como es lo que es, *tiene* que volver a la vieja embarcación del canal. Allí tendrá que dormir hasta esta noche.

Y allí iré a reunirme con ella entonces, pero llevaré la espada afilada, que mantendré oculta en la penumbra.

—He vuelto a quedarme contigo para siempre —le diré—. Ante mis ojos no puede haber ningún otro rostro de mujer; tan sólo el tuyo, en forma de corazón, pálido y bello. Abandonaría el cielo y me iría al infierno por un beso tuyo, y me alegraría de ello. Bésame ahora...

Y entonces cogeré la espada de madera, pues la madera es fatal para todos los vampiros cualquiera que sea su edad, cogeré la espada de madera y la...

Leonora Carrington
LA DEBUTANTE

PINTORA y escritora trilingüe (inglés/francés/castellano), Leonora Carrington nació en 1917 en Lancashire, de padre inglés, próspero empresario textil, y madre irlandesa. Expulsada de un colegio de monjas en la adolescencia, siguió sus estudios en Florencia y París, antes de matricularse en una Art School de Londres. En 1936 entró en contacto con el surrealismo al contemplar la Exposición Internacional que aquel año se exhibió en la capital británica. Más tarde estudió pintura con Amedée Ozenfant en su nueva escuela londinense y en 1938 conoció al pintor surrealista Max Ernst, con el que se fue a vivir a París, participando activamente en exposiciones surrealistas y publicando sus primeros relatos cortos (en francés) en revistas parisinas de vanguardia como Cahiers d'Art, VVV o Bizarre.

La detención de Ernst en 1940, acusado de colaboracionismo, la llevó a España, donde estuvo internada en un sanatorio psiquiátrico, experiencia que narró con estremecedora precisión en Down Below (1944). Recuperada de su depresión nerviosa, se trasladó a Nueva York en plena guerra y de allí a México, en donde se instaló definitivamente y conoció al refugiado político húngaro y fotógrafo Chiqui Weisz, con el que se casó y tuvo dos hijos.

A partir de entonces se dedicó casi exclusivamente a la pintura, alcanzando un gran éxito internacional. Pero jamás abandonó del todo la literatura, como prueban sus novelas fantásticas The Stone Door y The Hearing Trumpet, escritas en los años cuarenta y cincuenta respectivamente, aunque no publicadas hasta la década pasada (primero en versión francesa). Apasionada de la mística tibetana y del Popol Vuh maya, la fantasía más delirante preside todos sus escritos, sean estos breves relatos, como el aquí presentado «La debutante», incluido por André Bretón en su Anthologie de l'humour noir (1939), o admirables piezas teatrales como The Flannel Night Shirt, Penelope u Opus Sinistrum.

LA DEBUTANTE^[16]

EN mis tiempos de debutante, iba a menudo al parque zoológico. Iba tan a menudo que conocía más a los animales que a las chicas de mi edad. Quería huir del mundo, y por eso me encontraba todos los días en el zoológico. El animal que mejor llegué a conocer era una hiena joven. Ella me conocía a mí también. Era muy inteligente. Le enseñé a hablar francés y, a cambio, ella me enseñó su lenguaje. Así pasamos muchas horas agradables.

Para el primero de mayo, mi madre había organizado un baile en mi honor. Sufrí durante noches enteras: siempre he detestado los bailes, sobre todo los que se celebraban en mi honor.

La mañana del 1 de mayo de 1934 fui muy temprano a visitar a la hiena.

—¡Qué asco! —le dije—. Esta noche tengo que ir a mi baile.

—Tienes suerte —dijo ella—; a mí me encantaría ir. No sé bailar, pero en cambio sé mantener una conversación.

—Habrá muchas cosas de comer —dije—. He visto llegar a casa carros repletos de comida.

—Aún te quejas —respondió la hiena con desaliento—. Yo sólo como una vez al día, ¡y me tienen jeringada con tanta bazofia!

Se me ocurrió una idea audaz; estuve a punto de echarme a reír.

—No tienes más que ir en mi lugar.

—No nos parecemos lo suficiente; si no, sí que iría —dijo la hiena un poco triste.

—Escucha —dije—, con las luces de la noche no se ve muy bien. Con un poco que te disfraces, nadie reparará en ti entre la multitud. Además, tenemos casi la misma estatura. Eres mi única amiga; te lo pido por favor.

Se puso a pensar sobre esta cuestión. Comprendí que tenía intención de aceptar.

—De acuerdo —dijo de repente.

A esa hora de la mañana no había muchos guardas. Abrí rápidamente la jaula, y en un instante estuvimos en la calle. Llamé un taxi. En casa, todo el mundo estaba acostado todavía. Una vez en mi cuarto, saqué el vestido que debía ponerme por la noche. Era un poco largo, y la hiena andaba con dificultad con mis zapatos de tacón alto. Encontré unos guantes con que taparle las manos, demasiado peludas para parecerse a las mías. Cuando el sol iluminó mi habitación, la hiena dio varias vueltas alrededor, andando más o menos derecha. Estábamos tan ocupadas que mi madre, que venía a darme los buenos días, estuvo a punto de abrir la puerta antes de que la hiena se escondiera debajo de mi cama.

—Este cuarto huele muy mal —dijo mi madre, abriendo la ventana—; antes de esta noche date un baño perfumado con mis nuevas sales.

—Está bien —le dije.

No se entretuvo mucho. Creo que el olor era demasiado fuerte para ella.

—No te retrases para el desayuno —dijo al irse.

Lo más difícil fue encontrar un disfraz para la cara de la hiena. Estuvimos buscando horas y horas: rechazaba todas mis sugerencias. Por fin dijo:

—Creo que he encontrado la solución. ¿Tienes criada?

—Sí —dije, perpleja.

—Pues verás: vas a llamar a la criada; y cuando entre, nos lanzamos sobre ella y le arrancamos la cara; llevaré su cara esta noche en lugar de la mía.

—No lo veo práctico —dije yo—. Probablemente morirá en cuanto pierda la cara; alguien encontrará su cadáver, y nos meterán en la cárcel.

—Tengo hambre suficiente como para comérmela —replicó la hiena.

—¿Y los huesos?

—También —dijo—. ¿Te parece bien?

—Sólo si me prometes matarla antes de arrancarle la cara. Si no, le va a doler demasiado.

—Bueno, me da igual.

Llamé a Marie, la criada, no sin cierto nerviosismo. Desde luego, no lo habría hecho si no odiara tanto los bailes. Cuando entró Marie, me volví de cara a la pared para no ver. Confieso que todo sucedió deprisa. Un breve grito, y se acabó. Mientras la hiena comía, estuve mirando por la ventana. Unos minutos después dijo:

—Ya no puedo más; aún quedan los pies, pero si tienes una bolsa, me los comeré más tarde, a lo largo del día.

—En el armario encontrarás una bolsa bordada con flores de lis. Saca los pañuelos que tiene y quédatela.

Hizo lo que le había indicado. A continuación, dijo:

—¡Vuélvete ahora y mira qué guapa estoy!

Delante del espejo, la hiena se admiraba con las facciones de Marie. Se lo había comido todo cuidadosamente hasta el borde de la cara, de forma que quedaba justo lo que hacía falta.

—Es verdad —dije—, lo has hecho limpiamente.

Al atardecer, cuando la hiena estuvo completamente vestida, me anunció:

—Me siento muy en forma. Tengo la impresión de que voy a tener un gran éxito esta noche.

Cuando ya llevaba un rato oyendo música abajo, le dije:

—Ve ahora, y recuerda que no debes ponerte junto a mi madre: probablemente se daría cuenta de que no soy yo. Aparte de ella, no conozco a nadie. Buena suerte.

La besé al despedirme, aunque exhalaba un olor muy fuerte.

Se había hecho de noche. Cansada por las emociones del día, cogí un libro y me abandoné al descanso cerca de la ventana. Recuerdo que estaba leyendo *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift. Al cabo de una hora, quizá, surgió el primer signo de desgracia. Un murciélago entró por la ventana dando pequeños chillidos. Me dan un miedo terrible los murciélagos. Me escondí detrás de una silla castañeteando los

dientes. No había hecho más que arrodillarme, cuando los aleteos fueron sofocados por un gran ruido que provenía de mi puerta. Entró mi madre, pálida de furia.

—Acabábamos de sentarnos a la mesa —dijo—, cuando ese ser que ocupaba tu sitio se levanta gritando: «Conque tengo un olor un poco fuerte, ¿eh? Pues claro; yo no como pasteles». Y a continuación se ha arrancado la cara y se la ha comido. Y con un gran salto, ha desaparecido por la ventana.

Elizabeth Bowen
EL AMANTE DEMONIO

ELIZABETH Dorothea Cole Bowen (1899-1973) nació en Dublín y se educó en Inglaterra, en cuya capital residió a partir de 1918 hasta su boda con Alan Charles Cameron en 1923 y su definitiva instalación en las cercanías de Oxford. Durante la Segunda Guerra Mundial regresó a Londres para trabajar en el Ministerio de Información, sin dejar por ello de escribir casi compulsivamente numerosos cuentos y novelas que le valieron ser comparada con Jane Austen, Virginia Woolf o la neozelandesa Katherine Mansfield.

Si en sus novelas prima la delicadeza y la sensibilidad al servicio de un tema recurrente, el desengaño y la pérdida de la inocencia, en sus cuantiosos relatos se advierte una clara preponderancia de elementos sobrenaturales. Cuatro colecciones agrupan estos relatos de temática más o menos fantástica: Encounters (1923), Joining Charles (1929), The Cat Jumps (1934) y The Demon Lover (1943).

«The Demon Lover», que encabeza y da título al último de estos volúmenes, es el más conocido de todos ellos y, como los restantes, se adentra vehementemente en una de las más controvertidas emociones humanas: el miedo, a través de un clásico esquema de cuento de fantasmas, ambientado en Londres en plena guerra.

EL AMANTE DEMONIO^[17]

ANTES de finalizar el día en Londres, la señora Drover fue a dar una vuelta por su casa, que tenía cerrada, a fin de recoger algunas cosas que quería llevarse. Unas le pertenecían a ella, otras a sus hijos, que por aquel entonces ya se habían acostumbrado a vivir en el campo. Era bien entrado el mes de agosto y había sido un día lluvioso y de mucho bochorno: en aquel momento los árboles que bordeaban la calzada relucían ante los fugaces destellos de un sol de atardecer, amarillento y húmedo. Las chimeneas y los muros medio derruidos destacaban contra la siguiente remesa de nubes, negras como la tinta, que se estaba formando. En la calle, que antaño le fuera tan familiar, había algo de misterioso en el ambiente, como ocurre en cualquier vía que no se frecuente; un gato zigzagueaba por entre las verjas, pero ningún ojo humano había presenciado la vuelta de la señora Drover. Metiéndose bajo el brazo unos paquetes, forzó la llave en la cerradura, que se resistía a girar, y luego empujó con la rodilla la puerta, que se había alabeado. Al entrar, un aire enrarecido le salió al encuentro. Como la ventana de la escalera estaba cerrada con unos tablones, no entraba luz en el vestíbulo. Pudo, sin embargo, vislumbrar una puerta entreabierta y se dirigió rápidamente hacia la habitación a la que daba acceso para abrir las contraventanas del gran ventanal que en ella había. Ahora bien, al echar un vistazo en torno suyo, aquella vulgar mujer se quedó más perpleja de lo que hubiese esperado por todo lo que veía: por las huellas que había dejado la rutina de su larga vida anterior —la mancha amarilla de humo en el mármol blanco de la chimenea, el cerco de un jarrón en la parte superior del escritorio, la marca en el papel de la pared donde, siempre que se abría la puerta del todo, tropezaba el picaporte de porcelana blanca. El piano, que se habían llevado a un guardamuebles, había dejado en la parte del parquet donde había estado lo que parecían las huellas de unas pezuñas. Aunque no había penetrado mucho polvo, cada objeto estaba revestido de una capa diferente y, como la única ventilación posible era por la chimenea, toda la sala olía a fuego apagado. La señora Drover dejó los paquetes en el escritorio y salió del cuarto para subir al piso de arriba: las cosas que necesitaba estaban en un arcón del dormitorio.

Había estado deseosa de ver cómo estaba la casa —el guarda por horas que compartía con otros vecinos estaba fuera, de vacaciones, esa semana, y sabía que aún no había vuelto. Pero, en el mejor de los casos, no iba por allí con mucha frecuencia y ella no estaba nada segura de que fuese de fiar, y como había unas grietas en la estructura, producidas por el último bombardeo, tenía interés en vigilarlas. Y no es que se pudiese hacer nada...

Un rayo de luz se refractaba a través del vestíbulo en aquel momento. Se paró en seco mirando fijamente la mesa que allí había: encima había una carta dirigida a ella.

Primero pensó: el guarda *tiene* que haber vuelto. Pero, de todas formas, viendo la casa tan cerrada, ¿quién habría echado una carta en el buzón? No se trataba de una

circular, ni de una factura. Y en la estafeta le remitían, a sus señas en el campo, todo lo que le llegaba por correo. El guarda (aunque *estuviese* de vuelta) no sabía que ella iba a ir aquel día a Londres —su visita estaba planeada para que fuese por sorpresa—, así que su negligencia con esa carta, dejándola esperar a oscuras y entre el polvo, la indignó. Indignada cogió la carta, que no tenía sello. Pero, no puede ser importante o si no sabrían... Subió rápidamente llevándose la carta, sin pararse a mirar la letra hasta que llegó a lo que había sido su dormitorio, donde abrió para que entrase la luz. El cuarto daba al jardín, y a otros jardines: el sol había desaparecido y mientras las nubes iban encapotando el firmamento, los árboles y el tupido césped parecían estar humeándose ya de oscuridad. Su falta de deseo de volver a mirar la carta se debía a que tenía la impresión de que alguien se había entremetido en su vida —alguien que despreciaba su forma de vivir—. No obstante, en la tensión que precede a la lluvia, leyó lo que no eran más que unas pocas líneas:

«Querida Kathleen,

»No habrás olvidado que hoy es nuestro aniversario, y el día que dijimos. Los años han pasado a la vez despacio y deprisa. En vista de que nada ha cambiado, confío en que cumplirás tu promesa. Sentí ver que te marchabas de Londres, pero me complació que fueses a volver a tiempo. Puedes esperarme, por tanto, a la hora convenida.

»Hasta entonces...

K.»

La señora Drover buscó la fecha: era la de aquel mismo día. Dejó caer la carta sobre el colchón de muelles, luego la recogió para volver a mirar la letra —los labios, bajo lo que les quedaba de pintura, se le iban tornando blancos—. Notó tanto el cambio que se le estaba operando en el rostro que se acercó al espejo, limpió un pedazo, y lo miró a la vez con insistencia y sigilo. Vio frente a ella a una mujer de cuarenta y cuatro años, cuyos ojos resaltaban bajo el ala del sombrero del que había tirado descuidadamente. No se había dado polvos desde que salió del salón en que había tomado un té a solas. El collar de perlas, que su marido le había regalado para la boda, le colgaba alrededor del cuello, que ahora tenía algo más delgado, y se le introducía por el pico del escote del jersey rosa que su hermana le había hecho, el otoño anterior, aprovechando el tiempo que pasaban sentadas en torno a la chimenea. La expresión más normal en la señora Drover era de contenida preocupación, pero de asentimiento. Desde el nacimiento del tercero de sus hijos, en que había estado gravemente enferma, tenía un intermitente tic muscular en el lado izquierdo de la boca pero, a pesar de esto, su aspecto era a la vez enérgico y tranquilo.

Apartándose de su propia cara tan precipitadamente como había ido a su encuentro, se dirigió al arcón donde estaban las cosas, introdujo la llave en la cerradura, lo abrió, levantó la tapa y se arrodilló a rebuscar. Pero cuando empezó a

llover estrepitosamente, no pudo dejar de mirar hacia atrás, hacia la cama sin ropa donde estaba la carta. Tras la cortina de lluvia, el reloj de la iglesia, que aún se mantenía en pie, dio las seis —y con una aprensión que iba rápidamente en aumento, contó una a una las lentas campanadas.

—La hora convenida... Dios mío —dijo—, pero ¿qué hora? ¿Cómo iba yo...? Al cabo de veinticinco años...

La joven que hablaba con el soldado en el jardín no había llegado a verle del todo la cara. Estaba oscuro, se estaban despidiendo bajo un árbol. De vez en cuando —pues, al no verle en ese momento tan emotivo, parecía que no le había visto nunca— comprobaba su presencia, en esos pocos momentos de más, alargando una mano, que él apretaba cada vez, sin mucha ternura y haciéndole daño, contra uno de los botones del pecho de su uniforme. Esa cortadura del botón en la palma de la mano era lo que a ella esencialmente le iba a quedar como recuerdo. Todo ocurrió tan cerca del final de un permiso que lo único que podía desear era que ya se hubiese ido a Francia. Era agosto de 1916. Que no la besase, que la apartase para mirarla, intimidó a Kathleen hasta el punto de imaginar que en lugar de ojos él tenía destellos espectrales. Al volverse y mirar hacia el césped vio, a través de las ramas de los árboles, la ventana del salón iluminada: entonces tomó aliento para el momento en que pudiese salir corriendo hacia los brazos acogedores de su madre y de su hermana y gritar: «¿Qué debo hacer, qué debo hacer? Se ha ido».

Al oír que tomaba aliento, su novio le dijo sin ternura.

—¿Tienes frío?

—Te vas tan lejos.

—No tan lejos como crees.

—No comprendo.

—No tienes por qué —dijo—. Ya comprenderás. Sabes lo que hemos dicho.

—Pero eso era... suponiendo que tú... quiero decir, suponiendo...

—Estaré contigo —dijo—, antes o después. Eso no lo olvidarás. No tienes nada que hacer más que esperar.

Tan sólo poco más de un minuto después estaba libre para cruzar corriendo la silenciosa pradera del jardín. En el momento en que vio a través de la ventana a su madre y a su hermana, que de momento no la vieron a ella, empezó ya a sentir que aquella promesa tan antinatural se interponía entre ella y el resto de la humanidad. Ninguna otra manera de entregarse le hubiera hecho sentirse tan aparte, tan perdida y renegada. No podía haber dado una palabra de casamiento más siniestra.

Kathleen se portó bien cuando, unos meses más tarde, su novio fue declarado desaparecido, probablemente muerto. Su familia no solamente la apoyó sino que no escatimó elogios a su valor ya que no podían lamentar que un hombre del que no sabían nada apenas se convirtiera en marido de ella. Todos esperaban que en un año o dos se consolase —y si no se hubiese tratado más que del consuelo las cosas habrían

sido mucho más fáciles—. Pero lo malo, después de un poco de pena, fue su absoluto desacoplamiento de todo. No rechazaba a otros pretendientes, es que éstos no se presentaban: durante mucho tiempo no consiguió atraer a los hombres, y cuando ya se acercaba a los treinta años empezó, como es natural, a compartir la preocupación de su familia por ese motivo. Comenzó a inquietarse, a preguntarse, y a los treinta y dos se sintió muy aliviada cuando se dio cuenta de que William Drover la estaba cortejando. Se casó con él y se instalaron en esa parte tranquila y frondosa de Kensington: en aquella casa los años fueron pasando, nacieron sus hijos y allí vivieron todos hasta que les obligaron a marcharse las bombas de la guerra siguiente. Sus movimientos —como señora Drover— eran limitados y rechazó la idea de que la siguiesen vigilando.

Tal y como estaban las cosas —muerto o vivo— el escritor de la carta lo que le enviaba era una amenaza. Sintiéndose incapaz de seguir por más tiempo arrodillada con la espalda vuelta hacia la habitación vacía, la señora Drover se levantó de delante del arcón para sentarse en una silla cuyo respaldo estaba firmemente apoyado en la pared. El desuso de su antiguo dormitorio, la impresión de que su hogar conyugal de Londres era una copa resquebrajada de la que la memoria, con su poder tranquilizador, se había evaporado o se había escapado, había hecho crisis —y justo en esa crisis había ido a asestar el golpe, a sabiendas, el que había escrito la carta—. La vacuidad de la casa esa tarde cancelaba muchos, muchos años de voces, rutinas y pasos. A través de la ventana cerrada no oía más que el repicar de la lluvia en los tejados cercanos. Para infundirse valor, se dijo que estaba en una disposición de ánimo extraña y, cerrando los ojos durante tres o cuatro segundos, se dijo también que la carta era producto de su imaginación. Pero, al abrirlos, allí estaba, encima de la cama.

En cuanto al aspecto sobrenatural de la forma en que había llegado la carta no dejó que su mente se parase a pensar en ello. ¿Quién había en Londres que supiese que tenía la intención de pasarse por la casa ese día? El guarda, si es que había vuelto, no había tenido motivo para esperarla: se habría metido la carta en el bolsillo, para remitirla por correo cuando le conviniese. No había ningún otro indicio de que el guarda hubiese entrado —pero ¿entonces?—. Las cartas echadas en los buzones de las casas abandonadas ni vuelan ni van andando solas hasta las mesas de los vestíbulos. No permanecen sobre el polvo de una mesa vacía esperando con la seguridad de que las acabarán encontrando... Hace falta una mano humana —pero nadie más que el guarda tenía la llave—. Bajo ciertas circunstancias, en las que prefería no pensar, se puede entrar en una casa sin llave. Y era posible que en ese momento no estuviese sola. Podían estar esperándola, abajo. Esperándola, ¿hasta cuándo? Hasta «la hora convenida». Al menos no eran las seis, ya habían dado las seis.

Se levantó de la silla y fue y cerró la puerta con llave.

La cuestión era salir. ¿Huir? No, eso no: tenía que coger el tren. Como mujer cuya

total fiabilidad era la clave de su vida familiar, no quería regresar al campo, a su marido, a sus hijitos y su hermana, sin las cosas que había ido a buscar. Volviendo a ponerse manos a la obra en el arcón, hizo una serie de paquetes con rapidez y decisión. Éstos, junto con los de las compras que había hecho, eran demasiado para llevar: tenía que coger un taxi —ante la idea del taxi se le levantó el ánimo y recobró la respiración normal. Llamaré al taxi por teléfono ahora, el taxi no llegará demasiado pronto, lo estaré oyendo ahí fuera, con el motor en marcha, hasta que vaya hacia él tranquilamente por el vestíbulo. Llamaré —pero, no, el teléfono está cortado... Tiró de un nudo que había hecho mal.

La idea de huir... Él no fue nunca cariñoso conmigo, no lo fue realmente. Yo no le recuerdo nada cariñoso. Mi madre decía que no tenía ninguna consideración conmigo. Estaba encaprichado de mí, eso era lo que pasaba —pero, de amor, nada—. No era amor, no era querer bien a una persona. ¿Qué hizo para hacerme prometer así? No me acuerdo —pero luego encontró que sí se acordaba.

Lo recordaba con tan tremenda exactitud que los veinticinco años que habían pasado desde entonces se disolvieron como el humo e instintivamente se buscó el redondel que el botón de la chaqueta le había dejado en la palma de la mano. Recordaba, no solamente todo lo que él dijo e hizo, sino toda la enajenación de su existencia durante aquella semana de agosto. No era yo misma, todos me lo decían entonces. Lo recordaba —pero con un clarísimo espacio en blanco como donde cae ácido en una fotografía: no podía recordar su cara *bajo ninguna circunstancia*.

Así que, dondequiera que esté esperando, no lo reconoceré. No da tiempo a huir de una cara que no se espera.

La cuestión era llegar al taxi antes de que un reloj diese lo que podía ser la hora. Bajaría la calle rápidamente y torcería por donde la plaza desemboca en la calle principal. Volvería, a salvo, en el taxi hasta su puerta y haría entrar al respetable taxista en la casa con ella a recoger los paquetes de habitación en habitación. La idea del taxista le hizo sentirse segura, valiente: abrió la puerta, que había cerrado con llave, se dirigió a lo alto de la escalera y se puso a escuchar.

No oyó nada, pero, mientras escuchaba sin oír nada, el aire enrarecido de la escalera se vio perturbado por una corriente que le dio en la cara. Procedía del sótano: allí abajo alguien que había elegido ese momento para abandonar la casa estaba abriendo una puerta o una ventana.

Había cesado de llover, pero la calzada brillaba de humedad cuando la señora Drover salió discretamente por la puerta de su casa a la calle desierta. Las casas desocupadas de enfrente continuaban cruzándosele ante la vista con su averiada mirada. Mientras se dirigía hacia la calle principal y al taxi, hizo todo lo posible por no mirar hacia atrás. El silencio era desde luego tan intenso —una de esas rachas de silencio londinense, exagerada ese verano por los destrozos de la guerra— que nadie la hubiese alcanzado sin que oyera sus pisadas. Donde su calle desembocaba en la plaza, en la cual seguía viviendo la gente, se dio cuenta de que no andaba con

naturalidad y se dominó. En el extremo abierto de la plaza pasaron indiferentemente dos autobuses; unas mujeres, un cochecito de niño, unos ciclistas, un hombre empujando una carretilla eran síntomas, de nuevo, del flujo normal de la vida. En la esquina más Populosa de la plaza debía de estar —y estaba— la corta parada de taxis. Esa noche no había más que un taxi —pero éste, aunque no se le veía más que la inexpresiva parte trasera, parecía estar ya alerta esperándola—. Efectivamente, sin volver la vista, el conductor puso en marcha el motor cuando ella llegó jadeante por detrás y tocó la portezuela con la mano. En ese momento el reloj dio las siete. El taxi estaba en dirección a la Calle principal: para ir hacia su casa tendría que volver —ella se había repantigado en el asiento y el taxi *había* dado la vuelta antes de que ella, sorprendida por el acertado rumbo que seguía, se diese cuenta de que no había dicho «dónde» iba. Se inclinó hacia delante para tocar el cristal que separaba su cabeza de la del taxista.

El conductor frenó hasta casi pararse, se dio la vuelta y descorrió el cristal: la sacudida que se produjo lanzó a la señora Drover hacia delante hasta casi darse con el cristal en la cara. A través de la abertura, el conductor y la pasajera, sin que mediasen entre ellos más de ocho centímetros, se quedaron mirándose a los ojos toda una eternidad. La señora Drover permaneció boquiabierta unos segundos antes de poder proferir su primer grito. Después de esto continuó gritando libremente y golpeando con las manos enguantadas todas las ventanillas del taxi que, acelerando bárbaramente, partió con ella hacia las recónditas callejuelas desiertas.

Shirley Jackson *LA LOTERÍA*

NACIDA en San Francisco, Shirley Jackson (1919-1965) se graduó en la Universidad de Syracuse, en donde conocería a Stanley Edgar Hyman, con el que se casó y tuvo cuatro hijos. Instalado el matrimonio en Vermont, donde Hyman simultaneó la enseñanza con la crítica literaria, la animosa Shirley comenzó a escribir por las noches, una vez finalizada su rutinaria y extenuante tarea de ama de casa.

Tanto sus novelas —The Road Through the Wall (1948), Hangsaman (1951), The Bird's Nest (1954), The Sundial (1958), The Haunting of Hill House (1959), la más conocida gracias a una notable versión cinematográfica, y We Have Always Lived in the Castle (1962)— como sus relatos —entre los que destacarían, aparte del aquí seleccionado, «Pilar of Salt», «The Witch», «The Demon Lover» o «Bulletin»— manejan elementos sobrenaturales que irrumpen brusca y dramáticamente en medio de una plácida situación de normalidad absoluta.

Asociada abusivamente a brujas, demonios y demás parafernalia del género fantástico, en parte por méritos propios (ella misma solía decir medio en broma que era una «bruja aficionada, especializada en magia negra a pequeña escala»), su obra está basada en la firme creencia en la existencia de un sinfín de misterios que el hombre no ha sido aún capaz de desentrañar y constituye un hito fundamental del terror psicológico, pese a verse cortada prematuramente en plena madurez debido a un ataque al corazón.

Extraído del volumen de igual título publicado en 1949, primera y única recopilación en vida de la escritora, «The Lottery» es su relato más característico. A través de la escueta descripción, no exenta de humorismo, de una sanguinaria tradición anual de un pueblo, brilla con luz propia la magia alegórica de su prosa personalísima, alejada de cualquier moda o corriente literaria.

LA LOTERÍA^[18]

LA mañana del 27 de junio era clara y soleada, con la tibieza fresca de un día de pleno verano; las flores se abrían con profusión y la hierba lucía su verde intenso. La gente del pueblo empezaba a reunirse en la plaza, entre la oficina de correos y el banco, hacia las diez; en algunos pueblos había tantos habitantes que el sorteo llevaba dos días y debía comenzar el 26 de junio, pero en este pueblo, donde sólo había unas trescientas almas, toda la lotería se celebraba en menos de dos horas, de modo que podía comenzar a las diez de la mañana y estar terminada a tiempo para permitir que los habitantes volvieran a casa a tomar la comida del mediodía.

Los niños fueron los primeros en acudir, por supuesto. Había terminado el colegio hacía poco, por el verano, y el sentimiento de libertad generaba inquietud en la mayoría de ellos; solían reunirse en silencio durante un rato, antes de estallar en juegos turbulentos, y todavía hablaban de las clases y del maestro, de libros y de reprimendas. Bobby Martin ya se había llenado los bolsillos de piedras, y pronto siguieron su ejemplo los demás, eligiendo las más suaves y redondas; Bobby y Harry Jones y Dickie Delacroix —la gente del pueblo pronunciaba «Dellacroy»—, al cabo de un rato, reunieron un gran montón de ellas en un ángulo de la plaza y lo protegieron de las incursiones de los otros chicos. Las niñas se mantenían apartadas, hablando entre sí, mirando a los chicos por encima del hombro, y los pequeñines se revolcaban en el polvo o se quedaban cogidos de la mano de sus hermanos o hermanas mayores.

Pronto aparecieron los hombres, que vigilaban a sus hijos, y hablaban de la siembra y de la lluvia, de tractores y de impuestos. Formaron un grupo, lejos del montón de piedras de la esquina y sus bromas eran tranquilas: se los veía sonreír, más que reír a carcajadas. Las mujeres, que llevaban viejos vestidos de andar por casa y rebecas, llegaron poco después que sus maridos. Se saludaban una a otra e intercambiaban alguna noticia mientras iban al encuentro de los hombres. A poco, ya junto a sus maridos, las mujeres comenzaron a llamar a los hijos, y los niños se acercaron de mala gana: a algunos hubo que llamarlos cuatro o cinco veces. Bobby Martin evitó la mano captora de su madre y volvió, riendo, junto al montón de piedras. Su padre dijo algo en tono seco y Bobby regresó aprisa para ocupar su puesto entre su padre y su hermano mayor.

La lotería era dirigida —como también lo eran las contradanzas, el club de adolescentes y el programa de *Halloween*— por Mr. Summers, que tenía tiempo y energías para dedicar a las actividades cívicas. Era un hombre de cara redonda, jovial, se ocupaba del negocio del carbón, y la gente lo compadecía porque no tenía hijos y su mujer era muy regañona. Cuando llegó a la plaza, llevando la caja de madera negra, hubo un murmullo de conversación entre los habitantes, y él agitó la mano y advirtió: «Es un poco tarde hoy, amigos». El jefe de correos, Mr. Graves, lo seguía

llevando un trípode y el trípode fue puesto en el centro de la plaza y Mr. Summers colocó la caja negra encima. Los vecinos guardaban las distancias: dejaron un espacio entre ellos y el trípode, y cuando Mr. Summers dijo: «¿Alguno de vosotros, muchachos, quiere echarme una mano?», hubo una vacilación antes de que dos hombres, Mr. Martin y su hijo mayor, Baxter, se adelantaran para mantener firme la caja sobre el trípode mientras Mr. Summers revolvía los papeles en el interior.

El equipo original para la lotería se había perdido tiempo atrás, y la caja negra que en ese momento descansaba sobre el trípode se había comenzado a usar aun antes de que el viejo Warner, el más anciano de los vecinos, hubiese nacido. Mr. Summers hablaba con frecuencia a la gente del pueblo acerca de la necesidad de hacer una caja nueva, pero nadie quería tomarse ese trabajo, por mucha que fuese la tradición representada por la caja negra. Se contaba que la caja existente había sido hecha con trozos de la anterior, la que había sido fabricada cuando el primer grupo se asentó en el lugar para fundar el pueblo. Cada año, después de la lotería, Mr. Summers empezaba a hablar otra vez de una nueva caja, pero cada año se dejaba que el asunto se olvidara sin hacer nada. La caja negra estaba en peores condiciones a cada sorteo; en esos momentos ya no era negra del todo, sino que por un lado estaba malamente astillada y dejaba ver el color original de la madera, y en otros puntos se veía descolorida o manchada.

Mr. Martin y su hijo mayor, Baxter, sostuvieron firme la caja negra hasta que Mr. Summers hubo mezclado todos los papeles con la mano. A causa de que buena parte del ritual había sido olvidada o abandonada, Mr. Summers había conseguido cambiar por unos de papel los trozos de madera que habían usado durante generaciones enteras. Los trozos de madera, había argumentado Mr. Summers, estaban bien cuando el pueblo era pequeño, pero entonces, cuando ya la población era de más de trescientos habitantes y seguía en aumento, era necesario usar algo que resultara más fácil meterlo dentro de la caja negra. La noche previa al sorteo, Mr. Summers y Mr. Graves preparaban los trozos de papel y los ponían dentro de la caja, que después llevaban a la caja fuerte de la compañía de carbón de Mr. Summers y la guardaban dentro hasta que Mr. Summers estaba preparado para llevarla a la plaza, a la mañana siguiente. El resto del año la caja rondaba por allí, unas veces en un sitio, otras en otro; un año, había ido a dar al granero de Mr. Graves y otro año estuvo estorbando en la oficina de correos, y a veces la ponían sobre un estante de la tienda de comestibles de Martin, y allí la dejaban.

Había bastantes pequeñeces que hacer antes que Mr. Summers declarase abierta la lotería. Había que elaborar las listas de los cabezas de familia, integrantes de cada familia, miembros políticos de cada familia. Había que investir a Mr. Summers, como era debido, oficial de la lotería, cosa a cargo del jefe de correos: en cierta época, recordaba la gente, se hacía con una canción o algo así, interpretada por el oficial de la lotería, una cantilena mecánica, desafinada, que cada año se ejecutaba puntualmente; algunas personas creían que el oficial de la lotería se quedaba quieto

en un lugar cuando la recitaba o cantaba; otros creían que caminaba entre la gente, pero muchos, muchos años atrás se había dejado de lado ese elemento de la ceremonia. También había habido un saludo ritual, que el oficial de la lotería tenía que utilizar al dirigirse a cada una de las personas que subiese a sacar una papeleta de la caja, pero también eso había cambiado con el tiempo, de modo que ahora sólo se consideraba necesario que el oficial hablara con cada persona que se acercaba. Mr. Summers era muy bueno para cumplir con todo ello; vestido con su camisa blanca impecable y sus pantalones azules, con una mano apoyada como al descuido sobre la caja negra, se le veía muy correcto e importante mientras hablaba sin cesar con Mr. Graves y los Martin.

En el mismo momento en que Mr. Summers por fin dejó de hablar y se volvió hacia los lugareños reunidos, Mrs. Hutchinson atravesó deprisa el sendero en dirección a la plaza, la rebeca echada sobre los hombros, y se deslizó hasta su lugar, detrás de la concurrencia.

—Olvidé por completo qué día era —dijo a Mrs. Delacroix, que estaba junto a ella, y ambas rieron por lo bajo—. Pensaba que mi hombre estaba fuera cortando leña —prosiguió Mrs. Hutchinson—, y entonces miré por la ventana y los niños se habían marchado, así que recordé que era 27 y vine corriendo —se secó las manos en el mandil y Mrs. Delacroix le respondió:

—Has llegado a tiempo. Todavía están charlando allí arriba.

Mrs. Hutchinson estiró el cuello para ver a través de la aglomeración: su marido y los niños estaban de pie cerca del frente. Palmeó a Mrs. Delacroix en el brazo a modo de adiós y comenzó a abrirse camino entre la gente apiñada. Todos se apartaban de buen grado para dejarla pasar; dos o tres personas dijeron en voz tan alta como para ser oída por todos: «Aquí viene tu parienta, Hutchinson» y «Bill, ella lo ha conseguido, después de todo». Mrs. Hutchinson llegó junto a su marido y Mr. Summers, que había estado esperando, dijo con jovialidad:

—Pensaba que tendríamos que empezar sin ti, Tessie.

Mrs. Hutchinson, sonriendo, dijo:

—No querías que dejase los platos en el fregadero, ¿verdad, Joe? —una risa suave atravesó la reunión mientras todos volvían a sus puestos después de la llegada de Mrs. Hutchinson.

—Bien —dijo Mr. Summers con sobriedad—, creo que será mejor que empecemos, así cuando hayamos terminado podremos volver al trabajo. ¿Algún ausente?

—Dunbar —dijeron varias personas—. Dunbar, Dunbar.

Mr. Summers consultó su lista.

—Clyde Dunbar —dijo—. Ya. Se ha fracturado la pierna, ¿verdad? ¿Quién sacará la papeleta por él?

—Yo, supongo —dijo una mujer y Mr. Summers se volvió a mirarla.

—La mujer cogerá la papeleta por su marido —dijo Mr. Summers—. ¿No tienes

un hijo ya mayor que lo haga por ti, Janey?

Aunque Mr. Summers y toda la gente del pueblo sabían muy bien cuál sería la respuesta, era obligación del oficial de la lotería formular formalmente esas preguntas. Mr. Summers esperó con una expresión interesada y cortés a que Mrs. Dunbar respondiese.

—Horace todavía no ha hecho los dieciséis —dijo Mrs. Dunbar con pesar—. Me parece que este año tendré yo que cumplir por mi hombre.

—De acuerdo —dijo Mr. Summers, y anotó algo en la lista que tenía en la mano. Después preguntó—: ¿el hijo de Watson sacará la papeleta este año?

Un muchacho alto alzó la mano entre la muchedumbre.

—Aquí —dijo—. Sacaré la papeleta por mi madre y por mí —el muchacho parpadeó nerviosamente y agachó la cabeza mientras varias voces sonaban entre la gente, diciendo: «Buen chico, Jack» y «Qué bueno ver que tu madre tiene un hombre para hacerse cargo».

—Bien —dijo Mr. Summers—, creo que estamos todos. ¿El viejo Warner ha venido?

—Aquí estoy —respondió una voz y Mr. Summers asintió con la cabeza.

Un silencio repentino cayó sobre la reunión cuando Mr. Summers se aclaró la garganta y miró la lista.

—¿Preparados? —preguntó—. De acuerdo, leeré los nombres, primero los cabezas de familia, y los hombres subirán para sacar una papeleta de la caja. Guardad el papel doblado en la mano sin mirarlo hasta que todos hayan pasado. ¿Habéis comprendido?

La gente había hecho eso mismo tantas veces que sólo escuchaba a medias las instrucciones; la mayoría estaba en silencio, humedeciéndose los labios, sin mirar alrededor. Entonces Mr. Summers alzó una mano y dijo:

—Adams —un hombre se separó de la multitud y avanzó—. Hola, Steve —dijo Mr. Summers.

—Hola, Joe —respondió Mr. Adams.

Ambos sonrieron sin alegría y con nerviosismo. Entonces, Mr. Adams se acercó a la caja y extrajo un papel doblado. Lo mantuvo bien cogido de una punta mientras se volvía y ocupaba de nuevo con rapidez su puesto en la reunión, donde se mantuvo algo apartado de su familia, sin mirarse la mano.

—Allen —decía Mr. Summers— Anderson... Bentham.

—Ahora parece que las loterías vienen una tras otra —dijo Mrs. Delacroix a Mrs. Graves en la última fila—. Parece que celebramos la última la semana pasada.

—El tiempo pasa rápido —dijo Mrs. Graves.

—Clark... Delacroix.

—Allí va mi hombre —dijo Mrs. Delacroix, y contuvo el aliento mientras su marido avanzaba.

—Dunbar —llamó Mr. Summers y Mrs. Dunbar se aproximó con paso firme a la

caja, a la vez que una de las mujeres exclamaba «Adelante, Janey» y otra decía «Allí va».

—Nosotros somos los siguientes —comentó Mrs. Graves. La mujer observó cómo Mr. Graves se acercaba a la caja desde un lateral, saludaba con gesto grave a Mr. Summers y extraía un trozo de papel. En esos momentos ya había en distintos puntos de la reunión hombres que sujetaban en sus grandes manos pequeños pedazos de papel doblados, dándoles vueltas sin cesar y nerviosamente. Mrs. Dunbar y sus dos hijos estaban juntos; ella tenía ya la papeleta en la mano.

—Harburt... Hutchinson.

—¡Hala, Bill! —dijo Mrs. Hutchinson y la gente que estaba cerca de ellos se echó a reír.

—Jones.

—Se dice —Mr. Adams se dirigía al viejo Warner, que estaba de pie a su lado— que arriba, en el pueblo del norte, están hablando de acabar con la lotería.

El viejo Warner resopló, despectivo.

—Panda de chalados —dijo—. Escuchar a los jovencitos no les traerá nada bueno. Después, ya sabes, querrán volver a meterse en cuevas, nadie trabajará, vivirán de *esa* forma por un tiempo. Había un refrán que decía: «En junio la lotería, y habrá trigo en demasía». Si no, ya sabes, lo primero, todos comeremos pamplinas y bellotas. *Siempre* ha habido lotería —añadió con tono petulante—. Ya es bastante malo ver al joven Joe Summers allí arriba, bromeando con todo el mundo.

—En algunos lugares ya han acabado con las loterías —dijo Mrs. Adams.

—*Eso* no traerá más que problemas —respondió el viejo Warner, obstinado—. Panda de jovenzuelos tontos.

—Martin —y Bobby Martin vio avanzar a su padre—. Overdyke... Percy.

—Ay, si se dieran prisa —dijo Mrs. Dunbar a su hijo mayor—, ay, si se dieran prisa.

—Ya casi han terminado —respondió el muchacho.

—Tú estate atento para ir a avisarle a tu padre —pidió Mrs. Dunbar.

Mr. Summers dijo su propio nombre y se adelantó con firmeza para coger una papeleta de la caja. Después llamó:

—Warner.

—He asistido a la lotería setenta y siete veces —decía el viejo Warner mientras avanzaba entre la gente—, setenta y siete veces.

—Watson —el muchacho alto atravesó la muchedumbre con movimientos torpes.

Alguien dijo:

—No te pongas nervioso, Jack.

Y Mr. Summers recomendó:

—Tranquilo, hijo.

—Zanini.

Después hubo una larga pausa, una pausa intensa, hasta que Mr. Summers, agitando su trozo de papel en el aire dijo:

—Muy bien, amigos.

Durante un minuto nadie se movió y a continuación fueron abiertas las papeletas. De pronto todas las mujeres empezaron a hablar a la vez, preguntando: «¿Quién es?» «¿A quién le ha tocado?» «¿A los Dunbar?» «¿A los Watson?» Después las voces comenzaron a decir: «Es Hutchinson». «Le ha tocado a Bill.» «Lo tiene Bill Hutchinson.»

—Ve a decírselo a tu padre —ordenó Mrs. Dunbar a su hijo mayor.

La gente empezó a buscar a Hutchinson con la mirada. Bill Hutchinson estaba de pie, en silencio, mirando fijamente el papel que tenía en la mano. De pronto Tessie Hutchinson gritó a Mr. Summers:

—No le diste tiempo suficiente para coger el papel que quisiera. Yo te vi. ¡No es justo!

—Sé buena perdedora, Tessie —pidió Mrs. Delacroix.

—Todos hemos tenido la misma oportunidad —dijo Mrs. Graves.

—Cállate, Tessie —dijo Bill Hutchinson.

—Pues bien, amigos —intervino Mr. Summers—, lo hemos hecho bastante rápido y ahora nos tenemos que dar prisa para que todo termine Pronto —de inmediato consultó la otra lista—. Bill —dijo—, tú has sacado la papeleta por la familia Hutchinson. ¿Hay otras personas en la familia?

—Están Don y Eva —chilló Mrs. Hutchinson—. ¡Hazles elegiré *ellos*!

—Las hijas sacan suertes con la familia de su marido, Tessie —dijo Mr. Summers con gentileza—. Lo sabes tan bien como los demás.

—No ha sido *justo* —insistió Tessie.

—Creo que no, Joe —dijo Bill Hutchinson con pesar—. Mi hija saca suertes con la familia de su marido, y así es como debe ser. Yo no tengo más familia que los niños.

—O sea que por los cabezas de familia, eres tú el que lo ha sacado —resumió Mr. Summers como explicación—, y ahora sacaréis por la casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Bill Hutchinson.

—¿Cuántos niños, Bill? —preguntó Mr. Summers formalmente.

—Tres —respondió Bill Hutchinson—. Bill hijo, Nancy y Dave, el pequeño. Y Tessie y yo.

—Muy bien, pues —dijo Mr. Summers—. Harry, ¿les has pedido sus papeletas?

Mr. Graves asintió con la cabeza y mostró los trozos de papel.

—Ponías en la caja —ordenó Mr. Summers—. Coge la de Bill y échala dentro.

—Creo que tendríamos que empezar todo de nuevo —dijo Mrs. Hutchinson con tanta tranquilidad como le era posible—. Te digo que no ha sido *justo*. No le has dado tiempo para elegir. *Todos* lo han visto.

Mr. Graves había recogido los cinco trozos de papel y los puso en la caja, después de echar todos los demás al suelo, donde la brisa los hacía revolotear.

—Escuchad todos —estaba diciendo Mrs. Hutchinson a quienes tenía a su alrededor.

—¿Preparados, Bill? —preguntó Mr. Summers, y Bill Hutchinson, tras echar una rápida mirada a su mujer y a los niños, asintió.

—Recordad —dijo Mr. Summers—, cogéis el papel y lo conserváis doblado hasta que todos los demás hayan elegido el suyo. Harry, tú ayudarás al pequeño Dave.

Mr. Graves tomó de la mano al pequeño, que de buen grado se acercó a la caja.

—Saca una papeleta de la caja, Davy —dijo Mr. Summers. Davy puso su mano en la caja y se echó a reír—. Coge sólo *un* papel —indicó Mr. Summers—. Harry, quédate tú con la papeleta —Mr. Graves tomó la mano del niño, le quitó del puño el papel doblado y lo retuvo mientras el pequeño Dave permanecía a su lado y lo miraba expectante.

—Ahora, Nancy —dijo Mr. Summers. Nancy tenía doce años y sus compañeros del colegio jadeaban mientras ella iba hacia la caja, arreglándose la falda, para sacar una papeleta con gesto delicado—. Bill hijo —indicaba Mr. Summers, y Billy, con su cara roja y sus pies demasiado grandes, estuvo a punto de tirar la caja al suelo cuando sacó la papeleta—. Tessie —llamó Mr. Summers. La mujer vaciló un momento, mirando a su alrededor con aire desafiante, después apretó los labios y avanzó hacia la caja. Extrajo una papeleta y la ocultó a sus espaldas.

—Bill —llamó Mr. Summers y Bill Hutchinson llegó hasta la caja, tanteó en su fondo y sacó la mano con la última papeleta que quedaba dentro.

La gente estaba en silencio. Una niña susurró:

—Espero que no sea Nancy —y el susurro llegó hasta la última fila del grupo.

—Ya no es como antes —dijo el viejo Warner con voz clara—. La gente ya no es lo que era.

—Muy bien —dijo Mr. Summers—. Abrid las papeletas. Tú, Harry, abre la del pequeño Dave.

Mr. Graves abrió el trozo de papel y hubo un suspiro de alivio en la muchedumbre cuando la mostró y todos pudieron ver que estaba en blanco. Nancy y Bill hijo abrieron las suyas al mismo tiempo y ambos sonrieron, resplandecientes, girando para mostrar sus papeletas alzadas por encima de sus cabezas.

—Tessie —dijo Mr. Summers. Hubo una pausa y entonces Mr. Summers miró a Bill Hutchinson y Bill abrió su papel y mostró que estaba en blanco.

—Le ha tocado a Tessie —dijo Mr. Summers y su voz sonó apagada—. Muéstranos su papeleta, Bill.

Bill Hutchinson se acercó a su mujer y le quitó por la fuerza el papel. Tenía una mancha negra, la mancha negra que Mr. Summers había hecho la noche anterior con un lápiz muy grueso, en la oficina de la compañía de carbón. Bill Hutchinson mostró la papeleta y hubo un estremecimiento en la muchedumbre.

—Muy bien, amigos —dijo Mr. Summers—. Terminemos rápidamente.

Aunque los lugareños habían olvidado el ritual y perdido la primera caja negra, todavía recordaban cómo usar las piedras. El montón de piedras que los niños habían reunido estaba preparado, había piedras en el suelo junto a los trozos de papel que cayeran revoloteando desde la caja. Mrs. Delacroix eligió una tan grande que tuvo que sostenerla con las dos manos y se volvió hacia Mrs. Dunbar.

—Venga, —le dijo—, démonos prisa.

Mrs. Dunbar tenía piedras pequeñas en las dos manos y dijo, jadeando al respirar:

—No puedo correr. Tendrás que ir delante y yo te alcanzaré.

Los niños ya habían cogido sus piedras y alguien le dio unas chinas al pequeño Davy Hutchinson.

Tessie Hutchinson estaba en el centro de un claro y tendió las manos con desesperación mientras los lugareños se le acercaban.

—No es justo —gritó. Una piedra le dio en la sien.

El viejo Warner estaba diciendo:

—Venga, venga, ¡todos!

Steve Adams iba al frente de la multitud, acompañado por Mrs. Graves.

—No es justo, no está bien —gritó Mrs. Hutchinson y de inmediato todos cargaron contra ella.

Isak Dinesen
LOS CABALLOS FANTASMALES

AUNQUE su carrera, fue tardía y el reconocimiento público se le resistió un poco, la danesa Karen Blixen (1885-1962) está considerada hoy en día como una de las escritoras mayores del siglo. Tras estudiar arte en París y Roma, en 1914 se casó con su primo el barón Blixen-Finecke, cazador, guía de safaris y amigo de Hemingway, ostentando desde entonces el título de baronesa. Juntos se trasladaron a Kenia, en donde regentaron una plantación de café. Disuelto el matrimonio en 1921, Karen continuó viviendo en África hasta que la caída del mercado del café le obligó a vender la granja en 1931 y regresar a su hogar materno en Dinamarca.

Sin otros medios de ganarse la vida, no tuvo más remedio que volver a una antigua afición: la escritura, que había practicado de joven en revistas danesas bajo el seudónimo de Osceola. La publicación en 1934 de Seven Gothic Tales, colección de relatos que empezó a escribir en inglés durante su estancia africana («para divertirme durante la estación lluviosa»), le abrió las puertas de la celebridad, simultaneando a partir de entonces (siempre bajo el nom de plume de Isak Dinesen) las lenguas inglesa y danesa en una serie de novelas y relatos que la consagrarían como una narradora de gran fuste, sofisticada, sensible y plena de sutil ironía.

«The Ghost Horses» —cuento publicado en octubre de 1951 en la revista Ladies' Home Journal e incluido en el volumen póstumo Carnival (1977)— forma parte de un grupo de escritos para elegantes publicaciones americanas que, pese a su reconocido carácter de «meros entretenimientos» con fines lucrativos, ella jamás consideró como una ocupación menor.

LOS CABALLOS FANTASMALES^[19]

UNA niña yacía enferma en una casa grande. Mejoró y luego tuvo una súbita recaída, de la cual al parecer se negaba a recuperarse.

El médico famoso al que habían hecho venir de la ciudad afirmó que ya estaba repuesta y que debía levantarse. Pero la niña yacía en su cama, lánguida y lacia como una muñeca de trapo. Cuando las personas que la rodeaban le hablaban, ella permanecía con los ojos cerrados, pero cuando creía que nadie la miraba los abría y se quedaba con la mirada perdida y triste, y a veces grandes lagrimones se derramaban por debajo de sus largas pestañas. No quería comer ni hablar, y cuando sus enfermeras trataban de conseguir con halagos que se pusiera de pie, ella gritaba que le hacían daño.

La niña tenía seis años y había sido bautizada con el nombre de Oenone, pero en la vida cotidiana la llamaban Nonny. Era una niña preciosa, con el cabello negro y abundante y los ojos azules. Era hija única y había sido mimada toda su vida; su camita de enferma estaba rodeada de espléndidos juguetes.

La casa en la que vivía tenía doscientos años y era un majestuoso edificio gris en medio de un gran parque. Había pertenecido a la misma familia durante muchas generaciones, y se contaban extrañas y románticas historias acerca de la mansión. En la sala, un padre había perdido a su única hija en una partida de faraón. Un duelo fatal había tenido lugar en el vestíbulo. Un siglo antes, la joven dueña de la casa había abandonado a su marido y se había fugado con el apuesto mozo de cuerdas, llevándose las joyas de la familia.

La madre de Nonny había heredado la casa de una anciana tía y ella y su marido habían disfrutado mucho modernizándola. Ahora había una radio en cada habitación y habían convertido los viejos establos en magníficos garajes.

El médico le dijo a la madre de Nonny:

—Nos enfrentamos a un caso insólito, mi querida señora. Ante nosotros se está haciendo una elección entre la vida y la muerte, y la persona que está a punto de hacer esa elección ¡tiene seis años! Además, Nonny es una niña con una fuerza de voluntad excepcional.

—Doctor, ¿qué quiere usted decir?

—Generalmente, el mundo de un niño —respondió el médico— gira en torno a una sola personalidad magnética. Es natural que sea la de una madre joven y admirada. Durante tres semanas ha estado usted dedicada por entero a Nonny, ahora ella no permite que esta feliz situación cambie. Se empeña en estar enferma, para que usted siga preocupada por ella; puede que se empeñe en morirse, para que usted la eche de menos.

—¿Qué puedo hacer? —exclamó la hermosa mujer—. ¿Acaso tenemos que ser una maldición para las personas que amamos? —añadió al cabo de un momento, con

lágrimas en los ojos.

—Debe usted marcharse —dijo el médico—. Y Nonny ha de comprender que sólo cuando esté perfectamente bien volverá usted a ella y que entonces estarán juntas para siempre. Su marido ha estado hablando de un viaje de dos semanas recorriendo Francia en coche. Mi consejo es que emprendan ese viaje mañana.

La madre de Nonny miró al médico y luego miró por la ventana.

—Deja usted a la niña en muy buenas manos —continuó el médico—. La señorita Anderson es una persona seria y digna de confianza, la señorita Brown es una enfermera titulada y la niñerita sueca le tiene mucho cariño a la chiquilla. Yo vendré a verla todos los días.

—Puede que sea una buena idea marcharnos —dijo la madre despacio.

—Nosotros cuatro —dijo el médico— le hablaremos de usted a Nonny todos los días y le diremos que cuanto antes se ponga buena, antes volverá usted. Entonces nuestra obstinada jovencita se concentrará en curarse, no en morir.

—Mi hermano llega mañana de París —dijo la madre de Nonny—. Le he enviado un telegrama.

—¿Su hermano el pintor? —preguntó el médico—. ¿El joven que le hace unos dibujos tan divertidos a Nonny? Es exactamente la persona que nos conviene. Él le describirá su viaje a la niña día a día y además se lo ilustrará.

Así que la madre de Nonny partió para Francia con su marido en su gran coche nuevo.

Dio la casualidad de que se encontró con su hermano en el puerto marítimo. Comieron juntos en un hotel y después de comer, cuando Peter, el marido, se fue a echarle un vistazo al coche, los dos tuvieron una larga conversación mientras tomaban café.

Eran gemelos y muy parecidos, tanto que sus amigos les llamaban Sebastian y Viola. Siempre habían sido grandes amigos. Cedric había sorprendido a la familia primero al querer ser pintor y luego al hacerse un nombre como tal. Vivía en París, en un círculo de artistas de los que tenía una excelente opinión, mientras que era modesto respecto a su propia obra. Era un joven de aspecto agradable, modales suaves y con la clase de equilibrio que se encuentra en muchachos cuya familia ha vivido durante generaciones en una situación económica inalterada, sea muy buena o muy mala.

Annabelle le contó a su hermano que el mundo de un niño se centra en una sola personalidad magnética y que se iba a Francia para salvarle la vida a Nonny. Él debía hablarle de ella a todas horas, decirle a Nonny que su madre volvería en cuanto ella estuviera perfectamente bien, y enviarle informes de los progresos de la niña a varias direcciones en Francia. Cedric prometió hacer todo lo que le pedía.

—Pero ésa no es la razón por la que me mandaste un telegrama pidiéndome que viniera —dijo.

—No —dijo Annabelle. Hizo una pausa—. Quería pedirte consejo.

A menudo había querido su consejo anteriormente.

—Estoy a tu disposición —dijo él.

—Sí, eso es fácil de decir —contestó Annabelle—, pero la cuestión es que Peter y yo hemos estado gastando más dinero del que tenemos. Vivir por encima de las propias posibilidades, es como lo llama la gente.

—¿De veras? —preguntó Cedric sorprendido.

—Por el amor de Dios, no empieces a regañarme —dijo Annabelle—. Vivir por encima de las propias posibilidades es terriblemente desagradable. Yo no lo puedo soportar. Tampoco tú podrías, ¿verdad?

—No —dijo Cedric, que vivía muy austeramente en París.

—¿Lo ves? —dijo su hermana—. Últimamente nos ha surgido una maravillosa oportunidad. Peter siempre ha querido trabajar en algo. Ahora sir Maurice Mendoza le ha ofrecido entrar en su empresa como socio. Es un trabajo ideal para Peter. ¿No crees que es maravilloso?

—Sí —dijo el hermano.

—Sí, ¿verdad? —dijo la hermana—. Y yo ¿qué?

—Eso, y tú ¿qué opinas?

—Oh, Cedric —dijo ella—, trata de no ser tan obtuso. La cuestión es que sir Maurice me admira.

—Como todo el mundo —dijo él.

—No, no como todo el mundo, Cedric.

—Y a Peter siempre le gusta que te admiren.

—No. Puede que no le gustara, si supiera toda la verdad.

—Y a ti ¿te gusta, querida mía? —preguntó él.

—Verás, Cedric, pasa lo siguiente —dijo ella—. Quiero a Peter. Le quiero desde hace siete años, así que me parece que le conozco a fondo. A sir Maurice no le conozco en absoluto. Es un hombre misterioso, como sabrás por su reputación. No es rico de una manera normal, es como un personaje de cuento de hadas. ¡Es la cueva de Aladino: rubíes como cerezas, zafiros como uvas! Me he acordado de ese viejo cuento nuestro porque sir Maurice posee fabulosos conocimientos sobre las piedras preciosas. ¡Cómo me gustaría que la tatarabuela Annabelle no se hubiera llevado las joyas de la familia cuando se escapó con su mozo de cuadra!

—Sí —dijo Cedric despacio—, esas románticas historias amorosas suelen traer algunos problemas.

—La noche antes de que Nonny se pusiera enferma —dijo Annabelle— cenamos con él y nos enseñó un rubí que había comprado en Holanda. Nos preguntó si, cuando Peter y él hubieran llegado a un acuerdo, podría regalármelo en un brazalete. Como un sello rojo para nuestro acuerdo, dijo. Luego Nonny cayó enferma y no he vuelto a verle y ahora tenemos dos semanas en Francia para tomar la decisión. Eso es todo. ¿Qué me aconsejas?

—¿Me das también a mí dos semanas para pensarlo? —preguntó el hermano.

—Sí —contestó la hermana.

Vieron que Peter se acercaba a la mesa y cambiaron de conversación.

—Es muy extraño que durante toda su enfermedad —dijo Annabelle— haya estado hablando de caballos, sólo de caballos, carreras, cacerías y cuadas. ¡Cuando casi nunca ha visto un caballo! Como no paraba de hablar de ellos, Peter le compró un precioso juguete mecánico que imitaba perfectamente a un caballo. Pero no le gustó.

Después de esto se despidieron.

Cedric estaba deseando comenzar sus vacaciones, porque tenía que pensar en un gran cuadro nuevo y quería estar solo.

Nunca había estado en casa de su hermana en ausencia de ella. Ahora que tenía tiempo y tranquilidad para pasear y observar, le pareció un lugar nuevo y fascinante.

«Si esta casa hubiera sido mía», pensó, «la habría dejado tal y como estaba. Entonces, viviendo en ella, habría podido pintar como Zoffany».

Subió al cuarto de Nonny. Estaba aún más bonita de como la recordaba. Pero ¿qué hacía esa expresión severa, ojerosa y desesperanzada en una carita como una flor?

Obedeciendo las instrucciones recibidas, le habló a Nonny de su madre, le describió el viaje que estaba haciendo y lo ilustró con papel y lápiz. Ella le escuchó sin la menor muestra de interés y apenas miró los dibujos. El caballo mecánico estaba junto a su cama; él lo admiró y el rostro de Nonny adquirió una expresión todavía más trágica.

«Si valgo algo como artista», se dijo Cedric, «tengo que ser capaz de corregir este bonito *Retrato de niña*».

—¿A qué vamos a jugar cuando te levantes, Nonny? —le preguntó.

Por primera vez obtuvo una respuesta. Después de un silencio, Nonny dijo:

—No podemos jugar. Tú y yo no.

Él reflexionó, luego dijo:

—No, tú y yo no. ¿Quién puede jugar?

—Billy —respondió Nonny.

No quería forzarla, así que dejó el tema.

El médico vino, examinó a la niña y preguntó si se había levantado. Cuando la enfermera negó con la cabeza, le dijo que la situación se volvía grave y que era preciso que la niña se pusiera de pie antes de su próxima visita. Luego se marchó en su coche.

—¿Verdad que te levantarías si pudieras jugar con Billy? —le dijo Cedric a Nonny.

—Sí —contestó ella.

—¿Y por qué no puedes jugar con él? —le preguntó.

El rostro de la niña se ensombreció por la indignación.

—¡Ya lo sabes! —dijo.

—He estado mucho tiempo en París, cariño —dijo él—. Me parece que han pasado muchas cosas mientras tanto. ¿Te importaría decírmelo?

—Porque Billy ha muerto —contestó Nonny.

Cedric descubrió que se estaba ocupando tanto de Nonny como de su nuevo cuadro. Pensó que ni la señorita Anderson ni la señorita Brown podían ayudarle, por lo que acudió a la joven niñera sueca, Ingrid. La muchacha atraía su corazón de pintor, porque con su cofia blanca parecía un cuadro holandés. Se esforzó para encontrarla sola y se sentó con ella. Hablaron de la enfermedad de Nonny y estuvieron de acuerdo en que tenían que curarla antes de que regresara su madre.

—A propósito —dijo Cedric—, ¿quién es Billy?

Ingrid palideció, le miró fijamente y dijo:

—Oh, señor.

—Comprenda que no puedo ayudarla a curar a Nonny hasta que lo sepa —dijo él.

—Tenía la esperanza —dijo Ingrid— de que nadie llegaría a saberlo.

—¿Por qué no debían saberlo? —preguntó él.

—Porque Billy ha muerto —respondió Ingrid.

—Eso ya lo sé —dijo Cedric— y lo siento mucho.

»Pero debe haber algo más en relación con Billy. Si tuviera usted la amabilidad de contármelo, yo no se lo diría a nadie.

Ingrid respiró hondo.

—Me alegraré de contárselo —dijo—. Esto me ha tenido preocupada, señor.

Con expresión grave, deteniéndose de vez en cuando y mirándole a la cara, como para obligarle a cumplir su promesa, se lo contó todo.

Billy era el nieto de la anciana señora Peavey. ¿Y quién era la anciana señora Peavey? La señora Peavey era la viuda del antiguo cochero. El antiguo cochero vivía en el pequeño piso que había encima de los establos que habían transformado en garajes; después de su muerte le habían permitido a la viuda que se quedara en el piso.

¿El caballero no había visto nunca a la anciana señora Peavey? No, claro, eso era porque ella tenía mal las piernas y le costaba mucho subir las escaleras. Al principio ella e Ingrid se habían hecho amigas porque la señora Peavey venía del campo de verdad, su padre había sido granjero y había criado caballos, igual que el padre de la muchacha sueca, y ellas dos tenían muchos intereses en común.

—Debió ser muy agradable para las dos —comentó Cedric.

—Sí, señor —dijo Ingrid.

La señora Peavey tenía un solo hijo, que trabajaba en una gran cuadra de carreras, estaba casado y tenía siete hijos. Cuando murió su mujer y se volvió a casar, su nueva esposa no quiso saber nada del niño más pequeño, por lo que la señora Peavey se lo llevó con ella. Le había traído el hermano mayor, un chico muy simpático que era mozo en la cuadra de carreras. Cedric se preguntó si este mozo de cuadra no sería el interés que la anciana y la joven tenían en común. El niño había vivido desde

entonces con la señora Peavey, encima de los antiguos establos.

—Ése era Billy, señor —dijo Ingrid.

Billy tenía tres meses menos que Nonny, y era un niño muy guapo y muy listo. Pero era sordomudo.

A veces, cuando la señorita Anderson le decía a Ingrid que llevara a Nonny a dar un paseo, ellas subían las escaleras de los establos para hacerle una visita a la señora Peavey. Ingrid se sentaba con ella y le zurcía algunas cosas, pero Nonny y Billy se iban a jugar al cuarto de los arreos, que estaba al lado de las habitaciones de la señora Peavey.

—Pero no hay nada de malo en eso —dijo Cedric.

—Sí, señor —dijo Ingrid—, porque fue Billy quien le contagió el sarampión a Nonny —se retorció las manos sobre el regazo—. Y justo cuando Nonny se estaba recuperando —continuó—, Billy se murió. Cuando Nonny se enteró de eso fue cuando volvió a ponerse tan malita.

—¿Cómo se enteró? —preguntó Cedric.

Se había enterado por Ingrid. Ésta había ido a ver a la señora Peavey y habían llorado juntas por Billy, y cuando volvió, Nonny le preguntó por qué había llorado. Tuvieron que mandar a buscar al médico en mitad de la noche. Cuando Nonny estaba delirando, Ingrid temió que hablase de Billy, que se descubriese todo y que echaran a la anciana señora Peavey. Pero Nonny había sido leal y no había dicho nada ni siquiera entonces.

—Mi hermana me dijo —comentó Cedric— que hablaba de caballos.

Sí, hablaba de caballos. Había muchos cuadros de caballos en el cuarto de los arreos y Billy le había dicho el nombre de todos ellos.

—¿Cómo pudo decírselos si era sordomudo? —preguntó Cedric.

Evidentemente a Ingrid aquello no le había parecido especialmente extraño, pero tampoco podía explicarlo. Nonny y Billy siempre habían insistido en que les dejaran estar solos en el cuarto de los arreos, incluso cerraban la puerta con llave, y jugaban allí dentro casi sin hacer ruido. A Billy le habían enseñado, o había aprendido él solo, a leer en los labios; Ingrid creía que él le había enseñado a Nonny.

Porque Nonny le decía a Ingrid: «Voy a contarte una cosa maravillosa», y luego movía los labios y ponía cara larga cuando Ingrid no la entendía. También, a veces, cuando Ingrid la acostaba, se reía durante un rato ella sola y luego le decía en voz baja que Billy y ella tenían unos hermosos caballos con los que jugar.

—Creo —dijo Cedric después de un silencio— que hablaré con Nonny de Billy.

—¿Será buena idea, señor?

—Creo que sí. El médico le dijo a mi hermana que para un niño siempre hay una personalidad destacada y fascinante que atrae su atención antes que ninguna otra. Él pensó que para Nonny era su madre. Pero ahora comprendo que era Billy.

Cedric le había enviado una postal a su hermana diariamente. Ahora recibió una de ella. Francia era maravillosa, escribía. Viajar con Peter era maravilloso. Sería

maravilloso volver a ver a Nonny. A veces deseaba no tener que volver. Besos para Cedric.

Cedric le dijo a Nonny:

—Yo, en tu lugar, me desharía de ese caballo.

Ambos miraron con desprecio el caballo mecánico que estaba junto a la cama.

—Las cosas que son exactamente igual a otras —dijo Cedric— son una verdadera lata.

Nonny le miró, pero aún tenía sospechas y no dijo nada.

—Las únicas cosas *realmente* reales —dijo él— son las que uno se inventa y que no son *igual* a otras. En mi casa de París yo hago muchas cosas *realmente* reales: flores y pájaros y una señora que se tira al río porque es muy desgraciada. Huelen y cantan y saltan al agua muy bien, divinamente.

Después de un silencio, Nonny preguntó:

—¿Con qué los haces?

—Generalmente encuentro algo con que hacerlos. ¿Tú, no?

Una pálida sonrisita, la primera que él veía, iluminó la cara de Nonny.

—Sí —dijo.

Él esperó un momento.

—En lo que se refiere a los caballos —dijo— a los caballos *realmente* reales, supongo que Billy *realmente* podía conseguir que hicieran de todo.

Nonny le miró a la cara, otra cosa que no había hecho hasta entonces. Su expresión era grave y orgullosa, pero no hostil.

—Billy sabía explicarme todo lo que hacían —dijo.

—Comprendo —dijo él—, porque no podía hablar como los demás niños.

Parecía que ella iba a decir algo, pero de nuevo apretó los labios.

—Bueno, Nonny, hasta luego —dijo él—. Tengo que ir a dar un paseo en el coche que me ha dejado tu madre. Es una pesadez, en realidad, porque un coche se vuelve tan lento cuando piensas en los caballos de Billy.

—¿Volverás, tío Cedric? —preguntó Nonny.

Él se marchó y pensó: «El cambio se está produciendo. Es difícil, muy difícil hacerlo bien, pero se está produciendo. ¡Que Dios me ayude ahora a elegir los pinceles y los tubos de pintura adecuados!».

Al día siguiente consiguió que Nonny jugara con él una especie de juego de tablero sobre la colcha. Mientras pensaba en un movimiento, ella le preguntó:

—¿Dónde guardas tus flores y los pájaros y a la señora?

—Los pongo contra la pared —contestó él—, así nadie los ve. Pero están ahí todo el tiempo, naturalmente.

Si esta vez Nonny no dijo nada no era, pensó Cedric, por falta de simpatía sino, simplemente, por falta de palabras con que expresar su nueva y feliz compenetración. Finalmente dijo:

—Nuestros caballos están en sus *boxes*. Y en sus establos.

—Como la mayoría de los caballos realmente buenos —dijo él.

Después de que ella ganara la partida, mientras él guardaba las piezas en la caja, Nonny le preguntó de repente:

—¿Quieres que te enseñe mis caballos, tío Cedric?

—Me encantaría —contestó él—. He estado pensando en ellos. No está bien que nadie les dé agua ni los cepille, ahora que Billy ya no está y tú tienes las piernas demasiado débiles para ir allí.

—No es verdad —dijo Nonny, y se puso de pie en la cama.

—Para trabajar en un establo hace falta tener las piernas muy fuertes —dijo Cedric—. Tal vez puedas ir mañana.

—No —dijo Nonny—, hoy. Después de comer, miró a su alrededor y añadió—: la señorita Anderson y la señorita Brown no deben enterarse.

—No —dijo él.

—Me puede vestir Ingrid —dijo la niña.

—Te puede vestir Ingrid —asintió él—, y yo les diré a la señorita Anderson y a la señorita Brown que me llevas a dar un paseo en coche.

De pie sobre la cama, con su pequeño camisón de franela, su cara quedaba a la altura de la de Cedric. Qué ojos tan bonitos, qué cejas tan delicadamente arqueadas, qué cabello tan abundante. Y qué repentina y extraña fuerza en toda la frágil figura.

—Porque —dijo lenta y solemnemente— ¡tú nunca, nunca lo contarás!

—Porque —repitió él lenta y solemnemente— ¡yo nunca, nunca lo contaré!

Los ojos claros de la niña, graves, penetrantes, miraron a los suyos. En su corta vida había tenido decepciones y catástrofes; en este asunto no podía correr ningún riesgo. Él buscó en su mente un juramento que le obligara sin condiciones.

—Si alguna vez —dijo— digo una palabra acerca de los caballos, los *boxes* o los establos, a cualquier ser viviente, que nunca vuelva a pintar un cuadro decente en toda mi vida. Que Dios me ayude a cumplirlo.

Habló del asunto con la otra conspiradora. Acordaron darle el día libre a la señorita Anderson y que Ingrid entretendría a la señorita Brown.

Era una hermosa tarde de finales de verano. El aire estaba soñoliento por la dulzura de los setos de boj y de los largos parterres de rosas y alhelíes, las sombras de los grandes árboles descansaban suave y plácidamente sobre el césped. Nonny, en brazos de Cedric, miraba a su alrededor y al cielo. Él se preguntó si una niña tenía alguna idea del tiempo, si se daba cuenta de que había pasado el tiempo y habían sucedido cosas desde la última vez que había estado en el jardín.

—He mandado a Parker a un recado —le dijo cuando iba camino de los garajes—. Subiremos la escalera para ir directamente a casa de la señora Peavey.

Le miró como para preguntarle cómo conocía tan bien el camino, pero luego no dijo nada.

En las escaleras pensó: «Retrocedo diez años en cada uno de estos viejos y gastados escalones». Había llegado a los tiempos de Zoffany cuando cruzó el umbral

de la señora Peavey.

Una anciana muy menuda, sentada junto a los geranios del alféizar de la ventana, trató de levantarse de su sillón al ver a sus visitantes, renunció, se encogió aún más y se echó a llorar. Nonny la miró bondadosamente, pero no habló.

—No pasa nada, señora Peavey —dijo Cedric—. Nonny ya está bien. ¿Cómo está usted? Nos gustaría entrar en el cuarto de los arreos.

—Oh, me temo que habrá muchísimo polvo allí, señor —dijo la señora Peavey—. No he vuelto a entrar en el cuarto de los arreos desde que murió mi nietecito. Yo tenía un nietecito, señor.

—Lo sé, señora Peavey —dijo Cedric—. Y siento mucho que haya muerto. Lo del polvo no importa.

—Billy ponía la llave por dentro —dijo Nonny—. También sabía echarla. Allí dentro me dejarás en el suelo, tío Cedric.

—Sí, Nonny —dijo él.

Abrió la puerta del cuarto de arreos. El olor les recibió aún antes que la luz, luego ambos se fundieron en una silenciosa bienvenida, humilde y digna a la vez.

El cuarto era grande y bajo, cruzaba toda la casa y tenía dos ventanas al este y dos al oeste. Todo estaba cubierto de polvo. La afirmación de la anciana de que no había estado allí desde la muerte de Billy era probablemente más que cierta: esta delicada capa debía datar de los tiempos del viejo cochero.

Era un sitio tan encantador que por un momento se olvidó de la misión que le había llevado allí y permaneció inmóvil. La suave luz dorada de la tarde llenaba el cuarto vacío y convertía su desnudez y pobreza en esplendor. Las paredes encaladas tenían el lustre del alabastro y la vieja madera del techo el brillo profundo del metal.

Todo a lo largo de dos paredes había ganchos y percheros de los que colgaban arreos y talabartería. Había guarniciones, cinchas, bocados, bridas y espuelas. Había arneses sencillos y dobles, para tándem y para tiros de cuatro caballos, con adornos de latón y de níquel, y anteojeras con penachos. Había sillas de caza, de carreras y de mujer.

Cedric sabía muy poco de talabartería, no recordaba haber ido nunca en un vehículo tirado por un caballo. Miró todos aquellos objetos y vio que estaban enmohecidos y agrietados, pero que habían sido hechos con maestría, empleando cuero y metal de buena calidad. Manos hábiles, cuidadosas y pacientes los habían trabajado.

En las otras dos paredes había cuadros de caballos, solos o en grupos, en magníficas actitudes: galopando, saltando vallas, brincando delante de faetones, tirando de carrozas, montados por damas con faldas de cola. Eran grabados antiguos, perfectamente hechos como los demás objetos del cuarto, y como ellos, descoloridos y manchados por las moscas, algunos con el cristal roto o desaparecido.

Comprendió que estaba en el reino de Billy.

En este cuarto había vivido gente que pensaba en los caballos y hablaba de ellos,

que lo sabía todo acerca de ellos, cuyas más profundas satisfacciones y más altos ideales estaban de alguna manera relacionados con los caballos. Billy —hijo de un preparador y nieto de un cochero, Probablemente el último descendiente de una línea de jinetes y de criadores de caballos que se perdía en la noche de los tiempos— había sido el legítimo heredero de este antiguo mundo ecuestre inglés ya desapareado. Este pequeño y silencioso guardián y custodio de su última, olvidada provincia o reserva, la había hecho revivir espléndidamente ante los ojos de su amiguita, hija de la era del motor.

Nonny le había pedido que la dejara en el suelo y se había quedado inmóvil, como el propio Cedric, mirando el cuarto con apasionado y tierno orgullo. Ahora le pidió que la cogiera en brazos otra vez para enseñarle los grabados a su invitado. Estuvieron de acuerdo en que estaba lo bastante fuerte para ir subida a sus hombros y de esta manera recorrieron lentamente el cuarto.

—Éste es Guardabosques —dijo Nonny—, que ganó el Longchamps. Éste es Boiard, que ganó en Ascot. Éste es el caballo favorito de la Reina y éste el del príncipe Alberto. Éste es Robert el Diablo, que ganó en Saint-Léger, y ¿a que tiene cara de diablo? ¡Y este de aquí es Gladiateur, que ganó el Derby! Todo está escrito debajo de los cuadros.

—Pero tú no sabes leer, Nonny —dijo Cedric—. ¿Cómo has llegado a saber tantas cosas de ellos?

—Billy sí sabía leer —dijo Nonny—. Él me lo explicó todo... ¡Y mira! —gritó con un repentino estallido de placer—. ¡Ésa es la coronación de la Reina el 28 de junio de 1838! —se quedó callada y seria durante un momento—. Quiero bajarme. Hoy haremos el desfile de la coronación, tú y yo.

Cedric miró por todo el cuarto. No había ningún armario ni ningún cofre por ninguna parte, únicamente, en un rincón, una cesta con pinzas para tender la ropa y unas botellas vacías. Había creído que estaba cerca de su objetivo; ahora se quedó parado sobre el suelo desnudo sintiéndose terriblemente torpe y adulto. ¿Qué objetos de los que había aquí habrían sido animados y exaltados por la varita mágica de Billy para formar un cortejo real?

Había un sillón del abuelo en el cuarto, con el relleno saliéndose por la rota cubierta de crin.

—Verás, Nonny —dijo—. Te dejaré en el sillón. Luego tú me das órdenes.

—No —dijo Nonny—. No me sentaré en el sillón.

—¿Por qué no? —dijo él—. Si vamos a hacer una carrera, ésa será la silla del juez y tú serás el juez. Y si hacemos el cortejo de la coronación... —se detuvo, sin saber exactamente qué papel haría Nonny entonces.

—Seré Dios —dijo Nonny con voz clara—, mirando a los caballos desde el cielo. Dios mira a todos los caballos, decía Billy.

Parecía muy pequeña en el enorme sillón, pero se sentó en él como en un trono.

—¡Abre la puerta del establo y haz salir a los caballos! —dijo.

—Sí, cariño —contestó él.

Al azar, temeroso de hacer algo mal, descolgó un cuadro y lo dejó apoyado en la pared.

—No —dijo Nonny—. Ormond no, tío Cedric. Aquél: Zeodone, que ganó el Grand National.

En la pared estaba Zeodone, levantado sobre las patas traseras y sujeto por un esforzado mozo.

—Nunca hubieras encontrado el establo tú solo, ¿eh, tío Cedric? —dijo Nonny—. Billy lo encontró él solito. Y tenía que ponerse de pie sobre la silla de mujer para llegar ahí.

Al quitar el cuadro, apareció un agujero cuadrado en la pared. Era oscuro y profundo.

—Están ahí dentro —dijo Nonny.

En el nicho había una pila de cajas grandes y pequeñas. Las sacó una a una y cuando había sacado tres o cuatro empezó a sospechar lo que tenía en las manos.

Las cajas eran todas muy bonitas, hechas de tafilete o de terciopelo, con cierres dorados, pero estaban mohosas y agrietadas. La niña le dijo que las pusiera todas en el suelo y luego que las abriera. Estaban forradas de raso descolorido. Pero las joyas brillaban sobre la tela deteriorada, limpias y radiantes, con cien deslumbradoras sonrisas.

—¿Has visto alguna vez unos caballos tan brillantes, tío Cedric? —preguntó Nonny alegremente—. Billy y yo los lavamos con una esponjita y los frotamos con una gamuza que había sido del abuelo de Billy. Cuando los pones uno al lado del otro, en fila, van desde esa pared a esa otra.

Había sortijas con diamantes, esmeraldas, rubíes y zafiros. Había broches en forma de ramilletes o de cestillos de flores, arabescos y estrellas. Había pulseras, colgantes y hebillas. Cinco estuches contenían collares u otros adornos grandes, cuyas piedras habían sido sacadas de su montura por algún motivo y estaban esparcidas o en montoncitos. Los hilos de dos collares de perlas, uno muy largo y el otro más corto, hechos con perlas rosadas increíblemente grandes e iguales, habían sido rotos o se habían podrido; las perlas rodaban y chocaban suavemente entre sí al mover el estuche. Había pendientes de perlas y pendientes largos de brillantes. También había tres diademas, la mayor de las cuales era de brillantes, y verdaderamente regia.

Los destellos de las piedras talladas y el brillo suave de las perlas llenó el corazón del artista de una profunda y humilde adoración, de sencilla gratitud por las cosas bellas de este mundo. Permaneció inmóvil durante un rato, contemplando el despliegue, eligiendo primero un objeto y luego otro como el más hermoso.

Luego pensó: «Así que aquí están. Y sólo Dios sabe qué sucedió aquí. ¿Acaso los amantes, después de haber preparado tan cuidadosamente su huida, tuvieron que salir corriendo en el último momento para escapar de la venganza del marido? ¿O el

tatarabuelo George los descubrió antes de que se fugaran y me encontraría unos esqueletos debajo del suelo si los buscara?».

Nonny, sentada en su sillón, estaba satisfecha de la impresión que sus cuabras le habían hecho a su joven tío. Le dio un minuto para la muda admiración y luego le dijo que se pusiera a trabajar.

Obediente a sus órdenes, Cedric se puso a gatas y organizó el cortejo. La larga procesión tenía que ir desde la pared hasta el sillón de Nonny y él había de comenzarla por la cabeza. Mientras iba tomando forma bajo sus manos se hacía cada vez más espléndida, ya que la carroza de la Reina aparecía casi al final.

Primero, antes que nadie, iba el señor Lee, el jefe de policía de Westminster. El señor Lee era un alto sello con el blasón familiar labrado en ágata. Podía sostenerse en pie y tenía un porte muy digno.

Luego venía un escuadrón de la Guardia de Corps en finas hileras de los rubíes más pequeños procedentes del collar.

A continuación venían los carruajes de la familia real, centelleantes brazaletes, acompañados de dos o cuatro sortijas cada uno; el último era la carroza de la madre de la Reina, que era una diadema y tenía una escolta de seis sortijas. La propia madre de la Reina, una perla muy grande montada como colgante, iba elegantemente reclinada en la curva interior de la diadema.

Después aparecía la banda montada de un regimiento de la Brigada de la Casa Real, todos broches.

Les seguían las perlas redondas y rosadas del collar más corto; eran los cuarenta y ocho Barqueros de la reina.

Tras ellos iba un escuadrón superior de Bañeros, los rubíes mayores del collar y detrás de ellos los Monteros Reales, de verde, las esmeraldas del collar. Los Alabarderos de la Guardia, montados en caballos blancos, eran todos brillantes.

Y luego, por último, venía la carroza de Su Majestad, la luminosa diadema grande, tirada por seis pares de pendientes, los más pequeños delante, el par muy largo y pesado junto a la carroza.

—Ahora —dijo Nonny— pon a la Reina en su carroza. ¿A que está guapísima, toda de blanco? En realidad soy yo, ¿sabes? ¡Billy dijo que en realidad era yo!

Con gran cuidado Cedric puso un enorme brillante en el centro del medio círculo formado por la diadema. Recordó que había oído hablar de este brillante, comprado hacía cien años a un maharajá.

Detrás de la carroza marchaba un regimiento de perlas del collar más largo.

—¡Levántate, tío Cedric, y mira la procesión! —dijo Nonny.

Él se levantó, trató de sacudirse el polvo de los pantalones, renunció y miró la procesión. La mirada de Nonny siguió la suya; su cara estaba tranquila y sonrosada de felicidad.

—Di algo, tío Cedric —dijo con voz suave y gozosa.

—Es como la cueva de Aladino, Nonny —dijo.

Al oír sus propias palabras se acordó de su hermana y de la conversación que habían tenido en el hotel, y se quedó pensativo. «Un gran rubí de Holanda», se dijo, «para montarlo en una pulsera. Y luego todo esto. Todo esto en su propio cuarto de arreos. ¡Ay, Annabelle!».

—No, tío Cedric —dijo Nonny—, no tienes que decir que es como la cueva de Aladino. Cuando es exactamente igual que una coronación.

—Cariño —dijo él—, eso es lo que he dicho. Es *realmente* una coronación. Eso es lo que es tan valioso y tan fascinante. Pero algunas personas dirían que es un poco como la cueva de Aladino.

—Oh, sí —dijo Nonny. Después de un momento añadió—: cuando hayamos terminado, volverás a guardarlos y pondrás a Zeodone para que haga de puerta del establo, ¿verdad, tío Cedric? Para que nadie pueda encontrarlos.

—Sí, Nonny —dijo él—, y entonces será casi como si Billy aún estuviera aquí, ¿no? —añadió después de un momento.

Ella se quedó callada.

—No —dijo al fin—, no exactamente. Pero dentro de un poco... —se calló durante un segundo o dos—. Dentro de un poco —dijo con voz firme y sonora— estaré perfectamente bien. Entonces vendrá Billy y él y yo estaremos juntos otra vez. Para siempre.

Rosa Chacel
ICADA, NEVDA, DIADA

NACIDA en Valladolid el 3 de junio de 1898, y por tanto nonagenaria, Rosa Chacel es la otra representante española en esta antología. Aunque a principios de siglo estudió escultura en Madrid en la Escuela de Bellas Artes, pronto se decantaría por la escritura, sobre todo a partir de su vinculación al grupo de la Revista de Occidente. En 1930 publicó su primera novela Estación, ida y vuelta y en 1936 el libro de sonetos A la orilla de un pozo. El final de la guerra civil la empujó al exilio, residiendo principalmente en Brasil, donde se convertiría en una de las figuras más significativas de la novelística en lengua castellana, gracias a títulos como Memorias de Leticia Valle (1946) o La sinrazón (1960).

Coincidiendo con su regreso a España en 1972, se multiplicaron las ediciones de sus libros y, aparte de nuevas reimpresiones de sus casi desconocidas novelas, vieron sucesivamente la luz sendos volúmenes de ensayos, La confesión (1971) y Saturnal (1972), una autobiografía, Desde el amanecer (1972), el poemario Versos prohibidos (1978) y una recopilación de todos sus relatos, en los que la prosa densamente elaborada y precisa de su autora se adecuaba a la perfección al formato breve, revelando una inventiva visionaria, insólita y a veces cruel.

«Icada, Nevda, Diada» fue publicado por vez primera en Argentina en 1932 formando parte del volumen Sobre el piélago y, al igual que «Fueron testigos», «La cámara de los cinco ojos» o «En la ciudad de las grandes pruebas», entra de lleno en el campo de la fantasía más pura y divagatoria.

ICADA, NEVDA, DIADA

EN un rincón del laboratorio, sin que nadie se diera cuenta, ocurrió un hecho imprevisto e incomprensible. Pero, lo cierto es que pasó y que permaneció. Quedó allí como un depósito o proyecto de posibilidades, como quedan en el nido los huevos, y si quedó así es porque eso es lo que era, y porque allí lo había puesto quien lo había engendrado. Ensayando por primera vez la conducta de las especies animales, saliendo dramáticamente de su inmarcesible quietud, había llevado a cabo esa empresa, o, más bien, esa misión, o más bien, ese acto, el Cero.

Conviene advertir una cosa: fue necesaria una elaboración de siglos para que llegara a producirse un hecho así. Las eras antiguas habían dado centauros o elfos según la latitud geográfica; y más tarde la Fe, con su inagotable potencia estelar, había desparramado constelaciones de milagros por toda la oscuridad del mundo. El proceso siempre había sido el mismo: elementos naturales trascendidos a lo sobrenatural, pero en este caso el proceso fue inverso. Las criaturas extranaturales se acumulaban de tal modo en el laboratorio, y sobre todo eran nombradas tan innumerables veces en el transcurso del día y de la noche por el profesor Bela Stein, que la onda taumatúrgica —patrimonio de toda palabra— que emitían sus nombres llegó a alcanzar el grado vital de la frecuencia, el latido.

Y no fue, claro está, en ninguna de las nueve cifras donde pudo plasmarse el prodigio, porque esas cifras, a pesar de su naturaleza abstracta, tienen la facultad de posarse sobre las cosas, de identificarse, por la fuerza copulativa de la memoria, con cualquier forma concreta, y quedan así como maculadas, fluctuando entre diversas polarizaciones híbridas.

El Cero carece de esa condición: no puede en modo alguno ayuntarse con ninguna de las representaciones que pueblan el mundo objetivo, su cuerpo, por decirlo de algún modo, no tiene nada de común con los demás elementos que componen el universo, si no es la impenetrabilidad. El Cero es él mismo un universo cerrado, homogéneo, intacto, y ninguna acción humana puede mermarle o añadirle un ápice.

Pues bien, en el seno de este orbe exento, no es posible decir que germinó, pero sí que despertó una fuerza, o, más bien, que respondió al *fiat* de su nombre.

Responder, tampoco es el término exacto, porque la invisible existencia que se originó en él no pudo ser contemplada por su creador: no pudo éste, después de haberla hecho, ver si era buena o mala. No vio nada porque fue Nada lo que llegó a existir.

Sería larga y fuera de lugar una exposición detallada de todo el proceso físico, tal como aconteció, pero omitirla enteramente es imposible; así pues, intentaré la más somera, sin poner demasiado empeño en que sea la más comprensible: muy al contrario, me esforzaré en lograr una más o menos cifrada, pues nadie ignora el peligro de la divulgación.

Pongamos como ejemplo algunas formas habituales al pensamiento: una estatua, un león, un áncora.

Pero primero es inevitable un largo inciso. Si digo más arriba: *el proceso físico*, debo advertir que, en el tema que nos ocupa, es preciso usar expresiones semejantes a las que empleaba la física cuando se hablaba de cuatro elementos, simples, sensibles, tangibles. Aunque la física de nuestros días ha llegado a dividir y subdividir el producto de sus pesquisas hasta dar con el *mínimum concebible* y dentro de ese *mínimum* ha abierto espacios siderales y ha encontrado en ellos fuerzas de poder sísmico, para explicar el fenómeno que nos ocupa, basta con hablar del Cero en su plenitud elemental, de la noción *cero* desnuda, o, simplemente, ceñida por el anillo que la representa.

Así pues, si tomamos las nociones de estatua, león o áncora, igualmente explícitas y las seguimos en su devenir, las veremos alterarse o descomponerse, sufrir algo como una oxidación que las corroe, como un orín que las ataca, es decir, que veremos la noción estatua ir perdiendo, molécula por molécula, sus diferentes cualidades sustanciales: primero transformándose esas cualidades en otras nuevas y, al fin, sucumbiendo, simplemente en aniquilamiento progresivo.

No sé si esto está claro, pero en concreto: *estatua*, empezó por transformar primero su finalidad: lo que estaba hecho para *ídolo*, *símbolo*, *imagen*, devino *obra*. Luego, lo que en la obra era *sentido*, se convirtió en *valor*. Pero en la noción estatua la realidad corpórea conservó por mucho tiempo su cualidad intrínseca de *sentido*, porque en ella, de hecho, la forma es puro sentido, así pues, las primeras transformaciones fueron simples y concatenadas, como procesos biológicos normales; luego, la forma, la línea misma, verbo de la materia, empezó a no poder sostener una sobre otra las partículas que la integraban, a desecarse de toda cohesión vital, hasta desmoronarse y dislocarse perdiendo el sentido o cobrando un sentido informe.

Semejantes en todo fueron los destinos de las otras nociones señaladas y de cualquier otra que pudiéramos señalar. *León*, perdió toda fertilidad heroica y toda sugestión heráldica, quedando confinado en la mera zoología. *Áncora*, enteramente ahuecada por el termita destructor de la constancia, acabó no pudiendo soportar en su débil cáscara el peso de la mano de la doncella teologal y derivando hacia su total extinción, se transformó en simple insignia, permitida a cualquiera, etcétera, etcétera, etcétera...

Con lo dicho basta para comprender que toda cosa o ente al pasar por el laboratorio daba espectros de su presente, total o casi totalmente negativos.

El trabajo del profesor Bela Stein y de sus discípulos consistía principalmente en sumar —ejercitándose tenazmente en la adición sin dar mayor importancia a la adhesión— las libres y desvinculadas sustancias para ensayar con los resultados

combinaciones nuevas. Este cotidiano y obstinado laborar marcaba, como los alvéolos de un panal, su constante: cero, cero, cero... cero, cero, cero..., y la afluencia imponderable, la supersaturación del ambiente llegó a crear en el Cero una preñez. El Cero, ojo, oído, boca y sexo un sólo órgano, palpité lleno de sí mismo.

Naturalmente, hubo cierto período embrionario, cierto proceso de maduración, pero no duró más del tiempo necesario para que organizaran ciertas leyes. Inmediatamente llegó el momento en que a espaldas de todos, en el ámbito de la soledad que posee el justo grado de temperatura y de jugosidad fértil, la necesaria vibración de oscuridad luminosa para que pueda darse en él la eclosión de lo fatal, el Cero dejó caer tres frutos sin peso. Frutos que eran ya seres perfectos, adultos, acabados en todas sus formas y funciones.

Dije al principio que había puesto tres huevos, pero en realidad esto no explica el fenómeno más que de un modo visual: el Cero, una forma ovoide, arrojó de sí tres formas idénticas mediante una contracción espasmódica —resorte inusitado y abrupto con el que la vida pone en marcha el mecanismo de sus imposiciones—. Pero estos tres frutos del Cero eran seres vivíparos. Al brotar, como brotan los anillos de humo de la pipa, aparecieron retraídos y como compactos, pero en seguida se distendieron, desenvolviendo su estructura anular. Crecieron hasta un cierto punto, se dilataron sin romper su coherente elasticidad, sin deshacerse en ráfagas como los anillos de humo que van sutilizando hasta disiparse sus vetas de ágata azul. Estos seres adquirieron rápidamente su total desarrollo, limitado y limitador; impenetrables y por completo refractarios a la mezcla con materia alguna.

No es necesario decir que su invisibilidad era absoluta y aunque evidentemente no eran sensibles al tacto, su presencia, sin delatarse de modo explícito, se hacía notar, originando fenómenos que, al percibirlos, cada individuo los imaginaba originados por su propio organismo.

Los primeros en sufrir la influencia fueron, naturalmente, los discípulos del profesor Bela Stein. No él, circunstancia sumamente curiosa.

A veces, al cruzar la inmensa nave del laboratorio, al ir a abrir un fichero, al hacer funcionar los conmutadores que regulaban la corriente de muflas y hornillos, una especie de ausencia turbaba el ánimo de alguno de aquellos jóvenes estudiosos, le dejaba en suspenso, como si un olvido repentino del cometido en que se empleaba retardase su acción, pero pronto comprendía que no existía tal olvido y llevaba a cabo su tarea con toda exactitud, sin dejar de contemplar mientras tanto el invisible abismo que intuía.

Cada uno de ellos encontró en lo que creía su padecimiento manifestaciones afines con su naturaleza, y ciertas sensaciones que habían creído experimentar en el momento del insospechado contacto tomaban en ellos carácter de fijación obsesiva. El más joven creía notar algo como una ventosa en medio del pecho, poco más arriba del diafragma, que le hacía sentir una invencible antipatía por la función respiratoria. Su repugnancia por aquel constante efecto de succión le hacía intolerable el simple

acto de aspirar el oxígeno. Los más eminentes fisiólogos no pudieron comprender lo que le pasaba.

Otro experimentó un día como una paralización en los tobillos. Se sentó rápidamente, levantó un pie y vio que la articulación conservaba su juego normal en cualquier sentido: levantó el otro y comprobó que estaba igualmente bien. Reanudó la marcha y en efecto, caminaba normalmente. Sin embargo, en su caminar de cuando en cuando había como una falla. Procuró observar si se manifestaba con intervalos regulares y contó los pasos, pero unas veces tardaba mucho y otras poco en reaparecer. Y cuando aparecía, siempre en momentos en que no tenía la atención puesta en ello, lo que experimentaba era como un conflicto mental de sus pies. El acto habitual de echar el uno delante del otro se le hacía de pronto problemático, como si el palmo de suelo más próximo donde le correspondía apoyar la planta fuese de estabilidad dudosa, o más bien como si ese palmo de tierra no existiese.

Hubo otro discípulo que experimentó repentinos ataques de ceguera. Apenas podía explicar cómo en un momento dado dejaba de ver los objetos que estaba mirando, pero si no acertaba a explicarlo era porque su confusión iba unida a un carácter irascible.

En resumen, no consiguió nadie averiguar la causa de estos fenómenos. Hicieron mil hipótesis y lo único que llegaron a afirmar fue que estos jóvenes eran nuevos mártires de la ciencia. Se habló de un sinfín de radiaciones, de evaporaciones, de sustancias tóxicas y patógenas de todos los géneros, pero los jóvenes fueron sometidos a rigurosos exámenes y se vio que todos sus órganos y tejidos conservaban la más perfecta normalidad.

El hecho en realidad era el siguiente: los tres engendros que el Cero había concebido circulaban libres por el laboratorio, nadie les impedía posarse sobre los objetos ni cruzarse en el camino de los que se movían en las diversas actividades del trabajo. Ellos, por su propia naturaleza, tenían la posibilidad de avanzar en cualquier sentido, mediante movimientos contractivos semejantes a los de la medusa. Subían y bajaban y se desplazaban en todas las direcciones posibles. Iban siempre uno detrás de otro como las argollas que corren por una misma barra y sus movimientos eran unánimes, o más bien podría decirse que una misma y única facultad de movimiento era dada a los tres.

Más importante es todavía señalar que una misma y única intención los animaba, pues evidentemente sus actos no carecían de intención. Así como en la esfera de lo material una vasija en la que se ha hecho el vacío se opone tenazmente a ser destapada, así como al romper la ampolla de una lámpara eléctrica ocurren precipitaciones violentas, detonantes, en estos tres seres o demonios, pues su origen estrictamente espiritual permite darles ese nombre, había una forzosa avidez que podríamos considerar como el movimiento centrípeto que constituía su acción. ¿Podríamos decir con ciertas reservas su nutrición? Acaso, puesto que al posarse como insensibles vampiros sobre un ser viviente originaban en ese ser una descarga

sorda de voluntad que caía en ellos y desaparecía asimilada, esto es, anonadada. Poseían también otro movimiento centrífugo o de repulsión que como un instinto o más bien ley de conservación les permitía huir ante cualquier corriente cuya precipitación pudiera llegar a serles destructora. De aquí sus diferentes efectos sobre la naturaleza espiritual de unos u otros individuos. Inocuos por completo para el profesor Bela Stein, podían rozarle, envolverle, precederle o seguirle sin que la mente del sabio sufriese desequilibrio en sus energías, sería posible decir que circulaban por ella, la penetraban o la alojaban en su hueco, sin que se originase choque ni reacción, como cuando se mezclan dos sangres aptas para ser trasfundidas.

Los discípulos antes citados fueron las víctimas indefensas, pero habíamos olvidado mencionar a otro discípulo que permaneció inmune por razones igualmente claras. Este joven, de naturaleza místicamente ígnea, llevaba acumulada una carga de voluntad tan poderosa que los tres vampiros le evitaban y si alguna vez eran rozados por él en uno de sus movimientos bruscos y avasalladores, se escurrían retorciéndose por el insoportable contacto, como las gotas de agua que caen en una plancha ardiendo.

Creo haber señalado los puntos fundamentales de este hecho singular, los efectos pueden relatarse en dos palabras.

El discípulo más joven llegó a vivir utilizando sólo en el trabajo la mano derecha: con la izquierda se apretaba constantemente la parte inferior del esternón, pues si la apartaba sentía en el acto la ventosa posada en aquel lugar. El insomnio llegó a enloquecerle, temía que si se dejaba vencer por el sueño la ventosa haría presa en su pecho absorbiéndole los pulmones, y al fin, en la madrugada de una noche indescriptible, se quitó del pecho la mano izquierda y con la derecha se apoyó, en el lugar justo, el cañón de una pistola.

El siguiente no tuvo que tomar decisión alguna, un día al bajar la escalera de hierro que daba a una azotea destinada a observatorio sintió sus pies invenciblemente paralizados, en el momento mismo en que uno de ellos estaba en el aire para descender el escalón siguiente, y sin equilibrio ni voluntad para recuperarlo, rodó por los mortales peldaños como un cuerpo inerte.

El tercero, permanentemente animado por un furor que ansiaba comunicar, pretendía explicar con demostraciones insensatas que no veía los objetos que tenía delante. Para ello, cogía con toda precisión cualquier instrumento y le daba un empleo desusado, argumentando que obraba así porque no podía discernir la naturaleza de la cosa que había tomado. No obstante, en sus manipulaciones no demostraba torpeza ni titubeo, hasta que un día mezcló en un recipiente dos materias inconciliables y voló el laboratorio, que se pulverizó oscureciendo la luz como las cenizas del Vesubio en el viento.

Los tres demonios, naturalmente, no sucumbieron; quedaron libres y se lanzaron al mundo, llenándolo con su omnipresencia. La rapidez de su ataque era sólo comparable a la del rayo o a la del pensamiento. Se cernían un instante sobre los seres

y les caían apresándoles, girándoles en torno como la bobina alrededor del huso y oprimiéndoles, contrayéndose hasta ligarles y paralizarles, siempre con precisión más despiadada en las partes más débiles o sensibles.

Eso fue todo, nadie ignora las terribles consecuencias, las olas de locura y de crimen que arrastraron a los hombres, o más bien en las que los hombres se abandonaron una vez agotados los remedios comunes, cuando ni el alcohol ni la velocidad ni ningún género de placer sirvieron ya para borrar la sensación en aquellos que una vez habían sido apresados por el triple demonio, en todos aquellos cuya voluntad había sido desangrada por las tres fuerzas ávidas: ICADA, NEVDA, DIADA.

No es posible dejar en este relato, cuya veracidad no necesita ser decantada, algo tan importante como los tres nombres que le sirven de título sin una explicación minuciosa de su sentido y origen. No pretenda nadie encontrarlos en ninguna de las mitologías remotas, orientales, bárbaras o americanas. No es ésta una leyenda atribuida a determinados entes cuya actuación o existencia sea posible perseguir por otros derroteros de la investigación, ni mucho menos —esto es lo que más importa dejar señalado— es el relato anterior una ficción urdida con las reglas del arte para lograr la pura emoción del misterio alrededor de tres nombres felizmente hallados. No, estos tres nombres aparecieron, pero no como las palabras fatídicas sobre el muro que contemplaba el festín profano. Aparecieron, simplemente, lánguidamente trazados en un pliego de papel entre otras palabras comunes. ¿Cuántas veces habrán aparecido? Es imposible calcularlo. Millones, trillones de veces a través de los siglos y en todos los puntos del globo pues su sentido es universal y tienen equivalentes en todas las lenguas. Lo que es posible es que esta vez haya sido la primera que se han pronunciado. Tuvieron que darse circunstancias afines entre sí, tuvo que ser una misma potencia mediúmnica la que guió la mano que llegó a trazarlos y el ojo que pudo leerlos, pues en realidad estos tres nombres sólo aparecieron como deformaciones, como dislocaciones de las letras que formaban una misma palabra. Aparecieron solamente como fenómenos gráficos, causados por oscilaciones, dirían los grafólogos, por sacudidas que recorren el camino desde la corteza del cerebro hasta la mano en determinados momentos. Momentos en que la mente, creyendo discurrir lúcida, intenta expresar con las palabras cotidianas estados supremos, y las palabras se rompen, las letras dividen sus rasgos, la pluma salta, deja espacios donde debía seguir el trazo, le curva o le alarga inopinadamente y en general, la escritura bajo ese signo resulta ininteligible. Pero si conseguimos leerla, si llegamos a seguir, sin desechar la ilación lógica de los conceptos, dejándola nada más como un cañamazo sobre el que la pasión borda su color y su claroscuro, las verídicas fantasmagorías que el temblor y la hiperestesia del tacto graban en los signos, que deberían ser y casi no son letras, contemplamos desnuda, descubierta la tortuosa prole del íncubo que se escapa de su prisión, que rebasa su nocturnidad. ¿Quién no conoce los enanos, los puñales, los rasgos apolíneos, los signos fálicos, las serpientes, los

garfios y los vanos, los abismos?

Los tres nombres ICADA, NEVDA, DIADA no estaban compuestos de esas imágenes, sino de letras que se habían dislocado, roto, contrahecho, sólo lo suficiente, como para que pudieran ser leídos al primer golpe de vista. Después de oídos, después de pronunciados por la mente, la deducción lógica de la palabra que se había desarticulado para crearlos no hizo más que corroborar su sentido, patente desde un principio. La mano que había trazado aquellos signos había creído escribir: NADA, NADA, NADA... y este contrasentido que implica reiterar tal palabra sólo ocurre cuando se oye latir la NADA como única realidad superviviente.

Si decimos «nada», concebimos la Nada como un lugar, con su paisaje de oscuridad y olvido, pero si decimos «nada», «nada», «nada», la concebimos como un triple ser, como una triple avidez, como una triple persona sin rostro: como la trinidad del tedio. Así, la fuerza que guía la mano en sus errores infalibles, rompió y desarticuló las letras, haciendo que en la primera palabra el rasgo inicial de la *ene* quedase aislado, semejando una *i*, y que el siguiente, en lugar de formar su complemento paralelo a él, se curvase hacia la *a*, tomando el aspecto de una *ce*. En la segunda palabra, la *ene* se conservó pero la *a* se dividió, formando con su primera mitad una especie de lazada, semejante a una *e* y con la segunda, un rasgo más curvo y cerrado de lo correspondiente que podía tener el aspecto de una *v*. En la tercera, sin duda ese fenómeno tan frecuente en los estados de impaciencia que consiste en anticipar la letra más rotunda, la de la última sílaba, se bosquejó en el primer rasgo de la *ene*: un garfio superfluo, un rasgo vertical indebidamente alto, un espacio, un segundo rasgo a la mitad última de la *ene*, de tamaño igual a las letras subsiguientes.

Ésta es la descripción detallada de cómo se manifestó el fenómeno gráficamente. Es cierto que, al leer, los tres nombres fueron pronunciados mentalmente con toda claridad, sin el menor titubeo, es cierto que al mismo tiempo las palabras, o más bien la palabra que querían representar resonó con la misma claridad indubitable. Reconocerles como tales nombres era cosa tan poco extraordinaria como comprender cualquier desusada sustantivación de un adjetivo. Pero al mismo tiempo que aparecían como existencias demoníacas, como formas de voluntad, como palpitantes máquinas de la mente, su historia en la historia, su física en la física, su presencia perforadora del presente, se dibujaron rigurosas, netas, cargadas de minuciosa complejidad, de cuyo acervo inagotable es elemental esquema el relato anterior.

Pero si insisto en señalar la incalculable minucia de los detalles revelados no quisiera dar la impresión de una deducción ordenada en la que uno tras otro fueran apareciendo. No, así como Mahoma al ser requerido por el Ángel para emprender su viaje místico vio que Gabriel derribaba con el ala un vaso que estaba a la cabecera de su cama y partió con él, atravesó los espacios, contempló la geometría de los cielos y estudió la modestia de las criaturas del Edén, volviendo a tiempo aún para impedir que el agua se derramara, igualmente estos nombres en el universo, su génesis, su conducta, su estela, por decirlo de algún modo, pues un surco inmenso va detrás de

ellos, se revelaron en no más tiempo del necesario para pronunciar mentalmente las siete sílabas de que constan.

Unos segundos antes su existencia no había sido personificada ante la conciencia, unos segundos después, la realidad de su vacío había emergido como las burbujas que deja escapar un pez subiendo de lo profundo y que explotan en la superficie del pensamiento.

Muriel Spark
PORTOBELLO ROAD

NACIDA en Edimburgo en 1918, de padre judío y madre presbiteriana, Muriel Spark pasó la Segunda Guerra Mundial en África (en donde se casó, tuvo un hijo y se divorció) y luego se instaló en Londres, trabajando en el servicio de información del Ministerio de Asuntos Exteriores. Simultáneamente editó sendas revistas de poesía, publicó un libro de poemas The Fanfarlo (1952) y escribió las biografías críticas de Mary W. Shelley (titulada Child of Light, 1951) y de Emily Brontë (1953). En 1954, tras editar la correspondencia del cardenal Newman, se convirtió al catolicismo.

Como novelista será siempre recordada por The Prime of Miss Jean Brodie (1961), llevada con éxito al teatro y al cine. Sin embargo, para muchos lo mejor de su prosa diáfana y satírica se encuentra en sus relatos, en especial los ambientados en África, dotados de una considerable carga autobiográfica. En una de sus recopilaciones, titulada The Go-Away Bird and Other Stories (1958), aparece el delicioso cuento de fantasmas aquí seleccionado, «The Portobello Road», el cual, inmerso también en alguna medida en la temática africana, aporta un insólito tratamiento de las convenciones del género, comenzando por el narrador que es el propio espectro.

PORTOBELLO ROAD^[20]

UN día de pleno verano, en mi adolescencia primera, mientras estaba tumbada con mis encantadores compañeros en un pajar, encontré una aguja. Ya para entonces y para mis adentros hacía algunos años que me consideraba una persona fuera de lo común, pero esto de la aguja fue la prueba de ello ante todo mi público: George, Kathleen y Skinny. Me chupé el pulgar, porque cuando hundí mi mano indolente en la paja, fue en el pulgar donde se clavó la aguja.

Cuando todos se recuperaron, George dijo:

—Metió el pulgar y sacó una mirabel.

Y así proseguimos con nuestros despiadados je-je-ji.

La aguja se había hundido en la yema del pulgar y un pequeño río rojo fluía y se volcaba desde el diminuto punto. Para que nada faltara a nuestra chacota, George apuntó:

—¡A ver si metes tu puñetero dedo ensangrentado en mi camisa!

Entonces, entre mucho ja-je-ji, nos hartamos de chillar en la cálida tarde de Borderland. De verdad que no me importaría volver a ser tan joven de corazón. Es lo que pienso cada vez que vuelvo sobre mis antiguos escritos y veo la fotografía. Skinny, Kathleen y yo estamos en la foto, en la parte superior del pajar. Skinny acababa de analizar la índole de mi hallazgo.

—No se podía hacer con el cerebro. Tú no tienes mucha cabeza, pero eres un renacuajo con suerte.

Todos concordaron que la aguja presagiaba una suerte extraordinaria. En vista de que la conversación se ponía seria, George dijo:

—Tomaré una foto.

Me envolví el pulgar con el pañuelo y me compuse un poco. George señaló su cámara y gritó:

—¡Mirad, aquí hay un ratón!

Kathleen chilló y yo chillé también, aunque pienso que sabíamos que no había ningún ratón. Pero eso nos proporcionó una sesión extra de berridos tipo ji-ju. Al fin, los tres nos acomodamos para la foto de George. Tenemos un aspecto encantador y, por entonces, aquél resultaría ser un día memorable, y no me importaría volver a vivirlo. Desde ese día fui conocida bajo el apodo de Needle^[21].

Un sábado, hace poco, estaba yo vagando por Portobello Road, abriéndome paso entre la multitud de vendedores que había sobre el pavimento estrecho, cuando vi a una mujer. Tenía un aspecto consumido, ansioso, acomodado, era delgada pero con unos pechos tan levantados como el de un palomo. No la veía desde hacía casi cinco años. ¡Qué cambiada estaba! Pero reconocí a Kathleen, mi amiga; sus rasgos ya habían empezado a sumirse y a resaltar, tal como lo hacen la boca y la nariz de las

personas que siempre están destinadas a parecer viejas para su edad. La última vez que la había visto, casi cinco años atrás, Kathleen, que apenas tenía treinta, había dicho:

—He perdido mi buen palmito, es cosa de familia. Todas las mujeres somos guapas de pequeñas, pero nos apagamos pronto, yo me he vuelto oscura y nariguda.

Yo estaba en silencio, entre la gente, observando. Como ya verán ustedes, no me hallaba en condiciones de hablar con Kathleen. La vi dando empujones, con su actitud ávida, yendo de puesto en puesto. Siempre se interesaba por joyas antiguas y gangas. Me asombraba no haberla visto antes en Portobello Road durante mis vagabundeos de las mañanas de los sábados. Sus largos dedos rígidamente curvados se abalanzaban para elegir una sortija de jade entre el revoltillo de broches y pendientes, ónices, piedras lunares y oro, que se exhibía sobre la mesa del puesto.

—¿Qué te parece esto? —dijo Kathleen.

Entonces vi al que iba con ella. Había advertido a medias la presencia de un hombre robusto que la seguía a varios pasos de distancia y en ese instante reparé en él.

—Parece bueno —dijo el hombre—. ¿Cuánto cuesta?

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Kathleen al vendedor.

Eché una larga mirada a ese hombre que acompañaba a Kathleen. Era su marido. La barba era nueva, pero debajo reconocí la boca enorme, los labios sensuales y húmedos, los grandes ojos castaños que siempre relucían con una expresión patética.

No podía hablar con Kathleen, pero tuve una inspiración repentina que me obligó a decir con tono suave:

—Hola, George.

El gigantón se volvió para quedar frente a la dirección de mi voz. Había mucha gente, pero por fin me vio.

—Hola, George —repetí.

Kathleen había empezado a regatear con el vendedor, según su vieja costumbre, el precio de la sortija de jade. George continuaba mirándome fijamente, con su boca grande algo abierta, de modo que yo podía ver una amplia porción de labios rojos y blancos dientes entre los mechones espesos y rubios de la barba y el bigote.

—¡Dios mío! —dijo él.

—¿Qué pasa? —dijo Kathleen.

—¡Hola, George! —repetí, esta vez con voz bastante alta y jovial.

—¡Mira! —dijo George—. Mira quién está allí, junto al puesto de frutas.

Kathleen miró pero no vio.

—¿De quién hablas? —preguntó ella, impaciente.

—Es Needle —respondió él—. Ha dicho «Hola, George».

—Needle —dijo Kathleen—. ¿A quién te refieres? No estarás hablando de nuestra vieja amiga Needle que...

—Sí. Allí está. ¡Dios mío!

Tenía cara de encontrarse muy mal, aunque al decirle «Hola, George», yo le había hablado en un tono bastante amistoso.

—No veo a nadie que siquiera se parezca a la pobre Needle —dijo Kathleen, mirándolo. Estaba preocupada.

George me señaló con el dedo.

—Mira *allí*. Te digo que es Needle.

—Estás enfermo, George. Cielos, tú estás viendo cosas raras. Vamos a casa. Needle no está allí. Tú sabes tan bien como yo que Needle está muerta.

Debo explicar que he abandonado esta vida hace casi cinco años. Pero no he abandonado por completo este mundo. Quedaban por hacer cosidas sueltas que tus albaceas nunca pueden llevar a cabo como corresponde. Papeles que hay que mirar, aun cuando los albaceas ya los hayan roto. Cantidad de negocios, excepto, claro está, en domingos y fiestas de guardar, muchas cosas por las que interesarse en el tiempo útil. Me tomo mi descanso en las mañanas de los sábados. Si es un sábado húmedo, me paseo arriba y abajo por los pasillos principales de Woolworth, como lo hacía cuando era joven y visible. Hay un despliegue grato de objetos en los mostradores, que ahora percibo y disfruto con cierto desprendimiento, ya que eso concuerda con mi tipo de vida. Cremas, pastas dentales, peines y pañuelos, guantes de algodón, chales flotantes y floreados, papel de cartas y lápices, cucuruchos de helado y vasos de naranjada, destornilladores, cajas de tachuelas, botes de pintura, de cola, de mermelada, siempre me gustaron, pero mucho más ahora, que ya no necesito nada de eso. En cambio, cuando hace bueno, los sábados voy a Portobello Road donde antes vagabundeaba con Kathleen en nuestros días adultos. El género de los puestos no ha cambiado mucho: las manzanas y los vestidos de rayón de azules vulgares y malvas de mal gusto, los platos, bandejas y teteras de plata que hace tiempo cambiaran de las manos de ciudadanos difuntos a las de los comerciantes, de las tiendas a los pisos nuevos y casas frágiles, y, después, de regreso a los puestos y a los vendedores ambulantes: cucharas georgianas, sortijas, pendientes de turquesa y ópalo engarzados en el diseño mariposa del lazo de los verdaderos amantes, cajas taraceadas con motivos en miniatura de damas de marfil, cajitas de rapé de plata con engastes de piedras escocesas.

A veces, si surge la ocasión, en alguna mañana de sábado mi amiga Kathleen, que es católica, hace celebrar una misa por mi alma, y entonces yo voy por allí como si estuviera en la iglesia. Pero la mayoría de los sábados me divierto entre las solemnes multitudes que vagan sin objetivo, con su vida eterna no demasiado lejana mientras se empujan entre mostradores y mesas, que manosean, compran, roban, tocan, desean y se comen con los ojos las mercancías. Oigo el tintineo de las cajas registradoras, oigo el ruido de la calderilla y de las palabras y a los niños que quieren coger y tomar.

Así había llegado a estar en Portobello Road esa mañana de sábado en que vi a George y Kathleen. No habría hablado si no hubiese estado inspirada para hacerlo.

Por cierto que es una de las cosas que ahora no puedo hacer, quiero decir, hablar si no estoy inspirada. Y lo más extraordinario es que esa mañana, mientras hablaba, se me concretó cierto grado de visibilidad. Supongo que desde el punto de vista del pobre George era como ver un fantasma, cuando me distinguió de pie junto al puesto de frutas, repitiendo de un modo tan amigable «¡Hola, George!».

Nos marchábamos al sur. Cuando se consideró que nuestra educación, o lo que de ella podíamos adquirir en el norte, había llegado a su fin, uno por uno éramos enviados o salíamos para Londres. John Skinner, al que llamábamos Skinny, fue para hacer nuevos cursos de arqueología; George, para trabajar en la plantación de tabaco de su tío; Kathleen, para vivir con sus ricos parientes y pasar el tiempo de cuando en cuando en la sombrerería de Mayfair, de la que uno de ellos era propietario. Algo más tarde también yo fui a Londres para ver la vida, porque tenía la ambición de escribir sobre la vida, con la que por primera vez tuve que enfrentarme.

—Nosotros cuatro debemos mantenernos unidos —decía George a menudo con esa forma suya, tan anhelante. Siempre experimentaba un temor desesperado de que le abandonaran. Los cuatro parecíamos destinados a partir en distintas direcciones, y George no se fiaba de que los otros tres no se olvidaran por completo de él. Con mayor frecuencia, a medida que se acercaba el momento de su partida hacia la plantación de tabaco que tenía su tío en África, decía—: Nosotros cuatro debemos mantenernos en contacto.

Y antes de marcharse, nos dijo a cada uno, ansiosamente:

—Escribiré con regularidad, una vez al mes. Debemos mantenernos unidos en recuerdo de los viejos tiempos.

Había mandado hacer tres copias del negativo de aquella foto del pajar, y escribió detrás de cada una: «George la tomó el día en que Needle encontró la aguja», y nos dio una a cada uno. Creo que todos deseábamos que él se volviese un poquitín más duro.

En vida yo fui como una hoja al viento, nada organizada. Era difícil para mis amigos comprender la lógica de mi vida. Según los criterios normales tendría que haber terminado por morirme de hambre, en la ruina, cosa que jamás me sucedió. Por supuesto, no viví para escribir sobre la vida tal como quería hacerlo. Es posible que por ese motivo esté inspirada ahora para hacerlo en estas peculiares circunstancias.

Di clases en un colegio privado de Kensington, durante casi tres meses, a niños pequeñines. No sabía qué hacer con ellos, pero estuve bastante ocupada acompañando a críos incontinentes al lavabo y explicando a las niñas que debían usar sus pañuelos. Después de eso pasé un invierno de vacaciones en Londres con mi pequeño capital, y cuando se me acabó, encontré una pulsera de diamantes en un cine, por la que recibí una recompensa de cincuenta libras. Cuando ese dinero se disipó, conseguí un trabajo con un agente de publicidad, escribir discursos para industriales atareados, tarea en la que el diccionario de citas resultó ser muy útil. Y

así siguió todo. Skinny y yo nos prometimos, pero poco después recibí una pequeña herencia, suficiente para mantenerme durante seis meses. En cierta forma eso me hizo decidir que no estaba enamorada de Skinny, de modo que le devolví la sortija.

Pero gracias a Skinny pude ir a África. Él integraba un grupo de investigadores que se dirigían a estudiar las minas del rey Salomón, esa serie de excavaciones que van desde el antiguo puerto de Ophir, hoy Beira, a través del África oriental portuguesa y del sur de Rodesia hasta, en medio de la selva, la pujante ciudad de Zimbabwe, los muros de cuyo templo aún se conservan, cerca de una montaña antigua y sagrada, donde los restos de esa civilización están diseminados por el desierto rodesiano circundante. Yo acompañaba a la expedición como una especie de secretaria. Skinny respondió por mí, pagó mi pasaje: de obra simpatizaba con mi vida ilógica, aunque de palabra la desaprobaba. Una vida como la mía fastidia a la mayoría de la gente; ellos van a su trabajo cada día, se ocupan de los asuntos, dan órdenes, aporrean máquinas de escribir y obtienen dos o tres semanas libres cada año y les disgusta ver que alguien no se preocupa de tales cosas y, sin embargo, sigue adelante, sin morirse de hambre, como una persona de suerte, según llaman a eso. Skinny, cuando rompí nuestro compromiso, me dio lecciones respecto a aquel tema, pero aún así me llevó a África, porque sabía que yo, probablemente, abandonaría la partida al cabo de unos meses.

Pasaron unas semanas antes que empezáramos a preguntarnos por George, que estaba trabajando la tierra a unas cuatrocientas millas al norte. No le comunicamos nuestros planes.

—Si le dijéramos a George que nos esperase en sus tierras, vendría a la carrera a importunarnos en la primera semana. Después de todo, vamos a trabajar —había dicho Skinny.

Antes de partir, Kathleen nos había dicho:

—Dadle a George mis recuerdos cariñosos y decídle que no envíe cables frenéticos cada vez que no contesto sus cartas a vuelta de correo. Decídle que estoy ocupada en la tienda de sombreros y con mis relaciones. Cualquiera pensaría que no tiene otra amiga en el mundo por la forma en que se comporta.

Nos detuvimos primero en Fuerte Victoria, el lugar de acceso más cercano a las ruinas de Zimbabwe. Allí hicimos preguntas acerca de George. Era verdad que no tenía muchos amigos. Los antiguos colonizadores se mostraban muy tolerantes respecto a la mestiza con la que estaba viviendo, según supimos, pero estaban furiosos con sus métodos de cultivo del tabaco, que, nos dijeron, eran los menos profesionales, y desconsiderados, de un modo misterioso, para con los blancos. Jamás pudimos descubrir por qué el estilo de cultivo del tabaco que aplicaba George pudo haber brindado a los negros alguna opinión acerca de sí mismos, pero eso era lo que afirmaban los colonizadores más antiguos. Los nuevos inmigrantes pensaban que era un insociable y, por supuesto, el hecho de que viviese con esa negra hacía imposible el trato con él.

Debo decir que yo misma quedé un poco desconcertada con esas noticias sobre la mujer de color. Me había criado en una ciudad con universidad propia, a la que acudían estudiantes indios, africanos y asiáticos, con gran variedad de colores y matices. Fui criada para evitar su trato por razones que se relacionaban con la reputación local y las normas de Dios. No puedes ir fácilmente contra aquello en lo que te han criado, a menos que seas un rebelde por naturaleza.

De todas formas fuimos a visitarle, por fin, aprovechando el transporte que nos ofrecieron unas personas que se dirigían al norte en busca de caza. George había sabido de nuestra llegada a Rodesia y, aunque estaba contento, casi aliviado, de vernos, adoptó un comportamiento malhumorado durante la primera hora.

—Queríamos darte una sorpresa, George.

—¿Cómo íbamos a figurarnos que tendrías noticias de nuestra llegada, George? Aquí las noticias deben de viajar más veloces que la luz, George.

Lo adulamos y «georgeamos» hasta que por fin dijo:

—Vaya, debo decir que me alegra veros. Sólo nos falta Kathleen. Nosotros cuatro, sin duda, debemos mantenernos unidos. Ya lo veréis, cuando estás en un lugar como éste, no hay nada como los viejos amigos.

Nos mostró sus cobertizos para el secado. Nos mostró una cuadra en la que estaba experimentando con un caballo y una cebrera hembra para aparearlos. Los animales retozaban alegres, pero no lo hacían juntos. Se cruzaban en sus paseos una y otra vez, pero sin tomar nota el uno del otro ni tomárselo a mal.

—Ya se ha logrado antes —decía George—. Se consigue un animal bonito y fuerte, más inteligente que un mulo y más fuerte que un caballo. Pero no tengo suerte con estos dos: ni se miran.

Al cabo de un rato dijo:

—Entremos a tomar una copa y os presentaré a Matilda.

Era una mestiza de color marrón oscuro, con un pecho hundido y servil y hombros redondos, una mujer tonta, muy autoritaria con los criados. Hablamos de cosas intrascendentes mientras tomábamos una copa en el porche, antes de la cena; pero encontramos difícil a George. Por algún motivo empezó a cercarme por haber roto mi compromiso con Skinny, diciendo que eso era una jugarreta sucia después de todos aquellos buenos momentos pasados en los viejos tiempos. Derivé mi atención hacia Matilda. Me figuraba, dije, que ella conocería muy bien esa parte del continente.

—No —respondió—, tener protección toda la vida. No haber trabajado. Yo no ir de un sitio a otro, como hacer chicas sucias.

Cuando hablaba, todas las sílabas tenían igual acentuación.

George explicó:

—Su padre era un magistrado blanco de Natal. Ha tenido una crianza muy protegida, distinta de la de otras chicas de color, ¿comprendéis?

—Hombre, mí no ojos oscuros, Susan —dijo Matilda—, no, no.

En realidad, George la trataba como a una sirvienta. Estaba embarazada de cuatro meses, pero él la mandó levantarse para ir a buscarle algo varias veces. Jabón: ésa fue una de las cosas que Matilda tuvo que ir a buscar. George fabricaba su propio jabón para el baño, lo mostró con orgullo, nos dio la receta que yo no me tomé el trabajo de recordar; en vida me gustaron los jabones finos y el de George olía a brillantina y parecía que iba a ensuciarte la piel.

—¿Ponerse *tostá*? —me preguntó Matilda.

—Te pregunta si te bronceas al sol —explicó George.

—No, me lleno de pecas.

—Tener cuñada llena de pecas.

No volvió a decirnos una palabra, ni a Skinny ni a mí, y jamás volvimos a verla.

Unos meses más tarde declaré a Skinny:

—Estoy hasta el moño de ser una cantinera.

No se sorprendió de que abandonara su grupo, pero le cayó mal mi modo de decirlo. Me echó una mirada presbiteriana.

—No hables de ese modo. ¿Volverás a Inglaterra o te quedarás aquí?

—Me quedaré, por un tiempo.

—De acuerdo, no te alejes demasiado.

Podía sustentarme con lo que me pagaba una revista local por escribir una columna de cotilleo, cosa que no coincidía con mi idea de escribir acerca de la vida, desde luego. Hice amigos, más de los que podía atender, después de apartarme del pequeño grupo arqueológico y exclusivo de Skinny. Tenía el atractivo de ser una recién salida de Inglaterra y de querer ver el mundo. De los innumerables jóvenes y familias emprendedoras que me llevaron, entre el ronroneo de motores, por las carreteras rodesianas, centenares tras centenares de millas, sólo mantuve relación con una familia cuando hube regresado a mi tierra. Creo que fue porque eran los más representativos, porque resumían a todos los otros: las personas, en esos lugares, son muy similares unas a otras, tal como un montón de piedras de esos desiertos se parece a otro montón de piedras.

Vi a George una vez más, en un hotel de Bulawayo. Bebimos whisky con soda y hablamos de la guerra. El grupo de Skinny estaba discutiendo por entonces si se quedaría en el país o volvería a Inglaterra. Habían llegado a un punto muy importante de su investigación y, cada vez que tenía ocasión de visitar Zimbabue, él me llevaba a dar un paseo a la luz de la luna por las ruinas del templo y trataba de hacerme ver fenicios fantasmagóricos revoloteando por delante de nosotros a lo largo de los muros. Volví, a medias, a la idea de casarme con Skinny; quizá, pensé, cuando acabe sus estudios. Presentíamos que la guerra era inminente, así se lo dije a George mientras tomábamos, sentados, nuestros whiskies en la galería del hotel, en el julio invernal, riguroso, brillante y soleado de aquel año.

George se mostró curioso acerca de mis relaciones con Skinny. Trató de sonsacarme detalles durante media hora y cuando por fin le dije: «Te estás poniendo

agresivo, George», desistió. Se mostró bastante patético.

—Con guerra o sin guerra, me largo de aquí —dijo.

—Es por el calor —le respondí.

—De todas maneras me largo. He perdido una fortuna con el tabaco. Mi tío no para con sus monsergas. Es por los condenados plantadores; una vez que te cogen ojeriza, estás acabado en esta ancha tierra.

—¿Qué pasa con Matilda? —pregunté.

—Lo pasará bien. Tiene cientos de parientes —me dijo.

Ya me habían hablado de la niña. Negra como el carbón, según la fama, con los rasgos de George. Y otro crío en camino, decían.

—¿Qué pasa con la niña?

No respondió a esa pregunta. Pidió otros whiskies y cuando llegaron revolvió el suyo durante largo rato con un palillo.

—¿Por qué no me invitaste cuando cumpliste veintiuno? —preguntó después.

—No hice nada especial, no hubo fiesta, George. Tomamos una copa, tranquilos, entre nosotros, George, sólo estuvieron Skinny y los profesores viejos, dos de las esposas y yo, George.

—No me invitaste para tus veintiuno —repitió—. Kathleen me escribe con regularidad.

Eso no era cierto. Kathleen a menudo me enviaba cartas en las que decía: «No le digas a George que te he escrito, porque estará esperando noticias mías y de veras no quiero problemas».

—Pero vosotros —decía George— no tenéis ningún aprecio por las viejas amistades, tú y Skinny.

—¡Oh, George! —dije.

—Recuerda lo bien que lo pasábamos —dijo George—. Qué buenos tiempos —y sus grandes ojos castaños se humedecieron.

—Tendré que ponerme en marcha —anuncié.

—Por favor, no te vayas. No me abandones todavía. Tengo algo que decirte.

—¿Algo agradable? —me esforcé por sonreír con aire ansioso. Todas las respuestas que se diesen a George debían ser sobreactuadas.

—Tú no sabes lo afortunada que eres —dijo George.

—¿Ah sí? —le dije.

A veces me cansaba que todos me llamasen afortunada. Hubo tiempos en que, mientras en privado practicaba mi escritura sobre la vida, conocí el lado amargo de mi fortuna. Cuando una y otra vez fracasaba en mi intento de reproducir la vida de un modo satisfactorio y perfecto, me sentía como una total prisionera, a pesar de mi despreocupada forma de vida, dentro de mi anhelo de lograr una satisfacción. A veces, en medio de mi impotencia y mi necesidad, segregaba un veneno que inficionaba toda mi vida durante días y días y que caía sin discriminación sobre Skinny o cualquiera que se me cruzase en el camino.

—No estás atada a nadie —dijo George—. Vas y vienes a placer. Siempre se te presenta algo. Eres libre y no aprecias lo afortunada que eres.

—Tú eres muchísimo más libre que yo —dije, tajante—. Tienes un tío rico.

—Está perdiendo su interés por mí —respondió George—. Ya se ha cansado.

—Oh, vaya, todavía eres joven. ¿Qué me querías decir?

—Un secreto —replicó George—. Recordarás que solíamos contarnos secretos.

—Sí, claro que sí.

—¿Alguna vez revelaste alguno de los míos?

—Oh, no, George.

En realidad no pude recordar ningún secreto de las varias docenas que debimos intercambiar desde nuestra niñez en adelante.

—Pues bien, esto es un secreto, recuérdalo. Prométeme que no se lo dirás a nadie.

—Te lo prometo.

—Me he casado.

—¡Casado, George! ¿Con quién?

—Con Matilda.

—¡Qué horror! —hablé sin pensar, pero él estaba de acuerdo conmigo.

—Sí, es terrible, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Tendrías que haberme pedido opinión —le dije, pomposamente.

—Soy dos años mayor que tú. No necesito tu opinión, Needle, fierecilla.

—Entonces no busques comprensión.

—Bonita amiga eres tú —me dijo—, quién lo diría, después de tantos años.

—¡Pobre George! —exclamé.

—Hay tres hombres blancos por cada mujer blanca en este país —explicaba George—. Un plantador solitario ni siquiera ve a una mujer blanca, y si ve alguna, ella no lo ve a él. ¿Qué podía hacer yo? Necesitaba una mujer.

Me sentí casi enferma. Uno, por mi educación escocesa. Dos, por mi horror a las frases trilladas como «necesitaba una mujer», que George repitió dos veces más.

—Y Matilda se volvió difícil —dijo George— después que tú y Skinny fuisteis a visitarnos. Tenía amigos en la misión, así que hizo el equipaje y se fue con ellos.

—Tendrías que haberla dejado ir —le dije.

—Fui tras ella —explicó George—. Insistió en casarse, de modo que me casé con ella.

—O sea que no es un verdadero secreto, pues —dije—. La noticia de un matrimonio interracial corre deprisa.

—Ya me he ocupado de eso —respondió George—. Por loco que estuviese, la llevé al Congo y me casé con ella allí. Prometió no decírselo a nadie.

—Pues ahora no puedes ahuecar el ala y dejarla —dije.

—Yo me largo de aquí. No puedo soportar a esa mujer y no puedo soportar este país. No me había figurado como sería esto. Dos años en el país y tres meses con mi mujer, y ya tengo bastante.

—¿Te divorciarás?

—No, Matilda es católica. No se divorciará.

George iba muy avanzado de copas y yo no estaba muy por detrás de él. Sus ojos castaños flotaron brillantes y líquidos mientras me contaba que había escrito a su tío para explicarle lo de su compromiso.

—Sólo que no le dije que estamos casados, por supuesto; eso habría sido demasiado para él. Es un viejo colonialista de prejuicios rígidos. Nada más le he explicado que había tenido un niño de una mujer de color y que estaba esperando otro, y él lo ha comprendido muy bien. Vino en avión hace unas semanas. Ha hecho un convenio con ella, con la condición de que mantenga la boca cerrada en cuanto a su relación conmigo.

—¿Y ella lo hará?

—Oh, sí, porque si no, no recibirá el dinero.

—Pero como esposa tuya tiene derecho sobre ti, en cualquier caso.

—Si reclamara su rango de esposa, obtendría bastante menos. Matilda sabe qué está haciendo, menuda bruja codiciosa es. Mantendrá la boca cerrada.

—Pero tú no podrás volver a casarte, ¿verdad, George?

—No, a menos que ella muera —dijo—. Y es tan fuerte como un buey de tiro.

—Pues lo siento, George —le respondí.

—Muy gentil de tu parte decirlo —continuó—. Pero veo en tu mentón que me desapruebas. Hasta mi viejo tío lo ha comprendido.

—Oh, George, pero si lo entiendo muy bien. Tú estabas muy solo, me figuro.

—Tú ni siquiera me invitaste para tus veintiuno. Si tú y Skinny hubieseis sido más cordiales conmigo, yo jamás habría perdido la cabeza y no me habría casado con esa mujer, jamás.

—Tú no me invitaste a tu boda —respondí.

—Buena cotilla estás tú hecha, Needle, ya no eres la de los viejos tiempos, cuando nos contabas esos cuentos tuyos, tan cortitos.

—Tengo que ponerme en marcha —le dije.

—Guárdame el secreto —me pidió George.

—¿No puedo contárselo a Skinny? Él lo sentiría mucho por ti, George.

—No debes decírselo a nadie. Guárdame el secreto. Prométemelo.

—Te lo prometo —le dije. Comprendí que quería forzar una especie de lazo entre nosotros con aquel secreto y pensé: «Vaya, supongo que se siente solo. Con guardarle este secreto no haré daño a nadie».

Regresé a Inglaterra con el grupo de Skinny justo antes de la guerra.

No volví a ver a George hasta justo antes de mi muerte, cinco años atrás.

Después de la guerra Skinny volvió a sus estudios. Le faltaban dos exámenes, que pasaría en un plazo de dieciocho meses, y yo pensé que tal vez me casaría con él cuando los hubiese pasado.

—Podría haberte tocado alguien peor que Skinny —me decía Kathleen a menudo durante nuestras excursiones de los sábados por la mañana a las tiendas de antigüedades y a los puestos de objetos viejos.

También para ella pasaban los años. Lo que quedaba de nuestras familias en Escocia insinuaba que teníamos que sentar cabeza y buscarnos marido. Kathleen era algo más joven que yo, pero parecía mayor. Sabía que sus oportunidades disminuían, pero por esa época no creo que se preocupase demasiado. En cuanto a mí, el máximo atractivo que me presentaba la idea de casarme con Skinny eran sus presuntas expediciones a Mesopotamia. Mi deseo de casarme con él tenía que ser estimulado por la lectura continua de libros sobre Babilonia y Asiria; quizá Skinny lo comprendía así, porque me prestaba libros e incluso comenzó a instruirme en el arte de descifrar la escritura cuneiforme.

Kathleen estaba más interesada en el matrimonio de lo que yo pensaba. Como yo, había corrido sus aventuras durante la guerra; hasta se había comprometido con un oficial de la marina americana, que murió en combate. Después de eso se ocupó de una tienda de antigüedades, cerca de Lambeth; le iba muy bien, vivía en una plaza de Chelsea, pero a pesar de todo eso seguro que deseaba casarse y tener hijos. Se detenía y miraba los cochecillos que las madres dejaban fuera de las tiendas o ante los portales.

—El poeta Swinburne lo hacía a menudo —le dije una vez.

—¿De veras? ¿Quería tener hijos propios?

—Creo que no. Simplemente le gustaban los niños.

Antes de su examen final Skinny cayó enfermo y fue enviado a un sanatorio de Suiza.

—Después de todo, eres afortunada al no haberte casado con él —dijo Kathleen —, podría haberte contagiado la tuberculosis.

Yo era afortunada, tenía suerte..., todos me lo aseguraban en diversas circunstancias. Aunque me fastidiaba oírlo, sabía que los demás tenían razón, pero de un modo distinto del que ellos pensaban. Me costó muy poco esfuerzo ganarme la vida; recensiones de libros, trabajos raros para Kathleen, unos meses con aquel agente de publicidad, otra vez para redactar discursos sobre literatura, arte y vida destinados a magnates industriales. Seguía esperando escribir sobre la vida y me parecía que la fortuna estribaba en eso, llegara cuando llegase. Y hasta entonces tenía segura mi encantadora vida, porque mis necesidades para la subsistencia siempre se cubrían, y con más facilidad que para cualquier otro. Pensé en la clase de suerte que tenía después de convertirme en católica y ser confirmada. El obispo toca a los aspirantes en la mejilla, una admonición simbólica de los sufrimientos que, se supone, ha de soportar el cristiano. Yo pensé, qué suerte, qué símbolo tan suave para expresar la violencia infernal de su verdadero significado.

Visité a Skinny dos veces en los dos años que permaneció en el sanatorio. Estaba casi curado, y se esperaba que volviese a casa al cabo de pocos meses. Después de mi

última visita, le dije a Kathleen:

—Quizá me case con Skinny cuando esté curado.

—Decídete de una vez, Needle, déjate de quizás. No sabes apreciar lo bueno —me dijo.

Eso ocurrió hace cinco años, en el último año de mi vida. Kathleen y yo nos habíamos hecho íntimas amigas. Nos veíamos varias veces a la semana y, después de nuestras excursiones del sábado por la mañana a Portobello Road, a menudo la acompañaba a pasar un largo fin de semana en casa de su tía, en Kent.

Un día de junio de ese año, me encontré con Kathleen para comer juntas, porque ella me había llamado diciendo que tenía noticias que darme.

—Adivina quién entró en la tienda esta tarde —me dijo.

—¿Quién?

—George.

Habíamos imaginado a medias que George habría muerto. No habíamos recibido cartas en los últimos diez años. A comienzos de la guerra hubo rumores de que tenía un club nocturno en Durban; pero después de eso, nada. Habríamos podido hacer averiguaciones, si hubiésemos sentido esa necesidad.

En cierta ocasión, hablando de él, Kathleen había dicho:

—Tendría que ponerme en contacto con el pobrecito George. Pero de inmediato pienso que él empezaría a contestar mis cartas. Hasta exigiría una correspondencia regular.

—Nosotros cuatro debemos mantenernos unidos —imité.

—Es como si estuviese viendo sus límpidos ojos llenos de reproches —dijo Kathleen.

Skinny comentó:

—Es posible que se haya convertido en un nativo. Con esa concubina color café y una docena de chiquillos color caoba.

—Tal vez ha muerto —dijo Kathleen.

No hablé del matrimonio de George, ni de ninguna de sus confianzas del hotel de Bulawayo. A medida que transcurrieron los años, dejamos de mencionarlo, si no era de pasada, si no era como si nos refiriésemos a alguien más o menos muerto con respecto a nosotros.

Kathleen estaba excitada ante la aparición de George. Había olvidado su impaciencia de tiempos pasados para con él; decía:

—Ha sido estupendo ver al bueno de George. Parece estar necesitado de un amigo, se siente desdeñado, aparte de las cosas.

—Necesita que alguien le haga de madre, supongo.

Kathleen no advirtió mi malicia. Afirmó:

—Eso es lo que le ocurre a George. Siempre ha sido eso, ahora me doy cuenta.

Parecía estar dispuesta a llegar a cualquier conclusión rápida, nueva y feliz acerca de George. En el curso de la mañana él le había hablado del club nocturno de Durban

en tiempos de guerra, de sus posteriores excursiones de caza. Estaba claro que no había mencionado a Matilda. Había aumentado de peso, me comentó Kathleen, pero lo llevaba con elegancia.

Sentí curiosidad por ver esa nueva versión de George, pero iba a salir para Escocia al día siguiente y no complacería mi curiosidad hasta septiembre de ese año, justo antes de mi muerte.

Mientras estaba en Escocia, deduje de las cartas de Kathleen que veía a George con mucha frecuencia, que lo consideraba un buen compañero y que se preocupaba por él. «Te sorprendería ver cuánto ha cambiado.» Al parecer revoloteaba en torno a Kathleen, en su tienda, la mayor parte de los días; «eso hace que se sienta útil», como lo expresara ella maternalmente. George tenía una vieja parienta en Kent, a la que visitaba los fines de semana; esta anciana dama vivía a pocas millas de distancia de la casa de la tía de Kathleen, lo que les permitía bajar juntos los sábados y dar largos paseos por el campo.

—Ya verás lo distinto que está George —me dijo Kathleen cuando regresé a Londres, en septiembre. Iba a verlo esa noche, un sábado. La tía de Kathleen estaba de viaje; la doncella, de viaje, y yo iba a acompañar a Kathleen en la casa vacía.

George había bajado de Londres a Kent unos pocos días antes.

—¡Está allí, ayudando con la cosecha! —me dijo Kathleen, con tono afectuoso.

Kathleen y yo planeamos viajar juntas, pero ese sábado ella se vio demorada en Londres por un asunto inesperado. Convinimos en que yo me adelantaría a primera hora de la tarde: iría a ocuparme de las provisiones para nuestra reunión. Kathleen había invitado a George a cenar esa noche en casa de su tía.

—Estaré con vosotros sobre las siete —me dijo—. ¿Seguro que no te importa estar sola en la casa? Porque yo detesto llegar a una casa vacía.

Le dije que no, me gustaba llegar a una casa vacía.

Y así ocurrió cuando llegué. Jamás había encontrado más agradable una casa. Una amplia vicaría georgiana en un predio de unos ocho acres, con la mayoría de sus cuartos cerrados y los muebles cubiertos por sábanas, ya que sólo había una criada. Descubrí que no sería necesario ir de compras, porque la tía de Kathleen había dejado bastantes y muy buenas provisiones con notas en cada una de ellas: «Comed esto, por favor, mirad también en el frigo» y «Para agasajar a tres personas hambrientas, 2 bot. de *beaune* para vuestra reunión, detrás de la mesa de la coc.». Me sentí como en una caza del tesoro, mientras iba siguiendo pista tras pista por las dependencias domésticas frescas y silenciosas. Una vivienda en la que no hay gente, pero que presenta todos los signos de estar habitada, puede ser un lugar excelente y muy tranquilo. Las personas ocupan en una casa un espacio desproporcionado con respecto a su talla. En mis visitas anteriores había visto los cuartos desbordados, por así decirlo, por Kathleen, su tía y la criada baja y gorda; siempre estaban en movimiento. A medida que iba de un lado a otro por la parte del edificio que estaba

en uso, abriendo las ventanas para que entrase el pálido aire amarillo de septiembre, no tenía conciencia de que yo, Needle, ocupase nada de espacio: podría haber sido un fantasma.

Lo único que había que comprar era la leche. Esperé hasta las cuatro, la hora del ordeño, y entonces me encaminé a la granja que estaba a dos fincas de distancia del huerto trasero. Allí, cuando el vaquero me daba la botella, vi a George.

—Hola, George —le dije.

—¡Needle! ¿Qué haces por aquí? —respondió.

—He venido a comprar leche —le dije.

—Yo también. Vaya, he de decir que me alegro de verte.

Mientras pagábamos al mozo de la granja, George dijo:

—Te acompañaré una parte del camino. Pero no puedo demorarme, mi vieja prima no tiene una gota de leche para su té. ¿Cómo está Kathleen?

—Tuvo que quedarse en Londres. Vendrá más tarde, sobre las siete, suponía.

Habíamos llegado al límite de la primera finca. El camino de George seguía hacia la izquierda para desembocar en la carretera principal.

—¿Te veré esta noche, verdad? —le dije.

—Sí, y hablaremos de los viejos tiempos.

—Estupendo —respondí.

Pero George traspasó la cerca conmigo.

—Oye —me dijo—, me gustaría hablar contigo, Needle.

—Hablaremos esta noche, George. Será mejor que no hagas esperar a tu prima por la leche —me encontré a mí misma hablándole casi como si fuese un niño.

—No, quiero hablar contigo a solas. Ésta es una buena ocasión.

Comenzamos a atravesar la segunda finca. Me había ilusionado con tener la casa para mí sola durante un par de horas más y me mostré bastante malhumorada.

—Mira —dijo él de pronto—, allí hay un pajar.

—Sí —respondí, ausente.

—Sentémonos a charlar allí. Me gustaría verte otra vez en lo alto del pajar. Todavía guardo aquella foto. ¿Te acuerdas del día en que...?

—Encontré la aguja —dije a toda velocidad, para terminar pronto.

Sin embargo, me resultó agradable descansar. El pajar estaba abandonado, pero nos arreglamos para encontrar un nido. Enterré mi botella de leche entre la paja, para que estuviese al fresco. George puso la suya, cuidadosamente, al pie del montón de paja.

—Mi vieja prima está medio perdida, pobrecilla. Un poquitín mal de la cabeza. No tiene el menor sentido del tiempo. Si le digo que sólo he estado fuera diez minutos, se lo creerá.

Solté una risita y lo miré. Su cara se había redondeado, sus labios eran gruesos, anchos, de un color maduro que es raro en un hombre. Sus ojos castaños, como antes, se veían llenos de algún ruego inexpresado.

—¿De modo que después de todos estos años vas a casarte con Skinny?

—En realidad no lo sé, George.

—Lo has manejado muy bien.

—No tienes derecho a juzgarme. Tengo mis propios motivos para hacer lo que hago.

—No te enfades —dijo—. Sólo era una broma —para darme una prueba de ello, cogió un manojo de paja y me rozó la cara con él.

—Sabes —me dijo de inmediato—, no creo que tú y Skinny me hayáis tratado como se debe en Rodesia.

—Vaya, estábamos trabajando, George. Y entonces éramos jóvenes, teníamos mucho por hacer y por ver. Después de todo, podíamos volver a verte en cualquier otro momento, George.

—Un toque de egoísmo —dijo.

—Tengo que marcharme, George —hice un movimiento para salir del pajar.

George me detuvo.

—Espera, tengo algo que decirte.

—De acuerdo, George, dímelo.

—Ante todo, prométeme no decírselo a Kathleen. Ella quiere mantenerlo en secreto y contártelo personalmente.

—Muy bien, prometido.

—Voy a casarme con Kathleen.

—Pero tú ya estás casado.

A veces había tenido noticias de Matilda a través de la familia de Rodesia con la que mantenía contacto. Se referían a ella llamándola «la Dama Morena de George» y, por supuesto, no sabían que él estaba casado con ella. Al parecer Matilda le había sacado bastante provecho a George, decían, porque por allí se la veía, con aire remilgado, muy repulida, sin dar golpe, y molestando siempre a las chicas de color respetables de la vecindad. Según lo que se contaba, era un ejemplo vivo de comportamiento extravagante, tal como lo había sido George.

—Me casé con Matilda en el Congo —decía George.

—Aun así sería bigamia —le respondí.

Se puso furioso cuando empleé la palabra bigamia. Cogió un manojo de paja como si fuera a tirármela a la cara, pero se controló y me abanicó con un gesto juguetón.

—No estoy seguro de que mi matrimonio del Congo fuese válido —continuó—. De todos modos, en lo que a mí respecta, no lo es.

—No puedes hacer una cosa así —le dije.

—Necesito a Kathleen. Se ha portado muy bien conmigo. Creo que Kathleen y yo estábamos destinados el uno al otro.

—Tengo que ponerme en camino —le dije.

Pero él apoyó su rodilla sobre mis tobillos y no pude moverme. Me quedé

sentada, inmóvil, mirando al espacio.

Me rozó la cara con un manojo de paja.

—Sonríe, Needle —dijo—; hablemos como en los viejos tiempos.

—¿Qué pasa?

—Nadie está enterado de mi matrimonio con Matilda, excepto tú y yo.

—Y Matilda —le dije.

—Mantendrá quieta la lengua mientras reciba su dinero. Mi tío dejó una anualidad para eso, sus abogados se ocupan del asunto.

—Déjame ir, George.

—Tú prometiste mantenerlo en secreto —dijo—, tú lo prometiste.

—Sí, lo prometí.

—Y ahora que vas a casarte con Skinny, estaremos debidamente en pareja, como tendríamos que haberlo estado hace años. Podríamos haber sido... ¡Pero la juventud! Nuestra juventud se ha quedado en el camino, ¿verdad?

—La vida se ha quedado en el camino —le dije.

—Pero ahora todo irá bien. Tú guardarás mi secreto, ¿verdad? Lo has prometido —había liberado mis pies. Me aparté un poco de él.

Entonces le dije:

—Si Kathleen pretende casarse contigo, le diré que tú ya estás casado.

—No harás esa jugada tan sucia, ¿verdad, Needle? Tú vas a ser feliz con Skinny, no querrás interponerte en el camino de mi...

—Debo hacerlo, Kathleen es mi mejor amiga —le dije rápidamente.

Tenía el aire de ir a matarme, y lo hizo, me llenó la boca de paja hasta que ya no pudo más, sujetó mi cuerpo con sus rodillas, manteniendo presas en su enorme mano izquierda mis muñecas. Lo último que vi en la tierra fueron las líneas rojas y plenas de su boca y el trazo blanco de sus dientes. Ni un alma pasó por allí mientras él ocultaba mi cuerpo en el pajar, mientras preparaba un hueco profundo para mí, haciendo trizas la paja para cavar un espacio del tamaño de mi cuerpo, mientras amontonaba haces secos sobre el escondite, algo muy normal en un pajar abandonado. Después George bajó, cogió su botella de leche y siguió su camino. Supongo que por eso tenía tan mala cara cinco años después, cuando me presenté junto a las mesas de Portobello Road y le dije con tono tranquilo «¡Hola, George!».

El crimen del pajar fue uno de los más notorios de aquel año.

Mis amigos decían: «¡Una chica que lo tenía todo en la vida!».

Después de una búsqueda que duró veinte horas, cuando mi cuerpo fue hallado, los periódicos titularon: «Han encontrado a Needle: ¡en un pajar!».

Kathleen, hablando desde ese punto de vista católico que ya está un tanto pasado, decía:

—Fue a confesarse el día antes de su muerte, ¡qué suerte tuvo! ¿Verdad?

El pobre vaquero que nos vendió la leche fue acosado, hora tras hora, por la

policía local y, más tarde, por Scotland Yard. También George. Admitió que había ido hasta la altura del granero conmigo, pero negó que se hubiese detenido allí.

—¿Hacía diez años que no veía a su amiga? —le preguntó el inspector.

—Así es —respondió George.

—¿Y no se detuvo a charlar con ella?

—No, habíamos quedado en cenar juntos. Mi prima esperaba que le llevara la leche, no podía entretenerme.

La pobrecilla, su prima, juró que él no había estado ausente más de diez minutos en total, y así lo creyó hasta el día de su muerte, unos pocos meses después. Se obtuvo, a través del microscopio, la prueba de que había paja en la chaqueta de George, por supuesto, pero eso mismo se podía probar respecto a las chaquetas de todos los hombres del distrito, en ese año de excelente cosecha. Por desgracia, las manos del vaquero eran más oscuras y más fuertes aún que las de George. Las marcas de mis muñecas habían sido hechas por unas manos como esas, según indicaron los informes del laboratorio cuando se hizo mi autopsia. Pero las marcas de las muñecas no bastaban para achacar el crimen a ningún hombre. Si yo no hubiese llevado mi cárdigan de manga larga, se dijo, los cardenales habrían podido coincidir con los dedos de alguien.

Kathleen, para probar que George no tenía ningún motivo, dijo a la policía que estaba comprometida con él. George pensó que eso era una tontería. Se solicitaron los informes sobre su vida en África, hasta los tiempos de su relación con Matilda. Pero no se supo nada del matrimonio: ¿quién iba a pensar en echar una mirada a los registros del Congo? Aunque eso no hubiese probado la existencia de un motivo para el crimen. De todos modos, George quedó libre de sospecha cuando terminaron las investigaciones sin que se descubriese su matrimonio con Matilda. Consiguió así sufrir su postración nerviosa al mismo tiempo que Kathleen sufrió la suya, y se recuperaron juntos y se casaron, mucho después que la policía hubiese dirigido sus investigaciones a un campamento de la Fuerza Aérea que se hallaba a cinco millas de la casa de la tía de Kathleen. Sólo una buena cantidad de conmoción y copas produjeron esas investigaciones. El crimen del pajar fue uno de los crímenes no resueltos de aquel año.

Poco tiempo después el vaquero emigró a Canadá, para empezar una nueva vida, con la ayuda de Skinny, que sintió lástima por él.

Después de ver a George arrastrado hacia casa por Kathleen ese sábado, en Portobello Road, pensé que tal vez pudiese verlo más veces en circunstancias similares. Al sábado siguiente lo busqué y, por fin, allí estaba, sin Kathleen, semipreocupado, semiesperanzado.

Destruí sus esperanzas. Le dije: «¡Hola, George!».

Miró en mi dirección, clavado en medio de la corriente de los mercachifles de esa calle alegre. Pensé para mis adentros: «parece como si tuviese un montón de paja en

la boca». Fueron su reciente barba de color maíz y el mostacho que rodeaban su boca grande lo que me sugirió ese pensamiento, risueño y lírico como la vida.

—¡Hola, George! —dije otra vez.

Yo hubiera tenido inspiración para decir más cosas en esa mañana agradable, pero él no esperó. Se marchó por una calle lateral, y por otra, y bajó por otra distinta en zigzag, apartándose y dando tantas vueltas como pudo para huir de Portobello Road.

Sin embargo, volvió la semana siguiente. La pobrecita Kathleen lo había llevado en su coche. Lo aparcó en el extremo de la calle y bajó con él, llevándolo bien cogido del brazo. Me dio pena ver a Kathleen ignorante del despilfarro de centelleos que había en los puestos. Yo misma había visto una bonita caja Battersea, muy del gusto de ella, y también unos pendientes de plata esmaltada. Pero ella no prestó atención a aquel género, agarrada a George y, pobrecita Kathleen..., no puedo decir cuál era el aspecto que tenía.

Y George estaba demacrado. Sus ojos parecían haberse vuelto más pequeños, como si hubiese estado sufriendo en esos días. Subió por la calle, con Kathleen cogida de su brazo, tambaleándose de una acera a otra, mientras su mujer se disculpaba a su lado, cada vez que la muchedumbre reivindicaba su derecho a ir por la calle.

—¡Oh, George! —le dije. No tienes buen aspecto, George.

—¡Mira! —exclamó George—. Allí, junto al puesto de quincallería. Es Needle. Kathleen estaba llorando.

—Vamos a casa, cariño —dijo ella.

—¡No tienes buen aspecto, George! —dije yo.

Lo ingresaron en una clínica. Se mantenía bastante tranquilo, excepto en las mañanas de los sábados, que era cuando tenían problemas para mantenerlo dentro, y lejos de Portobello Road.

Pero un par de meses más tarde escapó. Era un lunes.

Lo buscaron en Portobello Road, pero en realidad se había marchado a Kent, al pueblo cercano a la escena del crimen del pajar. Allí fue la policía y él se entregó, pero, por la forma en que hablaba, todos comprendieron que el hombre tenía un problema.

—He visto a Needle en Portobello Road tres sábados seguidos —explicó— y me metieron en una clínica privada, pero me largué cuando las enfermeras estaban ocupadas con un nuevo paciente. Usted recordará el asesinato de Needle. Pues bien, fui yo. Ahora ya sabe la verdad y eso le cerrará su maldita boca a Needle.

Docenas de pobres locos se confiesan autores de cada crimen. La policía llamó una ambulancia para devolverlo a la clínica. No estuvo mucho tiempo allí. Kathleen cerró su tienda y se dedicó a cuidarlo en su casa. Pero comprobó que las mañanas de los sábados eran un agobio. Él insistía en ir a verme a Portobello Road y volvía insistiendo en que él había asesinado a Needle. Cierta vez intentó decir algo acerca de Matilda, pero Kathleen era tan cariñosa y solícita, que no creo que George haya

tenido el valor de recordar lo que tenía que decirle.

Skinny se mantuvo bastante reservado con respecto a George desde el asesinato. Pero era cariñoso con Kathleen. Fue él quien los persuadió de que emigrasen a Canadá, para que George estuviera lejos de Portobello Road.

George se recuperó en parte en Canadá, pero nunca volvió a ser el George de otros tiempos, según Kathleen contaba en sus cartas a Skinny. «Esa tragedia del pajar terminó con George», escribe. «A veces lo siento más por George que por la pobrecita Needle. Pero a menudo ofrezco misas por el alma de Needle.»

Dudo que George me vuelva a ver en Portobello Road. No deja de mirar la instantánea ya estropeada que nos tomó en el pajar aquél. A Kathleen no le gusta la fotografía, por supuesto. Por mi parte, creo que es una bonita instantánea, pero no me parece que ninguno de nosotros fuese tan encantador como allí lo parecemos, con nuestras miradas alegres tendidas sobre los campos de trigo maduro, Skinny con su expresión graciosa, yo muy segura de ser distinta del resto, Kathleen con su cabeza apoyada con elegancia sobre la mano; cada uno refleja sin temores, ante la cámara de George, la gloria del mundo, como si fuese eterna.

Patricia Highsmith
EN PLENA TEMPORADA DE LA TRUFA

NACIDA en Fort Worth (Texas) en 1921, aunque residente en Europa desde hace bastantes años (primero en el Reino Unido, después en Francia y en la actualidad en Suiza), Patricia Highsmith es hoy en día mundialmente famosa por sus novelas de intriga y misterio, que, desbordando el marco genérico del relato policíaco, han situado a su autora en primera línea de la literatura actual, a lo que también ha contribuido el éxito y prestigio de sus frecuentes adaptaciones cinematográficas: Alfred Hitchcock dirigió Strangers on a Train (su primera novela), Alain Delon prestó sus rasgos al «talentoso Mr. Ripley» en A pleno sol, y el alemán Wim Wenders reincidió en tan fascinante personaje con El amigo americano (basada en Ripley's Game).

Dentro del maligno y claustrofóbico universo que caracteriza toda su obra, no podía faltar el elemento terrorífico, el puro horror físico o la fantasía macabra. Sobre todo en sus relatos cortos, de gran contundencia verbal y fino humor distanciador, como «La tortuga de agua dulce» o «El observador de caracoles», procedentes ambos de su primera colección Eleven (1945), verdaderos contes cruels que justifican plenamente la observación de Graham Greene de que: «Patricia Highsmith es una poetisa de la aprensión y el recelo más que del miedo».

El relato aquí incluido, «In the Dead of Truffle Season», forma parte del volumen titulado The Animal Lover's Book of Beastly Murder (1975), que narra, con indudable simpatía hacia el bruto y pertinente desprecio por el hombre, las espeluznantes venganzas de una serie de animales domésticos (perro, gato, cerdo, hámster, etc.) que se rebelan inopinadamente contra sus amos.

EN PLENA TEMPORADA DE LA TRUFA^[22]

SAMSON, un gran cerdo blanco en la flor de la vida, vivía en una destartalada y vieja granja en la región de Lot, no lejos de la imponente ciudad de Cahors. Entre los quince cerdos más o menos que había en la granja estaba la madre de Samson, Georgia (así se llamaba debido a una canción que el granjero, Émile, había oído una vez en la televisión), pero no la abuela de Samson, a la cual se la habían llevado, pataleando y chillando, hacía cosa de un año, ni tampoco el padre de Samson, que vivía a muchos kilómetros de allí y llegaba en una camioneta unas cuantas veces al año para hacer breves visitas. También había incontables cerditos, algunos de ellos hijos de la madre de Samson y otros no, por entre los cuales Samson se abría paso desdeñosamente si se hallaban entre él y un comedero. Samson nunca se molestaba en empujar, ni siquiera a los cerdos adultos, porque era tan grande que le bastaba con avanzar para que le dejaran paso.

Su pelo blanco, algo escaso y duro en los costados, se volvía fino y sedoso en el pescuezo. Émile le pellizcaba a menudo en el cuello con sus ásperos dedos cuando presumía de Samson delante de otro granjero, luego le daba un puntapié suave en las mantecosas costillas. Generalmente el lomo y los costados de Samson estaban cubiertos de una costra gris de barro seco, porque le encantaba revolcarse en el barro del patio sin pavimentar y en el barro aún más espeso de la pocilga que había junto al establo. El lodo fresco resultaba muy agradable en el verano meridional, cuando el sol abrasaba durante semanas seguidas, haciendo que la pocilga y el patio hirvieran. Samson había conocido dos veranos.

La mejor estación del año para Samson era el pleno invierno, cuando encontraba su razón de ser como buscador de trufas. Émile y a menudo su amigo René, otro granjero, que unas veces llevaba un cerdo y otras un perro, salían el domingo por la mañana llevando a Samson atado con una cuerda y andaban casi dos kilómetros hasta un lugar de un bosquecillo donde crecían unos robles.

—*Vas-y!* —decía Émile cuando cruzaban la linde del bosque, hablando en el dialecto de la región.

Samson, tal vez un poco fatigado o molesto por el largo paseo, se tomaba su tiempo, incluso cuando casualmente olía trufas en seguida en la base de un árbol. Un viejo cinturón de Émile le servía de collar, con una pequeñísima parte de su extremo colgando, tan ancho era el cuello de Samson, y éste podía tirar fácilmente de Émile en cualquier dirección que quisiera.

Émile se reía con gozosa anticipación y le decía algo alegre a René, o a sí mismo si estaba solo, luego sacaba de su bolsillo una botella de Armagnac que llevaba para combatir el frío.

El motivo principal por el que Samson tardaba en descubrir las trufas era que nunca llegaba a comerse ninguna. Le daban un pedazo de queso si indicaba el lugar

donde había trufas, pero el queso no era lo mismo que las trufas, y Samson se sentía ofendido.

—¡Ja-guank! —dijo Samson, sin que eso significara absolutamente nada, perdiendo el tiempo al olfatear al pie de un árbol que no era apropiado desde el principio.

Émile lo sabía y le dio a Samson una patada, luego se sopló la mano libre: sus guantes de lana estaban llenos de agujeros y hacía un día condenadamente frío. Tiró al suelo su Gauloise y se subió el cuello vuelto de su jersey para taparse la boca y la nariz.

Luego los orificios de la nariz de Samson se llenaron del delicado y raro aroma de las trufas negras y se detuvo, bufando. Las cerdas del lomo se le erizaron un poco a causa de la excitación. Sus pezuñas pisaron con fuerza y se clavaron en el suelo y su chato hocico empezó a escarbar en la tierra. Se le caía la baba.

Émile ya estaba tirando del cerdo. Le dio varias vueltas a la cuerda en torno a un árbol que estaba a cierta distancia, luego atacó cuidadosamente el lugar con el tenedor que llevaba.

—¡Ah! ¡A-já!

Allí estaban, un racimo de negros y arrugados hongos tan ancho como su mano. Émile metió suavemente las trufas en la mochila de tela que colgaba de su hombro. Estas trufas valían ciento treinta francos nuevos la *livre* en Cahors los días de mercado, que eran un sábado sí y uno no, y Émile sacaba un poquito menos donde las vendía generalmente, en una tienda de exquisiteces de Cahors que, a su vez, le vendía las trufas a una fábrica de *pâté* llamada Compagnie de la Reine d'Aquitaine. Podría haber ganado un poco más vendiéndoselas directamente a La Reine d'Aquitaine, pero la fábrica estaba al otro lado de Cahors, lo cual hacía que el viaje saliese más caro por el coste de la gasolina. Cahors, donde Émile iba cada quince días para comprar forraje y a veces alguna herramienta, estaba sólo a diez kilómetros de su casa.

Émile buscó con los dedos un pedazo de gruyere dentro de su mochila y se acercó a Samson. Lo arrojó al suelo delante del animal, acordándose de sus dientes.

—¡Usssh! —Samson inhaló el queso como una aspiradora. Estaba listo para el siguiente árbol. El olor de las trufas que había en la mochila le inspiró.

Encontraron dos sitios buenos más esa mañana antes de que Émile decidiera dejarlo. Estaban apenas a un kilómetro del Café de la Chasse, en las afueras del pueblo de Émile, Cassouac, y el café-bar se encontraba camino de su casa. Émile pateó en el suelo unas cuantas veces mientras caminaba y tiraba de Samson con impaciencia.

—¡Venga, gordinflón! ¡Samson! ¡Muévete! ¡Claro, tú no tienes prisa, con toda esa manteca encima!

Émile le dio una patada trasera.

Samson fingió indiferencia, pero condescendió a trotar unos cuantos pasos antes de volver a su andar calmoso y curiosamente elegante. ¿Por qué había de hacerlo todo

a conveniencia de Émile? Samson sabía adónde se dirigían, sabía que tendría que esperar largo rato pasando frío, mientras Émile bebía y charlaba con los amigos. Ya se veía el café, con algunos perros atados fuera. La sangre de Samson empezó a correr más deprisa. Podía defenderse bien de un perro y disfrutaba haciéndolo. Los perros se creían tan listos, tan superiores, pero en cuanto recibían una arremetida de Samson, se acobardaban y retrocedían todo lo que les permitía su correa.

—*Bonjour, Pierre!*... ¡Ja-ja-ja! —Émile se había encontrado con el primero de sus amiguetes delante del café.

Pierre estaba atando a su perro y había hecho algún comentario jocoso acerca del *chien de race* de Émile.

—¡Sí, pero hoy he conseguido casi una libra de trufas! —contestó Émile, exagerando.

Cuando Émile y Pierre entraron en el pequeño cafetín se oyeron ladridos de otros perros. Dejaban entrar perros, pero a los que gruñían a los demás siempre los dejaban atados fuera.

Un perro mordisqueó el rabo de Samson en actitud juguetona y Samson se volvió y cargó contra él perezosamente, sin siquiera avanzar lo suficiente para que su cuerda se tensara, pero el perro rodó por el suelo en su esfuerzo por escapar. Los tres perros ladraron y a Samson los ladridos le sonaron despectivos... hacia él. Miró a los perros con una antipatía tranquila y malhumorada. Sólo sus ojillos rosados eran rápidos, mirando a los perros, desafiándolos a todos o a cualquiera de ellos a avanzar. Los perros sonrieron inquietos. Finalmente Samson se derrumbó echándose hacia atrás y doblando las patas. Estaba al sol y bastante cómodo a pesar del aire frío. Pero tenía hambre otra vez y, por lo tanto, estaba un poco enojado.

Émile se había encontrado a René en el café, bebiendo *pastis* en la barra. Émile pensaba quedarse hasta que tuviera el tiempo justo de volver a su casa sin que se enfadara su mujer, Ursule, a quien le gustaba que el almuerzo del domingo no empezara más tarde de las doce y cuarto.

René llevaba botas altas de goma. Había estado limpiando un desagüe de su vaqueriza, dijo. Habló del concurso de búsqueda de trufas que iba a celebrarse dentro de dos semanas. Émile no se había enterado.

—¡Mira! —dijo René, señalando un cartel que había a la derecha de la puerta.

La Compagnie de la Reine d'Aquitaine ofrecía un primer premio de un reloj de cuco más cien francos; un segundo premio de una radio de transistores (por la foto no se podía saber el tamaño) y un tercer premio de cincuenta francos, a quienes encontraran más trufas el domingo 27 de enero. La decisión de los jueces sería inapelable. Se prometía que la noticia aparecería en el periódico local y en la televisión y se decía que el pueblo de Cassouac sería la sede de los jueces.

—Yo estoy dejando descansar a Lunache este domingo y puede que también el próximo —dijo René—. Así tendrá tiempo de acumular apetito de trufas.

Lunache era el mejor cerdo trufero de René, una hembra blanca y negra. Émile le

sonrió a su amigo un poco maliciosamente, como diciendo: «¡Tú sabes muy bien que Samson es mejor que Lunache!».

—Será divertido. Esperemos que no llueva —dijo Émile.

—¡O nieve! ¿Otro *pastis*? Te invito.

René puso el dinero sobre el mostrador. Émile miró el reloj de la pared y aceptó.

Cuando salió diez minutos después, vio que Samson había hecho retroceder a los tres perros hasta el extremo de sus correas y estaba fingiendo que intentaba romper su cuerda; la cuerda era muy fuerte, pero Samson podría haberla roto de un buen tirón. Émile se sintió bastante orgulloso de su marrano.

—¡Qué monstruo! ¡Necesita un bozal! —dijo un hombre más bien joven que llevaba botas de montar cubiertas de barro. Émile no le reconoció. El hombre estaba dándole palmaditas tranquilizadoras a uno de los perros.

Émile estaba dispuesto a responderle con un torrente de argumentos: ¿acaso no había sido el perro el primero en molestar al cerdo? Pero se le ocurrió que tal vez el joven fuera un representante de La Reine d'Aquitaine que había venido para examinar el terreno. Lo mejor era el silencio y una cortés inclinación de cabeza, pensó Émile. ¿Estaba sangrando un poco uno de los perros por una pata trasera? Émile no se entretuvo a comprobarlo. Desató a Samson y se alejó despacio. Después de todo, pensó Émile, hacía tres o cuatro meses que le habían limado los colmillos inferiores a Samson. Estos colmillos habían empezado a sobresalirle por encima del morro. Los superiores los conservaba enteros, pero eran menos peligrosos porque se curvaban hacia dentro.

Samson, de un modo más vago pero más furioso, también estaba pensando en sus colmillos en ese momento. Si no le hubieran privado misteriosamente de sus legítimos colmillos inferiores hace tiempo, podía haber desgarrado a ese perro. Un golpe hacia arriba con el hocico debajo del vientre del perro, golpe que había dado, y... El aliento de Samson humeaba en el aire. Sus patas de cuatro dedos, de los cuales sólo los dos medios tocaban el suelo, le transportaban como si su enorme cuerpo fuera tan ligero como un globo. Ahora Samson iba delante de su amo como un perro de raza que tira de la correa.

Émile, sabiendo que Samson estaba enfadado, le dio serios y firmes tirones. A Émile le dolía la mano y se le cansaba el brazo, así que en cuanto se acercaron a la puerta abierta del patio de la granja, soltó la cuerda con alivio. Samson se fue trotando, derecho hacia la pocilga donde estaba la comida. Émile le abrió la puerta baja, le siguió y le desabrochó la hebilla del cinturón que le servía de collar, mientras Samson engullía mondas de patata.

—¡Oink! ¡Oink, oink!

—¡Jafff!

—¡Juonk!

Los otros cerdos y cochinitillos se apartaron de Samson.

Émile entró en la cocina. Su mujer estaba poniendo en el centro de la mesa una

gran fuente de ensalada de remolachas y zanahorias cortadas en dados y tomates y cebollas en rodajas. El saludo de Émile incluía a Ursule, a su hijo Henri y a su esposa, Yvonne, y al hijito de éstos, Jean-Paul. Henri les echaba una mano en la granja, a pesar de que trabajaba a jornada completa en una fábrica de Cahors que hacía planchas de formica. A Henri no le gustaba el trabajo de la granja. Pero por ahora le salía más barato vivir aquí con su familia que alquilar un piso o comprar una casa.

—¿Hubo suerte con las trufas? —preguntó Henri, echando una ojeada a la mochila.

Émile estaba vaciando su contenido en una olla con agua fría en la pila.

—No estuvo mal —dijo.

—Come, Émile —dijo Ursule—. Yo las lavaré luego.

Émile se sentó y se puso a comer. Iba a contarles lo del concurso de búsqueda de trufas, pero luego decidió que podía traer mala suerte mencionarlo. Aún quedaban dos semanas para hablar de ello, si le apetecía. Émile se estaba imaginando el reloj de cuco colgado en la pared delante de él, dando las doce y cuarto. Y diría unas palabras en la televisión (si era verdad que venía la televisión) y su foto saldría en el periódico local.

La razón principal por la que Émile no llevó a Samson a buscar trufas el fin de semana siguiente era que no quería que disminuyera la cantidad de trufas en ese bosque concreto. Este bosque era conocido como «el bosquecillo de la ladera» y pertenecía a un viejo que ya ni siquiera vivía en sus tierras sino en una ciudad cercana. El viejo nunca se había opuesto a que se cogieran trufas en sus tierras y tampoco se oponían los actuales guardeses, que vivían en la granja, casi a un kilómetro del bosque.

Así que Samson pasó dos semanas de ocio comiendo y durmiendo en el heno prensado de la pocilga, que era un cobertizo construido junto al establo principal.

El gran día, 27 de enero, Émile se afeitó. Luego se dirigió al Café de la Chasse, que era el lugar de encuentro. Allí estaban René y ocho o diez hombres más, a todos los cuales conocía y a quienes saludó con la cabeza. También había unos cuantos chicos y chicas del pueblo que habían ido a mirar. Todos se reían, fumaban y fingían que era un juego estúpido, pero Émile sabía que en el interior de cada hombre que tenía un perro o un cerdo truero había la determinación de ganar el primer premio, y si no el primero, el segundo. Samson mostró deseos de atacar al perro de Georges, Gaspar, y Émile tuvo que tirar de él y darle una patada. Como Émile había sospechado, el hombre joven a quien había visto dos semanas antes estaba de maestro de ceremonias, otra vez calzado con botas de montar. Sonrió forzosamente y le habló al grupo desde lo alto de los escalones del café.

—¡Caballeros de Cassouac! —empezó, y luego procedió a comunicarles las condiciones del concurso patrocinado por La Reine d'Aquitaine, fabricantes del mejor *pâté aux truffes* de toda Francia.

—¿Dónde está la televisión? —preguntó un hombre, más para arrancarles una risa a sus amigos que para obtener una respuesta.

El joven también se rió.

—Estarán aquí cuando volvamos (un equipo especial enviado desde Toulouse) a eso de las once y media. ¡Sé que todos quieren estar en casa poco después del mediodía para que no se enfaden sus mujeres!

Más risas afables. Era un día de helada, que agudizaba las sensaciones de todos.

—Sólo para cumplir una formalidad —dijo el joven de las botas de montar—, echaré una ojeada a sus sacos para comprobar que todo está en orden.

Bajó los escalones y todos los hombres le mostraron una bolsa o un saco vacío salvo por unas manzanas y unos pedazos de queso o de carne que llevaban como recompensa para sus animales.

Uno de los mirones hizo una apuesta añadida: perros contra cerdos.

Bebieron de un trago los últimos *petits rouges* y luego se pusieron en camino, dispersándose con los perros y los cerdos por la carretera sin asfaltar, dirigiéndose cada uno a sus campos preferidos, a su árboles favoritos. Émile y Samson, que esta mañana no paraba de hacer *jonks* y *oinks*, se encaminaron hacia el bosquecillo de la ladera. No fue el único en elegir esa dirección: François también iba hacia allí con su cerdo negro.

—Hay suficiente sitio para los dos, creo yo —dijo François amablemente.

Era cierto y Émile se mostró de acuerdo. Le propinó una patada a Samson cuando entraron en el bosque, dejando que los clavos de sus botas le dieran de lleno en el trasero, tratando de hacerle comprender que hoy la búsqueda de trufas era más urgente. Samson se volvió con irritación y le hizo una finta a la pierna de Émile, pero se puso a trabajar y olfateó al pie de un árbol. Luego abandonó el árbol.

Émile vio que François a bastante distancia entre los árboles, estaba ya cavando con su tenedor. Émile le dio rienda suelta a Samson y el cerdo avanzó pesadamente, con el hocico pegado al suelo.

—¡Juunf! ¡Ja-gun-uf! ¡*Umpf!*

Samson había encontrado un buen escondrijo y lo sabía.

Émile también. Ató a Samson y cavó lo más deprisa que pudo. La tierra estaba más dura que dos semanas antes.

El aroma de las trufas le llegó a Samson más fuerte cuando Émile las desenterró. Tiró de la cuerda, retrocedió y cargó de nuevo hacia delante. Se oyó un chasquido, ¡y quedó libre! El collar de cuero se había roto. Samson metió el hocico en el hoyo y empezó a comer trufas dando bufidos de satisfacción.

—¡Hijo de puta! ¡*Merde!*

Émile le asestó a Samson una tremenda patada en el jamón derecho. ¡Maldito cinturón viejo! Émile no tuvo más remedio que perder unos preciosos minutos desatando la cuerda del árbol y atándola alrededor del cuello de Samson, que hizo grandes esfuerzos por impedirselo. Es decir, Samson giraba en círculo en torno al

hoyo de las trufas, manteniendo el hocico en el mismo sitio, sin parar de comer. Émile consiguió atar la cuerda e inmediatamente se puso a tirar y a maldecir con todas sus fuerzas.

La distante pero sonora risa de François no contribuyó a que Émile sintiera más afecto por Samson. ¡Maldita bestia, se había comido por lo menos la mitad de las que allí había! Émile le dio una patada a Samson donde habrían estado sus testículos, si Émile no se los hubiera Lecho quitar al mismo tiempo que los colmillos inferiores.

Samson se vengó embistiendo a Émile a la altura de la rodilla. Émile cayó hacia delante por encima del cerdo y apenas tuvo tiempo de protegerse la cara. El dolor en las rodillas era atroz. Durante unos segundos temió tener las piernas rotas. Luego oyó a François, que gritaba indignado. Samson estaba otra vez suelto y había invadido el territorio de François.

—¡Eh, Émile! ¡Haré que te descalifiquen! ¡Aparta de aquí a este maldito cerdo! ¡Si no te lo llevas, le pegaré un tiro!

Émile sabía que François no llevaba escopeta. Se puso de pie con cuidado. No tenía las piernas rotas; pero le dolían mucho los ojos por el golpe y sabía que al día siguiente los tendría morados.

—¡Maldita sea, Samson, vete de ahí! —gritó Émile, caminando penosamente hacia donde estaban François y los dos cerdos.

François estaba azotando a Samson con una rama de árbol que había encontrado, y Émile no podía reprochárselo.

—Vaya una manera de... —las palabras de François se perdieron.

Émile nunca se había llevado muy bien con François Malbert y sabía que éste intentaría descalificarle si le era posible, fundamentalmente porque Samson era un excelente truero y representaba una amenaza. Esta idea, sin embargo, hizo que la ira de Émile se concentrara más en Samson que en François por el momento. Émile agarró la cuerda de Samson y tiró de ella con fuerza. Al mismo tiempo François le asestó un golpe en la cabeza al animal y la rama se rompió.

Samson cargó de nuevo, pero Émile, a quien la desesperación volvió ágil y rápido, ató el extremo de la cuerda con dos vueltas alrededor de un árbol. La sacudida derribó a Samson.

—¡Ya es inútil cavar aquí! ¡No hay derecho! —se lamentó François, indicando su reserva de trufas medio comida.

—Ah, *oui*? ¡Ha sido un accidente! —respondió Émile.

Pero François se alejaba ya en dirección al Café de la Chasse.

Émile tenía ahora el bosquecillo para él sólo. Se puso a recoger las trufas que quedaban en el sitio de François. Pero temía que lo descalificaran. Y todo por culpa de Samson.

—¡Ahora ponte a trabajar, hijo de puta! —le dijo Émile y le pegó en el culo con un pedazo de la rama que se había roto.

Samson se quedó mirando a Émile, de frente, por si caía otro golpe.

Émile sacó un pedazo de queso de su saco y lo tiró al suelo en un gesto de apaciguamiento y quizá también para estimular el apetito del animal. Samson parecía todo lo enfadado que puede estar un cerdo. Devoró el pedazo de queso.

—¡Vamos, chico! —dijo Émile.

Samson se movió, pero muy despacio. Iba simplemente andando. Ni siquiera olfateaba el suelo. A Émile se le antojó que Samson tenía el lomo encorvado, que estaba dispuesto a cargar de nuevo. Pero se dijo que era absurdo. Llevó a Samson al pie de un prometedor abedul.

Samson olió las trufas que Émile tenía en el saco. Aún estaba salivando por las trufas que había engullido en el hoyo. Samson se volvió con agilidad y apretó el morro contra el saco que colgaba al costado de Émile. Había levantado un poco las patas delanteras y su peso derribó a Émile. Samson metió el hocico en el saco. ¡Qué olor tan exquisito! Empezó a comer. También había queso.

Émile, ya de pie, pinchó a Samson con el tenedor, con suficiente fuerza como para romper la piel en tres puntos donde los dientes se clavaron.

—¡Fuera, hijoputa!

Samson dejó el saco, pero sólo para embestir a Émile. ¡Crac! Le dio otra vez en las rodillas. El hombre quedó tumbado en el suelo, tratando de poner el tenedor en posición de asestar un golpe, cuando, como un relámpago, Samson volvió a la carga.

De algún modo, la panza del cerdo golpeó a Émile en la cara, o en la punta del mentón, y le dejó medio inconsciente. Sacudió la cabeza y se aseguró de que tenía el tenedor bien agarrado. Se había dado cuenta de repente de que Samson podía matarle y tal vez lo haría si no se protegía.

—*Au secours!* —gritó Émile—. ¡Socorro!

Émile blandió el tenedor, tratando de asustar al cerdo para que se alejara y le permitiera levantarse.

Samson no tenía otra intención que la de protegerse. Veía el tenedor como un enemigo, una clara amenaza, y lo atacó ciegamente. El tenedor se torció y cayó como si fuera blando. Las pezuñas delanteras de Samson se apoyaron triunfantes sobre el abdomen de Émile. Samson bufó. Y Émile boqueó, pero sólo unas cuantas veces.

El espantoso morro del cerdo, rosado y húmedo, estaba casi pegado a la cara de Émile, y él recordó muchos cerdos que había conocido en su infancia, cerdos que le habían parecido tan gigantescos como este Samson que ahora le cortaba la respiración. Cerdos, marranas, cochinitos de todas clases y colores que parecían combinarse para convertirse en este monstruoso Samson que con toda certeza —Émile lo supo ahora— iba a matarle, simplemente aplastándole con su peso. El tenedor estaba fuera de su alcance. Émile agitó los brazos con sus últimas fuerzas, pero el cerdo no se movió. Y Émile no podía respirar. Ya ni siquiera era un animal, pensó Émile, este cerdo, sino una terrible fuerza maléfica con una forma espantosa. ¡Esos ojillos diminutos y estúpidos en la carne grotesca! Émile intentó pedir auxilio y descubrió que podía hacer menos ruido que un pajarito.

Cuando el hombre se quedó quieto, Samson se bajó de su cuerpo y metió el hocico bajo su costado para llegar al saco de las trufas. Se estaba calmando un poco. Ya no contenía el aliento ni jadeaba, como había estado haciendo alternativamente durante los últimos minutos, sino que empezó a respirar normalmente. El delicioso olor de las trufas le apaciguó aún más. Olfateó, suspiró, inhaló, comió, su hocico y su lengua buscando los últimos bocados en los rincones del saco color caqui. ¡Y todo era su propio botín! Pero esta idea no le vino claramente. De hecho, tenía la vaga sensación de que iban a apartarle de este banquete, pero ¿quién podía apartarle ahora? Este saco tan especial, en el que había visto desaparecer tantas trufas, del cual habían salido miserables y despreciables migajas de queso amarillo... todo eso se había acabado, ahora el saco era suyo. Samson se comió incluso parte de la tela.

Luego, todavía masticando, orinó. Escuchó, miró a su alrededor y se sintió dueño de la situación... por lo menos, dueño de sí mismo. Podía ir donde quisiera y eligió alejarse del pueblo de Cassouac. Trotó un poco, luego anduvo y el olor de unas trufas le hizo desviarse de su camino. Le llevó algún tiempo desenterrarlas, pero fue un trabajo gozoso, y la recompensa era enteramente suya, cada arenosa y riquísima arruga. Samson llegó a un arroyo, con una pequeña costra de hielo en los bordes, y bebió. Siguió adelante, arrastrando su cuerda, sin importarle dónde iba. Tenía hambre otra vez.

El hambre le impulsó hacia un grupo de edificios bajos, desde donde le llegó el olor de las cagarrutas de pollos y el estiércol de caballos y vacas. Samson entró con cierta timidez en un patio empedrado por el que se paseaban unas palomas y unos pollos. Le dejaron paso. Samson estaba acostumbrado a eso. Buscaba un comedero. Encontró uno bajo en el que había pan mojado. Luego se dejó caer contra un montón de heno, medio resguardado por un tejado. Ya había oscurecido.

De las dos ventanas iluminadas, en la parte baja de la casa que había cerca, salía música y voces, los sonidos de una casa normal.

Cuando amaneció, los pollos que picoteaban por el patio y cerca de Samson no le despertaron del todo. Siguió adormilado y sólo abrió un ojo soñoliento cuando oyó los pasos de un hombre.

—¡A-já! ¿Qué tenemos aquí? —murmuró el granjero, mirando al enorme cerdo blanco que estaba tumbado sobre su heno. Del cuello del cerdo colgaba una cuerda gruesa y buena, y el animal era un espléndido ejemplar de su especie. ¿A quién pertenecería? El granjero conocía a todos los cerdos de la comarca, por lo menos, su tipo. Éste tenía que venir de muy lejos. El extremo de la cuerda estaba deshilachado.

El granjero Alphonse decidió mantener la boca cerrada. Después de tener a Samson más o menos escondido en un prado apartado y cercado durante unos días, Alphonse lo sacó de allí y le dejó que se reuniera con los otros cerdos que tenía, todos negros. No estaba ocultando al cerdo blanco, razonó, y si alguien venía a buscarlo, diría que el animal se había metido en sus tierras, lo cual era cierto. Entonces devolvería el cerdo, por supuesto, después de asegurarse de que la persona que

preguntaba sabía que al cerdo le habían serrado los colmillos inferiores hasta la base, que había sido castrado y todo lo demás. Mientras tanto, Alphonse dudaba si vender el animal en el mercado o probarlo como truero antes de que acabara el invierno. Decidió que primero le llevaría a buscar trufas.

Samson engordó un poco y dominó a los otros cerdos, dos marranas y sus cochinillos. La comida era ligeramente distinta y más abundante que en la otra granja. Luego llegó el día —a Samson le pareció que era un día laborable normal a juzgar por el aspecto de la granja— en que le ataron con una cuerda para llevarle al bosque a coger trufas. Samson iba trotando, de buen humor. Se proponía comer algunas trufas hoy, además de encontrarlas para el hombre. En alguna parte de su cerebro, Samson ya estaba pensando que debía mostrarle a este hombre desde el principio que no se iba a dejar dominar.

Notas

[1] Traducción de Carmen Virgili. <<

[2] Traducción de Ana Poljak. <<

[3] Satán (*N. de la T.*) <<

[4] Traducción de Ana M.^a Llopis Paret. <<

[5] Traducción de Ana M.^a Llopis Paret. <<

[6] Whisky fuerte irlandés aromatizado con especias, como clavo o canela. (*N. de la T.*) <<

[7] Traducción de M.^a I. Reverte y M.^a T. Gallego. <<

[8] Traducción de Ana Poljak. <<

[9] Traducción de Ana Poljak. <<

[10] Traducción de Ana Poljak. <<

[11] Virgilio, *Eneida*, VI, 853: «Respetar a los venidos y someter a los soberbios». (*N. de la T.*) <<

[12] Traducción de Ana Poljak. <<

[13] Traducción de Ana Poljak. <<

[14] Traducción de M^a Luisa Balseiro. <<

[15] Traducción de Amalia Martín-Gamero. <<

[16] Traducción de Ana M.^a Llopis Paret. <<

[17] Traducción de Amalia Martín-Gamero. <<

[18] Traducción de Ana Poljak. <<

[19] Traducción de Maribel de Juan. <<

[20] Traducción de Ana Poljak. <<

[21] Needle significa aguja en inglés. De aquí se derivan las ironías y juegos de palabras que aparecen en el texto. (*N. de la T.*) <<

[22] Traducción de Maribel de Juan. <<